

Anais Vassas Toral

Partir y cultivar

Auge de la quinua, movilidad y
recomposiciones rurales en Bolivia



Partir y cultivar

Auge de la quinua, movilidad
y recomposiciones rurales en Bolivia

Anaïs Vassas Toral

Partir y cultivar

Auge de la quinua, movilidad
y recomposiciones rurales en Bolivia

© Anaïs Vassas Toral, 2016
© IRD / CIDES-UMSA / Plural editores, 2016

Primera edición: julio de 2016

DL: 4-1-957-16
ISBN: 978-99954-1-711-6

Producción:
Plural editores
Av. Ecuador 2337 esq. c. Rosendo Gutiérrez
Teléfono: 2411018 La Paz, Bolivia
e-mail: plural@plural.bo / www.plural.bo

Impreso en Bolivia

Índice

Prefacio	11
Prólogo	15
Introducción general. Una región marginal que entra en la globalización	19
Movilidad ancestral en el espacio del Altiplano Sur	20
Los vínculos entre movilidad y recomposiciones rurales	22

PARTE I

Una ruralidad vulnerable

Capítulo 1. Una zona árida de altura, poblada, agrícola y en dificultades..	27
Un entorno natural particularmente difícil	27
Población de la época prehispánica a 1950	31
El poblamiento desde 1950	34
El bajo crecimiento de la población	34
Estructura demográfica y distribución de la población	38
Caracterización estadística de la migración interna.....	43
Una economía local basada en agricultura y pastoreo	48
Desarrollo social y territorial: una lenta evolución.....	48
La persistencia de la pobreza.....	49
Índices socio demográficos y educación	50
Una región en desarrollo.....	53
Capítulo 2. Familia y comunidad. Los dos pilares de la organización social....	57
La familia	57
La comunidad	58
La institución comunitaria y las reglas de pertenencia.....	59

Funcionamiento interno de las comunidades	61
Dinámica demográfica y creación/desaparición de las comunidades	65
Otras escalas de organizaciones territoriales	66
Conclusión Parte I.....	68

PARTE II

Auge de la quinua y trastornos agrarios

Capítulo 3. Los mecanismos de auge de la quinua	71
El auge de la quinua.....	71
Las premisas del cambio.....	71
Crecimiento de la demanda y la organización del sector de la quinua.....	72
Evolución de las superficies cultivadas y la producción.....	74
Cambio de uso de la tierra y avance del frente de quinua	76
La organización del territorio comunitario	76
La dinámica del cambio de uso de suelos.....	80
Los cambios en el paisaje.....	82
Capítulo 4. Presiones sobre la tierra y nuevas cuestiones sobre su tenencia .	87
Las formas de acceso a la tierra para el cultivo de quinua	87
El reparto de los recursos: uso colectivo y familiar	88
Derechos y prácticas en torno a la utilización de los recursos de tierras	89
Las diferentes normas de acceso a la tierra	90
Acceso directo.....	91
Acceso indirecto o derechos delegados	93
Préstamo	96
Un cambio en relación a la tenencia de la tierra.....	96
Disminución de las tierras de acceso colectivo	96
Una distribución de tierras cada vez más desigual.....	98
Nuevas relaciones generacionales en el acceso a los recursos	100
La toma de decisiones sobre la tierra	101
Las tensiones por la tierra se exacerban	103
Capítulo 5. Sistemas de producción en mutación.....	105
Prácticas agrícolas centradas en el cultivo de la quinua.....	105
Itinerarios técnicos adaptados a la mecanización.....	105
Rendimientos, ganancias y destinos de las producciones	110
La ganadería se estanca.....	112

Limites del actual sistema productivo	115
Otros productos agrícolas.....	117
Conclusión Parte II	119

PARTE III

Sistemas de movilidad y anclaje en la comunidad

Capítulo 6. Ciclos migratorios y el sistema de movilidad de ayer a hoy.....	123
San Juan de Rosario: una histórica complementariedad transfronteriza	123
Otuyo: de la tradición minera a la conexión urbana.....	127
Chilalo: de la tradición minera a la emergencia de nexos con Chile.....	129
Candelaria de Viluyo: viejos lazos con el este (del país)	131
Palaya: de lo transfronterizo a la cercanía regional	133
Capítulo 7. Evoluciones de la movilidad y modelo migratorio.....	137
Evolución de la movilidad residencial.....	137
Intensidad y ritmos de movilidad.....	138
Los destinos	139
Áreas y niveles de la movilidad residencial	139
El creciente atractivo de la ciudad	141
Las trayectorias de residencia.....	143
Tipología	143
Significado de los retornos residenciales	144
La doble residencia.....	145
Movilidad laboral y auge de la quinua	146
Una gran diversidad de actividades.....	146
Trayectorias marcadas por la poli-actividad.....	149
Los nuevos rostros de la pluri-actividad	150
¿Qué modelo migratorio?	153
Poca especialización en destinos y sectores laborales	153
Migraciones y ciclo de vida	154
Un modelo regional de movilidad	155
Capítulo 8. Las trayectorias de movilidad bajo el prisma del anclaje.....	159
Anclajes permanentes y re-anclajes	160
Diversidad de las formas del anclaje permanente	160
Re-anclajes y retornos a las comunidades	165
Desanclajes pero sin pérdida de vínculos	169
Anclajes inciertos y trayectorias complejas	172
Importancia relativa de las diferentes trayectorias.....	177
Conclusión Parte III.....	181

PARTE IV

Del territorio multi-situado al territorio local

Capítulo 9. Multipolaridades e interdependencias familiares	187
Arreglos familiares e interdependencias	187
Multipolaridad residencial familiar	189
Un caso ejemplar de trayectoria familiar	190
Los ingresos de la quinua: usos y lugares de las inversiones	194
Capítulo 10. Movilidades, tenencia de la tierra y sistema de producción ...	205
Migración y recursos de la tierra.....	205
El acceso a la tierra	206
Movilidad, tierra y familia.....	206
Movilidad, tierra y comunidad.....	207
La migración y su relación con el acceso a la tierra.....	208
La falta de tierras	208
Migración y acceso desigual a la tierra	209
Migración, extensión de las tierras cultivadas y tensiones sobre la tierra.....	211
Organización social de los sistemas de producción	213
Área de dispersión de las residencias de los productores.....	213
Organizarse para cultivar.....	215
Modos de explotación y relaciones sociales	215
Las opciones para la mano de obra agrícola	218
Organizarse para la crianza de los animales.....	222
¿De las prácticas agrícolas específicas a los productores móviles?.....	223
Prácticas circulatorias estratégicas	225
El intenso ir y venir para lograr mantener la agricultura	225
Los continuos viajes de ida y vuelta garantizan el retorno a la agricultura	227
De la ausencia prolongada a las idas y vueltas forzadas	228
Capítulo 11. Pertenencia, lazos y “derecho” al territorio comunitario.....	233
Conciliar migración y obligaciones comunitarias.....	233
El cumplimiento de los cargos rotativos.....	234
Participación en las reuniones y trabajos para la comunidad	235
Relaciones de los migrantes con sus comunidades de origen.....	236
Migración y participación en fiestas.....	237
La fiesta: una participación casi obligatoria.....	237
La fiesta: escenificación de pertenencias	237

La fiesta, momento de tensiones.....	238
Los migrantes, ¿el alma de la fiesta?	238
Participación financiera.....	239
Servicios prestados fuera de la comunidad.....	239
Lazos simbólicos o ideales.....	240
Relaciones y tensiones sociales.....	241
Entre tensiones y búsqueda de equilibrio	241
Control y gestión territorial.....	243
Más allá de la dicotomía asentados permanentes/migrantes	244
El sentido de los retornos a las comunidades	245
Preservar un futuro patrimonial	245
Los costos económicos y sociales del retorno	246
Conclusión parte IV	248
Conclusión general. El incierto devenir de un territorio	251
Una región en profunda mutación.....	251
Una reorganización de los sistemas de actividades y movilidad.....	253
Territorialidades cada vez más complejas.....	254
Reformulación de un continuo ciudad-campo.....	255
¿Otra relación con el espacio rural de origen?.....	257
Vuelven... ¿pero se quedarán?	258
Tensión en la instancia comunitaria	253
Desafíos de un desarrollo controlado y sostenible.....	263
Post-facio	265
Bibliografía	267
Anexos.....	285
Glosario (términos en español, aymara o quechua).....	301
Glosario de términos científicos	305
Siglas	307

Prefacio

Geneviève Cortes

El trabajo de Anaïs Vassas Toral nos entrega una geografía paradójica. Situado en la periferia del mundo, el Altiplano Sur boliviano, donde el tiempo parecía haberse detenido, como inmóvil, hoy pese a todo sale de la sombra y el silencio. Quién haya recorrido ese altiplano frío y desértico, o haya visto las fotos de la obra *Quinua y quineros*, recientemente publicada (Winkel, 2013) y a la que Anaïs Vassas Toral también contribuyó, habrá quedado impresionado por la precariedad y la dureza de las formas de vida en esta remota región del mundo, así como por la fuerza de los majestuosos paisajes y extensiones hasta perderse de vista, por el esplendor de las luces rasantes iluminando los campos de quinua. Hace apenas menos de veinte años, la agricultura de subsistencia y la cría de camélidos eran las únicas actividades desarrolladas por las poblaciones locales del Altiplano Sur, que completaban sus bajos ingresos con el trabajo asalariado en las minas o en los centros urbanos en Bolivia, Chile o Argentina.

Hoy en día, en esta región cercana al salar de Uyuni, marcada por las bajas densidades demográficas (entre 0,2 y 2,6 hab./km²), sometida a condiciones ambientales y climáticas extremas, la revolución *quinuera* se puso bajo la luz de los proyectores, de periodistas, investigadores, el gobierno de Evo Morales y hasta las organizaciones internacionales. No es la menor de las paradojas que sea esta pequeña semilla ancestral la que hoy está siendo exportada por todo el mundo, la que ahora da a conocer a los campesinos y una tierra hasta ahora olvidada y poco explorada por las ciencias sociales, en la Bolivia misma. De hecho, la quinua, *chisibuaymama* en aymara, que significa “madre de todos los granos”, fue durante mucho tiempo un alimento ignorado y desvalorizado, considerado el de los pobres, los indios, los excluidos.

Esa no es la única paradoja del libro de Anaïs Vassas Toral. El título del libro, “Partir y cultivar” nos sumerge de entrada en una contradicción –por lo menos aparente– entre, por una parte, las sociedades rurales históricamente muy móviles, aunque fuertemente afectadas por procesos de emigración y un relativo declive

demográfico desde la década de los 1970s y, por otra, se trata de sociedades que permanecieron arraigadas a su tierra y su comunidad, que ahora ven reconocidos sus saberes y prácticas agrícolas, aunque también sean conmocionados por el auge de la quinua de exportación. La dialéctica de estar aquí –cultivar– y estar allí –partir– queda así planteada.

Anais Vassas Toral nos invita a comprender esta dialéctica que yace en el corazón de los cambios agrícolas y de paisaje, pero también sociales, económicos e identitarios de la región, a partir de una geografía que se inspira ampliamente en la antropología. A partir de una inmersión de dos años en cinco comunidades rurales de este altiplano, la autora da a ver, “desde abajo” y “desde adentro”, la complejidad de dinámicas de una agricultura, ahora ya globalizada, en la que se juegan la cotidianidad y el devenir de los campesinos aymaras y quechuas. Quien conozca el hermetismo y el difícil acceso de las sociedades campesinas tradicionales en Bolivia, podrá aquilatar el esfuerzo de la autora, que llegó a realizar 170 entrevistas individuales dentro de las familias campesinas para seguir, junto a ellos, transformaciones locales que acompañan este “boom” de la quinua, para ahondar en sus estrategias, experiencias y proyectos de vida, sus visiones y también sus temores.

Uno de los grandes méritos de la obra de Anais Vassas Toral tiene que ver con la fractura operada con algunas visiones prediseñadas de las sociedades campesinas y, por tanto, con ciertas categorías duales. Lejos de asignar la fijeza y el sedentarismo a la ruralidad, que serían las condiciones de la práctica agrícola y del anclamiento en los lugares, la autora muestra, más bien, que la expansión del cultivo de la quinua se articula plenamente a múltiples actividades y la movilidad de las poblaciones, ya se trate de una franja de emigración duradera o temporal, simples desplazamientos diarios y estacionales, o incluso lógicas multi-residenciales.

Por otra parte, las lógicas sociales de la movilidad, organizadas en torno a circulaciones intensas, a redes familiares y vínculos activos entre los espacios de migración y las comunidades, entre ciudad y campo, se presentan como una de las condiciones de las renovadas dinámicas agrícolas que se tejen alrededor de la quinua.

El papel de la movilidad en las estrategias de reproducción social de campesinos ha sido ampliamente demostrado, incluso en otros contextos de ruralidades en el Sur. Pero la originalidad del libro radica aquí en la pertinencia del enfoque diacrónico que está en el corazón de la demostración.

Gracias a una detallada reconstrucción de los curso de vida, de las trayectorias migratorias, residenciales y ocupacionales, las de las mujeres y los hombres agricultores, pero también migrantes que circulan, mineros, comerciantes, pastores, la autora descifra sobre un tiempo largo, ciclos de vida y transformaciones territoriales, los efectos de ruptura, de permanencia o enlaces renovados (o no) con la agricultura y la tierra natal.

Muestra cómo el renovado atractivo de trabajar la tierra, hecho posible gracias a los ingresos de la quinua, rediseña los mapas de las prácticas migratorias, las estrategias cotidianas y las relaciones con el lugar: emigrantes de larga data que así vuelven a reclamar sus parcelas y reinstalarse; padres o hijos que viven en la ciudad, pero reparten su tiempo entre actividades urbanas y cosechas en los terrenos familiares; propietarios ciudadanos que cultivan desde la distancia; agricultores que instalan una segunda residencia en la ciudad o el pueblo vecino gracias a los ingresos por la quinua.

A nivel comunitario no hay, pues, por un lado, residentes y por otro migrantes. Se es lo uno y lo otro alternativamente. El uno necesita del otro y recíprocamente. Pertenencia comunitaria y capacidad de moverse y existir fuera de ella, fundan aquí las complejas formas de anclaje territorial –dimensión que está al centro de la reflexión del libro– donde fijeza y movilidad son sin cesar interdependientes.

El libro no es pues ni un estudio de las dinámicas migratorias, ni un estudio de las dinámicas agrícolas como tales. Al entrelazar permanentemente el complejo lazo entre los dos, la hazaña de la autora es haber logrado iluminar la diversidad de las trayectorias migratorias individuales, pero sobre todo familiares, en sus estrechas relaciones con la actividad agrícola y la relación con la tierra. Por tanto, el auge de la quinua no puede comprenderse sin tomar en cuenta los dispositivos de dispersión familiar, las configuraciones espaciales reticulares y las lógicas de anclaje multipolares, donde la movilidad y los lazos hacen de recursos. Ese es uno de los puntos fuertes de este libro.

Si la reactivación de la movilidad, bajo formas a la vez antiguas y renovadas, es uno de los elementos motores en el crecimiento de la quinua, las transformaciones afectan de manera muy profunda las formas de producir, organizarse y trabajar. A pesar de que la quinua da cuenta de una práctica milenaria sobre estas tierras altas, ella resulta “trabajada, pensada y vivida como una nueva cultura”, escribe la autora. El texto descifra minuciosamente las transformaciones locales, que afectan tanto a las estructuras agrarias como a los sistemas de producción. Los cambios parecen, en algunos aspectos, preocupantes. El rápido avance de un frente agrícola mecanizado de la quinua, que va ganando gradualmente las tierras de pastoreo, plantea la cuestión de la sostenibilidad ecológica de las formas productivas, especialmente en relación con la roturación generalizada y el retroceso de la puesta en barbecho.

Igualmente, en un contexto de nuevas presiones sobre la tierra y de “carre-ra” por la tenencia mediante acaparamiento de tierras (sobre todo, de parte de quienes poseen los tractores), las normas y reglas sociales de distribución y uso de los recursos se discuten y reconfiguran, con el riesgo de tensiones, a veces verdaderos conflictos, inter o intra-familiares. Están surgiendo nuevas formas de diferenciación y desigualdad. Sin embargo, más que una desorganización y una ruptura propiamente dicha, el libro aclara formas sutiles de adaptaciones y arreglos

interpersonales, que pese a todo siguen organizando el acceso a la tierra, los gastos colectivos, el trabajo agrícola o aún la movilización de la mano de obra. Con la reformulación de derechos y deberes comunitarios, las sociedades campesinas del Altiplano Sur ponen a prueba sus capacidades de innovación y adaptación, que sin embargo coexisten con cierta asunción de riesgos y el peligro potencial para un cierto equilibrio social y ambiental.

¿Es ese el precio a pagar para salir de la pobreza? Lo que interpela, en este libro, es que por primera vez en su historia, esas poblaciones pueden aprovechar la oportunidad e incrementar sustancialmente sus niveles de ingresos, a sabiendas de que el quintal de quinua ahora se vende a más de un salario mínimo mensual en Bolivia, lo que significa acceder a mejores condiciones de vida y vivienda, a la salud y el poder invertir en la educación de los niños. Aquí la paradoja de alcance universal, por otra parte, es la de un desarrollo económico y social hecho posible gracias al auge de la quinua, pero a costa de un posible debilitamiento del medio ambiente, lo que amenaza con convertirse en un obstáculo para mantenerse en el mercado. Puede pensarse, también, y el texto da signos de ello, que los campesinos andinos sabrán perpetuar sus capacidades ancestrales para saber anticipar, administrar y dispersar los riesgos.

Anaïs Vassas Toral concluye el libro preguntándose sobre la sostenibilidad de los procesos en curso y sus alcances a largo plazo, un problema tanto más vivo cuanto Bolivia, desde hace una decena de años, pone al campesino y la cuestión indígena en el corazón de su futuro y de su proyecto político. ¿No será el auge de la quinua más que un “paréntesis en la trayectoria de estas áreas rurales”, en palabras de la autora? ¿Sabrá el país mantener su posición de primer exportador de quinua al mundo (46% de la producción mundial en 2012), cuando el mismo éxito del grano implica su difusión en muchas otras regiones del mundo, incluyendo los países del Norte (Estados Unidos, Canadá, Holanda...)? El auge de la quinua, a condición de que los efectos ambientales a escala local puedan ser controlados, ¿será capaz de retener y estabilizar la población rural de las tierras altas, aún cuando el censo del 2010 confirma el “descenso” de poblaciones de las tierras altas hacia los valles interandinos y sobre todo las llanuras del Oriente, convertidas en las polaridades demográficas y económicas del país? Como vemos, el libro de Anaïs Vassas Toral inscribe su propuesta dentro de cuestiones más amplias en torno al desarrollo territorial en toda Bolivia. Pero hay un alcance más general aún, ya que se plantean las paradojas de un desarrollo rural en el Sur, donde los conocimientos agrícolas locales son alcanzados por la globalización de los mercados y los intercambios.

Prólogo

Dos años y medio después de las investigaciones sobre el terreno en el Altiplano Sur, vuelvo a Bolivia en marzo de 2011 con el objetivo de presentar mis resultados, y más generalmente los del programa de investigación Equeco¹, a los diferentes actores de la quinua, primero en ocasión de un seminario celebrado en La Paz, luego a los dirigentes y pobladores de las comunidades estudiadas. Para mí, ese retorno al terreno es también una oportunidad para hacer un balance de lo ocurrido desde 2008 y confirmar algunas tendencias, observadas dos años antes o de captar, más bien, la emergencia de nuevos procesos.

Seis días antes de mi llegada a La Paz (22 de marzo de 2011), el gobierno de Evo Morales promulgó una ley de fomento de la producción, industrialización y exportación de quinua². El objetivo declarado era el de apoyar y financiar un programa nacional para aumentar la producción de quinua, su transformación y comercialización en los tres departamentos productores del Altiplano: Potosí, Oruro y La Paz. El gobierno tiene la intención, pues, de aprovechar la semilla ancestral como medio de desarrollo local y regional³. Así, en el momento mismo en que mis compañeros del programa Equeco nos alistábamos para hacer nuestra presentación en el seminario del 28 de marzo de 2011, la expectativa era alta. Desde ahora en el corazón de una política nacional claramente anunciada, los actores del sector de la quinua, productores, intermediarios, cooperativas y agentes de desarrollo, resultan ser muy exigentes en cuanto a información, datos, e ideas a seguir para participar en un proyecto de desarrollo a mayor escala. Sin embargo nuestra presentación, en especial la de mi colega ecólogo Richard Joffre (CNRS), da una visión mucho más matizada de la situación del Altiplano Sur y las

-
- 1 Equeco: Emergencia de la quinua en el comercio mundial. Durante mi estancia de dos años en Bolivia (2007-2008), recibí un subsidio de investigación de la ANR en el marco del programa de Agricultura y Desarrollo Sostenible (proyecto ANR-06-PADD-011, Equeco).
 - 2 Ley n°680 de incentivo a la producción, industrialización y exportación de la quinua.
 - 3 Se conceden diez millones de dólares en forma de créditos a los productores.

perspectivas de sostenibilidad. Ocurre que la mecanización y la competencia por la tierra se traducen en un deseo de producir más para ganar más sin necesidad de preocuparse por el largo plazo. Para nosotros, la actual elección de desarrollo se enfrenta a varias realidades: prácticas agrícolas poco adecuadas con el frágil medio ambiente del Altiplano del Sur, reducción del ganado, fuertes tensiones sociales alrededor de la tierra, etc. Pocas personas en la sala refutaron estas aseveraciones. Pero, si se escucha al gobierno, a ANAPQUI (la mayor cooperativa de productores) o a otras instituciones de desarrollo, la expansión del frente de cultivo no tiene límite. En la sala, se establece el debate. Se exponen los argumentos a favor de la extensión de la quinua.

¿No estamos acaso en un país que precisamente tiene una política de colonización de tierras agrícolas con la apertura de frentes pioneros? ¿No estamos en un país que ha vivido y sigue viviendo de la explotación de sus recursos minerales, lo que implica cierta degradación del medio ambiente? ¿No estamos en un país – y más particularmente en una región del Altiplano– poblado por nativos, desvalorizados y pobres, con una población que poco se benefició del crecimiento del país? ¿No estamos en la paradoja de la globalización, que propulsa a regiones y sus poblaciones en las reglas del comercio internacional, que ellas no controlan y en un mercado impredecible? ¿No estamos en una región donde la vida es un milagro y la producción agrícola necesariamente aleatoria y arriesgada?

Dos días después de la conferencia, un artículo en la prensa⁴ insiste en el hecho de que los investigadores llaman a la prudencia: si el proceso de ampliación de las zonas de quinua continúa con las mismas prácticas que hoy en día, la producción no se incrementará. Incluso podría disminuir debido a las presiones ejercidas sobre el medio natural, sin contar con los efectos de la competencia internacional, que podrían verse exacerbados. Pero el presidente de ANAPQUI tiene la última palabra, indicando que la visión de los investigadores es ampliamente discutible. La prueba: hoy la producción no deja de aumentar.

El día después de la conferencia, tomo el camino hacia el *salar*⁵. Los cambios ocurridos en dos años son impresionantes. El avance de cultivos es meteórico. De La Paz a Salinas, la quinua se extiende hasta perderse de vista. En las comunidades rurales de la región de La Paz y Oruro, se sustituye a la papa o la *thola* (vegetación de pastos espontánea). Los arados llegan a las orillas del lago Poopó, y al borde del Salar de Uyuni. En algunas comunidades, sólo el campo de fútbol no está labrado.

El 2008, una gran área de cultivos de planicie estaba completamente congelada, ofreciendo un espectáculo desolador. El 2011, en el mismo lugar, las plantas de quinua están listas para la cosecha. Son magníficas. ¿No han tenido razón de

4 Expertos piden cuidar la tierra para producir quinua. La Prensa, 30 de Marzo de 2011.

5 Las palabras en cursiva se encuentran en el Glosario al final del libro.

persistir los productores, cuando la tonelada se vende a 2000 dólares? Con mayor razón sí, con los primeros años de beneficios, ya no están frenados por los gastos incurridos en el cultivo. La apuesta por la producción se generalizó de hecho en todo el Altiplano.

En el pueblo de Salinas, están en construcción pequeños edificios de ladrillo, de tres plantas. Futuros alojamiento, me dicen. A muchas casas se las ha aumentado un piso suplementario. En todas las calles están estacionados 4x4 y tractores. Ahora habrá una feria cada 15 días, con el número de autobuses que conectan Salinas y Oruro que aumentó de 3 a 6 por semana. La mayoría de las personas encuestadas en 2007-2008 nos confiesa que no tienen animales, o muy pocos. La tendencia se confirma: los campesinos del Altiplano Sur eran *llameros* (pastores de llamas), y ahora son *quinueros* (productores de quinua). El cultivo de las tierras comunitarias ya no es objeto de conflictos, ni siquiera de discusiones. El principio está determinado. Sin embargo, la regulación del acceso a nuevas tierras parece ser siempre el problema central de las comunidades. El cambio de estatus de los productores también se confirma: mientras que todos eran *peones*, ahora la mayoría son *patrones* y contratan trabajadores que llegan del norte de Potosí y el campo orureño.

Todas las comunidades visitadas en 2011 ahora tienen electricidad. Todos tienen un teléfono celular (si la red no pasa por la comunidad misma, es activa en la zona). Las antenas parabólicas se multiplican en los techos de las casas. El cambio es significativo; el Altiplano Sur tiene acceso al mundo de hoy. Las mutaciones afectan las relaciones sociales y, sobre todo, al lugar de la mujer. Estas, ahora, reclaman el acceso a la herencia de la tierra, al igual que los hombres. El 2008, sus voces comenzaron a ser escuchadas. Desde entonces, el movimiento se ha confirmado claramente.

La privatización de la tierra también tomó un nuevo giro. En algunas comunidades, se ha emprendido un registro no oficial que marca los límites de las parcelas de cultivo con su “propietario” y las áreas de pastoreo. Este proceso se debe a la iniciativa de una cooperativa para asegurar la trazabilidad de la quinua producida y de una ONG para reducir los conflictos de tierras y fijar las actuales tierras de pastoreo. Esto a su vez podría alentar aún más la carrera por la acumulación individual de la tierra y dar lugar a la desaparición de la gestión de recursos colectivos y prácticas agrícolas. De hecho, ese catastro confirma las actuales desigualdades en el acceso a la tierra.

Introducción general

Una región marginal que entra en la globalización

¿Quién no ha probado hoy, al menos una vez, la quinua, ese ancestral cultivo de los Andes? Este pequeño grano, que destaca por sus cualidades nutricionales, se ha extendido en los supermercados y hogares de los países occidentales, mientras que durante mucho tiempo fue visto en Bolivia como comida de pobres, campesinos e indígenas (Franqueville, 2000). Hoy abundan artículos de prensa e informes de televisión sobre la quinua. Su comercio a nivel mundial, que sin embargo representa sólo a unas 15 000 toneladas en 2010 (frente a más de 30 millones de toneladas de arroz en el mismo año)⁶, hace que se hable de él. De hecho, es mucho más la imagen del producto la que hace de él un éxito, en mayor grado que la importancia de la demanda de alimentos en cuanto tal. La aparición de este grano en el mercado mundial de alimentos, de hecho, es sintomático del afán por una dieta “más sana” un desarrollo “más sostenible”, un comercio “más justo” o “más solidario”. La imagen del productor de quinua es la del pequeño campesino andino tradicional, pobre, unido a su tierra y viviendo en perfecta armonía con la naturaleza. Esta visión, sin embargo, está lejos de la realidad de las condiciones de producción y sus repercusiones ecológicas y sociales en la región de que se trata.

Hoy como ayer, la producción de la quinua se basa totalmente en familias indígenas aymaras y quechuas, organizadas en comunidades rurales. Pero los productores de quinua del Altiplano Sur se vieron proyectados en el comercio internacional, particularmente en los renglones de “orgánico” y “justo”. A una producción tradicional limitada al autoconsumo, vino a injertarse una producción común de cultivos de exportación, sin comparación en cuanto a las superficies cultivadas, los volúmenes producidos y los ingresos generados.

Viviendo en un entorno natural con fuertes restricciones, la gente siempre recurrió a la movilidad temporal para completar su dieta alimentaria y sus ingresos. Otra parte siguió la tendencia nacional al éxodo rural hacia las ciudades cercanas

6 Página web de la FAO (<http://www.fao.org>), consultada el 01/2013.

al Altiplano, o las más alejadas de los valles interandinos y los llanos orientales. El auge de la quinua como producción de exportación ha “cambiado el juego”, ya que ahora es posible conseguir ingresos a partir de la agricultura local, algo antes inimaginable.

Pasar de una agricultura de subsistencia a otra orientada a nichos agro-exportadores no puede darse sin problemas. Sobre la base de un lazo patrimonial con la tierra, una lógica familiar de gestión de explotaciones agrícolas (en términos de decisiones, mano de obra) y, a menudo, un conocimiento local, la agricultura familiar tradicional ha demostrado ampliamente sus rendimientos. Pero la integración a una cadena de producción globalizada implica un cambio profundo en las formas de producir, pensar y gestionar el recurso.

A través de la observación de campo de las transformaciones que el auge de la quinua llevó a la zona del Altiplano Sur de Bolivia, este libro aporta luces sobre la globalización en el Sur. Describe los efectos del injertarse en una producción de exportación destinada a los países del norte, sobre las economías de subsistencia agrícolas, hasta entonces poco o nada insertas en el mercado interno o internacional. Esto se inscribe en el corazón de los debates actuales sobre el lugar reservado a los agricultores del Sur en el proceso de globalización, en relación con el tema del desarrollo sostenible (Gastellu y Marchal, 1997; Malassis, 2006; Chaléard, 2007; Charvet, 2007).

Los mecanismos del auge de la quinua se refieren tanto a un proceso económico (implementación del sector, volumen de producción, tendencias de los precios, etc.) y a un proceso paisajístico y agrario (cambio en los modos de tenencia y uso de la tierra, avance de la frontera agrícola). Pero estos procesos no pueden leerse independiente de las dinámicas sociales que los permiten y acompañan. Los nuevos retos sobre la propiedad de la tierra tratan sobre todo del acceso a la tierra y la nueva redistribución de recursos. Las transformaciones relativas a los patrones de uso de la tierra propiamente dicha tienen un importante impacto en la organización familiar y comunitaria de los sistemas de producción.

Estos cambios de equilibrios producen la redistribución de las lógicas sociales y las formas de movilidad espacial. Por brutales que sean, nuestra experiencia nos lleva a pensarlos más como una fase de reajuste que de ruptura radical.

Movilidad ancestral en el espacio del Altiplano Sur

El sur del Altiplano es ahora una región con baja densidad demográfica (0,2 a 2,6 hab./km²) y distribuida en un hábitat disperso. Las poblaciones que se sucedieron conformaron sociedades agrarias fuertemente organizadas en torno a la explotación de recursos naturales escasos. Supieron desarrollar una actividad agrícola intensiva en mano de obra (cultivos de papa y quinua), así como una actividad

pastoral extensiva (cría de llamas y ovejas), que implican formas muy ajustadas de valorización, basadas en específicos sistemas de regulación. Así, la organización espacial incluye diversos niveles de espacios/recursos correspondientes a diferentes modos de uso y gestión (comunitario, familiar o individual), complementarios entre sí, aunque a veces también contradictorios con los demás. Tradicionalmente inscritos en espacios más grandes que su entorno inmediato, según el ancestral modelo andino de los “Archipiélagos verticales” puestos a la luz por J. Murra (1975), las poblaciones explotaban las posibilidades ofrecidas por el intercambio de productos provenientes de diferentes pisos ecológicos.

Esta diversificación de espacios y recursos es sólo una de las estrategias de minimización y dispersión de riesgos (Bourliaud *et al.*, 1990). Las actividades económicas practicadas dentro de la familia s también y desde hace mucho, están diversificadas más allá de la mera agricultura, ya sea mediante artesanías, comercio o ingresos temporarios en todo tipo de sectores, (Morlon, 1992; Zoomers, 1998). Puede hablarse de verdaderos sistemas de actividades familiares (Paul *et al.*, 1994). Pero la agricultura y la ganadería están ancladas en un espacio local que ofrece pocas oportunidades para las actividades no agrícolas, mientras la pluri-actividad impone una movilidad espacial: en el Altiplano de Bolivia, como en muchas zonas rurales en el mundo, los hogares practican desde hace mucho una pluri-actividad multi-localizada (Lamarche, 1994; Colin *et al.*, 1997; Gastellu, 1997; Guétat-Bernard, 1998; Hamelin, 2004). Así entonces, a menudo se percibe la migración en Bolivia como un componente de los sistemas de actividad de las explotaciones rurales (Punch, 1995; Fairbairn, 1999; Spedding y Llanos, 1999).

De tal forma, aunque alejado de la autoridad central, tanto durante la Colonia como durante la República, el Altiplano Sur está lejos de ser un espacio aislado y autárquico. Las redes de intercambio a larga distancia, los lazos familiares, afectivos y culturales que mantienen los pobladores locales lo designan como un viejo espacio de circulación, él mismo inserto en un amplio conjunto (el sur del Perú, las regiones de Tarapacá y Antofagasta en Chile, Bolivia occidental y noroeste argentino. S. González Miranda (2006: 26) califica este espacio como “zona de carácter supranacional”, donde las proximidades culturales prevalecen sobre los límites político-administrativos.

Espacio de circulación, el sur del Altiplano ha quedado, sin embargo, al margen de los grandes polos de desarrollo económico del país. De hecho, la agricultura boliviana es altamente dual: la agricultura de subsistencia de los minifundios andinos (altiplano y valles) en marcado contraste con la agroindustria de exportación o las grandes extensiones improductivas de las tierras bajas (Drevon y Treche 1976; Prudencio Böhr, 2001). A partir de la segunda mitad del siglo XX, todas las políticas agrícolas nacionales se orientaron hacia el aumento de la productividad de la agricultura industrial de exportación; de tal forma que quedó marginada la agricultura familiar de valles y altiplanos, que sin embargo incluye a la mayoría

de los agricultores y garantiza en gran parte la supervivencia de las zonas rurales (Urioste 1992; Franqueville, 2000; Prudencio Böhr, 2001). Así, haciéndose eco de la ruptura histórica que constituyó la llegada al gobierno de Evo Morales en 2005 (Arreghini, 2011), el auge de la quinua posiciona de una nueva manera a los pueblos rurales e indígenas, en el corazón de las recomposiciones territoriales y las cuestiones de desarrollo.

Los vínculos entre movilidad y recomposiciones rurales

Al contrario de los procesos globales que tienen lugar en los países del Sur, a menudo signados por una crisis de las agriculturas familiares y un proceso paralelo de intensificación de la movilidad, el auge de la quinua ofrece la posibilidad única de una actividad extraordinariamente remuneradora que trae una fuerte revaloración del espacio rural local. Cultivar y vivir en la comunidad se hace posible e incluso atractivo, más aún si las condiciones de vida han mejorado. Esta valorización del espacio rural se acompaña con una carrera por la tierra, ya que ahora resulta crucial conservar los derechos a la tierra o adquirir otros nuevos.

¿Cuál es el impacto de este nuevo contexto en los saberes y las viejas prácticas de movilidad? Inversamente, ¿cómo influyen las nuevas formas de movilidad en los modos de organización económica y social alrededor del cultivo de la quinua?

Más precisamente, nos interrogamos sobre las relaciones entre movilidad y dinámicas territoriales en el Altiplano Sur boliviano, a través de una lectura de la transformación de los sistemas de producción y la dinámica de propiedad de la tierra, las tomas de decisiones familiares, el funcionamiento social de las comunidades, o incluso las normas de gestión de los recursos naturales.

Aprehendida como un recurso (Ma Mung, 1999), o como una capital espacial (Levy, 2003), la movilidad puede participar en la capacidad de resiliencia social y económica de las zonas rurales. Al integrarla como una variable del sistema de gestión territorial y un elemento constitutivo de las dinámicas productivas y los procesos socio-espaciales, la movilidad ya no actúa como un elemento perturbador del espacio y desestabilizador de las economías familiares y las lógicas comunitarias del espacio originario. Puede, al contrario, articularse con formas de optimización, provocar o acompañar procesos de innovación social y técnica. Concebir la movilidad como un recurso permite captar las interferencias entre movilidades y dinámicas territoriales, poniendo de relieve la complejidad de las interacciones sociales y económicas en juego a escalas locales. Esta perspectiva de análisis también reconoce que las migraciones no siempre toman un carácter definitivo (Domenach y Picouet 1987, 1995; Courgeau, 1988; Ma Mung *et al.*, 1998). Es que partir no significa necesariamente abandonar todos los lazos con el lugar de origen, sobre todo cuando la partida fue forzosa.

En Bolivia, varios estudios demuestran la persistencia de estrechas relaciones entre ciudad y campo (Albó *et al.*, 1981, 1982, 1983, 1987; Baby, 1998). Según lógicas comparables, se estudiaron los efectos de la migración en situaciones locales en zonas relativamente integradas al espacio nacional (Anderson, 1981; Dandler *et al.*, 1982; Zoomers, 1998, 2002, Spedding y Llanos, 1999; Hinojosa Gordonava *et al.*, 2000; Cortes, 2004a). G. Cortes, en su libro “Partir para quedarse” (2004a), muestra cómo la migración es parte del cotidiano de las comunidades rurales de los valles interandinos de Cochabamba y cómo, paradójicamente, ésta permite a las familias permanecer en las comunidades. La importancia de las movilidades rurales y el vínculo con el territorio de origen marcan igualmente al Altiplano Sur. Pero el acento aquí es diferente, ya que nuestro estudio lleva como exergo no un “partir para quedarse”, sino más bien un “partir y cultivar”, tan estrechamente imbricados, por no decir superpuestos, están los sistemas de producción en torno a la quinua con las lógicas de movilidad de los pobladores.

El estudio de las trayectorias, individuales y familiares, cruzando prácticas de movilidad y prácticas agrícolas, aclara precisamente esta dimensión. Las diferentes lógicas de la movilidad –migraciones (cambios de residencia), movilidades regulares o estacionales, circulación entre varias residencias– se organizan, articulan y, sobre todo, se reajustan con el auge de la quinua. Las configuraciones residenciales de las familias parecen entonces tan flexibles y cambiantes, mientras que la dispersión de los miembros de la familia reveló una organización reticular que permite estar presente y cultivar en las comunidades, sin dejar de vivir en otro lugar y disfrutar de los beneficios de la ciudad. Los cambios observados comprometen así a toda la población originaria de las comunidades rurales, ya sean residentes en los campos del Altiplano, dobles residentes, circulantes o aún migrantes a ciudades de Bolivia, Chile o incluso Argentina.

Como en cualquier contexto de migración, surge la cuestión del lazo con el origen. La noción de anclaje territorial parece una clave de lectura inevitable, en el corazón de la comprensión de las lógicas familiares de movilidad y las actividades agrícolas en esas sociedades, incluso cuando la agricultura y la ganadería mismas se inscriben en una relación patrimonial e identitaria con la tierra, el territorio y la comunidad. Es en efecto esta última la que detenta y rige el acceso a la tierra y, paralelamente, da acceso a lo colectivo “social”.

La comunidad se enfrenta ahora a nuevas cuestiones: ¿permitió el auge de la quinua reactivar los lazos comunitarios, dar un nuevo impulso a esta institución? ¿Qué posición adoptar hacia los migrantes que regresan y que, aún si son fuentes de tensión y a veces de conflicto, también son un nuevo recurso colectivo? ¿Cómo vivir juntos y formar una comunidad en el momento mismo en que la dispersión espacial, los tiempos de presencia y los intereses de los miembros son muy diversos?

La llegada de la quinua de exportación al Altiplano Sur de plantea muchas otras cuestiones. Articulada en un sistema de movilidad, donde prima la

complementariedad de actividades y lugares, acentuándose la presión sobre la tierra ¿engendra el auge agrícola una dinámica demográfica? ¿Se agravaron las diferenciaciones económicas y sociales? ¿Qué conflictos surgen y cómo se resuelven? ¿En qué se invierte el dinero salido de la exportación?

En otras palabras, como siempre que emerge un cultivo rentable –especialmente en las regiones periféricas– se plantea la cuestión de la contribución de estos cultivos en términos de desarrollo: ¿el auge de la quinua es útil para el desarrollo del territorio local o lo amenaza? ¿Representa un paréntesis en la trayectoria territorial del Altiplano Sur o marca más profundamente la sociedad y el medio?

PARTE I

Una ruralidad vulnerable



Foto: Anaís Vassas Toral.

Partido de fútbol en San Juan de Rosario.
En medio de esta altura desértica, la vida social se mantiene intensa.

Desde hace una decena de años, el debate internacional se centra en la crisis de los modelos de desarrollo agrícola, tanto desde el punto de vista de la seguridad alimentaria como de las cuestiones ambientales. Se plantea la cuestión de saber qué tipo de agricultura puede garantizar hoy la transición social y económica, debate que reviste una particular agudeza para los países del Sur, confrontados a una integración al mercado que se mantiene sumisa a relaciones desiguales de intercambio. Mientras las políticas públicas siguen centrándose en el desarrollo de la agricultura moderna, de tipo empresarial y altamente capitalizada, otros canales se dejan escuchar –incluyendo del lado de organizaciones internacionales como la FAO– en torno a la necesidad de rehabilitar el potencial de la agricultura familiar de los Sures, sus saberes, sus formas de organización, sus capacidades de adaptación, innovación y aprovechamiento de “nichos productivos”.

El auge de la quinua en Bolivia hace eco, en gran medida, a ese debate y traduce, de hecho, esta capacidad de adaptación e innovación de las agriculturas familiares. La innovación agrícola, sin embargo, no sólo da cuenta de un proceso técnico y cultural que se ajusta a ciertas condiciones climáticas y agroecológicas. Dicho auge se materializa en los territorios, se inscribe en un tejido social y cultural, traduce estrategias de actores mientras que transforma las prácticas y maneras de hacer. Y sobre todo, sólo adquiere sentido ante la historia de larga data de las sociedades locales, de su organización social y uso de recursos.

En el Altiplano Sur, la innovación agrícola y la expansión del cultivo de quinua destinado a la exportación, interpelan con mayor fuerza en tanto que crecen en una de las regiones más marginales de los ejes de desarrollo en América Latina.

CAPÍTULO 1

Una zona árida de altura, poblada, agrícola y en dificultades

El Altiplano Sur, ya antiguamente poblado, está sujeto a fuertes limitaciones naturales, aunque la población ha encontrado los medios de sobrevivir, sobre todo gracias al cultivo de la quinua y la movilidad regular. ¿Cómo la densidad demográfica, hasta entonces muy baja, evolucionó en el contexto del auge de la quinua?

Un entorno natural particularmente difícil

El Estado Plurinacional de Bolivia está situado en el corazón de América del Sur. Se compone de tres grandes conjuntos (fig. 1): la parte occidental, constituida por el Altiplano y las cordilleras andinas, los valles interandinos y, al este, las tierras bajas o pré amazónicas, que son las dos terceras partes del territorio. Cada nivel difiere notablemente, tanto por sus características ecológicas y sus ecosistemas como por la gente que vive allí y sus organizaciones socio-económicas.

El Altiplano es una gran meseta rodeada por las dos ramas de la Cordillera de los Andes (Cordillera Occidental y Cordillera Oriental), ligeramente inclinado de norte a sur (4072 m en El Alto para cerrar en 3670 m en Uyuni). Es fronterizo con Chile, Argentina y Perú. Su parte meridional, denominada Altiplano Sur, se extiende por más de 300 km de largo y 150 km de ancho, aproximadamente, a una altura media de 3700 m. Este altiplano, salpicado de desiertos de sal, con el más grande que cubre aproximadamente 12000 km² (Salar de Uyuni), está dominado por muchos volcanes y picos de hasta más de 5000 m. Esta gran región, especialmente la zona situada en la periferia del Salar de Uyuni, es el corazón de la reciente ampliación de la quinua de exportación.

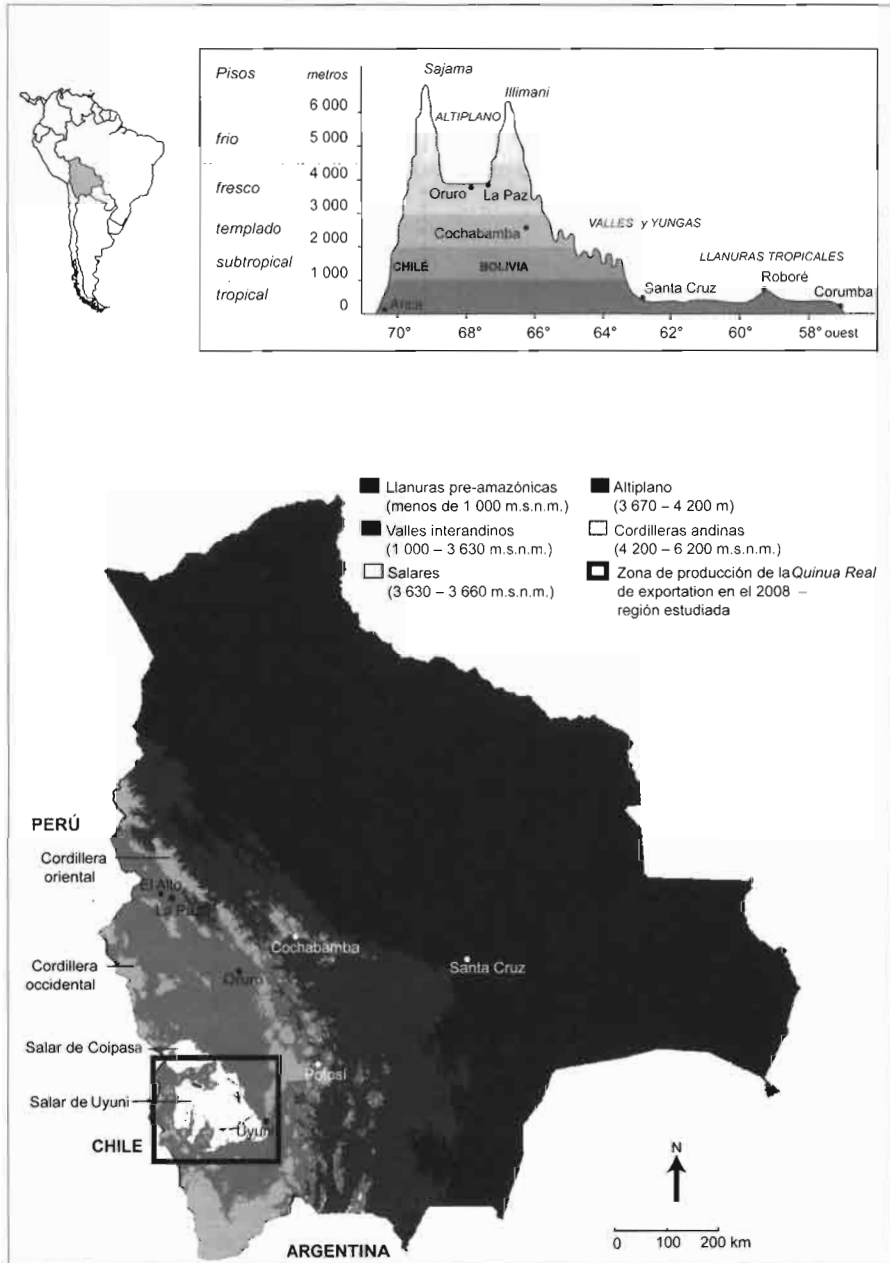


Figura 1
 Las grandes regiones naturales de Bolivia.
 Fuente: arriba, Del Castillo *et al.*, 2008, según Montes de Oca, 1997. Abajo, elaboración propia.

Entre el Salar de Uyuni y el Salar de Coipasa, el cultivo de quinua es muy antiguo. En esta zona, llamada *Intersalar*, hemos estudiado tres comunidades: Chilalo, Otuyo y Palaya (fig. 2). El este y el sur del Salar de Uyuni entraron más recientemente en la dinámica expansión del cultivo de la quinua; allí, optamos por investigar en dos comunidades: Candelaria de Viluyo y San Juan de Rosario⁷ (el detalle de los criterios de selección así como su presentación están en el Anexo 1).

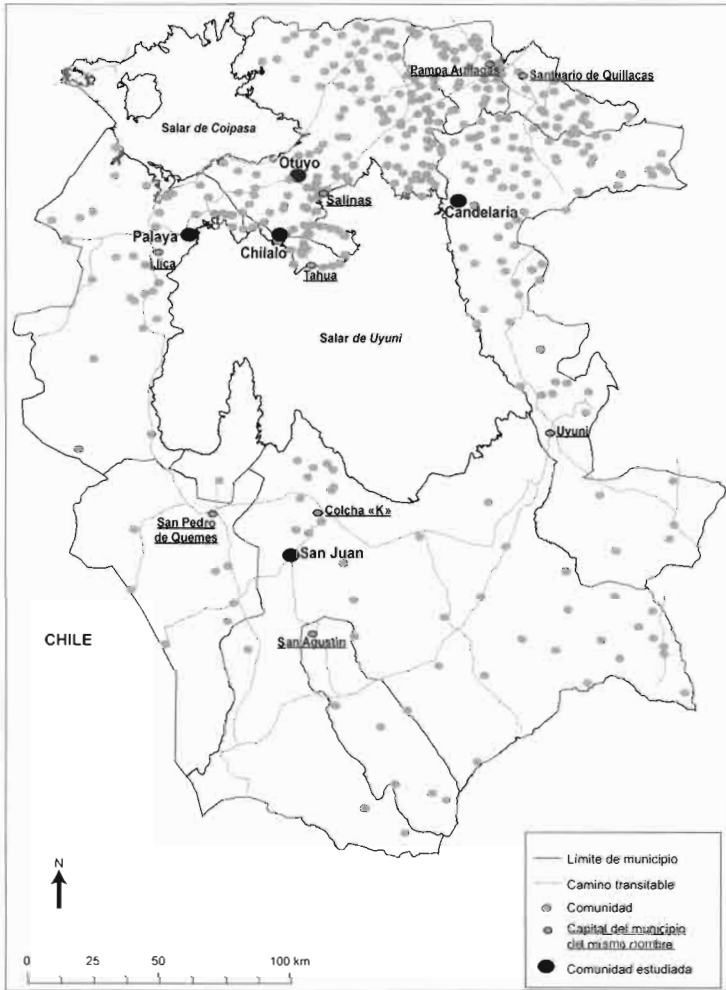


Figura 2
Localización de los municipios y comunidades estudiadas en la región del salar de Uyuni, Bolivia.
Fuente: elaboración propia.

7 En el texto usaremos indistintamente las apelaciones Candelaria de Viluyo o Candelaria; San Juan de Rosario o San Juan.

Situada en el piso ecológico de la puna, estepa de altiplanos áridos y fríos (Troll, 1968; Murra, 1975), esta región del Altiplano Sur tiene cuatro sub-pisos ecológicos:

- la parte superior de los volcanes y montañas de la Cordillera, casi exclusivamente mineral y entre 4500 y 5000 m sobre el nivel del mar, zona cubierta de nieve;
- las pendientes o laderas, rocosas y más o menos colonizadas por la vegetación;
- los piedemontes (localmente llamados *falda*)
- las planicies⁸ dominadas por la estepa arbustiva (*tholar*) en suelos generalmente arenosos, dando lugar a una vegetación muy baja al borde arcilloso de los salares (*pelar*) y a algunos humedales aislados (*bofedales*).

La región combina las características climáticas de medios de montaña y tropicales. Así, si la media de las temperaturas es baja y pueden darse hasta 250 días de heladas por año, con una radiación solar extrema, la amplitud térmica cotidiana alcanza de 15 a 20 ° C promedio y la duración del tiempo asoleado varía poco en el curso del año. Las lluvias, sobre todo concentradas en cuatro meses del año (de diciembre a marzo) son muy bajas (entre 300 y 120 mm/año de norte a sur) y marcadas por una fuerte irregularidad interanual (Del Castillo *et al.*, 2008). Las nevadas son muy raras, pero se dan a veces granizadas. La presencia de vientos, a veces violentos con mini remolinos localizados son otro elemento notable de las condiciones climáticas. El sur del Altiplano es la región más árida y más fría del país (Montes de Oca, 2005: 142).

El Altiplano Sur es pues una zona árida, fría y ventosa, aunque la gente está reportando cierto calentamiento climático en los últimos cuarenta años. De hecho, constatan que zonas antes propensas a heladas hoy lo están menos. A falta de dispositivos meteorológicos suficientes, sus apreciaciones climáticas no pueden verificarse con precisión, pero la observación de un rápido retroceso de los glaciares da una evidencia indirecta (Vuille *et al.*, 2008).

En cuanto a los suelos, los de la meseta son en su mayoría de textura arenosa con muy bajos contenidos de materia orgánica, mientras que los flancos de los volcanes contienen más arcilla, materia orgánica y nutrientes, aunque también son mucho más pedregosos (Joffre y Acho, 2008). Los suelos de planicies son salinos a menudo.

La vegetación espontánea del Altiplano Sur sólo comprende una especie de árbol nativos, la *queñua* (*Polylepistiarapacana*). En la zona *Intersalar*, éste árbol se encuentra en las faldas del volcán Tunupa, a una altura por encima de 4200 m. El cactus columnar *Trichocereusatacamensis*, cuyo fruto es comestible, es común en las laderas desde la altura del salar hasta unos 4200 m. Numerosos arbustos

8 Localmente, los habitantes hablan de *pampa* para designar las superficies planas de este altiplano en relación a los volcanes de la cordillera, que alcanzan más de 6000 metros de altura.

pertenecientes principalmente a las familias *Asteraceae*, *Verbenaceae*, *Solanaceae* y *Fabaceae*, así como gramíneas perennes de los géneros *Stipa* y *Festuca* componen la *thola*, término genérico para una formación vegetal arbustiva de altura menor a un metro y cuya cobertura, en el área de estudio, por lo general no supera el 30%. Durante la temporada de lluvias, varias especies herbáceas anuales forman un estrato bajo (inferior a 25 cm) que puede cubrir temporalmente hasta el 50% del suelo. Varias agrupaciones de *thola* correspondientes a sustratos y modos de uso diferentes se han descrito en función de las especies dominantes (Beck, 1985; Alzereca *et al.*, 2002). Por último, la vegetación de los humedales, cubre una superficie reducida alrededor de arroyos –*bofedal* se le llama– o cerca del Salar, donde se llama *pelar*-. Corresponde a una densa cobertura de herbácea perenne que ofrece una zona pastoral de gran interés.

En resumen, aunque el Altiplano Sur sea un medio extremo para el desarrollo de la vida, la diversidad de relieves y microclimas, permitió sin embargo a las poblaciones humanas establecerse en él y desarrollar muy temprano, junto a la extracción de sal y minerales, actividades ganaderas y agrarias.

Población de la época prehispánica a 1950

Diversas fuentes indican que los primeros grupos humanos en esta parte de los Andes datan de entre 12000 y 20000 años (Little, 1981; Dollfus, 1982; Franqueville, 2000), y las primeras poblaciones sedentarias en domesticar animales y plantas se remontarían a 4500 años (Little, 1981: 146). Todavía se pueden observar vestigios como terrazas pluviales (terrazas lineales, *cross-channels*, micro-terrazas) y parcelas de cultivos, así como estructuras del tipo graneros y silos, muy probablemente asociados con la cultura de la quinua (Barfield, 1961; Nielsen, 1998).

Los habitantes del Altiplano Sur siempre han tenido como su principal actividad local la agricultura, combinando cultivos de secano y la ganadería. Si la ganadería se practicaba casi en todas partes, se daban en cambio zonas sin cultivos. La mayor parte de la producción agrícola era de papas y/o quinua, variando su densidad en función de los microclimas. Estos dos componentes básicos de la alimentación local se conservan fácilmente por varios años y son prácticos de transportar. Así, se deshidrata la papa (*chuño*) mediante la alternancia entre la helada de la noche y la intensa radiación diurna, mientras que la quinua se conserva en granos.

La cría de llamas (*Lama glama*, familia de los camélidos) se practicó en toda la zona. La carne de llama se consume fresca o salada y secada al sol para ser almacenada y/o transportada (en esta forma, se la llama *charque*). Algunos microclimas también permiten la cría de alpacas (*Lama pacos*, familia de los camélidos) que necesitan pastos húmedos (*bofedales*). Por último, desde la conquista española, la ganadería también proporciona ovejas.

Toda producción agrícola es, por definición, irregular, variando de un año a otro en función de diversos factores (clima, enfermedades, predadores, etc.). En el Altiplano Sur, hay ciertos peligros climáticos: sequías, heladas, granizo o vientos fuertes pueden afectar los cultivos durante todo su ciclo de crecimiento y pueden así reducir a nada los cultivos, de ahí la necesidad de la población de implementar estrategias productivas fundadas en la minimización de riesgos, en lugar de maximizar la producción. Históricamente, y como en cualquier sociedad campesina, esta agricultura tenía como su primera vocación la reproducción social y la cobertura de las necesidades alimentarias de la familia, de manera que la producción era directamente consumida o trocada por otros productos.

El acceso indirecto a bienes no producidos en las zonas de *Puna* a través de intercambios fue una de las principales estrategias de las poblaciones andinas para diversificar su dieta. Las caravanas de llamas cargadas de diversos productos partían de la comunidad; cuando el viaje para llegar a los lugares de intercambios, podría durar de 10 a 30 días (Lecoq, 1987). Eran viajes hacia los oasis y la costa del actual Chile, y hacia los valles interandinos de Bolivia (Cochabamba, Potosí, Sucre, Tupiza) (Nielsen, 2001). Una vez llegada a destino, la caravana se detenía por unos días, el tiempo de intercambiar los productos de montaña contra los de los valles o el océano, y luego repartían a su comunidad. La ausencia de las comunidades podía durar así hasta cuatro meses.

Los productos transportados desde el Altiplano eran principalmente la sal extraída de los salares, papas o *chuño*, quinua, lana, *charque* de llama y a veces llama fresca (se mataba en el sitio a los animales de la caravana) así como cantidades de otros productos (artesanías, piedras preciosas, hierbas medicinales, etc.). Por estos productos, los caravaneros intercambiaban frutas, maíz, coca, inadera, productos del mar y más recientemente, harina y azúcar.

Cada comunidad tenía sus itinerarios y destinos favoritos, vinculando entre sí las zonas superior e inferior.

No sabemos exactamente qué tipo de vínculos existían entre los diferentes pisos, si se trataba de “archipiélagos verticales” descritos por J. Murra (1975)⁹ o de alianzas inter-étnicas, como las estudiadas por J.-L. Martínez (1992) para los oasis de Chile o aún de “simples” relaciones de trueque. En todo caso, había una gran “movilidad

9 J. Murra describe las poblaciones del periodo 1460-1560, antes de la colonización española. Da cuenta de una organización para controlar el máximo de pisos ecológicos y por tanto de producción, que podían ir desde la puna a 4000 metros de altura a zonas litorales: “La población hacía un esfuerzo continuo para asegurarse el acceso a “islas” de recursos, colonizándolas con su propia gente, a pesar de las distancias que las separaban de sus núcleos principales de asentamiento y poder” (1975: 62). En cuanto concierne a nuestra zona de estudio, indica que “existirían etnias altiplánicas sin contacto con el Titicaca o el mar, pero con acceso a yungas hacia el norte y el este. Se trata de los Pocona y de los Charcas, Caracaras, Soras, Quillacas, Carangas, Chuis, Chichas” (1975: 78).

giratoria”¹⁰ (Núñez y Dillehay, 1995) entre los pisos ecológicos. A pesar de las barreras montañosas y la dureza del medio, el Altiplano no era, pues, una región aislada y fue más bien parte integrante de una red de intercambios a mayor escala.

Durante el período incaico, de 1450 y hasta 1572, la región experimentó desplazamientos forzados de poblaciones (*mitimanes*, *mitmackunas*) a otras áreas de producción agrícola o las zonas mineras, cuando no debido a conflictos. Las funciones de ese tipo de colonización eran a la vez productivas y militares. El imperio del sol, el Tiwantinsuyu, era un régimen centralizado que implantó centros administrativos en el conjunto del imperio. En la región, se trató de Sevaruyos (Cruz, 2009) y Tahua (P. Cruz, com. pers.).

El Altiplano Sur es el área de asentamiento de la etnia aymara. Durante el censo de 2001, en esta región, el 53% de la población mayor de 15 años se auto identificaba como el aymara y el 34% como quechua, el otro grupo étnico mayoritario en Bolivia¹¹.

Durante el período colonial, a partir del siglo XVI, las reorganizaciones fueron importantes, pero, a diferencia del resto de Bolivia, la región no fue afectada por el modelo de las *haciendas* - grandes propiedades de tierras confiscadas de los indígenas y luego explotadas por un patrón que hacía trabajar gratuitamente a la población autóctona. De hecho, la región de los Lípez¹² adquirió cierta autonomía pagando un tributo directamente a la corona (tributo pagado en plata u oro) (Cruz *et al.*, 2011; Martínez, 2011). La agricultura familiar y las producciones locales se preservaron, de tal forma, relativamente bien. En cambio, la imposición de *reducciones*, es decir, la reagrupación de la población indígena en aldeas, marcó estos territorios. El objetivo del colonizador era el de controlar las poblaciones locales y debilitar sus estructuras sociales tradicionales basadas en la comunidad (Martínez, 2011). A pesar de esto, la antigua organización social local persistió en gran parte y las tierras permanecieron comunitarias. Otro punto a destacar del período colonial fue la introducción del trabajo forzoso en las minas (*mitayos*) alrededor de las cuales se había reestructurado la economía regional. Si el período colonial es sinónimo de una considerable caída demográfica en todo el país (ligada especialmente a las epidemias y muertes en las minas), hubo, localmente, una afluencia masiva de inmigrantes de diversas partes de los Andes a las minas (Gil Montero y Nielsen, 2010). Con la independencia de Bolivia (1825), la base de las actividades en la región seguirán siendo la agricultura, el trueque, el trabajo de temporada en las minas para los hombres (Potosí, Cordillera Oriental, Pulacayo) así como algunos trabajos alrededor de la mina y, sobre todo, el transporte de minerales de Potosí a Chile. El sur del Altiplano estaba en camino de las rutas

10 Ir y venir entre dos localidades o regiones económicamente complementarias.

11 A escala nacional, 62% de la población desde los 15 años se auto-identifica como indígena, con un 25% de aymaras y un 31% de quechuas.

12 Al sudoeste de la actual Bolivia.

de esos minerales y algunos hacían este transporte, utilizando un gran número de mulas. Con la construcción de líneas de ferrocarril (1890), esta actividad cesó gradualmente. Otro recurso económico era la explotación de plantas (*yareta* y *thola*) utilizadas como combustible en las fundiciones mineras. Esta actividad se detuvo con el uso del carbón y el petróleo.

A las primeras tradiciones de la movilidad para complementar la dieta alimentaria se sustituyeron gradualmente la movilidad laboral orientada hacia la obtención de ingresos para la compra de materiales y productos alimenticios. Esta necesidad de movilidad refleja nuevas exigencias impuestas por la colonización y nuevas necesidades relacionadas con la monetización de la economía. Pero también se refiere a la falta de actividades locales que proporcionen ingresos decentes. De hecho, la agricultura local es aleatoria y no existía entonces mercado para la producción agrícola y ganadera.

El poblamiento desde 1950

La región del Salar de Uyuni reviste la imagen de una región marcada, en proporciones más altas que otras del país, por un proceso de éxodo rural y el declive demográfico. A. Spedding y D. Llanos (1999), en el caso de los valles interandinos de Cochabamba, mencionan la despoblación a partir de 1970, mientras W.C. Plata Quispe *et al.* (2002), en un estudio del Altiplano norte, hablan del abandono de las zonas rurales a partir de 1952, cuando ocurrió la revolución nacional boliviana y la reforma agraria que siguió. Por último, E. Madrid Lara (1998), en un estudio del Altiplano central, también sitúa la activación del éxodo rural a partir de la misma fecha, aunque señala que el crecimiento de la ciudad de Oruro fue determinante en esta fase de la emigración, con un gradiente de distancia a la ciudad (desde los 1950s para las comunidades cercanas, sólo desde los 1970s para las comunidades más remotas).

Por ello, el año 1952 es una fecha importante en Bolivia, con fuertes repercusiones en la vida política y social del país, pero también en su organización espacial, y sobre todo en la distribución de los centros de población. Además, 1950 es, precisamente, la fecha de un censo nacional en Bolivia, desde el cual podemos captar las evoluciones demográficas y sociales.

El bajo crecimiento de la población¹³

A escala nacional, los datos indican un aumento del 207% en el período 1950-2001, con la población que pasó de 2704165 en 1950 a 8274325 en 2001. Todos los

13 Los datos estadísticos relativos a la evolución demográfica de Bolivia vienen de los censos efectuados por el INE (Instituto Nacional de Estadísticas) en 1950, 1976, 1992 y 2001.

departamentos han tenido, durante el período 1950-2001 un crecimiento fuerte o muy fuerte de la población urbana (excepto por Pando), mientras que el aumento de la población rural es más contrastado. De hecho, en los departamentos de Santa Cruz y Cochabamba, el crecimiento de la población rural fue significativo, mientras que es mucho más bajo que en el resto del país.

En participación relativa, el país se urbaniza crecientemente desde hace unos cincuenta años, ya que la proporción de la población urbana hacia 1950 es menor al 30%, frente a algo más del 60% en 2001. Este crecimiento se produce, sin embargo, a un ritmo más lento a partir de 1990.

Paralelamente se asiste, desde 1960, a un desplazamiento de la población hacia las tierras bajas y el departamento de Santa Cruz, a raíz de las políticas de colonización agrícola y equipamiento del Oriente (fig. 3).

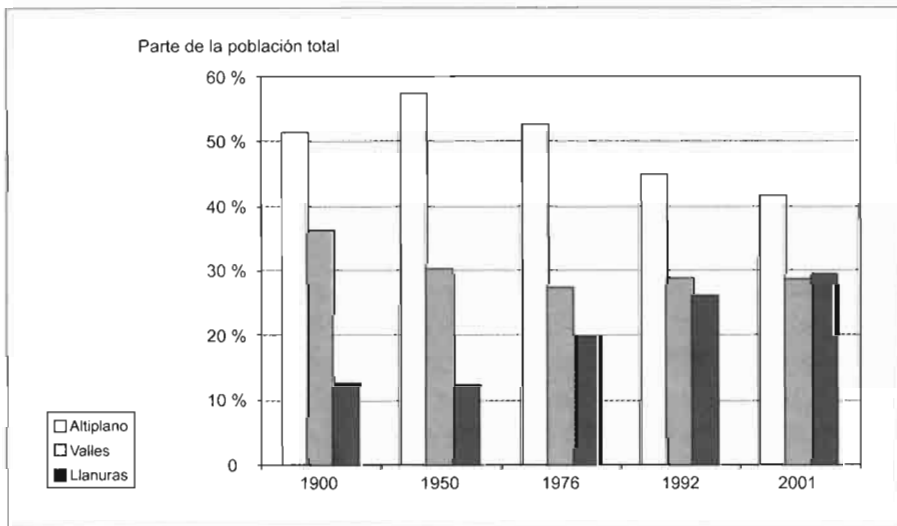


Figura 3
Repartición de la población boliviana por grandes zonas ecológicas 1900-2001.
Fuente: Blanchard, 2005: 66 (datos de Ledo 1999 e INE censo 2001).

En este contexto general, las zonas rurales del altiplano, especialmente en los departamentos de Oruro y Potosí, se encuentran entre las que experimentan el crecimiento demográfico más bajo desde 1950. La figura 4 muestra la evolución de la población de los municipios de la región del Salar de Uyuni¹⁴. El crecimiento poblacional para el período 1950-2001 es de alrededor del 7%, muy lejos del 207% registrado a nivel nacional. Excepto los de Santuario de Quillacas y Uyuni, la población de los municipios estudiados aumentó durante el período 1950-2001,

14 Ver en Vassas Toral (2011) para las precisiones metodológicas de cálculo.

pasando de 47697 en 1950 a 50875 en 2001. De hecho, la ciudad de Uyuni era el centro ferroviario más grande del país, por donde transitaban los minerales. El cierre de muchas minas alrededor en 1985, provocó el declive de esta ciudad. El municipio de Uyuni contiene el conjunto de la población urbana de los nueve municipios¹⁵, debido a la presencia de la ciudad de Uyuni: 58% en 1992 (11372 personas) y el 56% en 2001 (10551 personas). Entre los dos últimos censos, el crecimiento fuera del área urbana fue ligeramente negativo.

El crecimiento demográfico sigue siendo muy bajo, entonces, en comparación con el del país.

En detalle, para el período inter censal 1950-1976 las tasas están comprendidas entre - 0,8 y el 1,1%, digamos una relativa estabilidad de la población. Este periodo post-revolucionario nacional corresponde a la nacionalización de las minas y el inicio de la urbanización del país.

Para el período de 1976-1992, la tendencia general es una disminución de la población. Esta disminución es el reflejo de las migraciones y del “abandono residencial de los campos” en la zona. Este período corresponde por una parte a la creciente urbanización del país, por el otro a las políticas de colonización de las tierras bajas y el surgimiento de Santa Cruz como el nuevo gran polo económico.

Entre 1992 y 2001, en cambio, el crecimiento de la población es general en todos los municipios, salvo por el de Uyuni, que continúa su declive. Hay que apuntar un posible sesgo en los datos del 2001, ya que la población rural fue sobreestimada. En efecto, desde la Ley de Participación Popular y Descentralización Administrativa promulgada en 1994, el gobierno ofrece subsidios a los municipios (Participación Popular) en base a la población residente. Como resultado de ello, fueron muchos quienes se hicieron censar en sus comunidades de origen, cuando su principal lugar de residencia se encontraba en otra parte, generalmente en la ciudad. El hecho de mantener vínculos con las comunidades de origen, las costumbres de circulación e igualmente los sistemas de residencia dobles, han favorecido esta “táctica del regreso” para el censo. Si no es imposible que el período haya estado marcado por un crecimiento real de la población, esos datos del censo deben considerarse con cautela. Sin embargo, más tarde presentaremos una estimación personal de la población de las comunidades estudiadas en 2008, que confirma una tendencia al crecimiento.

15 Las zonas urbanas fueron definidas por el INE a partir del umbral de 2000 habitantes.

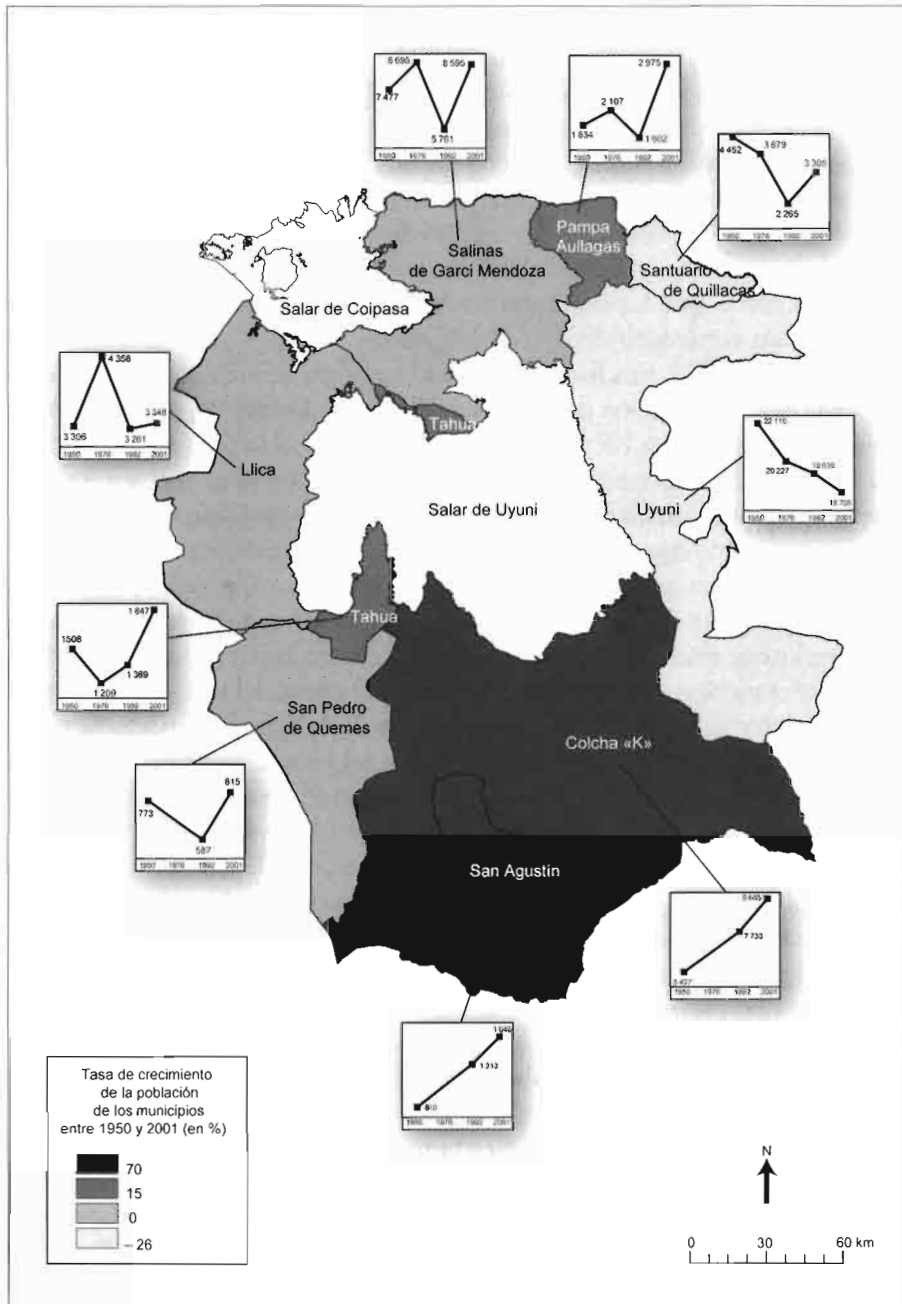


Figura 4
 Evolución de la población de los municipios de la región del salar de Uyuni (1950-2001).
 Fuente: INE, censos 1950, 1976, 1992, 2001 (datos redistribuidos según los límites administrativos para Salinas, Tahua y Llica, 2001). Elaboración propia, en colaboración con S. Coursière.

El análisis de las formas del hábitat da una idea de los cambios demográficos en la zona *Intersalar*. En esas comunidades, los rastros de hábitat antiguamente ocupado pueden indicar una disminución de la población residente y un proceso de migración. Se tocan, sin embargo, casas abandonadas (sin techo o con un techo que se derrumba) con casas con techos de calamina más recientemente construidas (casas ocupadas de forma permanente o temporal), lo que también podría reflejar una sustitución de las formas de vivienda, con familias que habrían podido construir casas con materiales más “modernos” y abandonando su antigua casa. Pero es cierto que las segundas son menos numerosas que las primeras, lo que indicaría un verdadero declive demográfico.

En las comunidades estudiadas y situadas fuera de la zona de *Intersalar* (al este y al sur del salar), la configuración del hábitat es diferente. De hecho, estas comunidades fueron antes comunidades de pastores, de manera que el hábitat era muy disperso. Con la implantación de escuelas, la llegada de la electricidad y el aumento de la producción de la quinua, las poblaciones tendieron a reagruparse en ciertos sectores del territorio comunitario. Así, el pueblo de Candelaria (municipio de Uyuni) es de reciente formación, ya que corresponde a una nueva ubicación de las poblaciones de las áreas circundantes y a la creación de un nuevo centro donde el hábitat se caracteriza por casas exclusivamente nuevas. Sin embargo, si recorremos el resto del territorio de la comunidad, muchas son las casas y aldeas abandonadas. El caso de San Juan (municipio de Colcha “K”) es bastante similar pero, a diferencia de Candelaria, el centro actual de la comunidad no es una creación como tal, ya que se encuentra desde hace mucho en el mismo lugar. Para estos dos pueblos, la impresión es de una evolución demográfica positiva, lo que confirman nuestras propias estimaciones.

Así, las casas abandonadas de la región del Salar de Uyuni reflejan un éxodo rural que realmente afectó a algunas comunidades. Pero, algunas aldeas “fantasmas” que se podría pensar desiertas, corresponden en realidad a una relocalización residencial de las poblaciones, en pueblos convertidos en centros comunitarios o en los pueblos cercanos.

Estructura demográfica y distribución de la población

El estudio de la estructura demográfica completa el análisis de las dinámicas poblacionales. Se distinguen dos tipos de pirámides de población (fig. 5). En primer lugar, las pirámides relativamente equilibradas en términos de representación de franjas de edad y distribución de género; es el caso de los municipios Colcha “K”, Salinas de Garci Mendoza, Pampa Aullagas, Tahua y San Agustín, es decir los municipios situados en las fronteras norte y sur del Salar de Uyuni. Sin embargo, para los otros cuatro municipios, intervienen “huecos” en algunos grupos de edad. En San Pedro de Quemes y Llica, los huecos aparecen a partir de la franja de 30 a 39 años para continuar hasta la cima de la pirámide, lo que indica la partida de

una población joven y activa, sin retorno. En Santuario de Quillacas, en cambio, un hueco de efectivos desde la franja de edad de 20-29 años, dobla el perfil hasta los 39 años. El retorno a una pirámide clásica luego puede reflejar las migraciones de retorno a partir de los 40 años. Por último, la pirámide del municipio de Uyuni es la más desequilibrada, presentando una hinchazón de la población joven (0-19 años) y reducida en las franjas de mayor edad, para ambos sexos.

En cuanto a los índices de masculinidad, que representan el número de hombres por cada 100 mujeres, los resultados globales en el campo del Altiplano Sur no muestran un fuerte desequilibrio, están entre 91 y 120. Se observa, de todas maneras, un mayor número de hombres, excepto en dos municipios, los de Uyuni y San Agustín. Los desequilibrios más fuertes se dan en uno de los municipios fronterizos con Chile, el de San Pedro de Quemes (120 hombres por 100 mujeres). Este hallazgo resulta paradójico si tenemos en cuenta que la migración rural, tradicionalmente más bien induce a una feminización del campo, al ser generalmente los hombres quienes parten. A menos que, en el Altiplano Sur, las migraciones afecten a mujeres tanto como a hombres. Volveremos a estos aspectos en el análisis más detallado de los sistemas de movilidad de las poblaciones.

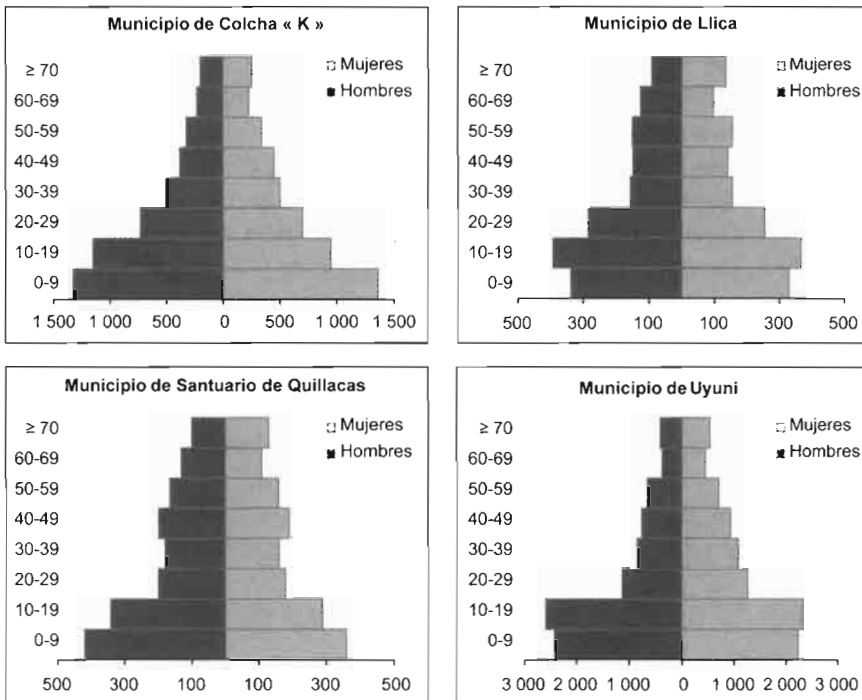


Figura 5
 Pirámides de población de algunos municipios estudiados, 2001.
 Fuente: INE, censo 2001 (datos redistribuidos según los límites administrativos para Llica).

Si la estructura demográfica de la población presenta ciertos desequilibrios (ahuecamiento de la pirámide a partir de los veinte años, elevada tasa de masculinidad), sin embargo no se ajusta al esquema clásico de los campos que pierden muchos migrantes y están marcados por el envejecimiento y la feminización de la población rural.

El censo de Bolivia el 2001 contó a un 41% de la población total en el conjunto del Altiplano (Altiplano norte, donde se encuentra la capital, Altiplano central y sur), población que no deja de perder su peso demográfico relativo, en beneficio de valles y tierras bajas (CODEPO, 2004). Bolivia, con una superficie de alrededor de 1,1 millones de km², tiene una densidad media de 7,53 hab./km², lo que representa un débil empuje de poblamiento. Sin embargo, las densidades rurales pueden ser relativamente altas, yendo más allá de 200 hab./km² en algunas zonas vecinas al Lago Titicaca o en Cochabamba. En contraste para el área estudiada, la densidad de población varía entre 0,2 y 2,6 hab./km² con muy baja densidad media de 1,26 hab./km²¹⁶.

La población rural del Altiplano se reparte en unidades territoriales denominadas “comunidades”, ellas mismas constituidas ya sea por un solo pueblo (para las pequeñas comunidades) o por diferentes aldeas (estancias o villorrios en las comunidades más grandes). La llegada de las escuelas, luego de la electricidad “aprieta” las residencias de los habitantes, las estancias y villorrios a menudo son abandonados durante el año escolar y son re habitados durante las vacaciones, los trabajos agrícolas y de pastoreo.

Según el censo del 2001, la población de las comunidades varía entre nueve personas para las menos pobladas y 990 para las más grandes. La figura 6 refleja la distribución espacial de las comunidades en la región del Salar de Uyuni y los efectos de la repartición con desigualdad en la distribución, por una parte, entre el norte y el sur, y por otro, entre la parte occidental (zona frontera con Chile) y la oriental. Uno de los factores que explican la menor densidad hacia el sur y el oeste tiene que ver con la orientación productiva de las comunidades. Las comunidades del norte, en efecto, son más agrícolas que las del sur, más dedicadas a la ganadería extensiva, lo que va junto a territorios comunitarios más amplios y menos poblados. Hacia el sur, pues, el hábitat está más disperso dentro de las comunidades, sabiendo, sin embargo, que hemos representado el mapa poblacional a partir del centro del pueblo.

16 Esas cifras son el resultado de un nuevo análisis de los datos del censo del 2001 y entonces no aparecen como tales en los trabajos del INE.

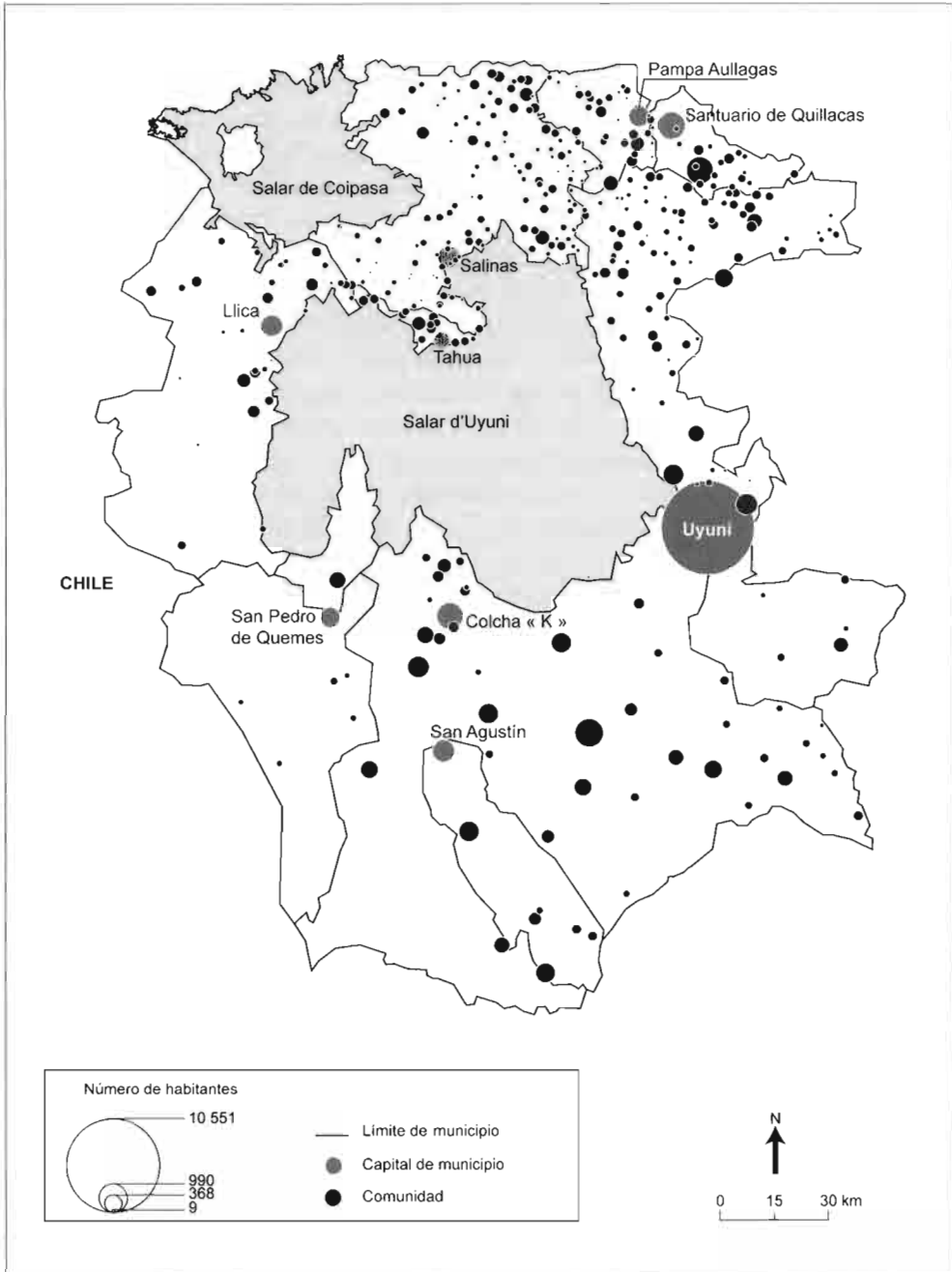


Figura 6
Repartición de la población en las comunidades en la región del salar de Uyuni en 2001. Número de habitantes.
Fuente: INE, 2001. Elaboración propia, en colaboración con S. Coursière.

¿En qué medida los datos del censo de 2001 se corresponden con la realidad, y más aún la situación en 2008, el año de nuestras investigaciones? En las comunidades, resultó sumamente difícil determinar con certeza el número de habitantes. Contar el número de residentes es de hecho una tarea compleja, ello también para la población local, ya que los significados del término “habitantes” varían según los interlocutores. ¿Se refiere uno a la población permanente? ¿A la que cultiva? ¿A la nacida en la comunidad? ¿A la población “miembro” de la comunidad? En otras palabras, el criterio podría ser el de la residencia (con todas las ambigüedades de su definición), de origen o el del acceso a los recursos.

Según el criterio de residencia, la única fuente oficial que tenemos para el conjunto de las comunidades es el censo general de población del 2001¹⁷. Y bien, muchas personas originarias de las comunidades se hicieron censar en su comunidad mientras que no residían allí, o lo hacían de forma discontinua (doble residencia). Los datos del censo son útiles porque dan una estimación mínima del número de individuos miembros de la comunidad. Pero que no reflejan la realidad de la población residente. Sin embargo, en Bolivia, los datos del INE del 2001 son un punto de referencia para el conjunto de políticas públicas. Establecen los presupuestos municipales, como ya se mencionó, y también determinan las modalidades de intervención en las áreas de salud y educación.

Para la salud, por ejemplo, el índice de crecimiento demográfico calculado por el INE para cada municipio de acuerdo a los datos 1992-2001 sirve para determinar el volumen de la población, y es sobre esta base que anualmente se asignan los medios a los centros salud. Pero todos saben que la población real es menor, y algunos centros y puestos de salud hicieron entonces su propio censo para determinar la población a tratar. No pudimos acceder a esta información sino para dos de las comunidades estudiadas: San Juan y Palaya. Para Otuyo y Chilalo, escasamente pobladas, pudimos realizar nuestro propio censo y, en el caso de Candelaria, se utilizó la lista de productores con derechos en la comunidad (derechohabientes), completada con la asistencia de un representante de la comunidad. Los resultados se muestran en la Tabla 1.

17 Los censos de 1950 y 1976 no se efectuaron a la escala de las comunidades y el de 1992 es difícilmente explotable a esta escala.

Tabla 1
Población de las cinco comunidades estudiadas en 2008

	Población censada 2001 (INE)*	Población censada 2008 (PS)*	Población residente estimada		
			Población permanente 2008		Población mayor de 15 años de edad en doble residencia
			Total	+ 15 años ⁽¹⁾	
San Juan	582 ⁽²⁾	429	429 (PS)	299 (PS)	15
Candelaria	256 ⁽³⁾		183 (AVT) ⁽⁵⁾	153(AVT) ⁽⁵⁾	8
Palaya	213	180 ⁽⁴⁾	107 (AVT)	66 (AVT)	28
Chilalo	78		37 (AVT) ⁽⁶⁾	18 (AVT) ⁽⁶⁾	9
Otuyo	66		40 (AVT) ⁽⁶⁾	27 (AVT) ⁽⁶⁾	11

* INE: *Instituto Nacional de Estadísticas*, PS: puesta de salud, AVT: elaboración propia.

(1) Consideramos la población mayor de 15 años de edad, edad potencial de salida en migración.

(2) Reagrupación de las entidades estadísticas: San Juan, Amor, Turuncha y San José.

(3) Reagrupación de las entidades estadísticas: Candelaria de Viluyo, Mulasi, Poqueroma, Lupi et Challa Vinto.

(4) Según el documento: "*Nómina de habitantes de la comunidad de Palaya*", proporcionado por el asistente sanitario, completado con el representante de la comunidad del año 2008.

(5) Según el documento: "*Lista de contribuyentes*", proporcionado por las autoridades locales, completado con el representante de la comunidad del año 2007.

(6) Censo personal.

Caracterización estadística de la migración interna

Se acostumbra a distinguir, en el estudio de la movilidad, las migraciones internacionales de las migraciones internas. Esta distinción, sin embargo, tiende a desaparecer tan pronto como tenemos en cuenta las trayectorias de movilidad de los individuos. De hecho, el área de los destinos migratorios en esta región va más allá de las fronteras nacionales, lo que no reflejan los datos del censo del INE, que no incluyen las variables relativas a la movilidad internacional. Sobre la base de los datos del INE, aquí se tendrán en cuenta los movimientos estrictamente internos de la población: ¿qué lugar tienen en la dinámica de poblamiento de la región? ¿Cuáles son los orígenes y destinos migratorios en el área de estudio?

Entre las preguntas formuladas en el censo del 2001, aplicadas a toda la población del país, dos tenían que ver con la migración: primero el lugar de nacimiento, y luego el lugar de residencia cinco años antes de la fecha del censo (1996). No había pues ninguna pregunta acerca del año de instalación en la residencia actual. Basado en el principio de residencia única, este censo no planteó más preguntas sobre otros posibles lugares de residencia de la persona.

Si bien los datos del censo permiten conocer las cantidades de migrantes y flujos intercensales, no dan cuenta de los movimientos temporarios, las sucesivas migraciones o movimientos reversibles (Domenach y Picouet, 1995: 17). Se utilizaron tres indicadores: el lugar de nacimiento, lugar de residencia en 2001 y el lugar de residencia en 1996. La escala espacial del censo del INE es el municipio.

La migración se llama antigua cuando el lugar de residencia en 2001 es diferente del lugar de nacimiento, y reciente cuando hubo un cambio de residencia entre 1996 y 2001.

Tres municipios se caracterizan por una gran cantidad de antiguos emigrantes (más del 40%): Uyuni - de la que ya hemos mencionado el declive de su centro urbano (la ciudad de Uyuni) y de las minas alrededor; Llica y San Pedro de Quemes ambos de los cuales son frontera con Chile y donde la actividad agrícola es muy incierta debido a las condiciones ambientales. Por otra parte, la proporción de antiguos emigrantes no es muy alta (entre 20% y 25%), lo que tiende a relativizar la idea de éxodo rural en estos municipios.

En cuanto a la categoría de antiguos inmigrantes, conviene relativizar su peso en el seno de la población total, ya que parte de las personas que llegaron a instalarse en los municipios de la zona de estudio son en realidad originarias de las comunidades, es decir, los hijos de inmigrantes nacidos en el lugar de trabajo de sus padres (minas, ciudad) y que luego retornaron con ellos, como "inmigrantes pasivos." Luego están las mujeres que se instalan en el municipio de sus esposos en el momento de su matrimonio. La proporción de antiguos inmigrantes en los municipios estudiados osciló entre el 7% a casi 28%. Los residentes "originarios" (en el sentido de lugar de nacimiento) son ampliamente mayoritarios en todos los municipios (al menos en 70%).

Las siguientes figuras (7 y 8) indican el lugar de residencia de los antiguos emigrantes y el origen de los antiguos inmigrantes de todos los municipios.

En general, los sitios de residencia de la población "emigrada" en 2001, nacida en un municipio del Altiplano Sur, están en su inmensa mayoría en el Altiplano Central y Norte (Oruro y La Paz) y en los valles interandinos de Bolivia (Potosí, Cochabamba en particular). Comparativamente, el Oriente, y sobre todo la ciudad de Santa Cruz, siguen siendo una atracción secundaria, lo que relativiza la idea de que se hubiera dado, al menos en esta región, una deriva demográfica desde las tierras altas hacia las bajas. Se observa, además, la importancia de las migraciones de cercanías, especialmente a la ciudad de Uyuni, situada al este de nuestra zona de estudio, así como el atractivo de ciertas regiones fronterizas con la Argentina, como Villazón y Tarija al sur de Bolivia.

El efecto de proximidad es aún más visible para los flujos de inmigración. Los lugares de nacimiento de los residentes no nativos, en efecto, están en la gran mayoría en el seno mismo del Altiplano Sur, es decir, en los municipios vecinos de los departamentos de Oruro y Potosí. Hay mucho menos inmigrantes de otros departamentos, como La Paz y Cochabamba.

La inclusión de los cambios residenciales durante el período 1996-2001 capta los últimos patrones espaciales de migración interna. A nivel nacional, las tasas netas de migración negativas corresponden a casi todos los municipios de la región andina, en beneficio de los municipios de tierras bajas.

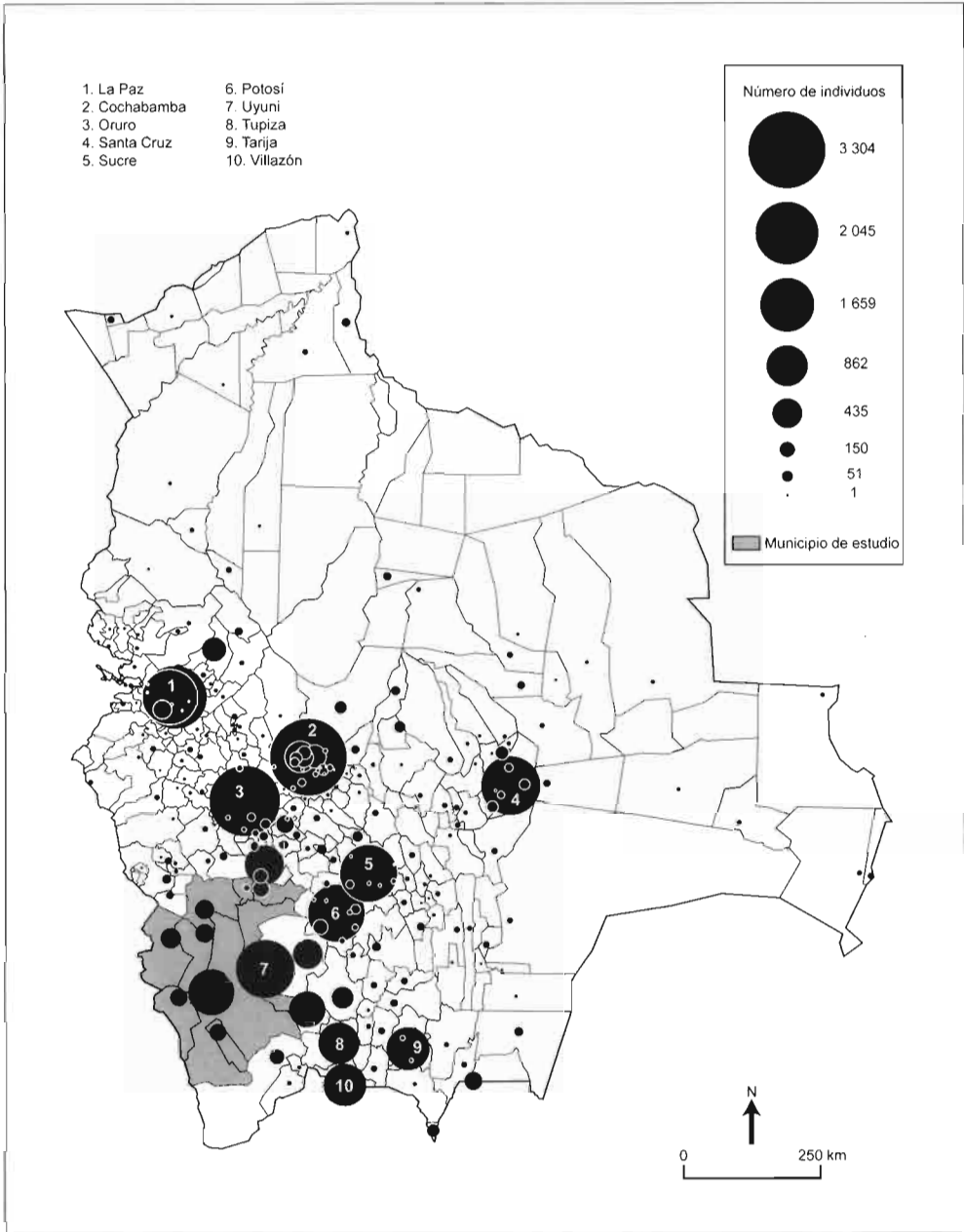


Figura 7
Residencia en 2001 de los antiguos emigrantes de los municipios estudiados.
Fuente: INE, 2001. Elaboración propia, en colaboración con S. Coursière.

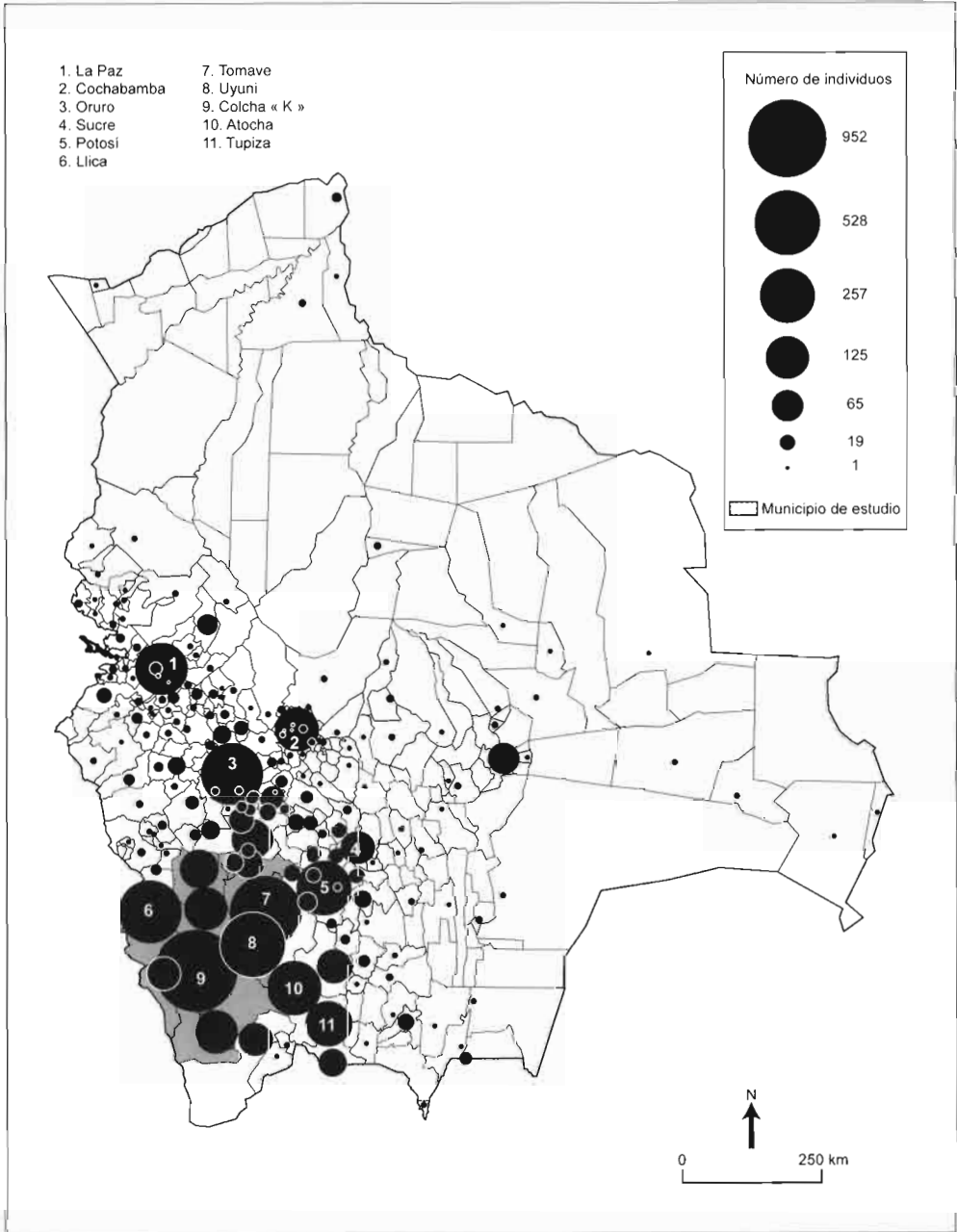


Figura 8
Lugar de nacimiento de los antiguos inmigrantes residentes en los municipios estudiados en 2001.
Fuente: INE, 2001. Elaboración propia, en colaboración con S. Coursière.

Así, para todos los municipios de la región del Salar de Uyuni, excepto Santuario de Quillacas, las tasas netas de migración anual (fig. 9) son negativas, especialmente para aquellos que están en posición muy periférica, al oeste y al sur el Salar de Uyuni. Estos municipios “expulsan” más población de la que reciben; el crecimiento demográfico registrado entre los dos últimos censos es positivo y se debería exclusivamente al crecimiento natural.

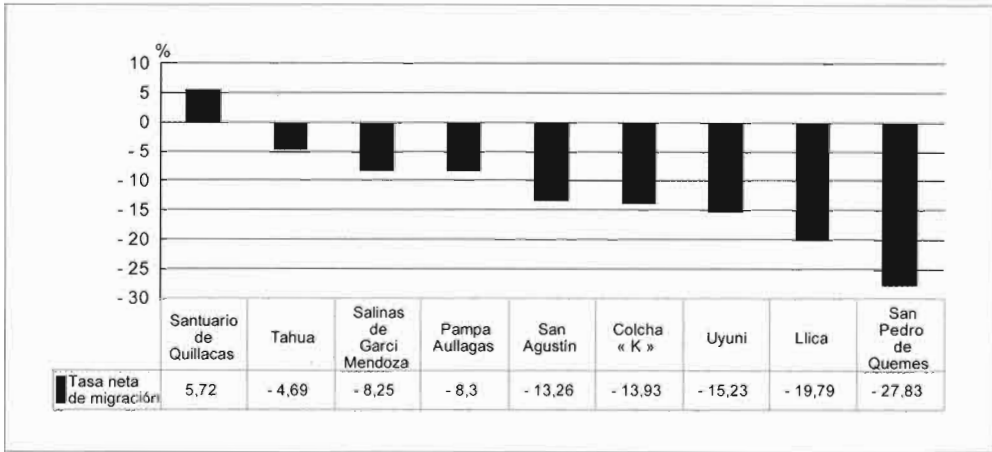


Figura 9
Tasa neta de migración interna de los municipios estudiados (1996-2001).
Fuente: INE, censo 2001, cálculos CODEPO, 2004.

Por último, el análisis de la dinámica de poblamiento –fundamental para hacer un balance del impacto demográfico del auge de la quinua– desemboca en conclusiones contradictorias. Las fuentes oficiales del censo dan fe de un bajo crecimiento demográfico de la región, algunos indicadores relacionados con la vivienda y el cierre de algunas escuelas van en la dirección de una población en declive. Del mismo modo, los censos locales o nuestro propio recuento indican una disminución de la población, por lo menos de la que reside permanentemente en las comunidades. Si las migraciones rurales no han escatimado esta región, su magnitud se mantiene relativamente moderada en el largo plazo.

Del mismo modo, la feminización y el envejecimiento de las campañas, fenómenos clásicos en las zonas rurales de fuerte emigración, no son puestos a la luz en la región. Es pues difícil concluir en un descenso demográfico en la región Salar de Uyuni, especialmente durante la década 1990-2000. Las lógicas demográficas son en realidad más complejas de lo que se resume en la migración como disminución de población activa. El análisis de las trayectorias de movilidad mostrará la diversificación y complejidad de los sistemas residenciales en los últimos años, que participan de nuevas dinámicas demográficas y económicas en la región.

Una economía local basada en agricultura y pastoreo

El censo de 2001, en la escala de Bolivia, indica que el 45% de la población activa trabaja en el sector primario, el 14% en el sector secundario y el 40% en el sector terciario. El porcentaje relativo del sector primario es sorprendentemente elevado en relación con la proporción de la población urbana que sube al 62%¹⁸. Estos datos reflejan la importancia de la actividad agrícola, todavía ampliamente dominante, y a veces exclusiva, en las áreas rurales bolivianas.

Este esquema es propio de la región del Salar de Uyuni, cuya base económica local está en el sector primario, sobre todo agricultura y ganadería. La diversificación de las actividades locales es muy poco marcada, limitada a actividades mineras y turismo (este último especialmente en el sur del salar), a los que podemos añadir la extracción de sal, pero que sigue siendo muy marginal. Si la zona es rica en recursos minerales, estos se explotan cíclicamente, según los precios del mercado. La región se mantuvo alejada del desarrollo industrial que es, por otra parte, bastante bajo en Bolivia, mientras que comercios y servicios siguen estando muy concentrados en unos pocos pueblos rurales o en la ciudad de Uyuni.

Los datos estadísticos sobre el empleo del censo del 2001, es decir sobre el sector de la principal actividad declarada por los individuos¹⁹, confirman esta característica: el predominio del sector primario para todos los municipios, excepto por el de Uyuni, donde el sector terciario llega lógicamente en primera posición (empleos en los servicios y la administración en la ciudad de Uyuni). Los municipios fronterizos (San Pedro de Quemes, Llica) y los de la parte sur (San Agustín, Colcha "K") indican un sector terciario más importante (entre el 21% y el 36% de la población activa) que en otros municipios. Son los cuatro municipios en los que las condiciones climáticas son más extremas, limitando severamente la actividad agrícola. El municipio de San Pedro de Quemes se volvió hacia el comercio transfronterizo con Chile, mientras que la tercerización de la economía en el municipio de Llica está relacionada con la presencia de un gran centro educativo (Escuela Normal). En los municipios de Colcha "K" y San Agustín, es el turismo el que explica la importancia relativa del sector terciario.

El principal problema de las estadísticas consideradas es el hecho de que los individuos declaran sólo una actividad: la principal. Como señaló H. Guétat-Bernard (1998: 261), estos datos no reflejan, entonces, la pluri-actividad de los individuos y el sector de estas diferentes actividades: "Una de las debilidades de los estudios estadísticos es subestimar el conjunto de las ocupaciones y los tipos

18 Entre los países andinos, Bolivia es el que tiene la parte del sector primario más elevada. Por ejemplo, la parte del sector primario en la población activa es del 8% en Ecuador para 64% de urbanos, de 30% en Colombia para 74% de urbanos y de 9% en el Perú para 71% de urbanos.

19 La pregunta sobre la actividad se la hace a todas las personas, de 10 a 98 años incluidos.

de empleos de los individuos y los hogares, para privilegiar, para cada uno, lo que parece principal". Para la población del Altiplano Sur, la pluri-actividad es una vieja realidad que continúa hoy (Molina Rivero, 1986; Laguna, 2003; Parnaudeau, 2006; Gasselin, 2009; Vassas y Vieira Pak, 2010), y de forma incluso más amplia en el resto de los Andes (Altamirano, 1992; Zoomers, 1998, 2002; Spedding y Llanos, 1999; Alber, 2005).

La población practica la pluri-actividad multi-localizada, lo que significa que si la economía local está basada casi exclusivamente en la agricultura y la ganadería, la economía familiar, a su vez, es más diversa. Tampoco es cierto que la agricultura local sea la principal actividad, ya sea en términos de tiempo de trabajo o de ingresos, ya que la mayoría de la gente va a buscar ingresos fuera de su comunidad de origen, como asalariados de la agricultura, la construcción, el comercio o incluso el servicio doméstico para las mujeres. El tema de la multi-actividad se desarrollará ampliamente en la tercera parte, a partir de nuestras encuestas en las comunidades y la reconstitución de las trayectorias profesionales.

Desarrollo social y territorial: una lenta evolución

La persistencia de la pobreza

Bolivia es considerada como uno de los países más pobres de América Latina, con gran parte de su población en situación de pobreza²⁰. Los bolsones de pobreza extrema están en los municipios predominantemente rurales y en la región andina, de la que hace parte el Altiplano. Si los niveles de pobreza de la población rural han disminuido entre 1992 y 2001 (fig. 10), el campo boliviano acusa sin embargo grandes dificultades en términos de indicadores de desarrollo social y económico.

20 La incidencia de la pobreza se define en Bolivia a partir de los criterios establecidos por el Instituto Nacional de Estadística y la UDAPE (Unidad de Análisis de Políticas Económicas). Se refiere a la proporción de hogares cuyas condiciones de vivienda y acceso a los servicios (agua, salud, electricidad, educación) no satisfacen las necesidades básicas de acuerdo con un estándar mínimo predefinido. G. Cortes (2008) indica que los datos de las encuestas a hogares (base MECOVI Mejora de encuestas y medición de las condiciones de vida en América Latina y el Caribe-CEPAL/BID/Banco Mundial), que son más completos -ya que también integran en el cálculo los niveles de ingreso y consumo-, no hacen variar la configuración general de la incidencia de la pobreza en el país.

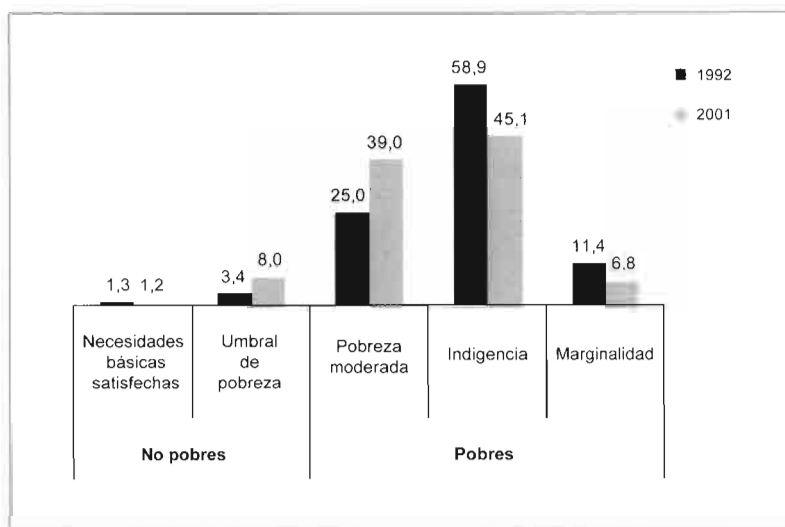


Figura 10

Repartición de la población rural boliviana por grupos de satisfacción de las necesidades básicas, censos 1992 y 2001 (en %).

Fuente: INE, 2001a: 9 (datos INE, UDAPE)

En la región del Salar de Uyuni, la proporción de la población pobre en 2001 oscila entre el 89 y el 100%, a excepción de Uyuni (58%). Pero más de la mitad de los municipios del área de estudio alcanzan tasas superiores al 90%. Estas cifras confirman un fenómeno persistente en Bolivia, y más ampliamente en los países del Sur, a saber, las grandes disparidades de desarrollo entre las ciudades y el campo²¹. Por otra parte, no hay evidencia de una mejora general de los indicadores de desarrollo social durante la década de 1990 a 2001. En cambio, para el período más reciente, las observaciones de campo muestran evoluciones positivas influenciadas por el auge de la quinua.

Índices socio demográficos y educación

Los índices demográficos básicos (tasa global de fecundidad, tasa de mortalidad infantil y esperanza de vida) de las poblaciones del Altiplano Sur reflejan un proceso de transición demográfica aún en gran medida en curso, y cierta vulnerabilidad socio demográfica característica de los países del Sur.

La tasa global de fecundidad se caracteriza por una disminución generalizada entre 1992 y 2001 y se situó el 2001 entre 3,7 y 5,3 hijos por mujer según los

21 Para la comparación, a nivel nacional, la proporción de población pobre llega al 91% en la zona rural y 39% en medio urbano.

municipios. Estas tasas están muy por debajo de la media rural nacional, que es de 6,3. La tasa de mortalidad infantil se redujo en todos los municipios entre 1992 y 2001, a veces de manera espectacular. Todavía sigue siendo alto, con alrededor de uno de cada 10 niños, lo que significa que, dada la tasa de fecundidad, estadísticamente una de cada dos mujeres sabe de la muerte de uno de sus hijos. Por último, los datos sobre la esperanza de vida al nacer también indican diferencias significativas que pueden llegar hasta los 14 años: 48,9 años en Santuario de Quillacas contra 62,4 años en Llica, localidad que cuenta con un mejor acceso a servicios y equipos médicos.

Estos índices reflejan la dificultad de acceso a los servicios de salud en esta región. En efecto, las políticas nacionales de salud son recientes y a menudo insuficientes para cubrir las necesidades, sobre todo en esta región de Bolivia marcada por el aislamiento y por la lejanía de comunidades rurales con equipos médicos. El personal de salud es de 0,92 a 3,79 personas por cada 1 000 habitantes en los municipios de la región según el PNUD-Bolivia INE (2005). A nivel nacional, tres tipos de estructuras organizan el sistema de salud: hospitales (principales y secundarios), los centros y puestos de salud y finalmente los enfermeros móviles. Las capitales de los municipios están equipadas con un centro de salud y algunas raras comunidades tienen una posta sanitaria para la atención básica. Los enfermeros hacen rondas por las comunidades, como una vez al mes, aunque el ritmo es irregular. La ciudad de Uyuni está equipada con un hospital, pero los servicios aún son reducidos. Los habitantes de la región se ven obligados pues, en muchos casos, a ir a Oruro o Potosí (entre 6 y 10 horas de viaje) y algunos no dudan en ir a Sucre o La Paz (viajes de 10 a 15 horas).

Recordemos que a ese sistema formal de salud se yuxtapone un sistema de medicina tradicional (curanderos y *yatiris*), ampliamente utilizados por las familias de la región.

En cuanto a la educación, antes de las posibilidades de acceso a las escuelas públicas, los pueblos se organizaban para garantizar la educación básica a los niños remunerando a una persona del pueblo con cierto nivel de educación. P. Laguna (2011) afirma que “desde finales del siglo XIX, los habitantes de la periferia del Salar de Uyuni, en especial los de las zonas fronterizas con Chile, integraron la educación pública como un componente esencial de su vida, el medio por el que pueden articularse a la sociedad global. Aprovecharon al máximo las políticas estatales para crear escuelas primarias y secundarias, que se iniciaron en la primera mitad del siglo XX, y luego las escuelas normales después de la revolución de 1952”.

Las figuras 11 y 12 muestran desarrollos convergentes en el sector de la educación.

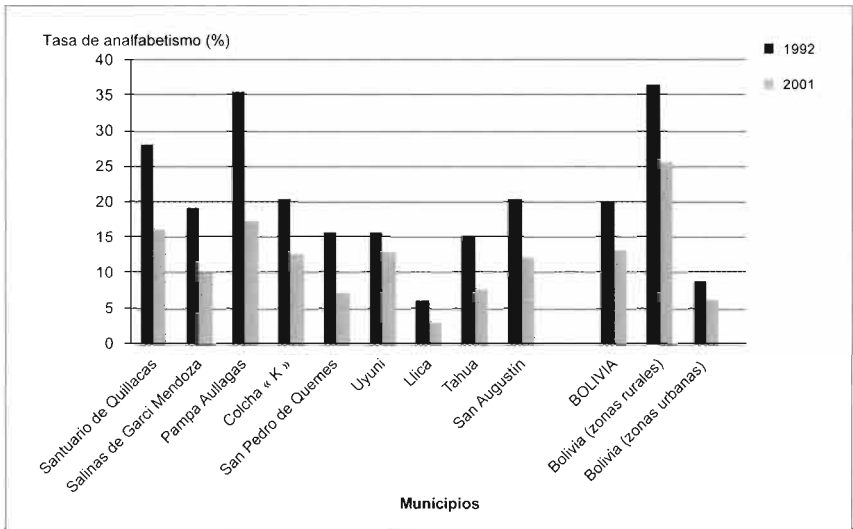


Figura 11
Evolución de la tasa de analfabetismo de la población de los municipios estudiados entre 1992 y 2001.
Fuente: INE, censos 1992, 2001.

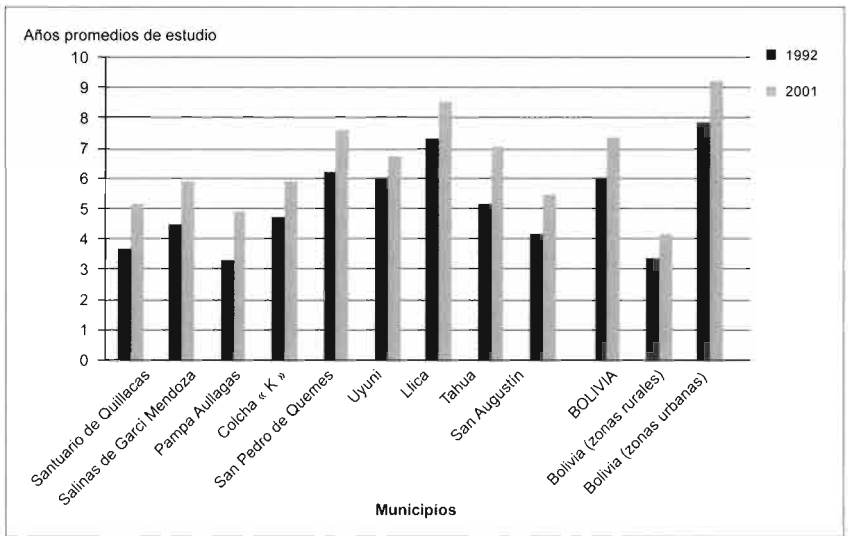


Figura 12
Evolución de los años promedios de estudio de la población de los municipios estudiados entre 1992 y 2001.
Fuente: INE, censos 1992, 2001.

La alfabetización y el nivel de escolarización están en plena mejoría desde hace una década. Esta tendencia está vinculada con las políticas nacionales de equipar los campos.

El sistema educativo de Bolivia tiene tres niveles: primario, secundario y superior. En las zonas rurales, las unidades educativas incluyen varias escuelas primarias y, a veces un colegio. En la zona estudiada, algunas comunidades cuentan con una escuela primaria, cuando hay suficientes niños. La región está considerada como fronteriza y se beneficia, por tanto, con una política reforzada de desarrollo, gracias a la cual el número umbral de niños para que pueda acceder un maestro, es menor que la permitida en otras áreas de Bolivia. Frecuentemente se trata, en tales casos, de clases únicas. El nivel secundario (colegio) se encuentra generalmente en las capitales de municipio. En la región del Salar de Uyuni, hay una sola institución de nivel superior, que es la Escuela Normal de Llica. Puede mencionarse también el establecimiento de CETHA²² en Salinas y los del CEMA y de la IBA en Uyuni, que son centros de educación técnica.

La oferta educativa es pues reducida y no siempre tiene buena reputación, por lo que cada vez más familias se vuelcan a la ciudad para la educación de sus hijos.

Una región en desarrollo

El acceso al agua es un problema recurrente en esta región árida. La mayoría de las comunidades cuenta con una fuente de agua dulce, pero algunas utilizan el agua salina de los pozos excavados en el *pelar* (caso Palaya en particular). Desde hace veinte años, se construyen tanques de agua así como canalizaciones que llevan agua a la aldea. El agua está disponible entonces en las pilas o grifos comunes. Estos trabajos generalmente fueron financiados, mientras los habitantes del pueblo que participaron con la mano de obra.

El acceso del sector a la electricidad es reciente. Anteriormente, si bien algunas comunidades estaban equipadas con paneles solares individuales (financiados por ONGs), la mayoría de las casas se iluminaban con velas. Hoy en día, algunas comunidades cuentan con un generador y entonces se benefician 2-3 horas de electricidad al día. Pero lo nuevo es la instalación de electricidad en el área. En efecto, la subprefectura de Salinas se beneficia de ella desde 2007 y, desde fines de 2008, la electricidad llegó a Llica, sirviendo en su recorrido a algunas comunidades. Estos progresos no debe ocultar la extrema debilidad de cobertura de la región, sobre todo en la parte sur.

Las redes de telecomunicaciones, a su vez, permanecen deficitarias en gran parte. Antes había telégrafo, sobre todo en las capitales de municipio. Desapareció hace varios años y se instalaron cabinas telefónicas en los pueblos y algunas comunidades. Pero el servicio es muy limitado y de mala calidad. Por otra parte, algunas comunidades tienen comunicación por radio, especialmente para las emergencias médicas, pero rara vez funcionan las radios. Los teléfonos fijos

22 CETHA: Centro de Educación Técnico Agropecuario Humanista.

nunca entraron a las casas. Sin embargo, la telefonía móvil se está desarrollando rápidamente en los últimos años; algunas comunidades ahora tienen acceso a la red de telefonía móvil.

Por último, al igual que muchas zonas rurales de Bolivia, la región del Salar de Uyuni está mal servida por las carreteras. Sin caminos pavimentados, sólo hay unos pocos caminos en mal estado, conectando algunos pueblos. Muy a menudo se toma el salar y el *pelar* para circular, lo que reduce las distancias y tiempos de viaje. Pero estos “atajos” son intransitables durante al menos cuatro meses del año (temporada de lluvias y sus secuelas), aislando algunas comunidades. La actual política nacional apunta a mejorar las infraestructuras viales a través de una inversión a cargo de los departamentos. Al sur del salar, la mina privada de San Cristóbal financió una buena carretera. Por último, se está llevando a cabo el proyecto del corredor bi-oceánico (que une el océano Atlántico con el océano Pacífico), que pasa al sur del salar.

Los viajes se hacen sobre todo por autobuses (flotas). Los tiempos de viaje son largos, pero esto no impide una intensa circulación. Los destinos y horarios de flotas obedecen a la demanda, mientras la oferta de servicios de transporte es más importante los días de mercado. Los trayectos de las flotas conectan algunas ciudades (Uyuni para la zona sur; Challapata y Oruro para la zona norte) y asisten a las comunidades ubicadas en su camino. Muchas comunidades no tienen acceso a un servicio de transporte colectivo. Sin embargo, todas ellas están conectadas entre sí y con la capital del municipio, lugar de partida del transporte público.

Si el uso de los medios de transporte privado (motos, camionetas, camiones) era muy raro hasta hace algunos años, hoy dejó de serlo. Para largas distancias, es aún más caro que emplear flotas. Esos vehículos se utilizan pues a nivel local y sobre todo para las necesidades de las labores agrícolas. Suele tratarse de vehículos contrabandeados de Chile, que entonces no pueden ir más allá de la misma zona.

En los principales pueblos de la región, como Salinas, Llica, Pampa Aullagas, Santuario de Quillacas, Coroma, comercios y servicios están muy poco desarrollados o limitados a pequeñas tiendas poco surtidas. Estos pueblos son lugares de tránsito o de residencia más que de actividades propiamente dichas. De hecho, son numerosos los miembros de las comunidades cercanas que tienen casa en ellos. Por otra parte, su desarrollo se debe mucho a los servicios educativos, que lleva a algunas familias a practicar una doble residencia, entre su comunidad y el pueblo vecino. La pobreza de los servicios comerciales, a su vez, obliga a la gente a desplazarse a la ciudad, es decir a distancias relativamente grandes, para la compra de bienes de consumo. Dependiendo de la ubicación y el servicio, van a Challapata, Oruro o Uyuni.

En la región del Salar de Uyuni, la gran feria²³ semanal de Challapata sigue siendo el principal polo local (incluso si está lejos de ciertas comunidades) en el que se vende sobre todo la producción de quinua y carne. Como alternativa a los comercios urbanos o las ferias locales, las personas pueden optar por comprar algunos productos frescos a los comerciantes que llegan directamente a algunas comunidades. Estos hacen, a menudo, de intermediarios en el comercio de quinua, que se hacen pagar en género, es decir en quinua. Por último, algunas familias instalan pequeñas tiendas de artículos básicos en sus propias casas.

Hasta el auge de la quinua, la región del Salar de Uyuni era una zona de producción agrícola, muy poco excedentaria, donde las lógicas familiares de producción se basan esencialmente en el autoconsumo. Sigue siendo así para algunos productos alimenticios (sobre todo la papa), pero los productos alimenticios básicos se compran en el mercado urbano (Oruro, Uyuni, Challapata). En este sentido, la región está en una fuerte situación de dependencia alimentaria respecto a otras áreas agrícolas, sobre todo los valles interandinos y las tierras bajas, donde las producciones son mucho más diversificadas y de donde vienen el arroz, las harinas, aceites y la mayoría de las frutas y verduras.

Así pues, la incidencia de la pobreza, el escaso grado de equipamientos y el aislamiento de los campos pesan en gran medida en las condiciones de vida de las poblaciones de la región del Salar de Uyuni, históricamente organizado en torno a actividades agrícolas y pastoriles. Sin embargo, ellas no están recluidas y asignadas de por vida a sus tierras. Con una fuerte tradición de movilidad, continúan e incluso intensifican sus desplazamientos, a fin de responder a la situación de pobreza mediante la búsqueda de fuentes de ingresos en otras partes. Este aumento de la movilidad también se relaciona con las prácticas comerciales y de suministro, así como la necesidad de acceder a servicios de salud y educación.

23 Lugar de la venta de productos agrícolas y alimenticios, pero también espacio de sociabilidad e intercambio de información (Albó *et al.*, 1990; Bernabé Uño *et al.*, 2002; Quispe Plata *et al.*, 2002; Núñez, 1998).

CAPÍTULO 2

Familia y comunidad.

Los dos pilares de la organización social

En los campos de la región del salar de Uyuni, como en toda la Bolivia rural, dos unidades sociales fundamentales organizan la vida cotidiana de las personas y los modelos de valoración y gestión de recursos territoriales: la familia y la comunidad.

La familia

La familia nuclear (padres e hijos solteros) es la unidad básica de la organización social. Compose la unidad doméstica que según R. Molina Rivero (1986: 200) es “la unidad básica de producción [...], es decir, el grupo familiar que reside en un mismo ambiente y que organiza sus actividades de producción, distribución y consumo de forma independiente en relación a otras unidades domésticas”. Sin embargo, la familia nuclear no reside necesariamente en el mismo lugar (Parte 4).

Las reglas matrimoniales, históricamente, están fundadas en el matrimonio endogámico a nivel de *ayllu* o *marka* (es decir a un nivel por encima de la comunidad). Sin embargo, con la ampliación de las migraciones regionales, las prácticas no excluyen la exogamia. En cuanto a las lógicas residenciales de la joven pareja, R. Molina Rivero (*op.cit.*: 177) informa que “las reglas de residencia son casi sin excepción patrilocales, lo que significa que en el momento de casarse, la mujer saldrá de la comunidad de su padre para instalarse en la comunidad de su marido”. Esta regla (con algunas excepciones²⁴) todavía determina las prácticas actuales de las familias jóvenes que se instalan en las planicies de la región del salar de Uyuni. Una vez más, con la evolución de los estilos de vida y prácticas de movilidad, cada vez más parejas no se instalan en la comunidad del hombre, sino en el lugar de migración.

24 Cuando el hombre no tiene ningún patrimonio, ni acceso a la tierra, renuncia entonces a una instalación en su comunidad y puede llegar a ser derechohabiente con nuevas tierras en la comunidad de su esposa.

La constitución de la unidad familiar por matrimonio –sin detallar aquí las etapas de la relación de dos personas, y por tanto de dos familias– comienza primero por una etapa de vida en común (por tanto de concubinato) en la casa familiar del hombre, antes de que la pareja viva en un hogar independiente. Con frecuencia, los matrimonios civiles y religiosos se celebran después de varios años de concubinato y, a veces, después del nacimiento de uno o más hijos. R. Molina Rivero (*op.cit.*: 244) señala que “el matrimonio en Pampa Aullagas tiene un carácter progresivo, marcado por una serie de etapas que no sólo tienen un alto contenido ritual [...] sino que permite también el desprendimiento paulatino de la dependencia de la familia hasta una relativa independencia y su incorporación a la vida adulta y reproductiva, sin mayores problemas de reajuste a su nuevo estatus social”. El establecimiento de un nuevo hogar se acompaña pues con la creación de una nueva unidad doméstica, pero en un proceso siempre gradual. Como tal, la solidaridad de la organización familiar pasa por lazos intergeneracionales. Los padres e hijos deben respetarse y asistirse mutuamente. Ello se traduce concretamente en la presencia simultánea de varios hogares dentro de una misma casa por un tiempo, en función de las posibilidades de autonomización de las parejas jóvenes, pero también debido a las dificultades coyunturales que puedan encontrar algunos miembros de la familia (dificultades económicas o de salud).

Señalemos finalmente la presencia de varias mujeres adultas solteras, con uno o más hijos a su cargo, pero no reconocidos por sus padres. Estas madres solteras viven con su(s) hijo(s) en casa de sus padres hasta un eventual matrimonio. Están relativamente bien integradas en la vida social local.

Las lógicas sociales basadas en la familia nuclear se articulan con otras lógicas, dando cuenta de lazos de parentesco extendido, aunque también relaciones de compadrazgo, esa dimensión fundamental de la organización social en América Latina. Siguiendo a M. Bey (1997: 392), consideramos a los compadres como miembros emparentados: “es necesario ampliar la definición de parentesco al compadrazgo, que une a dos familias con motivo del padrino de un bautizo, una comunión o una boda. Los compadres se convierten en padres ficticios, aunque la importancia de este vínculo no es menor”. Estas relaciones de compadrazgo tienen un lugar importante para individuos y familias, ya que constituyen una red de apoyo social que, aunque fuertemente jerárquica, se moviliza constantemente en las prácticas cotidianas.

La comunidad

Como parte de este trabajo, el término de comunidad se refiere a la más pequeña entidad socio-territorial del Altiplano Sur. En efecto, según lugares y épocas, el

término de comunidad puede hacer referencia a entidades socio-territoriales de escalas más o menos grandes y constitución más o menos antigua.

Para X. Albó (1994: 91-92), y esta es la definición que conservamos, “la comunidad es un grupo determinado de familias que comparten un territorio definido con su propio sistema de gobierno”. La comunidad es una institución, con sus reglas, pero también con su propio dinamismo interno que hace variar estas reglas. También es una institución que controla un espacio. La comunidad es indisociable de este espacio que “hace el territorio”, el cual está delimitado, regulado y normado, apropiado por un colectivo que es la institución. Puede hablarse, entonces, de territorio comunitario.

La comunidad es un importante tema de estudio en los Andes (Albó *et al.*, 1990; Morlon, 1992; Albó, 1994, 2004; Mayer, 2004). En el contexto del Altiplano Sur, se trata de entender sus funciones actuales en las formas de organización social y territorial.

En 1994²⁵, la comunidad fue reconocida por el gobierno central de Bolivia como “Organización Territorial de Base” (OTB). Esto significa que el territorio y las autoridades comunitarias son reconocidas a nivel municipal y más allá, a nivel nacional. La comunidad puede entonces participar y hacer propuestas al consejo municipal. Así se convirtió, en la interfaz entre el municipio y la población, en un actor institucional clave del desarrollo local.

Reconocida como entidad gestora por la constitución política del Estado y por la Ley INRA 1715 de 1996, cada comunidad tiene su territorio inalienable, que gestiona según sus usos y costumbres (“autogestión comunitaria”), los recursos territoriales (agua, pastos, tierras de cultivo), que son de propiedad común, mientras los miembros de la comunidad sólo son usufructuarios. Si bien los límites entre comunidades no están sometidos al catastro²⁶, la historia oral los recuerda, lo que no excluye que estén sujetos a conflictos recurrentes entre comunidades vecinas.

La institución comunitaria y las reglas de pertenencia

La comunidad, como una entidad socio-territorial, tiene prerrogativas en varios puntos. En primer lugar, representa una unidad territorial cuyos límites (definidos por los antepasados) defiende en relación al exterior. Luego, controla las tierras de pastoreo y otros recursos naturales dentro de su territorio (agua, vegetación, etc.), así como tradicionalmente atribuye nuevas tierras a quienes tienen derecho a ellas y hacen saber sobre su necesidad. En cuanto a las tierras de usufructo familiar, garantiza la seguridad de los derechos de uso y, respecto a las actividades

25 Fecha importante en Bolivia, ya que marca el proceso de descentralización que dio lugar a la reforma de la municipalización y la ley de Participación Popular.

26 En 2008, incluso algunos límites interdepartamentales en conflicto no estaban catastrados.

agrícolas, opera restricciones de pastoreo en algunas zonas y en ocasiones asigna lugares de cultivos (llamados *mantos*). Llegado el caso, distribuye agua para los cultivos de regadío. Asegura la construcción y mantenimiento de las infraestructuras productivas y sociales comunitarias: caminos, bebederos para animales, locales escolares o comunitarios... También cuenta con prerrogativas sobre el funcionamiento social: organización de usos y costumbres (fiestas, rituales), intervención en la resolución de conflictos, protección “contra el exterior”. Es la instancia que, sobre todo, autoriza o no la entrada en el territorio comunitario de intervenciones externas (ONGs, actores de desarrollo, estudiantes). Finalmente la comunidad, como una entidad social soberana, designa a sus autoridades y dicta sus reglas internas.

Un miembro de una comunidad es un individuo “originario” de la misma. El término de originario se refiere aquí al lazo de parentesco familiar (incluyendo la alianza matrimonial) y no al lugar de nacimiento.

Sin embargo, la terminología local diferencia a los miembros en función de su lugar de residencia. Designa más un estatus social que una categoría analítica relevante, aunque tiene su importancia en el discurso de los actores locales. Se llama *estante* o *permanente* al miembro que reside de forma permanente en la comunidad. Sin embargo, el término de *residente* se refiere a quien no reside allí de forma permanente. No hemos podido establecer el origen de ese término paradójico, ya que se llama “residentes” a quienes, precisamente, no residen en la comunidad.

La pertenencia a la comunidad no implica automáticamente, sin embargo, derechos sobre los recursos. Sólo algunas personas son derechohabientes quienes tienen acceso a la tierra. A cambio, ellas tienen deberes dentro su comunidad. Se trata, generalmente, del cabeza de familia. Las mujeres, solteras o casadas no tiene derechos (excepto cuando son la única descendencia), mientras que las viudas acceden a ellos a la muerte del marido. El vocabulario utilizado para designar a los que tienen derechos varía de una zona a otra. Donde las organizaciones territoriales tradicionales siguen siendo fuertes, se utiliza el término *contribuyente*. Originalmente designa a la persona que paga el impuesto territorial a nivel del *ayllu*. En cambio, cuando estas organizaciones ya no tienen peso es el término *comunario* el que se usa. Pero éste tiene cierta ambigüedad, es fuente de confusión, ya que en esas zonas, el estatus de comunario es sinónimo de “semi-contribuyente”. En este trabajo, por lo tanto, sólo hablaremos de los derechohabientes.

El acceso a la condición de derechohabiente de derechos también varía de una comunidad a otra. En algunas de ellas, les basta a los hombres alcanzar la mayoría de edad (18 años). En otras, hay que haber recibido la herencia paterna. Pero en todos los casos, es la filiación la que parece ser el principal criterio: ser heredero en tanto que hijo de tal familia. A quienes tiene derechos filiales se añaden quienes adquieren derechos con el tiempo y debido a que demostraron su participación en

la vida de la comunidad (caso de pastores e hijos naturales). Sin embargo, si todos quienes tienen derechos logran acceder a la tierra, hay miembros de la comunidad que son productores sin ser de los que tienen derechos. Se trata, por ejemplo, de personas cuya situación no permite que se conviertan en derechohabientes (las mujeres en particular), pero a quienes se presta tierras.

El primer derecho de alguien que los tiene es el usufructo de parcelas agrícolas en su comunidad; el segundo es el acceso a los recursos naturales de la comunidad (pastos, madera...). Otros derechos son los de ser nombrado autoridad de la comunidad e intervenir en la toma de decisiones comunitarias en las asambleas.

A cambio, el derechohabiente tiene deberes y obligaciones: participar en los trabajos comunitarios, pagar las cuotas anuales, asistir a las asambleas, cumplir con los cargos o servicios colectivos (administrativos, de representación, festivos y religiosos). Pero, como indican X. Albó *et al.* (1990: 47), “si el jefe de familia está imposibilitado de asistir (o incluso de cumplir un determinado cargo), puede hacerlo otro de su familia. En este sentido, el miembro y/o el titular de los cargos, no es tanto el individuo sino la unidad familiar a la que representa el jefe de familia”. Los trabajos comunitarios generalmente se contabilizan en días de trabajo, y es un miembro del hogar (es decir un individuo disponible) quien asume la obligación.

Funcionamiento interno de las comunidades

Acerca de la comunidad, X. Albó (1994: 92) señala que “es un grupo definido de familias que comparten un territorio definido con un sistema propio de gobierno. [...] Tienen sus autoridades, cargos, asambleas, normas, etc. Es decir, una comunidad podría ser como un mini-municipio; algunos llegan más lejos y dicen que una comunidad es como un micro-estado porque tiene un sistema de gobierno, tiene un territorio, tiene unos miembros, las normas, símbolos que la identifican, etc”.

La comunidad, como entidad social y gestiona su territorio, toma decisiones regularmente. La asamblea comunitaria es el lugar de esas tomas de decisiones, convocadas y presididas por el *corregidor auxiliar*, que es una autoridad de la comunidad. Las asambleas son una oportunidad para compartir informaciones y discutir temas con el fin de tomar decisiones conjuntas. Cada derechohabiente debe estar presente y tiene derecho a la palabra (en caso de ausencia, puede ser representado por su esposa). Las decisiones se toman a menudo después de discusiones muy largas, que pueden durar toda la noche. Puede tomarse una decisión incluso tras varias reuniones sucesivas. En otras palabras, la principal autoridad de la comunidad no tiene poder de autoridad –aún si llega a tener cierta influencia– y su voz no es más importante que la de cualquier miembro de la asamblea. Estamos con X. Albó *et al.* (1990: 46) cuando escriben que “se busca el consenso más que una decisión por sólo una mayoría” la que gobierna el proceso de toma de decisiones.

Distinguimos entre las reuniones ordinarias, extraordinarias y anuales. Las asambleas ordinarias se celebran a menudo en una fecha fija (una vez al mes), y se tratan en ellas temas corrientes (acta de una reunión en el municipio, la organización de la fiesta de la escuela, etc.). Las asambleas extraordinarias, fijadas a último momento, se convocan por un asunto urgente (por ejemplo conflicto, visita de una delegación a la comunidad). Por último, durante la gran asamblea anual (o reunión general) se tratan los temas sobre los que toda la comunidad debe llegar a un acuerdo o bien temas que se relacionan directamente con los derechohabientes que no residen en la comunidad. Estos deben tratar pues de estar presentes en esta gran asamblea, que en general coincide con una fiesta local.

Los cargos rotativos para la comunidad deben ser asumidos²⁷ por cualquier persona con derecho a la comunidad y en el curso de su vida: “hay como una reciprocidad: tú, comunidad, me das tierras y yo, por lo tanto, te cumplo con tales servicios” (Albó, 1994: 103). En principio, son ocupados por turno por todos los derechohabientes, por una duración determinada, que en general es de un año. Normalmente toda persona con derechos habrá asumido en su vida todos los cargos. Ya que se trata de todos los derechohabientes, se respeta el principio de no discriminación de la democracia igualitaria (Ticona, Rojas y Albó, 1993, citado por Spedding y Llanos, 1999), aunque en la práctica, ese sistema reviste inconvenientes. De hecho, A. Spedding y D. Llanos (1999: 85) señalan que “la persona designada no siempre tiene la capacidad o el tiempo necesario para realizar una gestión adecuada”. De nuevo en principio, las personas designadas para asumir un cargo no pueden rehusarse, salvo en casos de fuerza mayor. Por último, ya que se trata de un servicio, la persona designada no recibe ninguna remuneración.

El método de selección de quienes asumen los cargos difiere entre las comunidades. En algunos casos, la lista se establece de antemano para un período largo (Otuyo y Chilalo). Cada miembro sabe desde antes el año en que le tocará asumir un cargo. En otros casos (como el de San Juan), el derechohabiente es informado con tres años de antelación. Por último, en Candelaria es durante la reunión anual que se elige la persona que asumirá el cargo el año siguiente.

Este sistema de cargos rotativos es ancestral. Pero sus modalidades conocieron modificaciones con el tiempo. A los cargos tradicionales de *corregidor auxiliar* (autoridad de la comunidad), *pasante* (delegado de la fiesta patronal) o aún alcalde de agua (encargado del agua de riego) se añadieron algunos cargos relacionados con la creación de nuevas organizaciones (escuela, asociación, municipio, OTB, etc.). Hoy en día, estas dos categorías de cargos coexisten: por una parte, los cargos de toma de decisión y representación y por otra parte los cargos funcionales.

Por último, los cargos están experimentando cambios en términos de tiempo invertido. En cuanto a las decisiones, por ejemplo, hoy casi constituyen un trabajo

27 El término es “pasar cargo” que a veces usamos como “asumir cargo”.

a tiempo completo, por lo menos si la persona quiere asumirlo correctamente. Por la multiplicación de niveles de actores, escalafones de intervención y por lo tanto de reuniones (las del municipio, de las ONGs, fundaciones, el Ministerio de Agricultura...), los que asumen los cargos están forzados a ir casi todos los días, ya sea a la sede del municipio o la gobernación. Y habría que organizar otras tantas reuniones, en la misma comunidad, para dar cuenta de esos hechos. Para hacer frente a esta carga de trabajo, hay un sistema de “delegación” para el nombramiento de comisiones. Aparte de esa gran disponibilidad que se requiere, se piden cada vez más competencias a las autoridades de las comunidades (sobre todo en términos de redacción o de gestión), ya que un cargo a menudo viene acompañado por un exceso de burocracia.

Las festividades son otro “momento instituido” en la vida de las comunidades. La importancia de las fiestas y su carácter estructurante en las comunidades, han sido ampliamente estudiadas en el caso de las sociedades andinas. X. Albó (1994: 96) señala a este respecto que “las fiestas y celebraciones suelen aglutinar a la comunidad. Ayudan a construir el imaginario comunal, colectivo y cultural, ratificando roles, cargos y obligaciones mutuas”. Del mismo modo, según E. Madrid Lara (1998: 101), “las fiestas son eventos importantes para las comunidades. Se constituyen en espacios y momentos de reencuentro entre todas las unidades componentes de la comunidad: las estancias, las familias y los residentes [migrantes]. Son espacios rituales, sociales y políticos, donde se reproducen y renuevan las relaciones sociales de parentesco y los discursos de la comunidad. Es el espacio en el cual los parientes conocen y reconocen a los nuevos integrantes de las familias extensas. En la fiesta, la comunidad renueva sus lazos de pertenencia a un territorio y su identidad local”.

El término fiesta en realidad remite a dos grandes eventos de distinto alcance: la fiesta patronal de la comunidad y la fiesta a nivel del *ayllu* o la *marka*. La primera, que se celebra una vez al año, reúne a los miembros de la comunidad, a los que se unen algunos invitados del pasante, miembros de comunidades vecinas. La fiesta suele durar tres días. La segunda fiesta es más prestigiosa, ya que una sola comunidad está en primera fila en una festividad en la que participan todas las comunidades de un *ayllu*, perteneciente él mismo a una *marka*. Por otra parte, a lo largo del año hay fiestas o más bien rituales que reúnen sólo a los miembros de la comunidad.

Conviene distinguir entre dos formas de participación en las fiestas. Ya sea como simple participante o ya también como pasante, es decir asumiendo la tarea organizativa y financiera de la fiesta. Como con otros servicios, asumir los costes de una fiesta no puede rehusarse, incluso si el costo financiero es muy alto. A cambio, este cargo es un signo de prestigio y se considera muy honorífico lograr éxito en la fiesta de la comunidad. El que organiza bien la fiesta verá su estatus favorecido. La fiesta es también uno de los lugares de expresión de las lógicas sociales que se despliegan alrededor de la migración (véase la parte 4).

Los trabajos comunitarios (*faenas*) son otra dimensión importante de la vida colectiva. Las faenas son convocadas por la comunidad para organizar su territorio: creación y mantenimiento de caminos, construcción o refacción de un edificio (local de la comunidad, escuela, iglesia). Todas las casas tienen que participar en los trabajos (a razón de una persona por hogar), con independencia de la residencia o el acceso a los recursos.

Otras estructuras dentro de la comunidad, organizan la vida social de los individuos y las familias. Sin embargo, no existen en todas las comunidades. Se trata, en primer lugar, de asociaciones de productores, que pueden ser cooperativas. Estas asociaciones con fines productivos agrupan a miembros voluntarios, con un interés compartido en formar parte de ellas. El objetivo es, por lo general, el de poner a disposición de los miembros de la asociación material agrícola y consejos técnicos, pero también el de encontrar y organizar los mercados. En otro registro, los “*club de madres*”, originalmente creados alrededor de la salud de la madre y el niño para recibir recursos externos, organizan actividades exclusivamente femeninas (artesanías, clases de costura...). Estas estructuras, que pudieron desempeñar un papel muy importante en cierto período, hoy se están debilitando. El último tipo de organización es el club de deportes (fútbol, por lo general), que se encuentra en la mayoría de las comunidades y que organiza partidos entre comunidades.

Los sindicatos agrícolas en cambio, si es la principal organización representativa en las comunidades que fueron parte de la zona de hacienda y que ganaron muchas comunidades originarias son ausentes de la región del salar de Uyuni. Si se dice que el funcionamiento de los sindicatos se parece mucho al de las comunidades, hay sin embargo grandes diferencias. Según F. Antezana Urquieta (2006), una diferencia fundamental radica en el hecho de que las autoridades sindicales son elegidas y no nombradas por turnos. Por otra parte, el corregidor auxiliar de Candelaria nos indica que el sindicato es mucho más eficaz, en él las decisiones se toman con mucha más rapidez.

Para acabar con el funcionamiento interno de las comunidades, conviene abordar el sistema de intercambios, asistencia mutua y cooperación entre individuos y familias. La cooperación, de hecho, es uno de los cimientos de la cultura andina. El *ayni*, que está en el corazón de las relaciones de cooperación, es un intercambio mutuo de trabajo entre parientes, compadres o vecinos (Morlon, 1992). Se trata generalmente de jornadas de trabajo, aunque también puede tomar diversas formas en la vida cotidiana de las familias (dones y contra dones, intercambio de favores). Ese sistema, tradicionalmente muy practicado para los trabajos agrícolas fastidiosos, hoy tiende a disminuir entre las familias, pero no entre los hogares vinculados entre sí por lazos de parentesco.

La comunidad no es una comunidad de bienes y, por lo tanto, la diferenciación socio-económica existe. M. Bey (1997: 389) muestra que en Perú “la diferenciación

socio-económica dentro de la comunidad no es un fenómeno nuevo. [...] La sociedad rural siempre ha sido jerárquica, ya se trate de antiguos caciques o bien de los notables de la actualidad”. X. Albó (1994: 109) va en el mismo sentido al tratar de que “en la comunidad típica, no se produce una pirámide social (con pocos arriba y muchos abajo), sino un rombo social, es decir, hay un grueso de comunarios con niveles económicos relativamente semejantes y sólo algunos son significativamente más ricos o más pobres. Es posible mantener cierto equilibrio gracias a los mecanismos de solidaridad comunal y reciprocidad interna. Sin embargo, es inevitable que surja cierta diferenciación económica”.

Si la diferenciación existe, la institución comunitaria no permite la acumulación y la estratificación social locales. Haciendo pasar los cargos por los que tienen más recursos –especialmente si representan un costo importante– se reduce su capacidad de acumulación. Como lo ha señalado R. Molina Rivero (1986: 231): “si ese mecanismo evita la estratificación social por una diferenciación económica, permite a su vez, mediante el prestigio adquirido, crear una vasta red de lazos sociales facilitando un mejor desenvolvimiento a nivel político y socio-cultural”. Al ser la acumulación difícil a nivel local, las inversiones se realizan preferentemente fuera de la comunidad. Sobre este punto, pues, la comunidad, constituye una restricción que puede incitar a algunos a salir de ella.

Así, la comunidad es una institución autogestionada con sus propias reglas, sus usos y costumbres. Si bien es legalmente reconocida, ninguna otra institución puede inmiscuirse en sus asuntos internos. Se dan algunas contradicciones entre las “leyes comunitarias” y las leyes nacionales (por ejemplo sobre las reglas de herencia de tierras) y, por otra parte, las interacciones entre familias y comunidad a veces son tensas, incluso conflictivas. Para W. Carter y X. Albó (1988: 464), la comunidad “se entiende, pues, como un territorio sobre el que todos los miembros tienen cierto derecho común o exclusivo, y sobre el que se establecen reglas para que cada familia mantenga sus derechos individuales, claramente diferenciados de los demás. En este sentido, la comunidad es la primera instancia en que se busca el equilibrio entre el derecho común y la autonomía familiar”.

La institución comunitaria –como cualquier institución– reviste una dinámica interna, está en constante evolución y se transforma para adaptarse a los acontecimientos internos y externos. Es por ello que las reglas y normas que establece son a menudo renegociables. Este es un punto esencial de las reconfiguraciones territoriales relacionados con el auge de la quinua.

Dinámica demográfica y creación/desaparición de las comunidades

Con el curso del tiempo, el número de comunidades de la región ha seguido creciendo, como lo demuestra la reciente creación de algunas comunidades, salidas de la subdivisión de las comunidades preexistentes. La creación de una comunidad se

hace por la instalación o la afirmación de un grupo en una aldea con su territorio luego por la introducción de autoridades de la comunidad y la definición de las normas comunitarias (sobre todo, sistemas de derechos y deberes). La comunidad de Copacabana, al sur del salar, es un ejemplo de esta dinámica. Recientemente se ha “separado” de la de San Juan, mientras que antes eran una sola entidad social y territorial (Copacabana era una aldea de San Juan). Hoy en día, cada comunidad cuenta con unos 500 habitantes.

Inversamente, algunas comunidades están desapareciendo debido a un declive demográfico. En ese caso, dos comunidades se reagrupan para formar una sola entidad, aunque el territorio de cada una sigue siendo distinto. El número de comunidades dentro de un municipio es, por tanto, variable en el tiempo, lo cual es una dificultad para comprender la historia, el funcionamiento y el número de esas entidades.

Otras escalas de organizaciones territoriales

Si la comunidad es la entidad socio-territorial más pequeña, la entidad básica, también es parte de una malla a menor escala, tradicional y costumbrista, por una parte y, republicano por otra parte (ver en el Anexo 2 los diferentes escalones a los que pertenecen las comunidades estudiadas).

Legado de la época prehispánica, el *ayllu* y la *marka* permanecen vivos en ciertas zonas de la región del Salar de Uyuni (Salinas, Candelaria de Viluyo, Pampa Aullagas), mientras que han caído en desuso en otras (Llica, San Juan). En todos los casos, estas organizaciones han estado en proceso de “recuperación” en los últimos años, sobre todo desde la llegada del presidente Evo Morales. El *ayllu* es el primer nivel supra-comunitario. Si se puede hablar de una entidad territorial, es de todas formas difícil saber hoy sus prerrogativas exactas. El *ayllu* es ciertamente el garante de cierta cohesión, sobre todo a través de los días de fiesta, pero no pudimos determinar su papel actual en la gestión de recursos y territorio. Así como las comunidades, el *ayllu* nombra a sus propias autoridades. Por encima del *ayllu*, está la *marka*. La ONG Agrónomos y Veterinarios sin Fronteras señala que el *ayllu* y la *marka* “desempeñan una función en la integración de los territorios comunales y en la resolución de conflictos intra e intercomunales. Este papel es más o menos preponderante y muchas veces demasiado confuso, según el nivel de reconocimiento de estas autoridades por sus bases” (AVSF, 2009: 31).

En cuanto a los niveles político-administrativos republicanos, se encuentran en Bolivia: el Estado, los departamentos, las provincias (cuyo poder ha disminuido desde la descentralización promulgada en 1994), los municipios, que se constituyeron con la descentralización, los distritos (que no existen en todas partes) y finalmente, los cantones. Si cada nivel tiene sus prerrogativas, el proceso de

descentralización aportó con nuevas perspectivas rurales (Urioste, 2002). Actualmente los municipios y departamentos son los escalones de acción territorial. Cada municipio tiene hoy su Plan de Desarrollo Municipal (PDM) quinquenal en el cual se indican sobre todo las prioridades en términos de infraestructura y producción agrícola. Los financiamientos, otorgados por el Estado a través de la Ley de Participación Popular y otras instituciones, y apoyan algunas de estas acciones de desarrollo. La organización interna del municipio se articula en torno al alcalde electo y su consejo. Como organizaciones territoriales de base, las comunidades están representadas en las reuniones municipales. También tienen un lugar y un papel en los “comités de vigilancia” para controlar y verificar la ejecución de las obras del municipio. El municipio, a todo esto, se convierte en un espacio de vida política donde se toman decisiones para el futuro de las comunidades. Esto no excluye muchos problemas internos en los municipios, a los que se les reprocha no siempre estar a la altura de sus prerrogativas.

También hay asociaciones de municipios, llamadas *mancomunidad*, pero éstas aún no fueron apropiadas por la población y los actores locales. Las dos mancomunidades en la zona estudiada están a cargo de algunos temas en salud y turismo.

Las comunidades, a su vez, no están representadas a nivel departamental, a saber, las gobernaciones, que tienen a su cargo los planes de desarrollo regional a partir de proyectos relacionados con la red de carreteras, la electrificación rural, la salud.

Por último, hay que mencionar la Ley de Autonomías y Descentralización tras la Nueva Constitución Política del Estado del 2010. Con esta ley, las nuevas autonomías están viendo el día, autonomías que constituirán nuevos niveles de descentralización y gobernanza local. El cambio es de un gran simbolismo, ya que apunta al pleno reconocimiento socio-político del mundo campesino e indígena. Es por esta razón que los TCO (Territorios Comunitarios de Origen) han sido sustituidos por las autonomías indígenas y los TIOC (Territorios Indígenas Originario Campesinos).

Además de estos niveles tradicionales y político-administrativos, señalemos un proyecto de territorio trinacional, a caballo entre Perú, Bolivia y Chile (Amilhat-Szary, 2006; Rouvière, 2007; González Miranda *et al.*, 2008). Diseñado sobre la base de una identidad histórica que une a los pueblos aymaras de los tres países, ese territorio sería la ocasión de cooperaciones reforzadas y, finalmente, del reconocimiento por los Estados de la especificidad étnica de esta región fronteriza.

Conclusión Parte I

La región del Salar de Uyuni es el reflejo de muchas paradojas. Medio extremo debido a la altitud, la aridez y el frío, marcado por duras condiciones de vida y pobreza, esta región ha mantenido en el tiempo una población significativa, pese a un fuerte proceso de emigración que habría podido llevar a la deserción de estos campos. Y es esta población permanente la que es hoy el primer actor en el auge de la quinua.

Lejos de las principales líneas de comunicación y centralidades económicas del país, esta región puede parecer remota e incluso aislada. Pero justamente su gente no está aislada y, por el contrario, fueron capaces de situarse en el corazón de una antigua red de movilidades e intercambios. La organización social de estas comunidades rurales es muy antigua y regula el acceso a los escasos recursos locales, asegura su gestión concertada. En esta región excéntrica en relación al gobierno central, la consuetudinaria organización social perdura y funciona. El sistema es relativamente autónomo y la población muy organizada, con sus instituciones internas y, en el corazón de la organización territorial, la comunidad. Las reformas políticas, llevadas a cabo desde hace una veintena de años (descentralización) y aceleradas con la llegada al poder de Evo Morales (autonomías indígenas), en buena parte responden a las viejas reivindicaciones de los pueblos indígenas y también implican la emergencia de nuevos actores locales en la gestión de los recursos naturales.

PARTE II

Auge de la quinua y trastornos agrarios



Foto: Anais Vassas Toral.

Gracias al tractor, grandes extensiones de planicies ahora se dedican a cultivos de quinua.

Planta andina emblemática, la quinua (*Chenopodium quinoa Willd*) es una especie herbácea de la familia *Chenopodiaceae*. Fue domesticada en toda el área andina desde hace unos 7000 años (Brack Egg, 2003 citado por Del Castillo *et al.*, 2008) y se han encontrado en el Altiplano Sur rastros de que se remonta a por lo menos 800 años (Nielsen, 2002). Según los ecotipos, la quinua se puede cultivar desde el nivel del mar hasta los 4.200 m de altura, en climas que van desde el frío árido al húmedo tropical (Mujica *et al.*, 2001). Su zona de producción abarca Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y, en menor medida, el extremo oeste de Argentina. Perú y Bolivia, sin embargo, son los dos principales países productores. Se trata de una planta anual, en la que el período de vegetación es de 90 a 240 días. La planta puede ir de los 30 cm a 3 m de altura en función del tipo de quinua, el genotipo, las condiciones ambientales y la fertilidad del suelo (Mujica *et al.*, 2001). La planta puede tener múltiples usos, pero son principalmente las semillas las que se utilizan para la alimentación humana, después de eliminar el contenido amargo (saponina).

Entre varias decenas de ecotipos y variedades locales, unas veinte, que forman un grupo llamado Quinoa Real, caracterizado por granos grandes y buena tolerancia a la aridez del Altiplano Sur, ahora están destinados a la exportación (Aroni *et al.*, 2003). De hecho, es el tamaño de los granos el que fue criterio de selección para la exportación. La quinua real crece exclusivamente hasta ahora, en el Altiplano Sur de Bolivia entre 3600 y 4200 metros, lo que hace a Bolivia el mayor exportador mundial.

¿Cómo la región del salar de Uyuni se convirtió en la primera exportadora de quinua en el mundo? ¿Cuáles fueron los mecanismos técnicos, económicos y sociales del cambio agrícola? ¿Cuáles son las mutaciones que afectan a las estructuras agrarias, los sistemas de producción, las formas de organización del trabajo o aún los métodos de gestión de los recursos?

CAPÍTULO 3

Los mecanismos de auge de la quinua

El auge de la quinua

Los procesos de cambio en la región del Altiplano Sur son un conjunto de factores tanto externos como internos, de naturaleza a la vez económica, social y ecológica.

Las premisas del cambio

El calentamiento global aparece como un dato recurrente en el discurso de los campesinos. Todos los productores entrevistados están de acuerdo en que ahora es posible cultivar en planicies que antes eran pasibles a heladas. Eso no quiere decir que estén libres de heladas, como muestran Pouteau *et al.* (2011), pero el riesgo disminuyó suficientemente y el mercado es suficientemente prometedor como para que la producción agrícola sea económicamente viable.

Un segundo hecho de gran importancia tiene que ver con la mecanización generalizada, con la llegada de los primeros tractores a fines de los 1960s. En esta región, el trabajo agrícola se hacía hasta entonces totalmente a mano. Pero la introducción del tractor, ya haya sido importado por extranjeros a través de organizaciones no gubernamentales, como en el sur del salar, o comprado por cooperativas locales con financiación nacional, como la zona *Intersalar* o aún introducido por los propios migrantes después de un proceso de acumulación, a veces vinculado a un período de migración en el extranjero (Laguna, 2011), lo cierto es que el tractor revolucionó los sistemas de producción agrícola y multiplicó la potencia del trabajo. La mecanización de los cultivos se hizo en dos etapas, ya que el tractor llegó simplemente equipado con arados a discos, utilizados para la roturación y el arado. No fue sino hasta mediados de los 1980s que se desarrolló la sembradora mecánica.

Otro factor, social esta vez, se refiere a la famosa consigna de la revolución nacional de 1952: “la tierra es de quien la trabaja”. Si la reforma agraria no tuvo

repercusión en esta región de Bolivia, así como tampoco fue influenciada por las organizaciones campesinas, ese lema tuvo suficiente impacto como para justificar un nuevo modo de acceso a los recursos.

Por último, no debe pasarse por alto, en este proceso de cambio, el papel del desarrollo de canales de comunicación y medios de transporte. La mejora de infraestructuras, fuertemente ligada a la evolución económica y política en el país en las últimas dos décadas (educación, descentralización, políticas de desarrollo), abrió la puerta a una mejor circulación de bienes y personas.

Crecimiento de la demanda y la organización del sector de la quinua

La demanda de la quinua boliviana vino por primera vez desde el vecino Perú que, desde hace varias décadas, es el primer consumidor (Laguna, 2002). En efecto, después de una política nacional que alentaba el consumo de quinua, la producción de Perú resultó insuficiente para cubrir las necesidades del país. En un segundo momento, la promoción de la quinua (sobre todo por la FAO) como alimento de calidad equilibrada y rica en proteínas, dio lugar a una nueva demanda de Estados Unidos, Japón y Europa Occidental, permitiendo a la semilla cruzar los océanos para abastecer el mercado de los países del Norte a partir de 1986, cuando se dio la primera exportación oficial (Carimentrand, 2008). Pero fue el establecimiento de la cadena de quinua certificada como “orgánica” en 1991, el que realmente impulsaría un mercado extra-regional, reforzado luego por el desarrollo del tema del comercio justo desde 2005 (Laguna *et al.*, 2006). Perú se mantiene, aparte de estas cadenas de calidad, como el primer importador de quinua boliviana.

El volumen de exportación oficial aumentó de 1400 toneladas en 1995 a 15558 toneladas en 2010, por un valor de \$ 47 millones (INE, 2013). A esos volúmenes se agregan las exportaciones a Perú que no declaran las mismas (y que, según estimaciones, serían muy importantes). El aumento de la demanda de quinua se tradujo en un alza considerable de los precios de venta: si en los años 1970s, las condiciones de intercambio en la región eran de dos quintales²⁸ de quinua por un quintal de harina de trigo, en 2008 un quintal de quinua se vende por el equivalente de un salario mensual mínimo en Bolivia (70 USD), es decir dos quintales de harina. La figura 13 muestra la evolución de los precios en dólares por tonelada entre 1963 y 2010. En ella se destacan las fluctuaciones interanuales de los precios y, sobre todo, su meteórico ascenso desde 2005, con una duplicación del precio de venta entre la campaña 2007 y la 2008. Ese precio de compra a los productores se estabilizó luego, alrededor de los 2000 USD.

28 1 quintal de quinua= 46,8 kg.

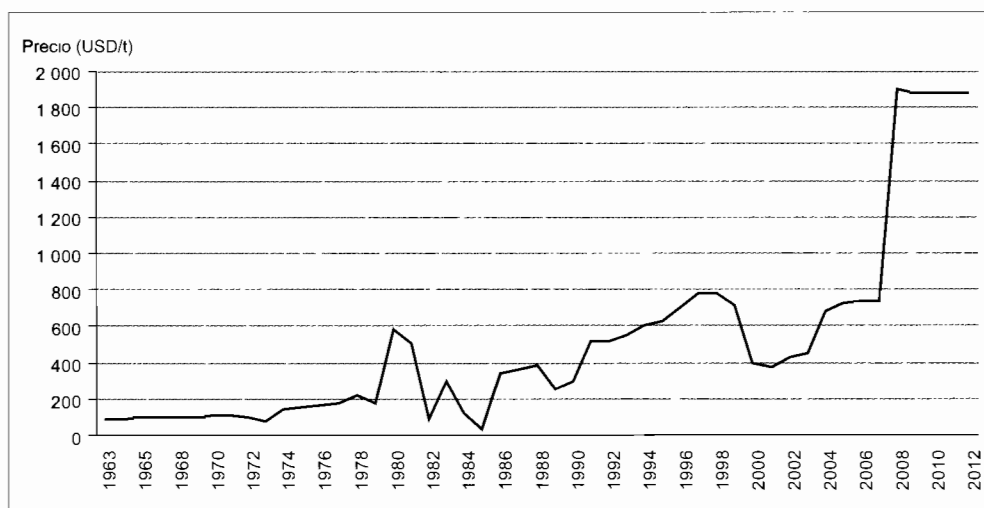


Figura 13

Evolución del precio medio de la quinua real pagado al productor del Altiplano Sur entre 1963 y 2012 (en dólar americano por tonelada)

NB 1984-1985 es un periodo de hiperinflación en Bolivia

Fuente: Laguna (2011) de 1963 a 2001, Fundación Autapo (2009) de 2002 a 2008, datos del mercado de Challapata de 2009 al 2012

La red de producción y comercialización se organizó gradualmente. Se crearon dos organizaciones de productores para apoyar la producción y promoción de la quinua (asistencia técnica y comercialización). La CECAOT (Central de Cooperativas Agropecuarias Operación Tierra), fundada en 1974, actualmente cuenta con siete centros regionales. Por su parte, ANAPQUI (Asociación Nacional de Productores de Quinua), fundada en 1983, cuenta con 13 grupos, unos 1.600 productores en total para las dos organizaciones, procedentes de más de un centenar de comunidades distintas (Vieira Pak, 2012). Esas organizaciones de productores exportan solamente la quinua certificada como orgánica. Desde 1990, las empresas privadas también se interesan en el comercio de quinua²⁹.

Mientras que antes los compradores llegaban a las comunidades a trocar quinua por productos de consumo diario, los productores de hoy tienen varias maneras de vender su producción. Pueden, si producen quinua orgánica siguiendo un manual de especificaciones de producción, ser miembros de una cooperativa o una asociación (organizaciones de productores), en cuyo caso su producción va directamente allí. La otra posibilidad es la de vender a una empresa privada (de forma individual o como agrupación), implicando o no un modo de contratación.

29 Entre otros: la empresa boliviana Saite, la Empresa americana Andean Naturals, la empresa alemana GEPA, las empresas francesas Markal, EuroNat, CelNat, Raiponce.

Algunos productores optan por la venta directa en el mercado de Challapata o a un intermediario de la comunidad (sea por mercaderías o por dinero). Los métodos de comercialización difieren, sin embargo, dependiendo de las comunidades. Históricamente, el proceso de desarrollo de la quinua de exportación llevó a la formación de cooperativas y asociaciones en ciertas comunidades, que podemos llamar pioneras, situadas sobre todo en los municipios de Salinas, Llica y Colcha “K”. En otras comunidades, la creación de cooperativas es muy reciente, o aún no ha ocurrido. La proximidad geográfica de Challapata, el único mercado local en que se comercializa la quinua convencional (no orgánica), también juega un papel importante. La lejanía, sobre todo para los productores de las comunidades rurales de la zona sur del Salar, impide la venta directa en este mercado.

Evolución de las superficies cultivadas y la producción

Con la mecanización, la necesidad de mano de obra por hectárea es mucho menor que antes. De hecho, la superficie cultivada por explotación aumenta significativamente en respuesta a la creciente demanda. El crecimiento de la producción se relaciona mucho más con una extensificación de la agricultura que con una lógica de intensificación, ya que es el aumento de las áreas cultivadas la que permite responder a la demanda de quinua, y no la mejora de los rendimientos. Al no ser infinita la superficie cultivable, esta dinámica de extensión hoy encuentra sus propios límites.

Los dos gráficos siguientes (Figs. 14 y 15) muestran el aumento de las áreas cultivadas de quinua así como la producción para el conjunto de Bolivia.

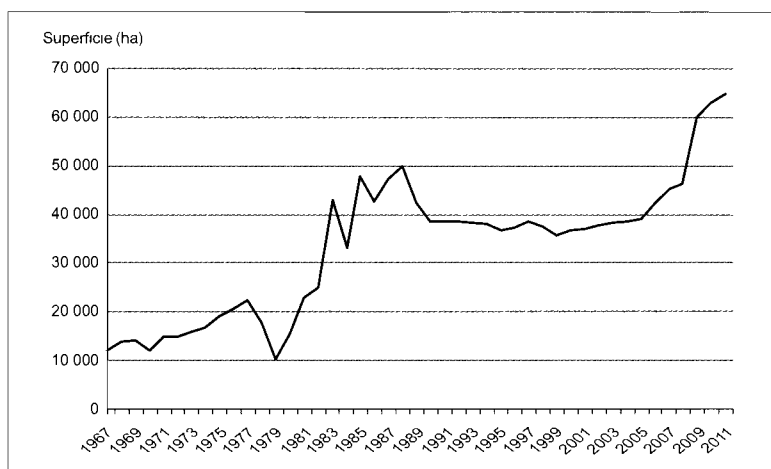


Figura 14
Evolución de la superficie cultivada en quinua en Bolivia de 1967 a 2011
Fuente. FAO, 2013.

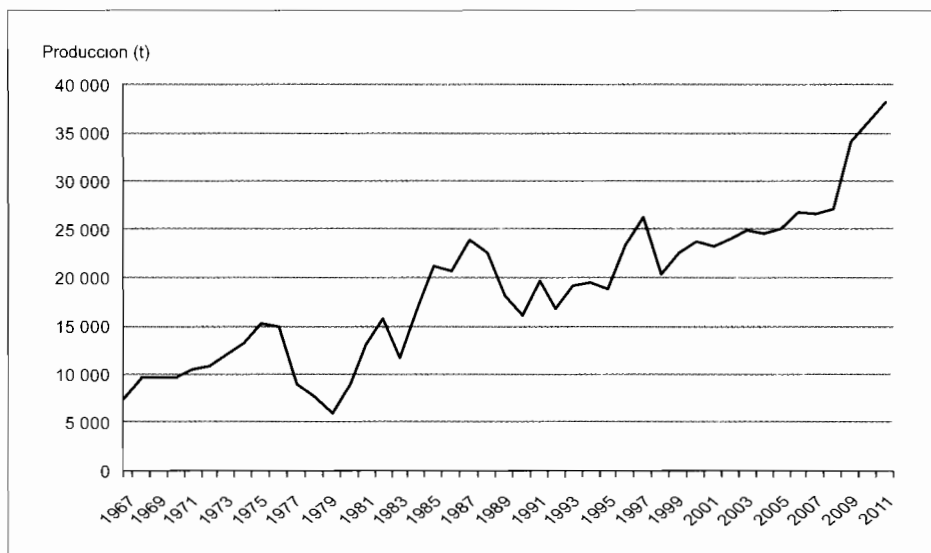


Figura 15
Evolución de la producción de quinua en Bolivia de 1967 a 2011.
Fuente FAO, 2013.

P. Laguna (2002) señala que, desde mediados de la década de 1980, la superficie cultivada aumentó principalmente en las orillas del Salar de Uyuni y que, desde 1989, la producción en esta región representa más de la mitad de la producción nacional y la superficie cultivada. Si el área total se ha más que quintuplicado en 40 años, las diferencias entre zonas son importantes.

Otra fuente (Duprat, 2008) sobre el aumento de las áreas cultivadas en seis comunidades de la región del Salar de Uyuni permite refinar el análisis³⁰. Según este estudio, la superficie cultivada –entendida aquí como parcelas en barbecho y parcelas cultivadas– aumentó entre 1963 y 1972 en 63% y entre 1963 y 2006, en 326%. La superficie cultivada se incrementó pues de 1600 ha en 1963 a 7500 ha en 2006.

30 Este estudio se basa en la interpretación de fotografías aéreas de 1963 e imágenes de satélite de 1972, 1990, 1999, 2005, 2006 y 2008. La metodología consistió en trabajar en áreas rectangulares centradas en las comunidades, en lugar de límites administrativos no rectilíneos y además no oficiales, a veces impugnados. Dependiendo del caso, esta cartografía puede entonces subestimar la verdadera extensión del territorio comunitario o, a la inversa, sobrepasar sus límites. La cultura de quinua es muy poco densa y la vegetación espontánea sigue siendo baja y dispersa durante los barbechos cortos (Joffre y Acho, 2008), lo que impide diferenciarlas mediante teledetección. Es pues el conjunto del espacio cultivado, incluyendo parcelas cultivadas y parcelas en barbecho, que fueron cartografiadas en diferentes fechas.

Cambio de uso de la tierra y avance del frente de quinua

Las áreas de quinua cultivada se han triplicado en cuarenta años. ¿Qué cambios implica este crecimiento en los modos de ocupación y organización del territorio comunitario? ¿Cuáles fueron los impactos paisajísticos del auge de la quinua?

La organización del territorio comunitario

Las comunidades estudiadas se encuentran en un solo piso ecológico en el sentido de C. Troll (1968) y J. Murra (1975): la Puna seca. Se pueden distinguir sin embargo varios sub-pisos o ecosistemas: la parte superior de los volcanes y montañas de la Cordillera, las faldas o flancos de las montañas, colinas pie de monte y planicies. Con la excepción de la alta montaña desértica, la agricultura y la ganadería se practican en todas estas zonas.

A menudo se encuentran en las descripciones de agricultura del Altiplano, los términos de *aynoqa* para hablar de un sistema de rotación de cultivos situados lejos de las viviendas (las unidades domésticas tienen varias parcelas, dispersas en cada una de las áreas sometidas a la rotación colectiva) y *sayaña* para las tierras administradas y utilizadas por las familias, cerca de las unidades de vivienda (Rivière, 1994). En la región del Salar de Uyuni, se utiliza solamente el término de *manto*, equivalente a *aynoqa*, y solo excepcionalmente se encuentran tierras de cultivo cerca de las viviendas.

Dadas las condiciones agroecológicas, las tierras de cultivo pluvial (papa y quinua) se situaban, hasta hace poco, exclusivamente en los relieves (piedemonte y laderas). De hecho, el viento y las heladas afectaban poco estas áreas y los suelos siempre se consideraron de mejor calidad en las laderas. Es a partir de los años 1960-1970, o, más recientemente aún en algunas comunidades (1980-1990), que asistimos a un cambio de ubicación de las áreas cultivadas con un “descenso” de los cultivos hacia las planicies. Con excepción de la comunidad Candelaria, ya que tiene poco relieve cultivable.

Dos formas de gestión de las parcelas de agricultura seca (o pluvial) se practicaban en los relieves, una de tipo colectivo y fundada en una organización inter familiar, la otra de tipo exclusivamente familiar. Las dos modalidades son, respectivamente, las siguientes:

- 1) las parcelas de todos los derechohabientes comunitarios se agrupan, es decir, todas las parcelas son adyacentes y encerradas por un cerco de piedra; en este caso, la regla es que las parcelas se cultivan un año sobre n años (n es el número de conjuntos de parcelas);
- 2) las parcelas de cada familia se cercan. Cada cercado contiene varias parcelas y, en este caso, cada familia decide sobre el ritmo de rotación de los cultivos.

A partir de 1950 (el período varía en función de la comunidad), la planicie es un nuevo espacio para el cultivo de la quinua. En esta nueva dinámica, se distinguen dos configuraciones:

- 1) las parcelas de todos los derechohabientes se agrupan y son cultivadas un año sobre n años siguiendo una decisión colectiva. Este es el caso de Palaya, Otuyo y Chilalo donde cuentan con dos *mantos*;
- 2) las parcelas de los beneficiarios están dispersas, y el año de cultivo es independiente de una decisión comunitaria (caso de San Juan y Candelaria).

Tengamos en cuenta, sin embargo, que en algunas comunidades el cultivo de quinua de planicie ha reemplazado totalmente los cultivos de montaña (en Otuyo y San Juan, por ejemplo). En otras, se mantienen los cultivos de laderas (casos Chilalo y Palaya).

Conviene precisar algunos elementos concernientes a los *mantos*. De hecho, no hemos encontrado un sistema tal como los descritos por X. Albó (1994) o D. De Morrée (1998)³¹ que dan cuenta de la existencia de seis ayñoqas/*mantos* o más. En la región del Salar, hay como máximo dos o tres *mantos*. La proliferación de ayñoqas/*mantos* significa tiempos de barbecho relativamente largos, así como un sistema de rotación de cultivos. En la región estudiada, los *mantos*, cuando existen, tienen como objetivo principal facilitar el pastoreo, dividiendo el territorio del pueblo en dos: una parte destinada a cultivos y otra al pastoreo.

Si la agricultura de secano es ampliamente dominante en términos de superficies cultivadas, algunas comunidades que se benefician de fuentes de agua, desarrollan una agricultura de riego (alfalfa y frijol, principalmente). Esas áreas se encuentran en zonas de montaña, donde las familias han vallado sus parcelas. Las áreas de regadío no han experimentado cambios significativos en términos de superficie, y aún se cultivan.

Las áreas de pastoreo, finalmente, se dispersan por todo el territorio de la comunidad (los pastizales comunes a varias comunidades son muy raros) y se gestionan alternadamente durante el año. Durante la temporada de cultivo, los rebaños pastan hierbas y arbustos de tierra sin cultivar, en planicie y montaña. Después de la cosecha, también pastan los residuos de cultivos dejados en campos en barbecho. La expansión del cultivo de la quinua se está llevando a cabo en zonas anteriormente dedicadas a pastizales, de modo que las superficies de pastoreo han disminuido drásticamente desde el auge de la quinua.

Los modos de organización socio-espacial de la distribución y el uso de recursos corresponden, en última instancia, a la aplicación de “zonas de producción”,

31 “En Qochapampa, las familias tienen en promedio 2-3 parcelas en cada una de las 12 mantas (zonas donde se siembra un solo cultivo) de la comunidad, y, cada año deciden, en reunión, qué cultivo van a sembrar en qué manta, y acuerdan las mantas en descanso” (De Morrée, 1998: 350). Qochapampa es una comunidad situada al norte del departamento de Potosí.

tal como las concibe E. Mayer (1992) en el Perú. E. Mayer parte del principio de que uno no puede contentarse con estudiar los niveles ecológicos (y por tanto los recursos presentes) para comprender los patrones del uso de la tierra. De hecho, es el grupo social el que ha creado, gestionado y mantenido estas zonas. El autor pone pues al hombre en el centro de la comprensión de la agricultura y su organización espacial. La zona de producción es “un conjunto territorial de recursos productivos, gestionado por la comunidad, y en el que la producción se realiza de manera específica. [Cada zona de producción] tiene infraestructuras características, un sistema particular de distribución de recursos y mecanismos que permiten la regulación en el uso de estos recursos. Las unidades de producción individuales (familias campesinas) tienen derechos de acceso a porciones identificadas y diferenciadas; todos los productos que obtienen con su trabajo les pertenecen sin reservas; tienen el derecho de transmitirlos a otros” (*op. cit.*: 163).

Por último, E. Mayer (*op. cit.*: 165) describe muy bien la organización social de estas zonas de producción: “Es un sistema de decisión dual. En el primer nivel, la unidad doméstica (la familia) es la unidad real de producción; en el segundo nivel, la comunidad gestiona y administra el territorio a través del control que ejerce en las familias. Las unidades de producción individuales tienen acceso a la tierra en cada zona de producción, pero sólo podrán utilizarla con las condiciones establecidas por las autoridades. Pueden sin embargo influir en estas condiciones, asistiendo a las asambleas o presionando a las autoridades. Si la producción se especializa por zonas, las unidades de producción individuales se diversifican”. Ciertamente, hasta hace poco, los territorios comunitarios se dividieron en zonas de producción claramente delimitadas (*mantos*), pero es más difícil hablar de zona de producción para tierras recién cultivadas en planicies.

Los patrones de ocupación de suelos y la organización del uso de recursos territoriales muestran una gran diversidad de situaciones, según las comunidades. Los bocetos de los cinco territorios comunitarios estudiados (fig. 16) ilustran esta diversidad, tanto en términos de superficie del territorio como de su topografía y usos.

Precisemos que no existe una base de datos cartográficos que muestre los límites de los territorios comunitarios (y por tanto de sus superficies exactas). Tampoco hay un registro catastral que permita distinguir los límites de las parcelas dentro de estos territorios³². En la Figura 2, cada punto representa la ubicación del “centro del poblado” de las comunidades. La densidad de puntos revela indirectamente el tamaño de los territorios comunitarios³³.

32 Sin embargo, los certificadores de la quinua orgánica trazaron bocetos de tierras de los productores certificados y desean georeferenciarlas.

33 El desarrollo de este mapa fue un trabajo tedioso de limpieza de la base de datos proporcionada por el Ministerio de Descentralización.

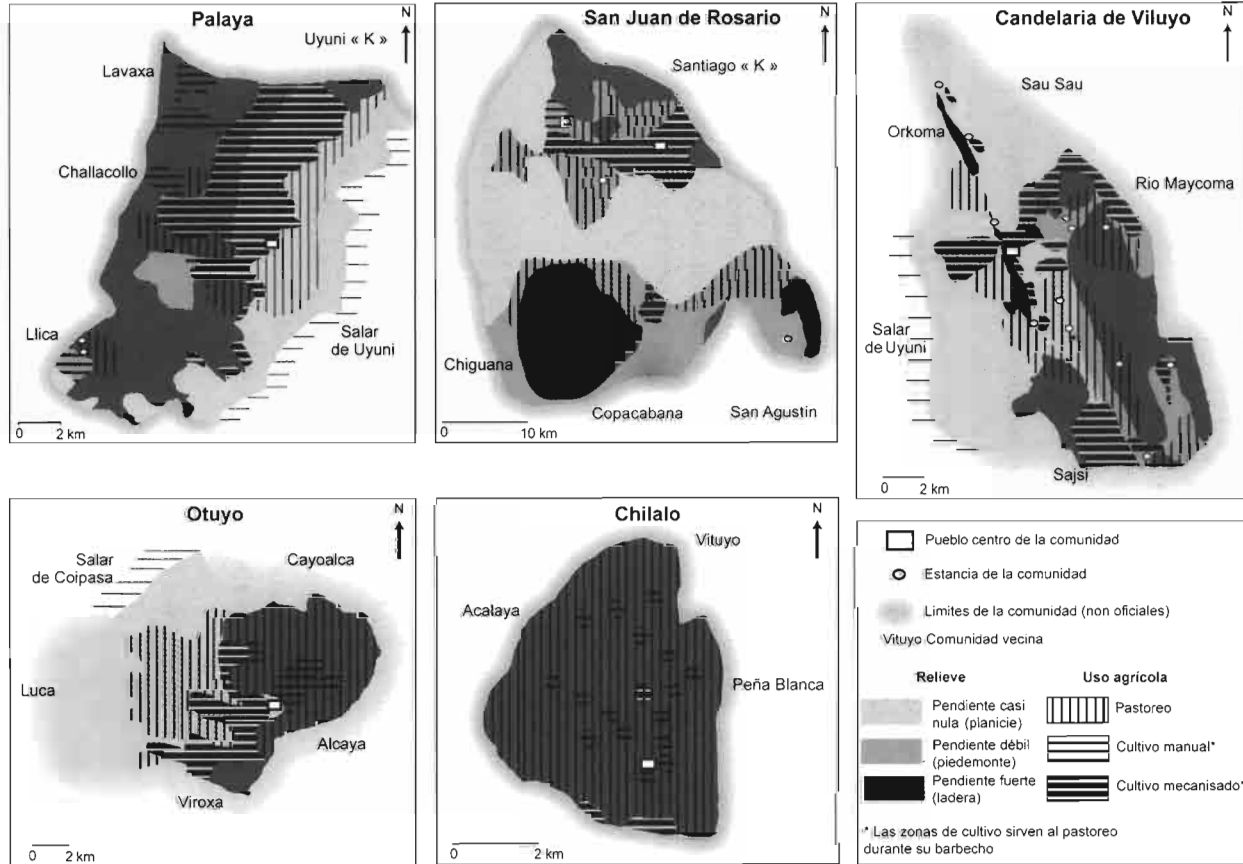


Figura 16
 Relieve y usos agrícolas (cultivo y ganado) de los territorios comunitarios.
 Fuente: elaboración propia según entrevistas.

Al norte del Salar de Uyuni, los territorios comunitarios son más pequeños que en el resto de la región. Esta densidad de comunidades debe relacionarse con una densidad demográfica más alta en el norte y el noreste (entre 1,2 a 2,6 hab./km²) que al oeste y al sur (entre 0,2 y 0,7 hab./km²). Al oeste y al sur del salar, en cambio, la densidad de comunidades es más baja, lo que indica territorios comunitarios de superficies mucho más grandes. En una primera aproximación, ese contraste corresponde a las comunidades más extensas que aquellas tradicionalmente más orientadas a la actividad pastoril, mientras que las comunidades de tamaños más pequeños favorecieron los cultivos.

Estas variaciones de densidad también se relacionan con factores topográficos. De hecho, algunas comunidades sólo tienen acceso a terrenos en pendiente (caso Chilalo), mientras que otros tienen su territorio dividido entre montaña y planicie (casos de Palaya, Candelaria, Otuyo, San Juan). También hay comunidades asentadas sólo en las planicies, pero no entran en el marco de nuestro estudio, ya que se trata exclusivamente de comunidades pastoriles que no practican el cultivo de quinua (al menos al principio de esta investigación).

Algunas comunidades tienen condiciones micro-climáticas más favorables, ya que están al abrigo de las heladas, mientras que otras se encuentran en verdaderos pasillos de aire frío. Por último, las comunidades del sur y sureste del salar sufren regularmente de escasez de agua, mientras que la escasez es menor en las del norte y noreste.

La dinámica del cambio de uso de suelos

La interpretación de fotografías aéreas de los años 1970 y 1980 (Lieberman Cruz, 1986; Duprat en Vassas *et al.*, 2008) muestra superficies cultivadas muy pequeñas en las planicies hasta principios de 1970. Pero poco a poco, el conjunto de tierras de planicie llegó a cultivarse, hasta llegar hoy a una saturación casi total de las tierras cultivables. ¿Cómo se llevó a cabo este “descenso hacia la planicie”?

En un proceso general de progresión de la quinua, cada comunidad inscribe su propia dinámica. De hecho, no todas las comunidades pasaron por todas las etapas de expansión agrícola y ahora cada una está en una etapa diferente de la dinámica agraria.

El descenso de los cultivos a la planicie comenzó muy gradualmente. El cultivo de quinua en la planicie, como un nuevo recurso, no se propagó de un día al otro. La primera etapa da cuenta de una innovación para cultivar la planicie en los lugares más apropiados. Esta innovación se realizó en algunas comunidades al constatar lo exiguo de las parcelas en pendiente (*minifundio*) y la percepción de un cambio climático. Este primer descenso a menudo fue posible gracias a una distribución de la tierra operada por la propia comunidad o, en su defecto, con su consentimiento o incluso su estímulo. Muy pronto fue acompañado por

la llegada del tractor, lo que supone experimentaciones técnicas y adaptación de conocimientos. En esta primera etapa, son los asentados permanentes, ansiosos de extender su área cultivada más allá de las parcelas en pendiente, los que se apropiaron del usufructo de tierras comunitarias.

Una vez dominadas las nuevas técnicas de cultivo, la producción de planicie cobró impulso, siendo pensada a mayor escala. En esta segunda etapa, la comunidad ya no fue el órgano regulador de las dinámicas de tenencia de la tierra: cada cual se apropió del usufructo de las tierras que quería, dando prioridad a las parcelas mejor situadas y más fértiles. El tractor fue un medio fácil, rápido y económico de transformar finalmente las tierras de pastoreo en tierras de cultivo, de tierras de acceso comunitario a tierras de acceso familiar. Los asentados permanentes han invertido en las tierras más fértiles, e incluso en la tierra que usaban para pastar y donde tenían una pequeña casa. Puede hablarse, en este caso, de un derecho de “tanteo” en algunas áreas. Esta dinámica no se ha verificado por toda la zona, sino en las comunidades de aldeas y asentamientos dispersos.

La última etapa –la actual– es de la apropiación individual masiva del usufructo del conjunto de las tierras que permanecieron vacantes, independientemente de su aptitud para ser cultivadas. La dinámica del cambio de uso de las tierras ahora se hace de forma caótica y azarosa, toca por igual a tierras menos fértiles, menos protegidas de las heladas o más pedregosas³⁴. El proceso de apropiación del usufructo es, en este sentido, de tipo patrimonial, es decir, que la gente se “reserva” tierra como patrimonio movilizable desde el punto de vista productivo, si las condiciones del mercado resultan favorables. La “fiebre por la tierra” se convirtió así en realidad en el Altiplano Sur y no es exagerado decir que finalmente, ciertas prácticas no tienen esperanza de retorno económico inmediato y responden, más bien, a lógicas de anticipación. El acaparamiento del recurso es una inversión y una apuesta por el futuro que se piensa prometedor y del que no hay que estar excluido.

La figura 17 muestra en tres fechas la distribución de las tierras de cultivo en función de la altura en las seis comunidades estudiadas por J. R. Duprat.

34 Contradice la percepción positiva del calentamiento global, ya que supuestamente es favorable para el cultivo de planicies, mientras las actuales zonas de cultivo quedan sujetas a las heladas (Pouteau *et al.*, 2011). En 2008, por ejemplo, vastas superficies de quinua han sufrido daños por las heladas, mientras que las parcelas de montaña sufrieron poco.

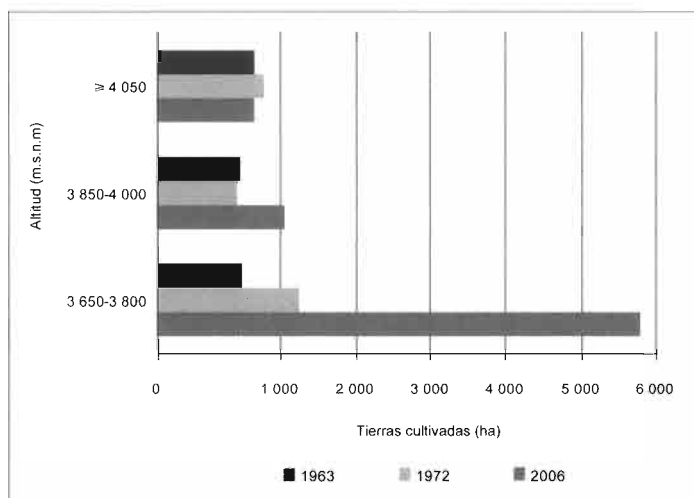


Figura 17
 Repartición de las tierras cultivadas por clases de altitud en 1963, 1972 y 2006, en seis comunidades de la región del salar de Uyuni.
 Fuente: Duprat, 2008.

Las tierras situadas entre 3650 y 3800 m de altura corresponden a la planicie, lugar principal de la extensión del cultivo de la quinua. La extensión ha afectado en pequeña proporción las tierras de piedemonte (3850-4000 m), que son mecanizables, mientras que los cultivos en pendientes (que se encuentra a una altura por encima de 4000 m) sin ser del todo abandonados, tampoco se extendieron.

Los cambios en el paisaje

A nivel local, el auge de la quinua tuvo impactos significativos en los patrones de uso del espacio y en el paisaje. Los diagramas dibujados por D. Félix (2008: 6-7) se readaptan a partir de nuestras observaciones y estudios sobre el terreno (Figs. 18 y 19).

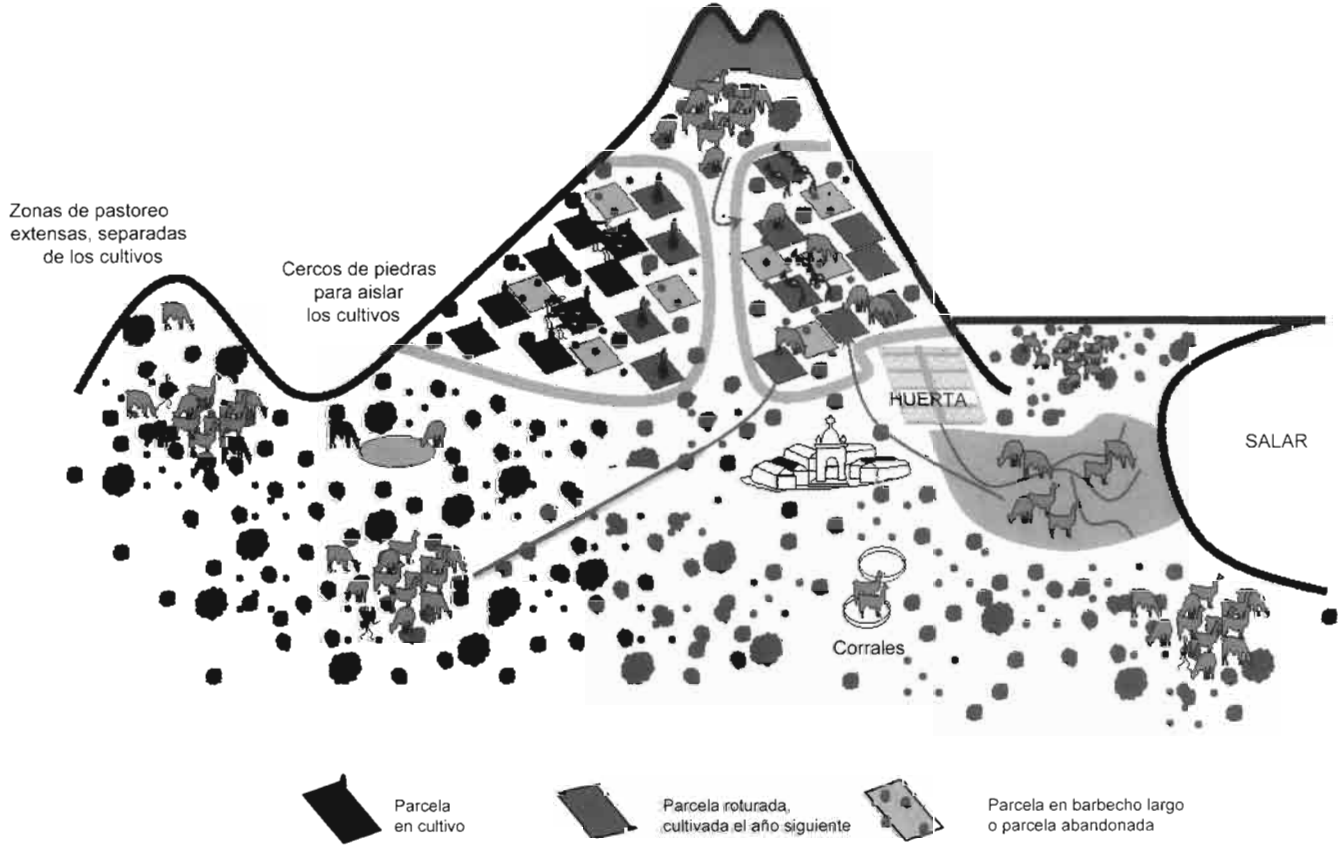


Figura 18
Paisaje agrario de las regiones productoras de quinua del Altiplano Sur boliviano antes de los años 1970.
Fuente: según D. Félix, 2008, adaptado por A. Vassas Toral.

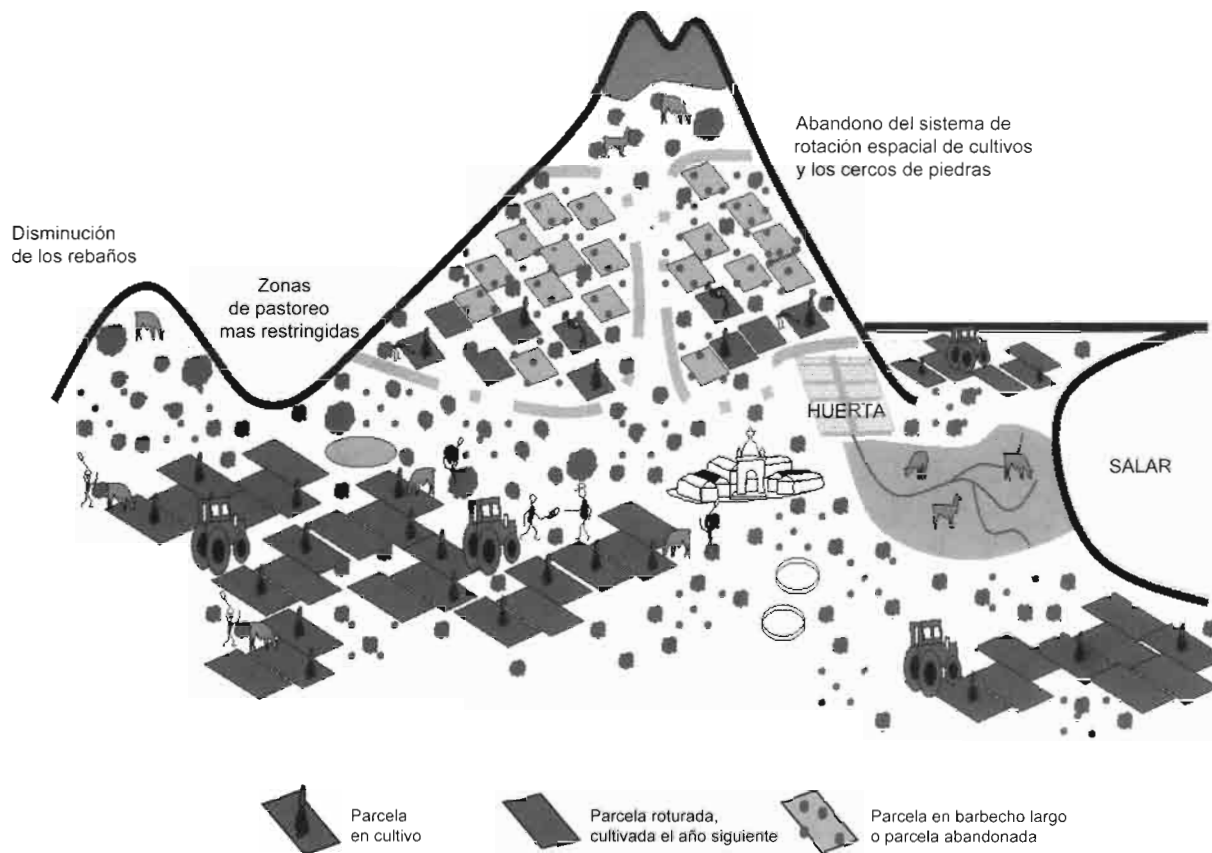


Figura 19
 Paisaje agrario de las regiones productoras de quinua del Altiplano Sur boliviano desde los años 1970.
 Fuente: según D. Félix, 2008, adaptado por A. Vassas Toral.

Antes de la década de 1970, tres elementos clave formaban el paisaje tradicional: un territorio comunitario cubierto en su mayor parte con vegetación espontánea empleada para el pastoreo de llamas, alpacas y ovinos; parcelas cultivadas (papa, quinua) y parcelas en barbecho durante períodos más o menos largos. Este paisaje también se caracterizaba por una gran fragmentación en la tenencia de tierras y con parcelas muy pequeñas en relación con la mano de obra familiar disponible (parcelas que rara vez superan una hectárea).

El “descenso” de la quinua a las planicies llevó a una reubicación de las prácticas ganaderas. La principal consecuencia es que se borró el mosaico del territorio comunitario y la aparición de un paisaje agrario que se asemeja a un inmenso campo de quinua uniforme sin *tholares* o cercos, cuyo fisonomía contrasta con las laderas de las montañas, ampliamente (aunque no del todo) abandonadas para su cultivo en comunidades con acceso a ambos ecosistemas. La ganadería se relegó así a espacios marginales, montañas y planicies no cultivables. Pero el paisaje agrícola no corresponde necesariamente a enormes parcelas individuales. Cada productor sigue cultivando, cada año, varias parcelas en microclimas distintos a fin de disipar los riesgos agroclimáticos.

CAPÍTULO 4

Presiones sobre la tierra y nuevas cuestiones sobre su tenencia

La relocalización de los espacios de producción de quinua, va evolucionando, en efecto, de un territorio en mosaico hacia un “frente de cultivos”, y se acompaña de cambios importantes en la estructura y morfología agraria. La relocalización, en efecto, va con un cambio en los modos de acceso a la tierra y el estatus de estas. Introduce así nuevos aspectos económicos y sociales en torno a la apropiación individual del usufructo de los recursos de la tierra, pudiendo llegar hasta nuevas situaciones conflictivas, inéditas en la región del Altiplano Sur.

Se trata de descifrar las distintas dimensiones de la cuestión de la tierra (Lavigne Delville, 2002), entendiendo por tenencia de la tierra el conjunto de reglas de acceso, funcionamiento y control que se ejercen sobre ésta y los recursos renovables (agua, madera, etc.). Siguiendo la definición de P. Lavigne Delville (*op. cit.*: 202): “la tenencia de la tierra no se basa en una relación entre el hombre y la tierra, sino en una relación entre las personas, a propósito de la tierra y los recursos que tiene. La tierra, en cuanto a su propiedad es, básicamente, una relación social con dimensiones económicas, políticas, jurídicas, técnicas, e institucionales. Pone en juego las relaciones sociales internas de la sociedad rural local, aunque también las relaciones entre el Estado y los ciudadanos. [...] La tierra nunca es un simple factor de producción, y mezcla inextricablemente cuestiones de riqueza, de poder y de sentido”.

Las formas de acceso a la tierra para el cultivo de quinua

En las sociedades rurales andinas, y más ampliamente latinoamericanas, el uso colectivo de la tierra y el manejo comunitario de los recursos son realidades antiguas. Conviene pues diferenciar, en las formas de acceso a la tierra para cultivar quinua, la evolución que se da entre la comunidad y la familia en la distribución de los usos de la tierra. Por otra parte, se diferencian los modos de acceso de derecho,

legales, reconocidos a nivel nacional, con los modos de acceso de hecho, es decir, las prácticas de tenencia locales o, podría decirse, “territorializadas”.

El reparto de los recursos: uso colectivo y familiar

La región se vio sólo ligeramente afectada por la ampliación del sistema de haciendas en la colonia, por lo que tampoco se vio afectada por la revolución nacional de 1952, que en otras regiones dio lugar a la reforma agraria y vio el surgimiento de las organizaciones sindicales campesinas. Si bien hasta 1952 y en Bolivia en su conjunto, “las tierras de comunidad eran solamente el 22% y las tierras de hacienda casi el 80%” (Albó, 1990: 101) en la región del salar las comunidades aún eran gestoras de su territorio, controlando el acceso y los patrones de uso de la tierra.

La instancia comunitaria es responsable de la organización y gestión de su territorio. Asigna a cada parte del territorio un estatus diferenciado en términos de uso y modo de acceso. Se pueden distinguir, por un lado, los espacios comunitarios o colectivos y, por otro, los espacios familiares.

Del estatuto que se les atribuya dependen las decisiones sobre el uso de la tierra, su valorización y hasta su modo de gestión. Obviamente, son los espacios colectivos los que despiertan ciertas situaciones conflictivas y tensiones entre familiares, ya que cada uno tiene su propia representación de esos espacios, defiende sus intereses y desearía ejercer su poder en ellos. La comunidad, como institución arbitral y soberana, debe mantener el equilibrio entre el interés general y el interés individual.

El régimen colectivo de la gestión de los recursos de tierras se mantuvo en cuanto concierne al pastoreo. Todas las tierras comunitarias de pastoreo son utilizadas por todos los miembros de la comunidad, mientras que las tierras de cultivo son de usufructo familiar durante el tiempo del ciclo de cultivo y luego, tras ser puestas en barbecho, vuelven a un uso colectivo destinado al pastoreo. En el caso de tierras para cultivos, el usufructo puede transmitirse por herencia, con el derecho a dividir o prestar esas tierras, aunque no haya título de propiedad privada. Es la comunidad la que –según la norma– controla el modo de distribución de nuevas tierras a los derechohabientes en función de las necesidades familiares. Sin embargo, este método de distribución ha caído en desuso ya que, con el auge de la quinua, las familias acaparan tierras colectivas por roturación y sin la aprobación de la comunidad. Dos modos de acceso a la tierra remiten a dos tipos de uso (Tabla 2): el acceso colectivo al pastoreo y el familiar a las tierras de cultivo. El cambio de acceso corresponde, pues, a un cambio de uso.

Tabla 2
Espacios y usos

Espacio	Tipos de usos	Destinación del uso	Modo de acceso
Laderas y piedemonte (cercos de piedras)	Cultivos a secano Cultivos regados Fuente de agua y canales de irrigación	Alimentación humana y animal, venta	Familiar Familiar Comunitario
Piedemonte y planicie (no cercado)	Cultivos Pastos Leña Medicinal Fuente de agua	Alimentación humana animal y animal, venta Alimentación animal Uso doméstico Uso doméstico Alimentación humana	Familiar Comunitario Comunitario Comunitario Comunitario

Fuente elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Derechos y prácticas en torno a la utilización de los recursos de tierras

No hay en la región ni registro de tierras ni título de propiedad individual, sino un título comunitario de indivisión (proindiviso) emitido por el Estado en la década de 1970. El Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) realizó campañas de reconocimiento de terrenos para plasmar bocetos de las comunidades con los puntos notables como límites y la indicación de los recursos del territorio (pastos, montaña, fuentes)³⁵. A ese croquis se añadió la lista de derechohabientes de la época, constituyendo todo ello como un título de propiedad colectivo. No se emitió ningún título a un nivel más bajo, es decir, a nivel familiar o individual.

Para las comunidades que entran en la constitución de un Territorio Comunitario de Origen (TCO), un nuevo título anuló el de la indivisión. Cada TCO está constituido por varias comunidades y se emite un título colectivo único para el conjunto. Figuran en él los derechohabientes en el momento de la constitución del TCO. Legalmente, siempre son los usos y costumbres los que rigen el acceso y usufructo de los recursos dentro de cada comunidad. A través de esos títulos, el Estado reconoce a la comunidad la propiedad o, al menos, el usufructo de la tierra, así como su derecho a administrarla con los derechohabientes registrados.

Pero las comunidades también se rigen por leyes promulgadas a nivel nacional, lo que implica contradicciones entre éstas últimas y las “leyes comunitarias”. Dos ejemplos dan cuenta de esas tensiones. El primero se refiere a las mujeres. La Constitución Política del Estado reconoce la igualdad de derechos entre hombres

35 Pudimos ver uno de esos planos y constatar que los límites de la comunidad estaban trazados con regla. Por esta razón, hablamos de bocetos. En términos de recursos, no se precisan las superficies, aunque siempre se las indica en decenas o cientos de hectáreas.

y mujeres herederos, pero las prácticas locales no siguen este principio, ya que, tradicionalmente, las mujeres no heredan de su padre el patrimonio en tierras. El segundo ejemplo es el de la valorización de la tierra como garantía del usufructo de la misma. La reforma agraria de 1953, promulgada en contra de las haciendas, y en particular contra las propiedades agrícolas no desarrolladas por su propietario (que no es el caso en el Altiplano Sur) establece el principio según el cual “la tierra es de quien la trabaja”. La legislación nacional establece pues, que en caso de falta de valorización de la tierra, ésta se la debe retirar de la persona que la tiene en usufructo. Pero en los hechos, en el caso de que unas tierras no hayan sido valorizadas por el usufructuario, y hayan sido cultivada por otra persona, aquel no pierde su usufructo. De hecho, como lo indica E. Madrid Lara (1998: 115-116) en su estudio sobre el altiplano central, “el Estado sostiene que el uso de la tierra es el elemento fundamental para acceder a su posesión. [...] Sin embargo, en estas regiones los principales mecanismos para reconocer los derechos de posesión de tierras no son precisamente los que establece el Estado, ya que los derechos sobre la tierra son otorgados por pertenencia a la comunidad y ser miembro de una de las familias. [...] El cumplimiento de los cargos es el elemento que garantiza la posesión sobre la tierra, incluso en mayor medida que el uso”. Es importante señalar, sin embargo, un cambio mayor en esas reglas de uso. Resulta que si el cultivo de la tierra no es el primer criterio empleado por las comunidades para que un individuo mantenga su usufructo, el principio de que “la tierra es de quien la trabaja” hoy está subrayado en las comunidades. El condicionamiento del derecho de usufructo al uso efectivo de la tierra se convierte en el argumento resaltado para justificar el acaparamiento individual del usufructo de la tierra, esto en el contexto de la expansión de los cultivos de quinua. Se moviliza así el principio fundamental de la reforma agraria, que reivindica el cultivo de tierras de miembros de las comunidades que están ausentes y no cultivan, pero también de los pastizales comunitarios.

Así, aunque en realidad no hay título de propiedad individual, todo el mundo sabe de la atribución de parcelas dentro de las comunidades, cada parcela “pertenece” de hecho a una familia y es objeto de transmisión de padre a hijo. Hay pues reconocimiento de un patrimonio en tierras que cada familia tiene el derecho de administrar.

Las diferentes normas de acceso a la tierra

El acceso a los pastos no es restrictivo. Cualquiera con derechos podrá pastar sus animales en las tierras comunitarias, aun si la frecuentación preferencial de algunos en ciertas áreas lleva a excluir a otros.

Los modos de acceso a la tierra para los cultivo son, a su vez, variados y complejos. Aquí sólo se tratará de tierras destinadas al cultivo de quinua, mientras queda fuera el caso de tierras de regadío en las que se producen papas, habas y alfalfa.

Los miembros de las comunidades tienen diferentes posibilidades de acceso a la tierra. Las categorías de las formas de acceso a la tierra son sin embargo difíciles de describir, ya que por regla general, la compra, el préstamo, el arrendamiento, remiten a la propiedad. Y bien, en este caso no existe un título de propiedad, sino un derecho de usufructo familiar transmisible y reconocido por la comunidad. El uso de los términos de “acceso directo” y “acceso indirecto” no deben hacer olvidar, pues, que no se refieren a la propiedad, sino a derechos de usufructo permanentes y transferibles.

En la categoría de acceso directo, se consideran el acceso por herencia, por repartición, por compra y por acaparamiento (auto-atribución); el acceso indirecto sólo se refiere al sistema de aparcería, ya que en la región no existe arrendamiento de tierras. Siguiendo E. Le Roy (1995), el préstamo se consideraría una forma de acceso aparte, ya que se lleva a cabo dentro de las familias y no puede, por tanto, ser considerado como un acceso indirecto.

Acceso directo

Las normas de herencia familiar están en plena evolución. El sistema de herencia de tierras en pendiente se rige por normas antiguas y relativamente estables. Parece entonces fácil de entender. Sin embargo, es más difícil explicar con precisión las normas de transmisión para las tierras de planicie, ya que fueron objeto de una apropiación reciente y no todavía de transmisión.

El modelo tradicional de transmisión de parcelas en pendiente es de tipo patrilineal, es decir, que éstas se reservan para los hijos varones. De hecho, cuando se casan, las mujeres se instalan, en principio, en las tierras de sus maridos. La salida de la comunidad legítima de algún modo esta inmodalidad preferencial de la herencia³⁶. Por otra parte, con el fin de evitar la fragmentación del patrimonio en tierras, y por tanto el *minifundio*, todos los hijos reconocidos no reciben sistemáticamente tierras de herencia y los hijos no reconocidos (hijos naturales) no la reciben nunca. La división de tierras se realiza por testamento, a la muerte del padre.

Para los hijos hay diferentes modalidades de herencia, según las familias:

- una distribución igualitaria;
- una distribución desigual basada en el “mérito”. Una mayor proporción le tocará luego al que se habrá quedado con sus padres para ayudarlos;

36 El sistema es similar al de Pampa Aullagas, comunidad estudiada por R. Molina Rivero (1986: 241) “El sistema de transmisión de la herencia de la tierra es esencialmente patrilineal, en conformidad con las reglas de residencia patrilocal, ya que las mujeres al casarse y mudarse a la casa del hombre, pierden el derecho de uso a las tierras en sus respectivas estancias. Sin embargo, en lo que concierne a los animales y otros bienes, la transmisión hereditaria es bilateral, aplicándose la regla de herencia tanto a los hijos varones como mujeres”.

- una distribución desigual basada en el orden de nacimiento de los niños. La mayor parte se reserva para el más joven. Esta regla, sin embargo, sólo se citó en Candelaria de Viluyo: el hijo menor es el que hereda, con la condición de que se haga cargo de sus padres en su vejez. En otras palabras, el modo preferido de herencia implica una obligación inter generacional. Hoy en día, este tipo de herencia tiende a dejarse de lado y, en muchas familias, el padre lega partes iguales a cada uno de sus hijos.

En cuanto a las mujeres, como regla general, no tienen acceso (o muy poco) a la herencia de tierras. Tampoco se trata de herencia, más bien de usufructo en su vida, no transmisible a su descendencia. A menudo reciben parcelas que les regalan (*pedazos regalados*) y que no exceden a dos parcelas de una hectárea cada una. Eso les permite mantener un vínculo con su comunidad de origen y sus familias, llegando a la comunidad en el momento de los trabajos agrícolas. Se dejan escuchar algunas voces abogando por que esos bienes sean legados realmente, es decir que sean transmisibles. Pero el debate es demasiado reciente como para que se sepa el resultado.

La transferencia de tierras va junto con la transmisión del estatus de derechohabiente. No se descarta, sin embargo, que el estatuto de derechohabiente se adquiera aparte de la transmisión de tierras. Esta es una situación observada, por ejemplo, en San Juan, donde los jóvenes que alcanzan la mayoría de edad reciben el estatuto de derechohabientes. Pueden entonces cultivar en su propio nombre tierras familiares que se les presta, parcelas de las que se apropian o aún tierras que la comunidad les ha asignado.

Las diversas normas expuestas anteriormente sobre las tierras en pendiente pueden tener excepciones en ciertas situaciones. Si no hay descendencia masculina en una familia, las mujeres tienen derecho de herencia bajo condición de su celibato. Por otra parte, cuando una pareja se instala en la comunidad de la mujer –con el marido que renuncia a sus derechos y deberes en su comunidad de origen– puede reclamar, como cualquier derechohabiente, el acceso a tierras en la comunidad de asentamiento.

Es muy probable que estas reglas de transmisión de la tierra se transfieran a las nuevas tierras de planicie, pero es difícil saber si tal transferencia de normas estará acompañada o no por modificaciones o ajustes. De hecho, cada vez más mujeres están exigiendo tierras por herencia, sobre todo las tierras de familiares que se les presta. En la medida en que las superficies recientemente apropiadas y por tanto transmisibles son grandes (hasta 100 ha), y la necesidad de no repartirlas sino entre un pequeño número de hijos para evitar el minifundio, se hace menos urgente y sus reivindicaciones podrían ser más fácilmente satisfechas.

Además del sistema de transmisión familiar, el acceso directo a la tierra se hace mediante la distribución comunitaria. En la práctica, sin embargo, ese modo

de acceso por repartición de nuevas tierras está desapareciendo desde el auge de la quinua, ya que la comunidad está con una actitud más bien pasiva y las familias se auto-asignan tierras. De hecho, en ocasiones, la comunidad procedía a la asignación de tierras entre familias, haciendo uso de las reservas de tierras colectivas, ya sea bajo una forma de distribución general, cuando todos los derechohabientes se benefician, o como una distribución puntual a un beneficiario necesitado y que lo solicitó (normalmente durante la instalación de un hogar).

Otro modo de acceso directo se desarrolló más recientemente: el acaparamiento individual por roturación (o auto-atribución). Anteriormente, en los sectores escarpados, los derechohabientes despejaban manualmente la tierra, lo que representaba un trabajo considerable. Adquirían así el derecho hereditario a cultivar las parcelas despejadas. La regulación se hacía por sí misma, ya que nadie iría a acaparar una superficie grande, por falta de suficiente fuerza de trabajo (AVSF, 2009: 35). Este modo de acceso ha crecido considerablemente desde el cultivo de planicies con tractor y el aumento de la demanda de quinua. La comunidad no está en el origen del proceso de asignación de parcelas, en la medida en que, generalmente, no se le consulta. En este modo de atribución, cada derechohabiente despeja libremente parcelas grandes y situadas en el territorio comunitario³⁷. Ante un hecho consumado, la comunidad parece prisionera de una vieja regla —el usufructo de las tierras roturadas— que no supo, no pudo o no quiso adaptar a los cambios técnicos realizados por la mecanización del despeje y los cultivos. Así la comunidad se ve teniendo que reconocer los hechos de apropiación individual del usufructo, o teniendo ya también que resolver los conflictos que resultan.

Por último, aunque poco desarrollada en la región, la compra —posible sólo en la comunidad de origen— también es un modo de acceso directo a la tierra. Quienes las venden son sobre todo los derechohabientes mayores, sin herederos y que ya no pueden cultivar sus parcelas. Se trata, por tanto y en general, de parcelas bien situadas en el territorio comunitario desde hace mucho, pero que en cambio están “cansadas”³⁸.

Acceso indirecto o derechos delegados

P. Lavigne Delville *et al.* en un libro de 2003 basado en nueve estudios de caso de África Occidental, definen “los procedimientos de delegación de los derechos de explotación” (o “derechos delegados” para abreviar) como “los mecanismos por los que un actor que controla, a título personal o en nombre de su grupo familiar,

37 A veces se encuentran dos etapas en esta apropiación, primero marcando la parcela en sus cuatro esquinas (con mojones), luego con la roturación propiamente dicha algunos años más tarde. La etapa del “tanteo” por marcaje no parece provocar debate dentro de la comunidad.

38 Se habla localmente de tierras cansadas para designar las tierras que requieren barbecho por largo tiempo antes de poder ser cultivadas de nuevo.

los derechos de acceso y explotación de una parcela agrícola, otorga sus derechos de explotación a un tercero, a título no definitivo, y según determinadas reglas. Aquí tomamos la palabra “derechos” en el sentido descriptivo (conjunto de prerrogativas y deberes) y no en el sentido jurídico del término. [...] Un arreglo de delegación de derechos a la tierra corresponde a un acuerdo entre dos actores con disponibilidades diferentes y complementarias en dos o más factores de producción, incluida la tierra. Cualquier acuerdo se refiere a una relación entre actores, y nunca es independiente de las relaciones sociales entre ellos” (*op. cit.*: 3-5).

En el área estudiada, un beneficiario directo de tierras puede tener varios motivos para delegar sus derechos de explotación, pero en todos los casos se trata de individuos que no pueden realizar ellos mismos algunas o el conjunto de las tareas agrícolas. Los motivos para delegar derechos son de cuatro órdenes no excluyentes entre sí. El primero es de orden económico, ya que se trata de la valorización de un patrimonio que puede dar un ingreso. Según las modalidades, el que usufructúa se beneficiará con un 25 a 75% de la cosecha final. En el peor de los casos, el beneficio representa una cuarta parte de la cosecha, lo que de todas formas es consecuente con la inversión cero que representa. Otra razón da cuenta de la “legitimidad” que deriva del cultivo de su tierra. De hecho, en el contexto actual de saturación de las superficies cultivadas, algunos individuos de las comunidades ponen en cultivo parcelas que no les pertenecen (tierras de migrantes). Para evitar este riesgo, algunos migrantes, a falta de cultivar ellos mismos, ponen sus tierras a ser cultivadas por un tercero. En paralelo, el mismo principio –“la tierra es de quien la trabaja”– permite a los derechohabientes, a través del sistema de derechos delegados, poner nuevas tierras en cultivo, apropiándose las así. Por último, delegar sus derechos de explotación a un pariente que vive en el lugar es una forma de ayuda mutua, ya que el beneficiario de los derechos de uso obtiene así acceso a la tierra.

El acceso indirecto puede tomar dos modalidades de contratos: el contrato con repartición de la cosecha y el contrato con acceso a la tierra contra la prestación de trabajo.

Los contratos con repartición de la cosecha corresponden a la aparcería, que en la región se practica por un año. P. Lavigne Delville *et al.* (*op. cit.*: 83) indican que “el tipo y el nivel de la contraparte no es suficiente para caracterizar el contenido del arreglo, ni las relaciones entre las partes: el reparto de los costes de producción y la división del trabajo en el establecimiento y mantenimiento de los cultivos son parámetros esenciales. Dependiendo de los factores que intervienen, este tipo de disposición se es similar:

- a) a una estricta relación de tenencia de la tierra, cuando el propietario no interviene de ninguna manera en la producción y simplemente recibe del que cultiva una renta proporcional;

- b) a un simple contrato de trabajo, cuando el que cultiva, pagado con un porcentaje de la producción, es un simple ejecutante de las decisiones del propietario;
- c) a una puesta en común de factores entre actores desigualmente dotados”.

En las comunidades de la región del salar de Uyuni, el primer tipo (a) es llamado *al partir*³⁹, sin la participación del usufructuario (llamado aquí propietario). En ese caso, pone a disposición su parcela, mientras que el aparcerero asume todo el proceso de producción y sus cargas financieras; el producto de la cosecha se reparte con 25% para el propietario y el 75% para el aparcerero. El segundo tipo (b) no existe en la región, mientras la tercera (c), en cambio, es la configuración más común. Para este tipo de arreglo, hay tantos contratos como productores, negociados ellos en función de los lazos que se dan entre los individuos. Un primer ejemplo es el del propietario que pone a disposición su parcela, paga las operaciones de arado y participa en las operaciones post-cosecha. Ambas partes (propietario y aparcerero) se reparten la cosecha por igual. El segundo ejemplo es el del propietario que pone a disposición su parcela, paga el arado y sembrado al tractor, el material y la mitad de los salarios de los jornaleros que realizan la cosecha. El que trabaja la tierra (un hermano) se encarga de contratar al tractorista para el arado y la siembra y se ocupa de tratamientos contra plagas, de ser necesario. También paga a la mitad de los jornaleros encargados de la cosecha. Por último, ambas partes se reparten la cosecha por igual.

El tipo (a), sistema *al partir* es comúnmente practicado por los hogares jóvenes que se instalan y tienen restringido el acceso directo a la tierra. Además, es una opción que se adopta cada vez más entre los derechohabientes que no residen permanentemente en la comunidad, así como por los jefes de hogar de edad avanzada y asentados en la comunidad.

La otra modalidad de contratación da acceso a la tierra a un tractorista, a cambio de prestación de servicios. El propietario le cede el derecho de cultivo al tractorista. Si las tierras nunca fueron cultivadas, el tractorista prepara y ara, el primer año, toda la superficie y sin costo para el propietario, después de lo cual cada uno cultiva la mitad de la parcela a su propia costa. El segundo y tercer año, el propietario deja el usufructo de la mitad de la parcela al tractorista. En el caso de tierras ya cultivadas (barbecho por 1 a 5 años), el tractorista ara toda la tierra a su costo, luego se la divide en dos partes iguales que se cultivan por separado (por un año). Este tipo de contrato, puede así durar de uno a tres años.

39 Localmente, el término *al partir* designa una forma de aparcería que puede referirse a la totalidad o parte de las operaciones agrícolas (“arar al partir”, “sembrar al partir”, “tierra al partir”), lo empleamos aquí exclusivamente cuando el propietario delega el conjunto de los trabajos agrícolas.

Préstamo

El préstamo se inscribe en el circuito de intercambio de parcelas dentro de la familia (parentesco directo y compadrazgo) y es como una forma de ayuda mutua. El préstamo, ya sea por un tiempo determinado o indefinido, nunca se realiza con miembros externos a la familia. Es común prestar tierra a las mujeres, a falta de poder transmitírsela (sobre todo a las mujeres que no tienen otras fuentes de ingresos que la agricultura). Se trata pues de un préstamo de usufructo, que normalmente no da lugar a la herencia para las muchachas. Los préstamos de tierra a hombres se dan en situaciones de espera de una herencia, o en el caso de una situación económica difícil y de falta de tierras. En caso de problemas financieros o dificultades para la migración, algunos reciben de sus familias el usufructo de algunas parcelas, y esto también puede afectar a las muchachas. Aquel a quien se presta una parcela está a cargo del conjunto de decisiones y los trabajos agrícolas, mientras toda la cosecha es suya.

Así, un productor que no tiene tierra puede cultivar a través del préstamo y/o la aparcería y un productor puede cultivar más tierras de las que posee a través de la aparcería. Inversamente, un derechohabiente ausente de la comunidad puede hacer cultivar su tierra recurriendo a arreglos familiares o contratando a terceros externos a la familia, incluso a la comunidad.

Un cambio en relación a la tenencia de la tierra

Disminución de las tierras de acceso colectivo

Hasta ahora, todas las tierras siguieron siendo propiedad de la comunidad, con un usufructo ya sea colectivo para pastos o familiar para tierras de cultivo. Esquemáticamente, antes hasta un 3/4 del territorio comunitario estaba destinado al pastoreo (uso colectivo) y 1/4 a cultivos (uso familiar); hoy en día la proporción se ha invertido. La expansión de la quinua está estrechamente asociada a un profundo cambio en la tenencia de la tierra y el modo de regulación de su distribución. Tradicionalmente, el acceso a nuevas tierras para cultivos sólo apelaba a la comunidad, que era la instancia que decidía sobre una posible reducción de las tierras de pastoreo. Hoy en día, los procesos que tienden hacia la apropiación individual de los recursos de la tierra apenas se regulan, o solo de forma pasiva, sino conflictiva. Además, la comunidad ya no tiene ninguna prerrogativa en cuanto a las decisiones relativas a las prácticas agrícolas.

Estos procesos parecen ligados a una evolución de representaciones y valores atribuidos a los recursos locales. El lema de la revolución agraria “la tierra es de quien la trabaja”, consigna dada inicialmente para redistribuir a los campesinos

las tierras de haciendas, sobre todo en los valles interandinos, encontró un eco renovado en el Altiplano al legitimar el deseo de la apropiación individual de la tierra, sin preocuparse mayormente por el otro. Desde mediados de la década de 1960, el principio de repartición de tierras administradas y controladas por las instancias comunitarias es así fuertemente cuestionado e incluso habría casi desaparecido.

Otro factor que podría explicar el "*laissez-faire*" de la comunidad sería la nueva configuración demográfica de la región. La presión sobre la tierra, de hecho, llega hasta la saturación de aquella disponible, un fenómeno que ocurrió en varias etapas. Al principio del proceso de expansión del cultivo de quinua, esta presión era baja, ya que las comunidades estaban escasamente pobladas. En esta situación, las áreas roturadas no eran muy extensas y la propagación del fenómeno, aún tímida, no dio lugar a una reducción drástica de las tierras de pastoreo. A medida que aumentaba el precio de venta y se daba un mejor control técnico a la producción, los asentados permanentes aumentaron las superficies cultivadas, mientras que, paralelamente, los migrantes se interesaron en la tierra como una nueva fuente de ingresos y capitalización. Bajo su control directo y casi exclusivo, esta fuente tenía de hecho una ventaja considerable en relación con el trabajo asalariado en ciudades o minas. Como consecuencia de la subida del precio de la quinua, el retorno de migrantes trajo una nueva forma de presión ambiental y social. En algunas comunidades, diez años fueron suficientes para "saturar" la tierra en planicies, en un espacio antes casi exclusivamente dedicado al pastoreo.

Por último, no puede negarse el hecho de que una comunidad, como institución formada y reconocida por sus habitantes, está sometida a sus propias contradicciones entre intereses colectivos e individuales. Las normas que establece son por naturaleza ajustables, o por lo menos aquí se vuelven "silenciosas", ya que el imperativo del bienestar y los juegos de poder (Mayer, 1992) han de tomarse en cuenta. Pero esta nueva forma de valorización del patrimonio local, que se traduce en mayores ingresos, hoy es considerada como prioridad por los habitantes, lo que explica que esta etapa de acaparamiento individual del usufructo del bien común pueda darse con un consenso relativo, pese a que llega a una forma de privatización de los recursos y el territorio.

Por lo tanto, advierte E. Mayer (1992: 169): "el proceso de desintegración de las zonas de producción implica un desmantelamiento progresivo de los controles comunitarios y el triunfo del individualismo en las decisiones agrícolas. Aunque a menudo asociadas, desintegración y privatización no deben confundirse".

Sería entonces ciertamente más apropiado hablar de individualismo agrario, ya que las decisiones agrícolas ya no dependen de la comunidad sino de las familias —lo cual es reforzado por una disminución en la cría, con lo que se toma menos en cuenta las necesidades de ganaderos. El individualismo en los trabajos agrícolas, entonces, disminuye mucho la ayuda mutua entre familias.

Sin embargo, no por ello las tierras no son privadas, ya que no tienen título de propiedad, pero sobre todo porque los beneficiarios están bajo la presión de la colectividad y obligados a cumplir con sus deberes dentro de la comunidad. Incluso si dichos deberes se hacen cada vez con mayor reticencia y se da una monetización creciente de las actividades comunitarias.

Aunque no la expresen abiertamente los miembros de la comunidad, la cuestión del desliz hacia la privatización de tierras, a más o menos largo plazo, sin duda que tendrá cada vez mayor importancia en la reflexión comunitaria.

Una distribución de tierras cada vez más desigual

La superficie media cultivada y en activo hoy está creciendo rápidamente, y la brecha entre las familias tiende a ensancharse. Según P. Laguna (2011), hasta mediados de la década de 1970, cada familia cultivaba entre 0,5 y 1 ha por año en las pendientes, con una distribución relativamente igualitaria. A partir de nuestras observaciones, las áreas cultivadas por año y productor en la comunidad (todas las forinas de acceso combinadas) oscilan entre 0,1 ha y 38 ha⁴⁰ (Tabla 3).

Tabla 3
Superficies cultivadas en quinua por año por los productores de cinco comunidades estudiadas

Comunidades	Superficie min.-max. cultivada por productor en su comunidad (ha/año) ¹	Superficie cultivada por la mayoría de los productores en su comunidad (ha/año) ²
San Juan	1-15	9
Chilalo	0,1-6,5	1
Otuyo	1-16	3
Candelaria	1-38	10
Palaya	0,5-35	7

¹ El abanico es válido para los individuos que respondieron y que cultivaban en 2008, o sea 146 individuos en total

² Superficie estimada por los representantes locales considerando el conjunto de los productores titulares de cada comunidad

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Las grandes variaciones que se producen entre las comunidades pueden estar vinculadas con sus situaciones topográficas y el número de familias que las componen. Algunas comunidades de montaña, como Chilalo, tienen un acceso muy limitado a las tierras planas, mientras que otras tienen un territorio mucho más grande en la llanura. En general, los productores cultivan diez veces más en

⁴⁰ Según el ministro boliviano de Desarrollo rural (2009: 15) "En el Altiplano Sur (departamentos de Oruro y Potosí) [...] casi 40% de las familias cultivan entre 3 y 4 ha".

Candelaria que en Chilalo, en proporción con la extensión de las tierras llanas. Sin embargo, es interesante observar las diferencias entre productores de un mismo territorio. Estas diferencias son muy marcadas en Palaya y Candelaria (0,5 a 38 ha), dos comunidades cuyos territorios, sin embargo, tienen un buen potencial agrícola. Las cifras mínimas son casi equivalentes en todas las comunidades (0,1 a 1 hectárea), y generalmente corresponden a productores que se prestan tierras.

Las diferencias pueden ser aún mayores si tenemos en cuenta las superficies cultivadas por algunas familias en la comunidad de la esposa o en otras comunidades por aparcería. Es muy probable que antes, todos los derechohabientes tuvieran acceso a todas las zonas de producción (distintos *mantos*, riego, pastoreo). Hoy en día, las familias no tienen acceso a ciertas (ex) zonas de producción. Sólo tienen tierras en un *manto*, ya que no hubo repartición y delimitación de nuevas áreas, con las normas que las acompañan.

En cuanto a las superficies en usufructo, también son importantes las brechas entre productores y comunidades (Tab. 4). Estas diferencias en la distribución de recursos de tierras son relativamente inusuales en el contexto de las sociedades rurales en Bolivia, por lo menos en los espacios de la Cordillera y las tierras altas, donde las dinámicas actuales van más bien hacia una parcelación de la tierra y una reducción generalizada de su propiedad. Se da igualmente una ruptura con las formas tradicionales de diferenciación económica en esta región, en la medida en que estas concernían al tamaño del ganado y las actividades fuera de la comunidad, y no a la agricultura y el tamaño de la tierra.

Tabla 4
Superficies en usufructo de los productores de las cinco
comunidades estudiadas (por comunidad)

Comunidades	Superficie en usufructo min.-max. de los productores en su comunidad (ha)*
San Juan	5-70
Chilalo	1-13
Otuyo	3-40
Candelaria	6,5-51
Palaya	5-80

* El abanico es válido para los individuos que respondieron y que tenían tierras en usufructo en 2008, o sea 76 individuos en total

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Un actor tiene un papel clave en estos procesos de apropiación de la tierra: el tractorista. Es común escuchar, en los pueblos del Altiplano Sur, que los tractoristas tienen más tierras en sus comunidades de origen y que, por contrato, también cultivan la mayoría de las tierras en otras comunidades. Pudieron apropiarse de grandes extensiones en su comunidad agracias a la posesión de la herramienta:

el tractor. Por tanto, incluso si la presión social de la comunidad pudo frenar el apetito de los tractoristas y por tanto la apropiación de inmensas superficies, se los considera en gran parte responsables del cambio del uso de tierras.

Añádase a esto que, no pudiendo ser propietarios en otras comunidades, los tractoristas cultivan inucho *al partir*. Este tipo de contrato, que les encarga la preparación del terreno, y luego su cultivo, los impulsa a cultivar grandes áreas –por razones técnicas. Como el contrato puede extenderse por tres años, el tractorista acumula numerosas parcelas a cultivar. Ser tractorista es un estatus privilegiado, ya que, a diferencia de los simples productores, puede acceder a actividades agrícolas en cualquier parte.

No existen datos precisos sobre la relación entre tierras cultivadas y tierras en usufructo. Pero por regla general, las familias ponen en cultivo entre un tercio y la mitad de la superficie que poseen, dejando la superficie no cultivada en barbecho, a corto o largo plazo. Esta estimación excluye a los productores, a los que se prestan la tierra y los aparceros, ya que son las familias que tienen poca o ninguna tierra en usufructo.

Nuevas relaciones generacionales en el acceso a los recursos

La herencia no es el camino predominante de acceso a la tierra. La capacidad de cada cual para crear o aumentar su capital en tierra es determinante. En otras palabras, el orden de nacimiento de los hijos o la presencia forzada en la comunidad llegan a tener menos importancia. El sistema de repartición comunitaria también tiende a desaparecer. Y la que prima es la apropiación individual mediante la preparación de tierras.

Así, el sistema de tenencia de tierra en el Altiplano Sur experimentó cambios considerables y la región está en un momento excepcional, rara vez visto en las economías campesinas bolivianas fuera de la zona de colonización agrícola. El impacto es mayor, ya que la nueva generación dispone de un capital de tierra más grande que el de la generación anterior.

Antes, en efecto, cuando la agricultura no estaba mecanizada y los cultivos se situaban en relieves, los jóvenes tenían pocas posibilidades de tener nuevas tierras y todos los niños ayudaban en la granja agrícola de sus padres. Si los muchachos querían constituir su hogar en la comunidad, se instalaban como nuevos agricultores. Cultivaban las tierras que les prestaba su padre (tierra de futura herencia), las tierras que la comunidad les donaba y, finalmente, las que se les confiaba *al partir*. Las mujeres, por su parte, recibían algunas parcelas en su comunidad de origen. Hoy en día, con la extensión de tierras cultivadas en planicies, los niños todavía participan en los trabajos de la explotación familiar hasta su juventud, aunque aparecieron dos nuevos elementos. Por un lado, los padres prestan tierras a todos los hijos que lo deseen, muchachas y varones. Incluso si no reside

allí, una pareja joven también puede cultivar la tierra familiar prestada por un largo tiempo. Por otra parte, los hogares jóvenes pueden constituir un capital en tierra, independientemente de sus padres (por ejemplo, apropiándose de tierras comunitarias) y por tanto están menos a la espera de la herencia.

La toma de decisiones sobre la tierra

El avance del frente quinua, y las dinámicas de tierra a las que está asociado, son el resultado de un complejo sistema de toma de decisiones que dependen de la familia y la comunidad, pero también de los recursos que tenga el individuo. Conviene considerar, entonces, la forma en que se toman las decisiones respecto a cada parcela del patrimonio en tierras, familiar y comunitario.

Es el jefe de explotación –derechohabiente que dispone de acceso directo a las parcelas– quien decide por él y su familia extendida⁴¹ qué conviene hacer con sus parcelas. Sin embargo, en cuanto a la realización de los itinerarios técnicos, la unidad de decisión está en todos los miembros (con derechos o no). Para ambas categorías de tierras, familiar y comunitaria, los tipos y los factores de decisión que los derechohabientes de las comunidades pueden tener son diferentes (ver fig. 20).

Las decisiones sobre cada parcela de tierra familiar pueden ser:

- 1) el cultivo de forma directa (por el propietario o su hijo) o de forma indirecta;
- 2) la puesta en barbecho;
- 3) el préstamo a un miembro de la familia extendida.

En cuanto a las tierras comunitarias, pueden ser utilizadas tanto para el pastoreo o como cultivarse, directa o indirectamente, o no se utilizan.

Se tomarán decisiones sobre la tierra (y por tanto la superficie cultivada cada año), en función de la combinación de diferentes recursos, humanos, financieros, sociales y de tierras disponibles para el cabeza de la explotación. El recurso humano está constituido por la mano de obra movilizable para el trabajo agrícola. Ella está representada por la familia en la comunidad y los miembros de la familia que viven fuera de ella (lo que explica el importante papel desempeñado por la dinámica de movilidad en el acceso a los recursos humanos). El recurso financiero se refiere a la disponibilidad de dinero en efectivo para pagar los trabajos mecanizados y la mano de obra asalariada. Por último, el recurso tierra representa las tierras disponibles y su estado de fertilidad. Según el capital de tierras de que dispone, el individuo decide si debe o no poner todas sus parcelas en cultivo⁴². El recurso

41 La familia extendida se compone de los padres, los hijos que formaron su hogar independiente, los compadres.

42 Las parcelas disponibles son aquellas dejadas en barbecho por lo menos un año.

social, finalmente, cubre el lugar del individuo en la comunidad, se refiere a su prestigio y autoridad.

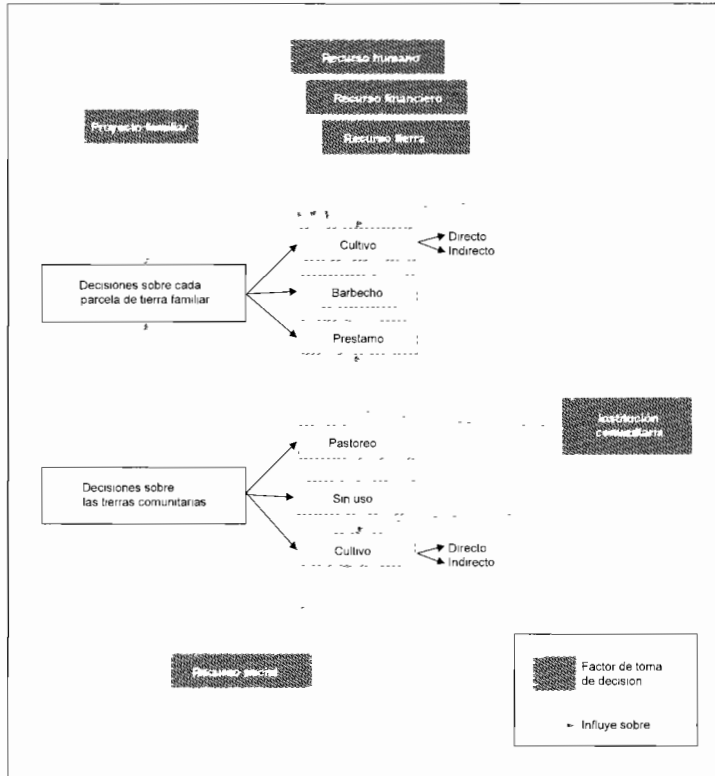


Figura 20

Factores de toma de decisiones anuales de los derechohabientes sobre las tierras en las comunidades del Altiplano Sur

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

A esos recursos se añaden al proyecto de la familia y el lugar de la institución comunitaria. Efectivamente, según el proyecto familiar y las necesidades del hogar, las decisiones serán diferentes. Por último, el cabeza de familia toma decisiones en función de la institución comunitaria que establece las disposiciones y normas de tenencia de tierras: 1) garantizando o no el usufructo sin cultivar; 2) aceptando o no el modo de funcionamiento de *al partir*; 3) aceptando o no que un productor que cultiva tierras prestadas no sea un derechohabiente y no tenga obligación en la comunidad; 4) por la programación o no de los sitios de cultivos (sistema de rotación de cultivos por *mantos*); 5) aceptando o no la posibilidad de ampliar las posesiones de tierras familiares. En otras palabras, la institución comunitaria interviene en ciertos momentos de la decisión agrícola familiar.

Las tensiones por la tierra se exageran

El auge de la quinua es un vector de cambio importante en las dinámicas de tenencia de tierras: nuevos cultivos y distribución del recurso, reformulación de las modalidades y reglas de acceso a la tierra, nuevas relaciones sociales, intra e inter-familiares, ajuste de los procesos de decisiones, etc. En este contexto, los conflictos por la tierra, algunos inherentes a cualquier sociedad agraria, han dado hoy un nuevo giro y se manifiestan tanto dentro las comunidades como entre ellas.

Dentro las comunidades, las tensiones surgen de la casi saturación de las tierras comunitarias disponibles como resultado, sobre todo, de acaparamientos considerados abusivos. La cuestión es crucial, ya que la nueva estructura agraria, que se está implantando hoy, establece el patrimonio en tierras de las generaciones futuras. Por ello, las tensiones entre los productores asentados permanentes son menos importantes que las que oponen a permanentes y migrantes (véase la parte 4). Por último, los conflictos sobre el recurso tierra, aunque el hecho no es nuevo, también afectan las tierras de pastoreo y el acceso de los animales a estos espacios. Los conflictos también oponen a pastores con agricultores, así (todos los criadores son agricultores, pero no todos los agricultores son criadores) en una situación en la que las tierras de pastoreo han disminuido drásticamente y donde las tierras de cultivo no están protegidas. De hecho, los rebaños causan a veces daños a los cultivos, tema de conflictos recurrentes. En este contexto, las instancias comunitarias tienen problemas a la hora de intervenir en la solución de conflictos, ya que no arbitraron la distribución de las nuevas tierras conquistadas y no establecieron las reglas de partida.

Los conflictos sobre límites territoriales entre comunidades son históricos y recurrentes. Siempre fueron parte de la vida cotidiana de las comunidades, ya que sin el reconocimiento jurídico oficial, estos límites deben ser constantemente rectificadas por las autoridades. Sin embargo, estas tensiones tomaron una escala diferente, y hoy son las tierras de cultivo las mayores fuentes de tensión. El punto de fricción está especialmente en el cruce de los límites de la comunidad por los agricultores que invierten en la limpieza del territorio de una comunidad vecina.

CAPÍTULO 5

Sistemas de producción en mutación

El auge de la quinua se debe en gran parte a la mecanización de algunas operaciones que forman parte del itinerario técnico del cultivo⁴³. ¿Se acompaña esta evolución de una normalización de las prácticas y sistemas de producción? La agricultura en el Altiplano Sur, ¿se resume actualmente sólo al cultivo de quinua, dejando al margen la ganadería y los cultivos de regadío?

Prácticas agrícolas centradas en el cultivo de la quinua

Itinerarios técnicos adaptados a la mecanización

A pesar de la adaptación de la quinua real a las condiciones climáticas locales, su cultivo es muy dependiente de los recursos hídricos disponibles. Las precipitaciones anuales no son suficientes para permitir un ciclo de cultivo de quinua cada año en una parcela determinada. En el área de estudio, el cultivo de la quinua no puede hacerse sino después de un período de barbecho cuya duración mínima es de un año, periodo durante el cual las precipitaciones acumuladas habrán permitido la recarga de la reserva de agua en el suelo. El ciclo completo de desarrollo del cultivo se hará entonces usando dos años completos de precipitaciones (Joffre y Acho, 2008). El ciclo de cultivo incluye el barbecho corto más el cultivo propiamente dicho. Hay que distinguir, pues, el año de descanso necesario para la acumulación de agua y los barbechos más largos.

Estas condiciones, a las que se añaden las del ciclo vegetativo natural de la planta, imponen un calendario agrícola que se extiende por dos años entre las primeras operaciones de cultivo y la cosecha final (fig. 21).

43 El "itinerario técnico" implicado aquí se entiende como "la secuencia lógica y ordenada de operaciones culturales aplicadas a una cobertura vegetal cultivada en vistas a una producción" (Sebillotte, 2006).

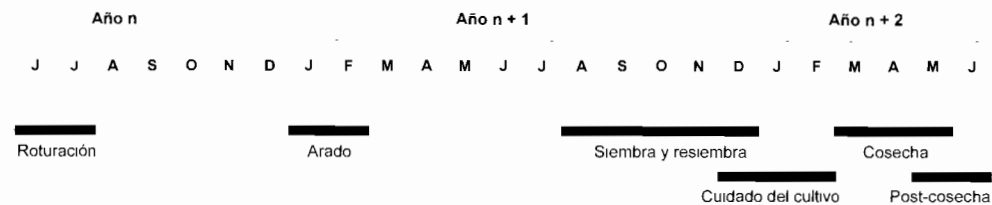


Figura 21

Calendario del cultivo de una parcela de quinua.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

La roturación (localmente el desthole) consiste en eliminar la vegetación natural en parcelas que nunca fueron cultivadas o no lo fueron desde hace varios años. Se lleva a cabo en invierno (junio y julio), sea manualmente, cuando la vegetación es muy alta, o de manera mecanizada. Para obtener buenos rendimientos, la roturación tiene lugar uno o dos años antes de la siembra, pero se encuentran cada vez más cultivos que se inician ya el verano siguiente la roturación.

El arado consiste en dar la vuelta la parte superficial del suelo, permitiendo a la tierra descompactarse para que la humedad pueda ser bien absorbida. Se realiza durante la temporada de lluvias “haciendo penetrar la humedad”, en las palabras de los productores. El arado se hace tradicionalmente a mano con herramientas como la *taquisa* y la *liukana*. Pero desde la introducción del tractor y el disco de arado, el arado se ha mecanizado en todas las parcelas cuyo relieve lo permite (planicie o poca pendiente).

Para la siembra, el productor utiliza semillas almacenadas de la cosecha precedente o intercambiadas con otros productores, mientras la compra de semillas seleccionadas es muy marginal (Baudouin-Farah, 2009). La siembra se realiza ya sea de forma manual mediante plantación de hoyos, con *taquisa*, siguiendo una profundidad variable (la profundidad de la siembra depende del umbral de humedad observado por el cultivador) o de forma mecanizada desde la introducción de la sembradora (siembra en hileras con espaciados y a una profundidad regular). Tradicionalmente se sembraban diferentes variedades en la misma parcela, pero hoy en día, la diversidad tiende a reducirse en las parcelas de cultivo comercial. La quinua se siembra entre mediados de agosto y finales de octubre. Pero en función del estado de la primera pasada y los efectos del viento, que puede recubrir de arena las plántulas, a veces pueden ser necesarias una o hasta dos resiembras, por lo general hechas a mano en octubre y noviembre, a veces hasta en diciembre.

El único fertilizante utilizado es de origen animal (estiércol de llama o de oveja), pero el aporte no es sistemático. Se puede incorporar a la siembra (para la siembra manual directamente en el hoyo de plantación o si no, en la siembra

mecanizada, el fertilizante se mezcla con las semilla) o ser incorporado durante el arado en las parcelas que el tractor trabaja.

Las plagas del cultivo de quinua son de dos tipos: las plagas grandes (aves, roedores) y los insectos. Para proteger el cultivo de las plagas grandes, los productores abrigan físicamente las plantas con otras plantas espinosas locales. Los ataques de insectos (larvas de mariposas y otros) se multiplicaron los últimos años en la planicie y los tratamientos ahora son necesarios. Se trata ya sea de tratamientos fitosanitarios con químicos convencionales, o de “entrampamientos” por la luz o feromonas, o incluso la difusión de repelentes inventados a partir de plantas silvestres locales. Estas dos últimas modalidades son las únicas autorizadas por la certificación orgánica.

La maduración de las plantas de una parcela determinada es raramente uniforme, por lo que una cosecha óptima se realiza en varias veces, según el grado de maduración de los granos. Pero esta práctica ha sido a menudo abandonada en favor de una cosecha en una sola pasada, la única opción posible en parcelas de gran extensión. La cosecha se hacía hasta hace poco simplemente arrancando las plantas, pero la técnica del corte con hoz o con rotofil, más respetuoso de la estructura y los recursos del suelo, se extiende cada vez más. Aún no se ven cosechadoras trilladoras en el Altiplano Sur⁴⁴. La cosecha se almacena primero en la parcela misma, hasta que las plantas sequen del todo. La fase de post-cosecha comprende luego varias operaciones antes de la obtención final del grano mismo: la trilla, el cribado y el venteo, y finalmente el embolsado. El trillado se hacía tradicionalmente –y aún hoy en las parcelas inaccesibles al tractor– a mano, con un gran palo de madera. Hoy en día, donde el tractor u otros vehículos a motor tienen acceso, la trilla se realiza por el paso repetido de ruedas de engranaje sobre las panojas. Tamizar y aventar se hacen tradicionalmente a mano, bajo el viento, pero ahora se usan máquinas, cada vez más eficientes, que hasta permiten un embolsado según el tamaño del grano.

De todas las operaciones de cultivo, algunas son particularmente cruciales, respecto a un calendario que cumplir. La labranza es una tarea que exige una atención especial, ya que no puede tener lugar en medio de la temporada de lluvias. Ahora bien, ésta no sólo no es fija (las primeras lluvias pueden ocurrir a principios de diciembre o principios de enero), pero también es de corta duración (de uno a tres meses como mucho). El arado es a menudo una verdadera carrera contra el tiempo y, al mismo tiempo, la disponibilidad de un tractor para los que no lo tienen es un factor limitante. Los tractoristas no aprecian el minifundio. En efecto, no les resulta rentable desplazarse sólo para arar una hectárea. En la

⁴⁴ Varios factores parecen ser la causa. Primero factores económicos: alto costo en relación con el costo de la mano de obra que en sí es bajo; bajos rendimientos por hectárea. Luego factores agronómicos: plantas de diferentes tamaños y, por último, los campos con superficies poco planas después de la labranza.

organización de su tiempo de trabajo, dan prioridad a los grandes propietarios, lo que introduce de inmediato relaciones desiguales dentro de las comunidades, en las capacidades de uso y gestión de la tierra. Sin embargo, la red familiar y el intercambio de servicios son, para el agricultor, una buena garantía de que su parcela se arará a tiempo. En efecto, un tractorista irá siempre a arar las parcelas de su padre en el debido tiempo, incluso si se trata sólo de una hectárea.

La cosecha también es una tarea que exige precaución y saber hacer, ya que la maduración del grano de quinua es muy rápido al final del ciclo y, cuando el grano está maduro, hay que hacer rápidamente la cosecha a fin de evitar daños causados por el viento. El productor no sabe la fecha de su cosecha hasta el último momento y debe, pese a ello, tener una fuerte capacidad de movilización, sobre todo de mano de obra.

Por último, la diferenciación de los itinerarios técnicos está fuertemente determinada por el grado de mecanización de las operaciones. El itinerario enteramente manual se distingue del semi-mecanizado, en el que sólo el arado se realiza con tractor y, más aún, del itinerario mecanizado para el arado y la siembra, que se hacen con tractor. Los procesos de decisión sobre las opciones a tomar a respecto a uno u otro itinerario son relativamente complejos. Para las parcelas en pendiente, el productor no tiene alternativa: todo el trabajo debe ser hecho a mano. Para parcelas de planicie, los tres modos son posibles, aunque todo lo manual ha desaparecido. A estas decisiones se añade la opción si de utilizar o no fertilizantes y pesticidas y el período de barbecho entre dos cultivos.

La toma de decisiones sobre el grado de mecanización a nivel de planicie se hace principalmente en relación con el tiempo disponible para dedicar al cultivo y a la capacidad financiera del productor. En efecto, para los productores que cultivan grandes superficies o quienes se dedican a otras actividades fuera de la comunidad, resulta difícil practicar la siembra a mano. Pero, al mismo tiempo, la calidad de las plántulas y por lo tanto los rendimientos de los cultivos varían según los itinerarios. Sin embargo, cuanto menores sean las incertidumbres climáticas (viento muy fuerte o heladas) que penalizan todas las parcelas igualmente, la siembra mecanizada no produce tan buenos resultados como la siembra manual. Por tanto, los productores optan a menudo por un compromiso y vemos cada vez más desarrollarse el itinerario semi-mecanizado, es decir, la labranza mecanizada asociada a la siembra (o re-siembra) manual.

Los factores de toma de decisiones relativos a la aplicación de insecticidas, la incorporación de fertilizantes y el período de barbecho entre dos ciclos de cultivo, son difíciles de determinar para los productores de quinua convencional. En cambio, los productores de quinua certificada “orgánica”⁴⁵ se ven limitados por

45 No sabemos el número exacto de productores orgánicos certificados, pero el informe de la Cabolqui y el Viceministerio de Ciencias y Tecnología sobre la dinámica de la quinua en

obligaciones estrictas: prohibición del uso de pesticidas químicos, fertilización animal de la tierra, corte y no desarraigo de las plantas en la cosecha. El cumplimiento de estas obligaciones está sujeto a controles de parte de los organismos de certificación. El tipo de producción (certificada o no) interviene necesariamente en la toma de decisiones.

En cuanto a la mano de obra, la tradición quiere que los hombres se consagren más a los cultivos y las mujeres a los rebaños. Pero en el nuevo sistema de cultivo, o en los de cosecha, los cuidados intermedios, y a veces la post cosecha son manuales, y hombres y mujeres participan en los trabajos. Además, para los hogares cuyos miembros no residen de forma permanente en la comunidad y que no tienen ningún rebaño, la feminización del trabajo agrícola es particularmente notoria.

La cantidad de mano de obra necesaria para llevar a cabo todas las operaciones de cultivo es difícil de evaluar y su estimación varía mucho según los autores. El resumen en la Tabla 5 da algunos órdenes de magnitud.

Tabla 5
Mano de obra necesaria para el cultivo de quinua según diferentes itinerarios técnicos (días de trabajo por hectárea)

Itinerario técnico / Operaciones (hombre-día)	Manual	Semi- mecanizado	Mecanizado
Roturación	3 a 30*	5	0
Labranza	10 a 15	0	0
Siembra	2,5 a 10	0 a 10	0 a 1
Deshierbe	0,5 a 5	0	0
Cosecha	5 a 12	10	5 a 12
Trilla + cribado + venteo	10 a 33	10 a 33	2 a 33
Control de plagas	0 a 3	5	5
Dispersión de abono		0 a 4	3,5
Total (según los diferentes autores)	53-67	40-53	11-43

* Según el grado de vegetación

Fuentes Félix, 2004, Acosta Alba, 2007; Fundación Autapo, 2008

Obviamente, la mecanización de las operaciones de roturación, el arado y la siembra redujeron considerablemente las necesidades de mano de obra (excluyendo la prestación del tractorista). D. Félix (2008) estima en 20 días el ahorro de tiempo por hectárea para el arado y sembrado, sin contar con la roturación. Una cosa es cierta: el “pico” de trabajo hoy es el de la cosecha, que hasta el momento no está mecanizada en el Altiplano Sur.

Bolivia (2009:3) indica que por lo menos la mitad de la producción boliviana está certificada como orgánica.

Rendimientos, ganancias y destinos de las producciones

La estimación de los rendimientos de quinua debe tener en cuenta la producción propiamente dicha de granos de quinua, pero también los subproductos. Los primeros subproductos son los residuos de cultivos (tallos, hojas) que quedan en la parcela y son consumidos por los animales. El segundo, llamado *jipi*, se compone del polvo resultante del venteo y granos diminutos. Es transformado en pasta (*lejía*) para el consumo tradicional de la hoja de coca.

Los datos sobre los rendimientos de quinua-grano por hectárea son muy variables. Según R. Joffre (Programa Equeco), esos rendimientos varían entre 0 y 3000 kg/ha. Fluctúan dependiendo del ecosistema cultivado: si un productor de planicie puede esperar cosechar 500 kg/ha, el de piedemonte cosechará 1000 kg por hectárea, mientras el productor de pendiente de 1500 a 2000 kg (R. Joffre, com. pers., 2008).

La proporción es así de uno a cuatro. Sin embargo, las diferencias interanuales debidas al clima son importantes, así como las variaciones entre las parcelas situadas dentro un mismo ecosistema. Algunas parcelas, por ejemplo, no serán recolectadas por congelación o serán irremediablemente atacadas por insectos.

Además de las limitaciones climáticas y fitosanitarias, algunos factores técnicos afectan el rendimiento final:

- la mala calidad de suelos o la exposición desfavorable de las parcelas;
- la fertilidad de las parcelas, especialmente si no han sido enriquecidas con fertilizantes;
- la irregularidad de la labranza mecánica;
- la uniformidad de la siembra mecánica, que no tiene en cuenta la humedad de la tierra receptora;
- el hecho de que la cosecha sólo se haya podido hacer de una sola vez.

Cuando se combinan estos factores adversos, como suele ser el caso en la planicie, los rendimientos se vuelven pobres, sobre todo cuando los itinerarios técnicos son totalmente mecanizados. En las laderas, sin embargo, las parcelas están menos frecuentemente afectadas por los ataques de insectos y las heladas, y las prácticas de cultivo son más cuidadosas; por lo que estas parcelas experimentan variaciones de rendimiento menos pronunciadas. Pero la sequía sigue siendo, como en la planicie, una amenaza.

Los costos de producción por hectárea, como para la mano de obra, pueden ser estimados únicamente en términos de rangos de valor. En los cálculos presentados aquí, todas las transacciones están codificadas, incluyendo la mano de obra que no siempre es remunerada en los hechos. Según tres fuentes distintas (Félix, 2004; Acosta Alba, 2007; Fundación AUTAPO, 2008), el costo de producción de

una hectárea de quinua mecanizada en planicie varía entre 159 y 340 dólares. Obviamente, el uso de mano de obra “gratuita”, es decir generalmente familiar, es el único margen de maniobra posible para reducir los costos de producción. La diferencia entre los ingresos sacados del cultivo y los costos de producción, es decir los beneficios, fluctúa entonces en función de los recursos en mano de obra, materiales y precios de venta del producto. Para una hectárea de cultivos mecanizada en las planicies, con un coste de cultivos por valor de \$ 340, el productor cosechará 500 kg vendidos a 200 USD los 100 kg (promedio durante el período de estudio), es decir una ganancia de 660 dólares por hectárea. Ese beneficio representa una ganancia relativamente elevada en relación con los niveles de vida en la región, y ello a condición de que toda la producción se pueda vender. Para los cultivos en pendiente, los costos de producción son mayores, aunque los rendimientos son superiores; las ganancias pueden superar los 1300 dólares por hectárea⁴⁶. Hay que añadir a esto el beneficio de los residuos de las cosechas dados a los animales, así como la venta de *jipi*.

El destino de la producción es de varios tipos. Para el año 2008, el Ministerio de Desarrollo Rural de Bolivia estimaba que el mercado interno absorbería el 15% de la producción nacional (en volumen) y el autoconsumo el 65% (Ministerio de Desarrollo Rural y Tierra, 2009: 30). Pero esos datos se están revisando, y el consumo interior podría sólo representar el 40% en volumen de la producción nacional (T. Winkel, com. pers., 2010).

A pesar de la ausencia de estadísticas fiables, sabemos por observación que la parte de producción vendida es hoy muy elevada. Los productores eligen su modo de comercialización: ya sea directamente a las cooperativas o empresas privadas cuando producen quinua orgánica o al mercado de Challapata, o incluso a los intermediarios que llegan a las aldeas (trueque por productos de consumo básico y que todavía se practica). La producción no comercializada se reparte entre el autoconsumo (cada familia mantiene varios sacos), las semillas conservadas para la próxima temporada y el pago en especie a los trabajadores agrícolas.

Entre los subproductos, el *jipi* es la base para la preparación de la *lejía* que se consume en la familia y/o es vendido. Los otros desechos del cultivo (tallos principalmente) son consumidos prioritariamente por la tropa del productor, si la tiene, y posiblemente por rebaños de toda la comunidad. Se encuentra así la configuración descrita por B. Kervyn (1992: 459), a saber que “el pastoreo es privado al principio, cuando los residuos de la cosecha son abundantes y sólo se convierte en colectivo cuando la cosecha se termina”.

El nuevo sistema de producción de quinua que apareció en el Altiplano Sur representa una gran oportunidad, aunque la toma de decisiones y las formas de manejo agrícola necesarios para sacar provecho están fuertemente condicionadas

46 Costo de producción 390 USD, cosecha 1000 kg a 200 USD/100 kg.

por las limitaciones del calendario de las operaciones agrícolas. Según este calendario, la roturación se hace el año n , para una cosecha el año $n + 2$, sea un beneficio dos años después de la primera inversión en la roturación. Ese es un factor muy importante a considerar en la comprensión de los arreglos para cultivar. De hecho, algunos productores no tienen los medios para esperar tanto tiempo por el retorno de la inversión. No tienen el capital suficiente para “probar” con la quinua, menos aún en un contexto marcado por fuertes riesgos climáticos (viento, helada, sequía). Esta es también una de las razones que lleva a muchos productores a no comprometerse con los riesgos en que se incurre y a confiar sus parcelas a otros miembros de la comunidad.

Por otra parte, este calendario tiene fuertes implicaciones en la reactividad del sistema y, más precisamente, en el desfase que sigue, por ejemplo, a la compensación después de una subida de los precios de mercado. Generalmente, un mayor precio de venta es un incentivo para el cultivo, pero en el caso de la quinua, el cultivo se realiza sólo en enero, un año y medio más tarde. Por esta razón, la especulación comienza a asentarse. Algunos optan por cultivar grandes áreas, independientemente de las condiciones de mercado de las trayectorias previas, a fin de garantizar siempre una cosecha y así beneficiarse de los posibles altos precios. Si en última instancia, el precio de venta es demasiado bajo, los productores podrán almacenar su cosecha y esperar a un mejor precio.

La ganadería se estanca

El ganado en el Altiplano Sur consta principalmente de llamas (camélidos) y ovejas (ovinos). Se practica ampliamente. Si las llamas son especies muy adaptadas a las condiciones agroecológicas locales, los ovinos son más frágiles. Los ecosistemas más húmedos permiten la crianza de alpacas (camélidos), aunque estas se mantienen relativamente marginales en la zona estudiada.

Los animales pastan en las tierras comunitarias con vocación pastoril y en tierras familiares, entre la cosecha y la siembra. En el área de estudio, no hay tierras privadas de pastoreo excepto por las parcelas familiares cercadas. En cambio, se observó que algunos agricultores tenían accesos “privilegiados” a ciertas partes del territorio comunitario. En otras palabras, si en principio se quiere que todo el territorio esté para el pastoreo y para todos, la realidad da cuenta de prácticas diferenciadas según los espacios.

La constitución de los rebaños se da a través de una transmisión de padres a hijos, tanto a niños como niñas. De hecho, según la costumbre, todos los niños originarios de la comunidad reciben, desde una edad temprana, algunas cabezas de ganado de sus padres, y también de otros parientes cercanos. Cuando los animales que recibieron se reproducen, las crías se mantienen en el ganado familiar hasta

que el propietario las tome completamente a su cargo. Durante la instalación de una joven pareja en la comunidad, hombre y mujer, cada uno por su parte, obtiene el rebaño que se le fue otorgado y, por lo general, el hogar se involucra además en un contrato *al partir* con el cual se hace cargo del rebaño de otro miembro de la comunidad. Esta estrategia ayuda a hacerse poco a poco de un rebaño importante.

Como con la tierra, los rebaños pueden estar en explotación directa o indirecta. Pero en el caso de ellos, puede hablarse de verdadera propiedad privada. La explotación directa significa que el propietario se hace cargo de su/sus rebaños, o que paga (puntualmente o por plazos largos) a un pastor. Recupera entonces todos los productos pecuarios. La explotación indirecta (o *al partir*) corresponde a la categoría de “contratos con reparto del capital productivo” descrito por P. Lavigne Delville *et al.* para los cultivos (2003: 83). En otras palabras, el contrato de acceso al rebaño se hace como un porcentaje del capital productivo creado por la inversión en trabajo del aparcero. El contrato *al partir* estipula la repartición a partes iguales de todos los nacimientos que tienen lugar durante el año, entre el aparcero y el propietario. El contrato puede renovarse cada año, aunque sin compromiso. En este tipo de contrato, el aparcero cuida a diario del rebaño extendido, con cada parte identificando a sus animales. El propietario puede ayudar al aparcero llevándole comida y/o ropa para su familia, o alfalfa para los animales recién nacidos.

Las principales operaciones relacionadas con la cría son la vigilancia y la alimentación, ya que la reproducción y la parición se hacen solas (ver el calendario del sistema de crianza en el Anexo 3). La desparasitación se practica a veces, en las llamas de algunas comunidades. Guiar a los rebaños de llamas era antes un trabajo exigente, ya que machos y hembras estaban separados y la reproducción era controlada, como en otras regiones especializadas en crianza (Tichit, 1998; Genin y Tichit, 2006), pero ya no es así hoy en día.

Según la organización de la comunidad, y según la existencia o no de *mantos*, las llamas se custodiaban de forma diferente. En los *mantos* cercados, los rebaños de llamas se pueden dejar en pastos comunitarios todo el año, supervisados de cuando en cuando y en forma en más cuidadosa durante el período de partos. Cuando no hay *mantos* y las parcelas no están cercadas, el pastoreo de llamas debe ser cotidiano entre noviembre y marzo/abril. I. Acosta Alba (2007) considera que un rebaño de llamas requiere de un tiempo de trabajo de cerca de 135 días-persona por año (hd/año). D. Félix (2004: 48) indica 100 hd/año para el sistema de *mantos* y hasta 250 hd/año en las parcelas no cercadas.

Los ovinos, más frágiles y exigentes en cuanto a comida, demandan cuidado diario (sean 365 hd/año) y debe ser encerrados todas las noches. Su dieta debe complementarse con alfalfa en ciertas épocas del año. La cría de ovejas es pues más restrictiva y costosa que la de llamas.

R. Molina Rivero (1986: 202 y 233) describe la distribución de las tareas de crianza en la familia en estos términos: “la actividad de pastoreo está a cargo

especialmente de las mujeres adultas y los niños de ambos sexos [...]. Los niños de 5 a 10 años de edad cumplen un rol muy importante en el cuidado de los animales siendo exclusivamente la única tarea productiva que desempeñan durante todo el año [...]. Pero a medida que crecen los niños, especialmente si son varones, sus tareas comienzan a diversificarse entre los 11 y 20 años de edad hacia las actividades agrícolas participando cada vez menos en las pastoriles. Son entonces las mujeres en todas sus categorías de edad y en particular las adultas las que cuidan el rebaño [...]. Las niñas se dedican al pastoreo de las ovejas y los niños al de las llamas”.

La producción de llamas tiene múltiples usos. El rendimiento en carne, para una llama adulta, es de 40 a 100 kg/cabeza, a lo que se añaden el cuero, la lana, el estiércol utilizable como fertilizante o combustible. En cuanto a las ovejas, cada cabeza proporciona de 11 a 16 kg de carne, pero también queso, cuero, lana y estiércol utilizable como fertilizante.

Los costos de ganado están sólo en la mano de obra dedicada a esta actividad. El estudio de I. Acosta Alba (2007: 59) da algunas indicaciones sobre los ingresos de la crianza. Según sus observaciones, el precio de venta de la carne varía según la época del año, de 2 a 2,6 USD/kg; así que un productor retira aproximadamente 50 USD por llama. Para las ovejas, el precio varía entre 0,9 y 1,1 USD/kg; así un productor puede contar con una ganancia de alrededor de \$ 20 por cabeza.

Sin embargo, la cría está pensada principalmente para el autoconsumo, sea como producto fresco o transformado en *charque* (carne seca). La venta es pues irregular, a menudo a merced de las necesidades monetarias, sabiendo también que hay muy pocas salidas comerciales para los productos de ese tipo de crianza.

I. Acosta Alba (*op.cit.*: 18) establece que “la llama, así como la quinua, fue por mucho tiempo considerada “comida de indio”. Se decía incluso, en el entorno mestizo, que “la carne de llama transmitiría sífilis y triquinosis.” [...] Fue sólo en 1987 que se dejó sin efecto la prohibición de venta de carne de llama”. Cuando hay comercialización allí, se la hace directamente a los vecinos de la misma comunidad o en las ferias locales. Así que casi no hay ninguna cadena de comercialización, ni tampoco hay cooperativas en el caso de esta región.

Por último, si la cría de ovejas siempre ha requerido supervisión diaria, eso también es cierto en la crianza de llamas, ya que las zonas de cultivo son muy grandes y rara vez protegidas por cercos. Tradicionalmente, son las mujeres y los niños quienes se ocupan de la crianza. Pero hoy en día, los niños están cada vez más escolarizados y las mujeres son cada vez más solicitadas para el cultivo de quinua y, por otra parte, diversifican sus actividades. Esos dos factores llevan a una grave escasez de mano de obra para una actividad que ya no se considera prioritaria. En ese contexto, la cría de ovejas es la primera afectada por una baja de efectivos, aunque la cría de llamas lo está siendo cada vez más.

Limites del actual sistema productivo

Los sistemas de producción y organización de prácticas agrícolas y pastorales en la región del Salar de Uyuni son fundamentalmente diferentes de lo que fueron hace treinta o cuarenta años. Si el calendario agrícola propiamente dicho no ha experimentado cambios significativos, la necesidad de mano de obra, en cambio, se redujo significativamente por los avances tecnológicos. Se ha producido una disminución en el tiempo necesario para el trabajo agrícola por hectárea, mientras cada cual cultiva más tierras, y el trabajo durante los picos de actividad es cada vez más difícil de asumir. La mano de obra anteriormente empleada para la producción, era exclusivamente familiar e inter familiar (*ayni*). Hoy en día, esas ayudas entre familias tienden a debilitarse y el recurso a la mano de obra contratada está casi generalizado, a través de la contratación de jornaleros que en ocasiones llegan de otras regiones de Bolivia, lo que contribuye a la monetización del sistema de producción.

El cambio más importante está en las innovaciones técnicas y culturales. En efecto, la quinua se trabaja, se piensa y “se vive” como una nueva cultura. Al ya no ser objeto de una práctica agrícola de precisión, se implanta de forma casi indiscriminada en todas las áreas de planicie. Esta dinámica muy fuerte desafía la complementariedad cultivo-ganadería, que se tornó mucho menos interesante en términos de los respectivos ingresos de ambos tipos de producción. Por otra parte, muchos productores ya no son criadores, ya que la ganadería es más exigente en mano de obra y necesitada de espacios, y ello para un ingreso económico mucho más bajo que el cultivo de quinua⁴⁷.

En más o menos largo plazo, podemos imaginar que la crianza se reducirá sensiblemente en términos de ocupación del suelo, tamaño y volumen de producción. Los equilibrios entre cultivos y crianza se verán modificados necesariamente. En las condiciones del Altiplano húmedo (más de 600 mm de precipitaciones anuales), varios autores (ver por ejemplo Hervé *et al.*, 1994) consideran que la renovación de la fertilidad se lleva a cabo mediante transferencia entre crianza y cultura durante el barbecho largo de parcelas pastoreadas y también por el aporte de estiércol en las mismas. Sin embargo, estudios recientes de Cárdenas y Choque (2008) ponen en duda la eficacia de los insumos de estiércol en el Altiplano Sur. En segundo lugar, la complementariedad económica de las dos actividades se ve afectada. La ganadería fue diseñada como una actividad de “tapón”, es decir que

47 J. Parnaudeau (2006) estimó en 2006 que la valoración de la carne de llama es de un poco más de 10 USD por hectárea, mientras que una hectárea de quinua en planicie permite un beneficio neto de alrededor de 94-134 USD (dependiendo del precio de venta). Este cálculo se hizo en 2006, cuando el precio de venta de la quinua aun era tres veces menor que el alcanzado en 2008.

en caso de mala cosecha, la tropa hacía de capital de reserva⁴⁸ ante la posibilidad de descapitalizarse frente a gastos fuertes (enfermedad, muerte, festividades). Además, el ganado era parte de la seguridad alimentaria de las poblaciones. Esta complementariedad económica se encuentra hoy en otra parte para los productores de quinua (ver partes 3 y 4).

El monocultivo –típico de las agriculturas de exportación– tiende a dominar la dinámica actual, con la mecanización que permite una notable extensión de las superficies cultivadas. Estamos siendo testigos, de tal forma, de la transición de un sistema tradicional de producción centrado en el autoconsumo, aliando cultivo y ganado en un territorio en mosaico, preciso y muy ajustado, a un sistema de producción mayormente enfocado hacia la venta (agro-exportador especializado) en desmedro de la crianza y practicado sin referencias agro técnicas o agroecológicas comprobadas (Joffre, com. pers.). En este contexto, las consecuencias de los trastornos de los itinerarios técnicos de los cultivos, que son objeto de un animado debate, cuestionan la eficiencia y la sostenibilidad ambiental del sistema.

De hecho, la mecanización impide realizar ciertas operaciones de cultivo con precisión. Por ejemplo, no se puede sembrar a profundidades variables y adaptadas a la localización de recursos hídricos en el suelo. Por otra parte, el número de variedades cultivadas en parcelas grandes tiende a disminuir, incluso si, a escala del territorio, las parcelas de auto consumo mantienen la biodiversidad agrícola mediante la cultura de quinuas no comercializadas y que satisfacen el consumo alimenticio local (quinuas para *pito*, *pipocas*)⁴⁹.

Los agentes de las agencias de desarrollo, técnicos y consecuentemente los productores, mantienen un discurso basado en la baja de rendimientos de las parcelas de planicie, pero de hecho, esta disminución no se basa en ninguna prueba estadística (Joffre, com. Pers.). Sin embargo, se establece que los rendimientos de parcelas mecanizadas de planicies son bajos, lo que se debe a varios factores.

R. Joffre (com. pers.) sugiere algunas respuestas: “en primer lugar, las malas prácticas agrícolas y, sobre todo la mediocre calidad de la siembra mecánica, que a menudo produce una germinación incompleta, el recubrimiento por la arena y la muerte de las plántulas en caso de vientos fuertes. La estructura misma del paisaje agrario es otro factor, rara vez señalado, de pérdida de productividad. En efecto, los grandes monocultivos promueven la erosión eólica y la población de insectos plagas de los cultivos. Empujan cada vez más lejos las áreas de vegetación espontánea que albergan los parásitos de los insectos y desempeñan así un papel

48 “La complementariedad tiene lugar sobre todo frente a las condiciones climáticas, topografía o las condiciones del suelo, donde la combinación de agricultura y ganado permite aumentar las capacidades de subsistencia frente a las variaciones interanuales” (Schiere *et al.*, 2002 citado por Acosta Alba, 2007).

49 Respectivamente harina de quinua utilizada para la preparación de bebidas espesas y granos de quinua inflados.

esencial en la regulación de las plagas de los cultivos. Por otra parte, las tierras en reposo tardan en ser re colonizadas por la vegetación espontánea, en parte debido al alejamiento de las plantas a partir de las cuales podrían reponerse las reservas de semillas. Las parcelas así desguarnecidas quedan pues expuestas por más tiempo al viento y la escorrentía”.

Si anteriormente el productor aceptaba incluso un rendimiento medio, favoreciendo la estabilidad de su producción frente a los caprichos del clima, en la actualidad el poner en cultivo nuevas áreas antes reservadas al pastoreo de rebaños, es algo que claramente da cuenta de una gestión del riesgo basada en la maximización de las ganancias esperadas. La especulación sobre la producción y los beneficios esperados incitan, pues, a cultivar en la mayor cantidad de tierras posibles. Pero es cierto que ponerse a cultivar nuevas parcelas permite el acaparamiento de tierras, al tiempo que garantiza el usufructo. No obstante, conviene relativizar este panorama, ya que cada productor, según la tradición de dispersión de riesgos, sigue cultivando cada año varias parcelas dispersas en el territorio de la comunidad y siembra una diversidad de ecotipos de quinua.

Otros productos agrícolas

Si actualmente la quinua es el buque insignia de la producción del Altiplano Sur, y el ganado una práctica aún tradicional, aunque en plena evolución, otras producciones también son parte del sistema agrícola: la papa (que es cultivada en montañas o de regadío), haba y alfalfa (cultivos irrigados). Totalmente destinadas al autoconsumo, son a veces un poco descuidadas.

Según D. Félix (2004: 40), “La papa [...] es el segundo alimento básico tradicional aymara [...] antes asociada a la quinua, [...] que se cultiva en el comienzo del ciclo. También se la encuentra en monocultivo en parcelas menos expuestas al frío, que tolera peor que la quinua. [...] Las rotaciones de papa/quinua casi han desaparecido”. Desde el punto de vista de la gestión de la fertilidad, el itinerario técnico del cultivo de papa es el mismo que la de la quinua (barbechos corto y largo). Lo mismo ocurre con la roturación, la labranza y el control de malezas. En cambio, la papa requiere de un aporque que se realiza en diciembre. Los rendimientos varían considerablemente de una parcela a otra (470-2000 kg/ha). La cosecha se lleva a cabo de febrero a mayo y demanda un promedio de 20 hombres-días. La producción es del todo para el consumo interno, en forma de papas frescas o deshidratadas (*chuiño*).

Las tierras irrigadas son familiares. Normalmente cada derechohabiente tiene derecho al uso de agua, lo que no es proporcional al tamaño o al número de sus parcelas, ya que simplemente está definido por su duración (o turno de agua). Los principales cultivos de regadío son las habas en rotación con papas, así

como la alfalfa. Algunas pequeñas parcelas de huerta se cultivan preferentemente alrededor de las habitaciones.

Para el cultivo de habas, el riego se realiza de dos a tres veces al mes, y la pulverización de insecticidas tiene lugar en noviembre y diciembre. La parcela nunca se deja en barbecho, mientras el mantenimiento de la fertilidad está garantizado por la propia planta (la haba es una leguminosa) y por la adición de fertilizantes cuando se plantan papas. Las habas son mucho más sensibles que la quinua y papa a los riesgos climáticos y ataques de plagas. Pueden ser cosechados frescos o secos, y los rendimientos promedio sonde cerca 375 kg/ha.

La alfalfa, una leguminosa forrajera, se utiliza como complemento alimenticio de los corderos y sus madres. Esta planta se adapta a las parcelas de regadío y son posibles hasta tres cortes al año. Las plantas de alfalfa pueden ser productivas por treinta años consecutivos; basta con arrojar unas semillas al vuelo donde el cultivo ha sido dañado. Este cultivo es poco exigente en trabajo y no requiere ningún insumo. Permite en promedio la cosecha de 1400 kg/ha de forraje por año.

Conclusión Parte II

El auge de la quinua ha provocado un cambio en los modos de representación de una cultura ancestral, con una fuerte carga simbólica desde el punto de vista histórico y cultural. Si anteriormente la producción de quinua jugó un papel fundamental en la transmisión de los saberes locales y la seguridad alimentaria, el producto ha tomado hoy un valor esencialmente monetario. Y el precio del valor de la tierra es su corolario. En otras palabras, los procesos en curso cuestionan directamente la relación vivida con los recursos naturales y más aún la representación del territorio desarrollada por las poblaciones locales. La tierra, ¿es todavía vista como un patrimonio social y cultural, fundador de las identidades campesinas andinas? O, repitiendo las palabras de P. Hamelin (2002) a propósito del Brasil, ¿es sólo una herramienta de producción y extracción de una riqueza potencial? Pero también conviene señalar que el territorio puede ser valorado por la autonomía que procura: al reinvertir en él las poblaciones locales han encontrado un control hasta cierto punto perdido en sus actividades extra-locales, cuya historia reciente (por ejemplo en el cierre de las minas en los la década de 1980 o la crisis económica en Argentina a comienzos de la década de 2000) reveló el carácter precario o riesgoso.

Estos cambios son aún más importantes en cuanto el auge de la quinua sacó de las sombras a esta región olvidada de los confines de Bolivia, captando no sólo el interés gubernamental y de los actores del desarrollo, sino también de actores privados del sector de exportación de la quinua. Hoy en día, los habitantes del Altiplano Sur están, de hecho, insertos en la esfera mundializada del comercio agrícola y los campesinos se tienen diariamente al corriente de la cotización del dólar.

La emergencia de cuestiones ecológicas y económicas sobre la sostenibilidad implica cuestionamientos, la búsqueda de nuevas prácticas y la aparición de nuevos actores. Ello parece iniciar una cuarta fase del auge de la quinua, en la que se retoma el control en la desenfrenada carrera por el grano.

PARTE III

Sistemas de movilidad y anclaje en la comunidad



Foto: Anais Vassas Toral.

En Chilalo, se toma el bus (la flota) en la falda de la montaña. Esas mujeres parten, fuertemente cargadas, yendo y viniendo entre ciudad y campo, según las necesidades agrícolas o las familiares.

El auge de la quinua es un importante punto de inflexión en la historia agrícola del Altiplano Sur. Factor de agitación de los patrones de uso de la tierra, de los sistemas de producción, de las relaciones con la tierra, la percepción de los recursos, induce profundas transformaciones en las formas de poblamiento y los sistemas de movilidad en estas regiones periféricas, con bajo crecimiento poblacional y donde la inmovilidad es antigua. ¿Cómo las modalidades espacio-temporales de la movilidad fueron modificadas e, inversamente, qué papel(es) juegan las movilizaciones en las transformaciones locales relacionadas con la quinua?

El estudio de las dinámicas migratorias y la configuración de las áreas de movilidad proporcionan información sobre la movilidad residencial y profesional de ayer y de hoy. Identifica la evolución de la geografía migratoria de individuos y familias: ¿quién se mueve, a qué destinos, en qué temporadas? También permite capturar la organización social y económica, que funda las prácticas migratorias, la existencia de eventuales sectores geográficos y nichos ocupacionales en los lugares de migración. Finalmente, lleva a identificar las continuidades o las rupturas en el modelo de migración regional.

CAPÍTULO 6

Ciclos migratorios y el sistema de movilidad de ayer a hoy

Si el Altiplano Sur es tradicionalmente un espacio de circulación, los territorios de movilidad han cambiado en función de la finalidad de los desplazamientos (intercambio, trueque o trabajo asalariado), de las oportunidades económicas y los destinos privilegiados. La evolución de los sistemas migratorios también tiene que ver con los perfiles de los individuos móviles y las configuraciones de espacios residenciales familiares que, según los períodos, se agrandan o retraen en el seno de un espacio regional, nacional, incluso internacional.

Movilidad residencial y movilidad profesional individual se combinan para definir los ciclos migratorios, es decir, las grandes etapas de migración y sistemas de actividades que han marcado la vida de estos territorios desde principios de siglo. La historia larga de cada una de las comunidades estudiadas ya muestra la variedad de respuestas de las poblaciones locales a la evolución de las condiciones económicas que las condicionan.

San Juan de Rosario: una histórica complementariedad transfronteriza

La comunidad de San Juan de Rosario –municipio de Colcha “K”– se encuentra en una posición muy periférica a escala del territorio nacional, aunque está muy integrada al espacio transfronterizo entre Bolivia y Chile, y relativamente cerca de la frontera boliviano-argentina. En San Juan, se dan cinco ciclos migratorios en términos de destinos y formas de movilidades (fig. 22).

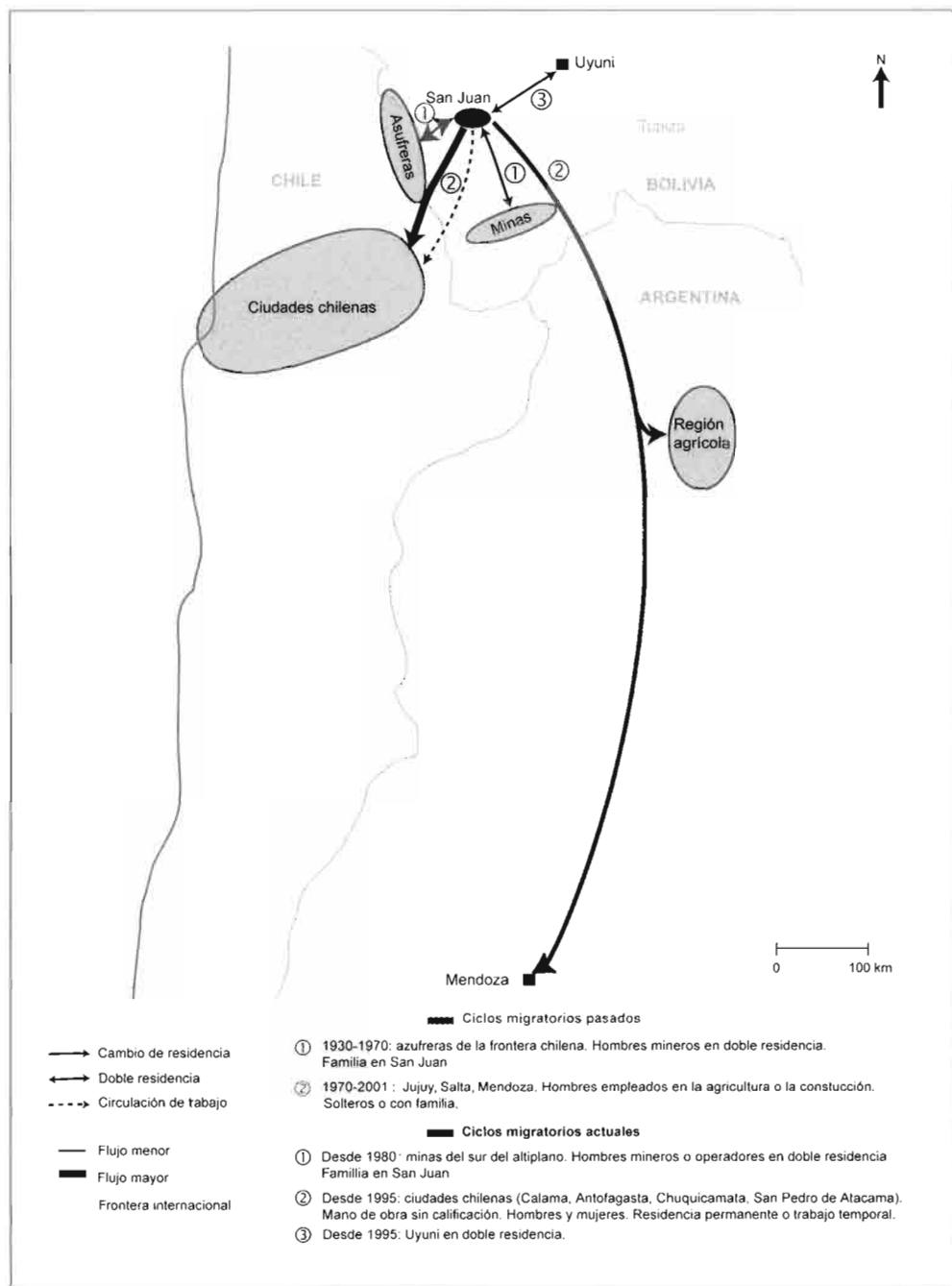


Figura 22

Los ciclos migratorios de la comunidad de San Juan de Rosario entre 1900 y 2008.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

Históricamente, el pueblo de San Juan siempre mantuvo lazos de intercambio y trueque con los valles interandinos situados al sureste, en especial con la región de Tupiza. Hay muchos hombres de San Juan, mayores de 50 años, que recuerdan su larga caminata con caravanas de llamas:

“El mes de julio, teníamos 12 días de marcha para llegar a Tupiza, nos quedábamos una semana para hacer compras y descansar, y luego volvíamos al Altiplano. Todavía nos quedaban 12 días de marcha. Llevábamos sal de Patana⁵⁰, papas, quinua y se sacrificaban llamas en el acto. Regresábamos con maíz.” (Evaristo Cruz)

Otro testigo dijo que entonces:

“Algunos comunarios de San Juan cultivaban un poco de quinua, pero no todos. Vivían en parte del trueque con los valles. Llevaban sal de Patana partían en caravana de llamas a los valles de Tupiza e intercambiaban sal, carne de llama sacrificada por maíz. También había comercio con Argentina, la gente de San Juan intercambiaba lana de llama.” (Félix Yucra)

En este momento, la sal y la ganadería representaban toda la riqueza de San Juan. Con la llegada de los camiones, estas caravanas se detuvieron (se pueden señalar algunos intentos de revivirlas hoy para fines turísticos).

Paralelamente a la realización de estas caravanas que garantizaban la seguridad alimentaria de las poblaciones mediante intercambios entre pisos ecológicos, los habitantes de San Juan practicaron el comercio de plantas combustibles desde la puesta en marcha del ferrocarril que unía Antofagasta (puerto de Chile) con Potosí. En efecto, la línea de ferrocarril pasa cerca del pueblo.

“La gente vivía del comercio de *yareta*⁵¹ y un poco de *thola*. Partían a la montaña, dos veces al mes con llamas y se quedaban hasta una semana. Primero había que cortar la yareta para que seque de dos a cuatro meses. Luego la cargábamos en llamas, y bajábamos hasta la estación de tren de Chiguana⁵². Era para las fundiciones de la gran mina de Pulacayo.” (Evaristo Cruz)

Luego “la yareta se acabó, se encontró carbón y petróleo, esta actividad se acabó.” (Félix Yucra)

Se añadió al trueque y el comercio de recursos naturales el trabajo en las minas de azufre en la frontera con Chile (Amincha, Kilcha, Santa Rosa, Puqios, Cavana). Los hombres iban a trabajar por la semana y regresaban el fin de semana. Estas movi­lidades de cercanías fueron practicadas por todos los ancianos de la comunidad. El hogar se constituía y fijaba en San Juan y el hombre partía temporalmente para el trueque, para la explotación de yareta o para trabajar en la mina.

50 Hay en el territorio de San Juan un pequeño salar: el salar de Patana.

51 La *yareta* (*Azorella yareta* Hauman) es una planta que se encuentra al sur del Altiplano Sur; se la usaba como combustible en los hornos de fundición de mineral.

52 Chiguana está situado a unos treinta kilómetros al suroeste de la comunidad de San Juan.

Desde la década de 1970, los sistemas de movilidad de la comunidad de San Juan van a cambiar en profundidad. La primera convulsión fue debida a la activación de las migraciones femeninas, al menos para las generaciones nacidas a partir de 1960. Esas migraciones de mujeres, por otra parte, se harán cada vez más individuales y autónomas, relacionadas con la búsqueda de ingresos adicionales. Se convirtieron en actrices y jugadoras clave en la obtención de ingresos en la casa y para su entrada en los circuitos de la economía monetaria (Guétat-Bernard, 2006). La migración a la Argentina también se hizo más importante, con los jóvenes que partían a trabajar como trabajadores agrícolas en fincas de Mendoza, Salta o Jujuy. Esas migraciones circulares, hechas de idas y venidas, se volvieron prácticamente definitivas para algunos que se instalaron de forma duradera en la Argentina.

Desde 1980 hasta hoy, las minas del sur del Altiplano se convertirán en otro sitio de empleo para los hombres de San Juan y toda la región. La gran mina de bórax, Apacheta, sigue siendo un gran empleador regional. Otros sitios también se volvieron atractivos: la mina de cal de Río Grande y Julaca en la década de 1970 y a principios de 1990, la mina de Amincha y de Laguna Verde a finales de 1980, Horsu a fines de 1970 y finalmente San Cristóbal desde el 2005. Una característica común entre las migraciones más recientes y la movilidad de los mayores, está en el hecho de que la familia reside en San Juan, mientras que los hombres tienen doble residencia entre San Juan y el centro minero.

Desde mediados de la década de 1990, las migraciones a la Argentina se intensificaron y llegaron a los centros urbanos, sobre todo hasta la ciudad de Buenos Aires. Las partidas con destino a talleres de costura ilegales continuarán hasta la crisis del 2001. Esta crisis provocará un retorno a la comunidad, pero sobre todo una reorientación de los flujos, en particular a Chile. La migración a las ciudades chilenas de Calama y Antofagastaya la mina Chuquicamata, en plena expansión, de hecho se desarrollarán en ese momento, alentada por el crecimiento económico del país⁵³: el trabajo como obreros de construcción y en puertos para los hombres, trabajos de empleadas domésticas para las mujeres. Algunos migrantes permanecieron en Chile y formaron su hogar. Durante la década de 1990, la formación de matrimonios mixtos es rara: las parejas bolivianas se encuentran y se forman en Lipez, luego se van juntos a Chile. Sin embargo, la proporción de parejas mixtas tiende a aumentar en los últimos años, tratándose de matrimonios entre jóvenes migrantes de nacionalidad boliviana e hijos de migrantes de la primera generación instalados en Chile. Estos últimos nacieron en Chile y son por tanto de nacionalidad chilena. Así, la mayoría de los jóvenes de San Juan hoy siguen emigrando a Chile, haciendo sus idas y vueltas en función de visas que gestionan. Estas circulaciones las hacen también los jóvenes colegiales que,

53 Se dieron salidas a Chile desde la década de 1960, pero el movimiento masivo es en la década de 1990.

durante las vacaciones escolares, van a hacerse contratar por algunas semanas. Esta generación, en cambio, no conoce la Argentina.

Durante mucho tiempo, la comunidad de San Juan tenía muy pocas conexiones con la ciudad de Uyuni, sin embargo tan cercana. A partir de 1995, ésta se convertirá en un nuevo polo de atracción, sobre todo para la educación de los niños. Se desarrollarán lógicas de doble residencia relacionadas con la educación:

“La migración a Uyuni data de los años 1995-2000, ya que, gracias a la quinua, se puede hacer estudiar a los niños y entonces la gente se compra una casa”(Nemesia Yucra).

Por último, los cambios acaecidos en San Juan, comunidad con una larga tradición de movilidad, tienen que ver con una diversificación de los destinos migratorios: desde la década de 1970, son más numerosas y sobre todo más distantes. El cambio también tiene que ver con las formas de inserción en las áreas de migración. Hoy en día, los hombres ya no son mineros pero están empleados en las minas realizando diversas funciones en el sector. Pero también son albañiles, artesanos, comerciantes independientes... Las mujeres, por su parte, asumen cada vez más la migración por sí solas desde su adolescencia. La complejización de los sistemas residenciales y de los sistemas de actividades es pues una característica que marca las mutaciones contemporáneas en San Juan.

San Juan es una comunidad muy extensa y muy poblada, donde tradicionalmente las movibilidades eran estacionales. El cultivo de la quinua a gran escala apareció tardíamente. Las condiciones climáticas desfavorables limitan su extensión, aunque hoy proporciona ingresos significativos. San Juan se encuentra en una ruta turística muy tomada en Bolivia, lo que permite una actividad turística importante para muchas familias locales. Finalmente, esta comunidad está favorecida por una diversificación de actividades (quinua, crianza, turismo) lo que en parte le permite a su población quedarse en el sitio.

Otuyo: de la tradición minera a la conexión urbana

Otuyo está cerca del pueblo de Salinas. Tiene entonces acceso a una densa red de comunicación, incluso si es rústica (camino transitables).

Con abundantes fuentes de agua en su territorio, se especializó en los cultivos de regadío como la alfalfa y los pequeños huertos. Los habitantes intercambiaban o vendían sus productos a las comunidades vecinas.

Otuyo está marcada al mismo tiempo por una gran tradición minera (fig. 23). Antes de la década de 1940, los hombres ya partían a las minas de Quechilsa y Siete Suyos en Potosí. Pero fue sobre todo durante la gran sequía de 1941-42 que

las familias fueron a instalarse en los centros mineros de Pulacayo y Siete Suyos. Esas familias, si siguieron cultivando en Otuyo para su propio consumo, sin embargo no volvieron al final de la sequía. Del mismo modo, menos de la mitad de los niños nacidos en las minas en los años 1940 a 1960, volvieron a instalarse en Otuyo. Otros partieron a diferentes destinos: Argentina en los años 1950-1970, los Yungas⁵⁴ los años 1955 a 1990. Pero sobre todo serán las capitales departamentales las que los atraerán: Oruro, Santa Cruz, sobre todo La Paz y, más marginalmente, Cochabamba. Quienes retornaron, sólo se quedarían un corto tiempo en Otuyo, pues volvieron hacia los mismos destinos desde los 1970s.

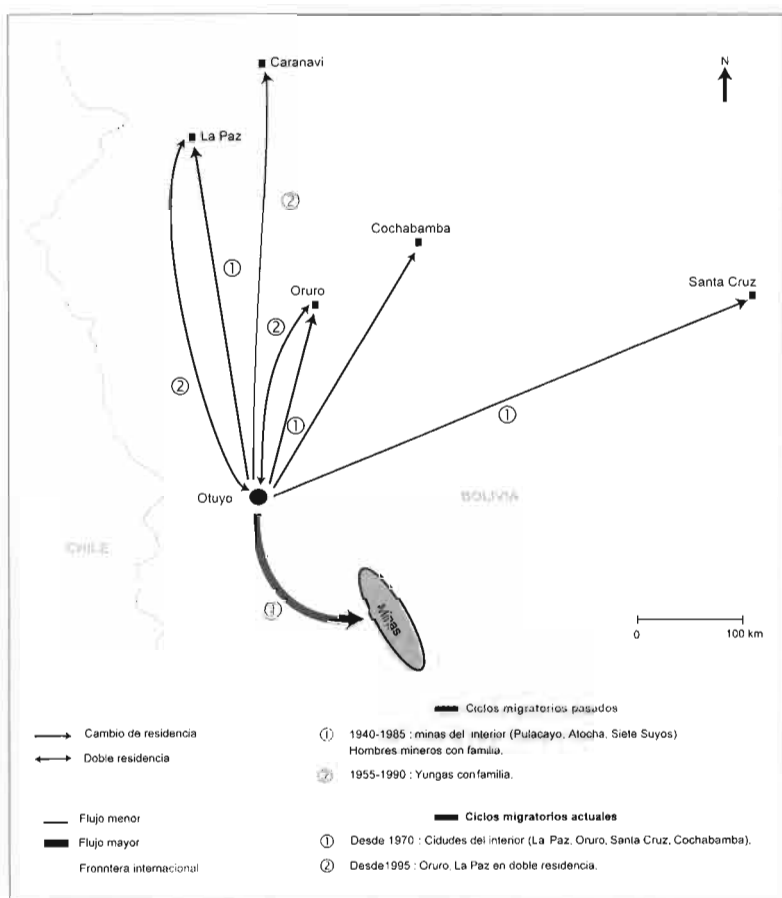


Figura 23

Los ciclos migratorios de la comunidad de Otuyo entre 1900 y 2008.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

54 Los Yungas son valles cálidos y húmedos que se encuentran al noreste de La Paz, en las faldas de los Andes.

“Veinte personas de Otuyo querían partir a Caranavi⁵⁵ para crear una cooperativa, ya que se les dio la tierra. El padre de Berta fue adelantándose con otras personas, pero dos volvieron enfermos. Finalmente los que estaban interesados al principio, se fueron todos a otra parte. Somos los únicos que partieron, con mi mujer, de manera no organizada”(Primo Gonzales).

La peculiaridad de Otuyo es que muchos miembros de la comunidad nacieron en los centros mineros, lugares desde los cuales se desplegaron salidas migratorias. Además, Otuyo está muy poco involucrado en la migración internacional: sólo unas pocas familias tienen vínculos con Argentina y ninguna con Chile. La sucesión de los ciclos migratorios en Otuyo está entonces marcada por un modelo relativamente simple, es decir, el paso de la migración de cercanías hacia los centros mineros situados más al sur de las migraciones rurales-urbanas orientadas hacia las ciudades de país.

Otuyo es parte de las comunidades que se “vacieron” de su población relativamente temprano, con salidas a las minas. A pesar del importante desarrollo de la cultura de la quinua, no tuvo renovación demográfica. De hecho, los migrantes involucrados en cultivos de quinua practican preferentemente la doble residencia o incluso no residen en absoluto en la comunidad, haciendo todo el trabajo a distancia.

Chilalo: de la tradición minera a la emergencia de nexos con Chile

Chilalo es una pequeña comunidad de montaña cuya topografía no permite mecanizar el trabajo agrícola. La comunidad se especializaba en el micro-cultivo de riego (alfalfa, habas) y la crianza de asnos. Los habitantes de Chilalo comerciaban con sus vecinos, que subían hasta Chilalo para comprar carne de llama y asnos. Los mayores (hoy de 75 a 80 años) también recuerdan haber hecho varios viajes a Chile (Noasa), con asnos y llamas cargadas de quinua para cambiarlos por peras.

La población de Chilalo tiene una larga experiencia de vida minera, objeto exclusivo de las migraciones hasta los años 1980 (sobre todo Atocha y las minas de azufre de la frontera chilena) (fig. 24). La familia residía en la mina, aunque las mujeres continuaban cultivando en Chilalo. Después del cierre de las minas estatales (Comibol) en 1985, algunas familias volvieron a la comunidad, mientras que otras se fueron a Oruro, Uyuni o Cochabamba. Ya adultos, los hijos nacidos en los campos mineros partieron a las ciudades bolivianas o más recientemente a Iquique en el norte de Chile. A partir de 1995, la migración hacia Chile empezó a aumentar, las mujeres iban a trabajar como empleadas domésticas y los hombres, en menor medida, como mecánicos o choferes. Si los hombres diversificaron así

55 Caranavi está en los Yungas del Departamento de La Paz.

su campo de actividad, las mujeres hoy siguen centradas en el trabajo doméstico y el comercio.

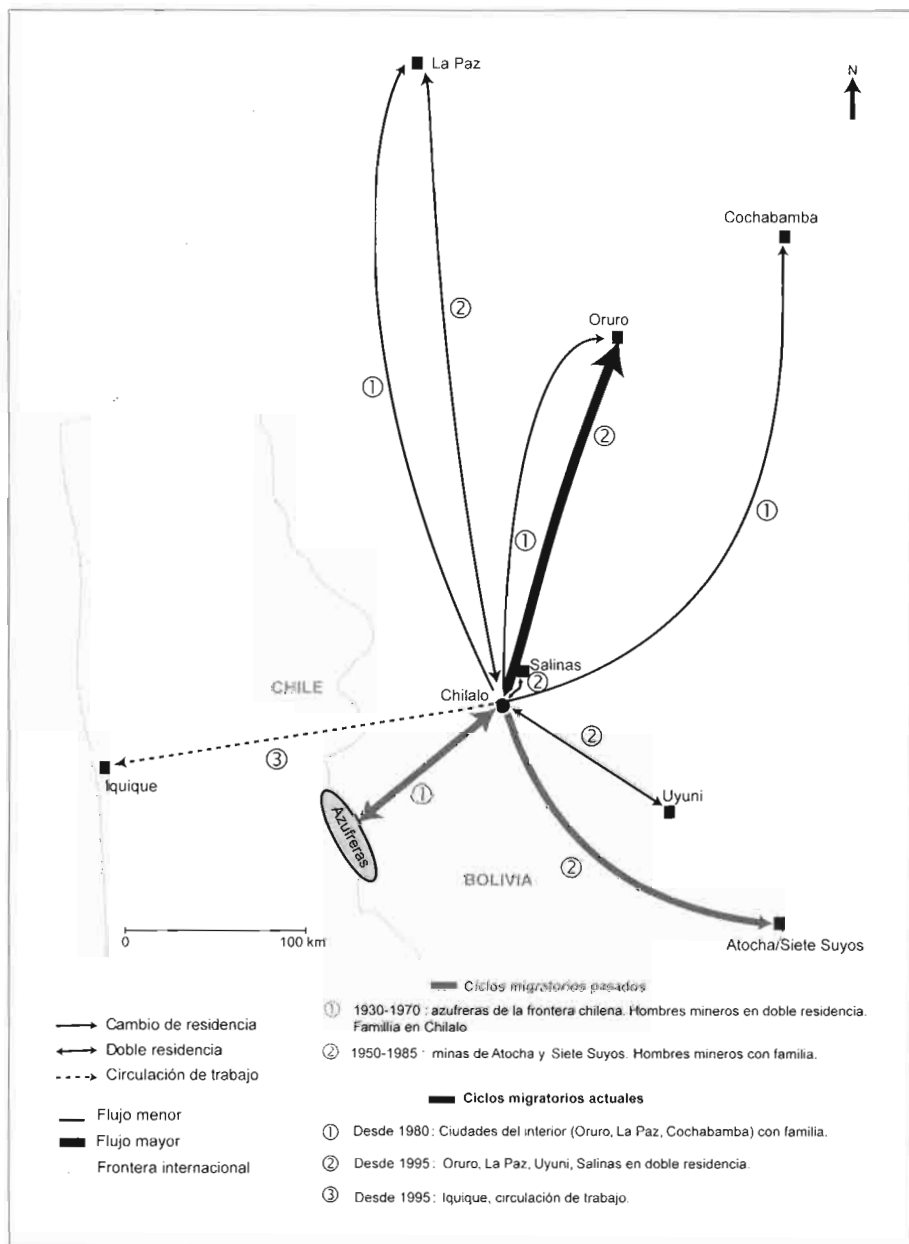


Figura 24

Los ciclos migratorios de la comunidad de Chilalo entre 1900 y 2008.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

La población de Chilalo es probablemente la que más ha vivido en las minas: Siete Suyos, Atocha, San Pablo de Napa, y en menor medida Aramayo, Chorolque y Santana. Gran parte de los chilaleños de más de 20 años fueron mineros en algún momento de su vida. La ruptura con esas experiencias de las generaciones más jóvenes, fuertemente conectadas con las zonas urbanas del país, es pues radical.

Chilalo es una pequeña comunidad de montaña donde el trabajo agrícola sólo se puede hacer manualmente. Al no cultivarse la quinua a gran escala, los originarios de esta comunidad son reacios a instalarse allí permanentemente.

Candelaria de Viluyo: viejos lazos con el este (del país)

Candelaria de Viluyo es una comunidad del salar cercana al trayecto Oruro-Uyuni y posee en su territorio una mina explotada antiguamente por los españoles de la Colonia. Además estaba el trueque con los valles interandinos de Potosí y Sucre, que se mantuvo hasta los años 1970. Los habitantes de Candelaria partían con caravanas de llamas, cargadas de sal, para intercambiar con maíz. Los viajes duraban tres meses.

Los habitantes también vendían carne de sus rebaños a Uyuni (para aprovisionar a las minas), lo que siguen haciendo hasta hoy, aunque ahora venden sobre todo en Challapata.

En los años 1940/50 y hasta 1970, los hombres migraban temporalmente a los yacimientos de azufre (Quilcha, Ollagüe, Santa Rosa, Abra de Napa, Desiertos) y las minas de cobre (Kollawasi) situados en la frontera con Chile (fig. 25). Desde 1950, las políticas de asentamiento en las tierras bajas del Chapare⁵⁶ y las tierras bajas en Bolivia atraerán a algunas personas de Candelaria. Sólo un pequeño número de los que migraron a esas zonas volverían más tarde a la comunidad; a partir de los años 1990 la mayoría prolongó su migración hacia las ciudades de las tierras bajas, entre ellas Santa Cruz de la Sierra en el oriente boliviano.

56 El Chapare está en la parte oriental del departamento de Cochabamba.

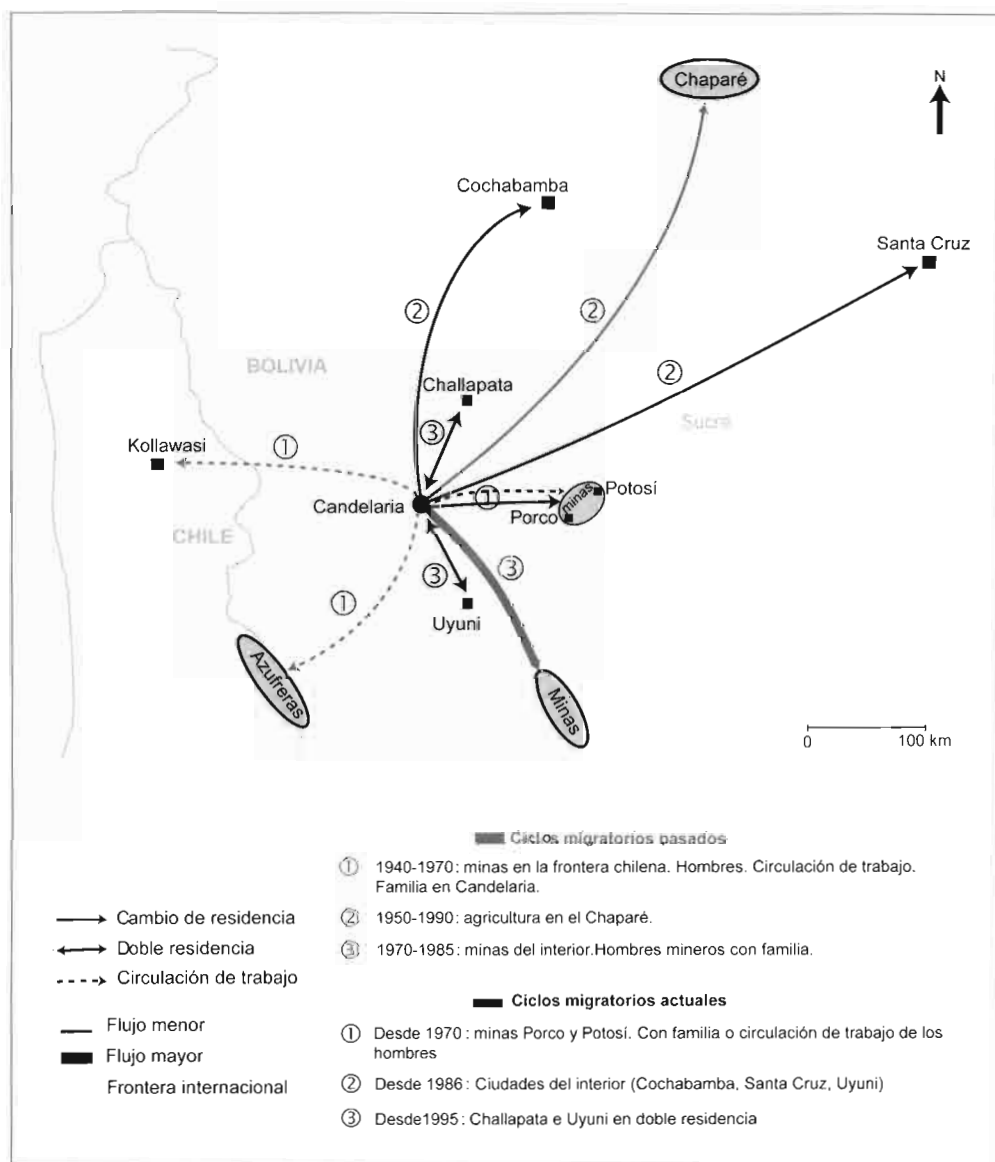


Figura 25

Los ciclos migratorios de la comunidad de Candelaria de Viluyo entre 1900 y 2008.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

De 1970 a 1985, hombres o familias enteras también partieron hacia las minas del interior de Bolivia (Chorolque, Animas, Siete Suyos, San Vicente, Tatasi) y después de su cierre en 1985, se dirigen hacia las ciudades de Cochabamba y Santa Cruz. Las migraciones hacia las minas no se interrumpirán sin embargo,

ya que se dan numerosas partidas hacia los centros mineros de Porco y Potosí desde 1980 y continúan hoy. Desde 1995, se desarrolla la doble residencia con Challapata o Uyuni.

Así, Candelaria es también una comunidad de mineros (se encontraban en todas las minas del país y eso desde los 1940s), pero luego se convirtieron en empresarios agrícolas, con el ojo en las tierras bajas. Si Candelaria es la única comunidad estudiada con vínculos con las tierras bajas, en cambio no tiene ninguna relación con Chile y poca con la Argentina.

Esta zona este del Salar entró tardíamente a la dinámica de la cultura de la quinua a gran escala. Se observan cambios en los comportamientos migratorios (retornos residenciales permanentes o temporales) desde hace muy poco.

Palaya: de lo transfronterizo a la cercanía regional

Los ciclos migratorios de Palaya (fig. 26), situada en el municipio de Llica, deben mucho a su posición fronteriza ya que, relativamente aislados a nivel nacional, los habitantes de toda esta pequeña región siempre han “mirado” hacia Chile. A pesar de las políticas que apuntan a que los habitantes sigan siendo “bolivianos” (política educativa preferencial, construcción de la Escuela Normal en Llica, etc.), los intercambios y también las salidas siempre fueron intensos. El trueque con las poblaciones de los oasis de Chile tiene larga data y los nexos con este país aún son fuertes hoy en día: los oasis de Pica y Matilla están habitados por una importante colonia de bolivianos o de descendientes de bolivianos originarios de la región del salar de Uyuni.

Muchos hombres de Palaya fueron allí en su juventud, durante varios años, y algunos siguen yendo a trabajar como jornaleros agrícolas. Estos oasis agrícolas suelen ser destinos juveniles (durante las vacaciones escolares), destinos que sin embargo tienden a ser reemplazados, ya que desde los años 1960 y sobre todo 1980, van a las ciudades chilenas, entonces en pleno crecimiento, donde los jóvenes van a trabajar como albañiles o como estibadores en los puertos. Casi todas las mujeres menores de cincuenta años han trabajado fuera de la comunidad, dentro de Bolivia, a partir de los años 1960, luego en Chile a partir de los años 1980, sobre todo como empleadas domésticas. Desde su creación en 1962, la Escuela Normal de Llica contrata profesores dentro de la región y la docencia rural constituye una alternativa de formación para algunos miembros de la comunidad. Generalmente ejercen en el municipio de Llica o en municipios vecinos del departamento de Potosí (Tahua, Uyuni, Colcha “K”). Cada maestro es cambiado a una comunidad diferente cada 2-4 años. Si el profesorado no está reservado para los hombres, estos están mucho más representados que las mujeres. Este tipo de actividad da lugar a un sistema familiar bipolarizado: mujer e hijos residen en Palaya, mientras el

marido se une a su familia los fines de semana. Por último, hay palayaños instalados en las principales ciudades de Bolivia: La Paz, Uyuni, Oruro, Santa Cruz desde 1960. La atracción de las tierras bajas fue mínima y no hay nexos con Argentina. Palaya forma parte de las comunidades donde actualmente se produce más quinua y donde los productores a menudo tienen una doble residencia.

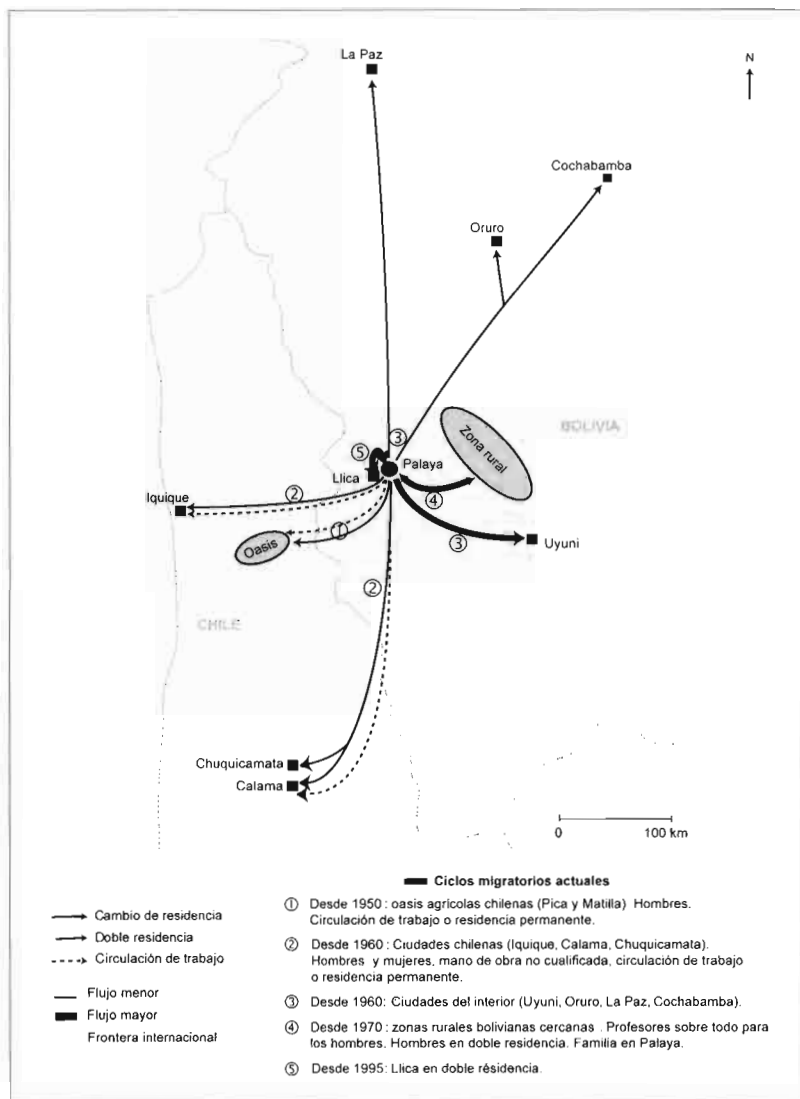


Figura 26
 Los ciclos migratorios de la comunidad de Palaya entre 1900 y 2008.
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

De esta forma, cada comunidad es diferente en cuanto a su geografía y su historia migratoria, ya sea en términos de lugares, actividades o temporadas. Cada una ha experimentado una evolución singular en su área de polarización migratoria entre Chile, Argentina y Bolivia. Las comunidades rurales del Altiplano Sur fueron particularmente sensibles a las coyunturas y ciclos económicos de Bolivia y los países vecinos. Si hasta los años 1980-1990, el empleo en los centros mineros jugó un papel clave en las estrategias cotidianas de la población rural del Altiplano, sigue siendo importante sólo parados de las comunidades estudiadas: Candelaria de Viluyo (minas Potosí y Porco) y San Juan de Rosario (bórax).

CAPÍTULO 7

Evoluciones de la movilidad y modelo migratorio⁵⁷

Evolución de la movilidad residencial

En el análisis de la configuración espacio-temporal de las trayectorias migratorias se toma como referencia a la comunidad de origen. A partir de este punto central, la extensión geográfica de los lugares de residencia y la periodicidad de las permanencias en los diferentes lugares permiten diferenciar los sistemas de movilidad residencial (ver el léxico de temas científicos)⁵⁸. En base a esto, las trayectorias individuales se pueden caracterizar por varias combinaciones posibles de los sistemas de movilidad.

Cada trayectoria residencial se define por:

- la sucesión de cada lugar de residencia, urbano o rural⁵⁹;
- la ubicación de cada residencia: regional (en los departamentos de Oruro y Potosí), nacional o internacional;
- duración de la residencia en cada lugar –comunidad y lugar de migración.

57 Este capítulo retoma en gran parte elementos publicados en el libro “Racionalidades campesinas en los Andes del Sur. Reflexiones en torno al cultivo de la quinua y otros vegetales andinos”. P. Cruz, R. Joffre, T. Winkel (eds.), 2015. San Salvador de Jujuy: Editorial de la Universidad de Jujuy EDIUNJU.

58 La movilidad residencial se refiere al cambio de residencia. La residencia se define como el lugar en el que el individuo vive habitualmente. Hay cambio de residencia a partir del momento en que la persona reside por lo menos seis meses en un lugar que no es su residencia habitual. Una persona puede declarar tener varios lugares de residencia simultáneamente. Los cambios de residencia se toman en cuenta a partir de la primera etapa de residencia en la comunidad de origen de la persona: nacimiento o fecha de instalación para aquellos que han venido a instalarse con posterioridad.

59 Consevamos aquí el criterio del INE según el cual una localidad es urbana si tiene una población superior a 2000 habitantes.

Los datos que se presentan son los de 139 individuos de la muestra que tuvieron una experiencia migratoria: los “migrantes”.

Intensidad y ritmos de movilidad

Aprehendido a escala comunitaria, el análisis de la movilidad residencial toma en cuenta dos tipos de indicadores: los relativos a la edad y los relacionados con efectos de temporalidad (Tablas 6 y 7).

Tabla 6
Características temporales promedias de los eventos migratorios de los individuos por comunidad (sobre un total de 139 migrantes)

Características	San Juan	Chilalo	Otuyo	Candelaria	Palaya	Promedio
Edad de los individuos migrantes	41,8	45,5	58,2	48,3	54	48,3
Edad de la primera migración	16,7	15,3	18,2	15,6	16	16,4
Intensidad migratoria*	3,2	3,2	2,5	3,8	3,3	3,2
Duración migratoria (años)**	4,3	6,6	12,1	4,8	7,2	6,1
Duración migratoria acumulada (%)***	32,7	40,3	51	35	40,6	39

* Número de eventos migratorios del individuo a lo largo de su ciclo de vida

** Duración de cada evento migratorio.

*** Proporción del tiempo pasado en migración en el ciclo de vida

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

Tabla 7
Distribución de la intensidad migratoria de los individuos en las distintas comunidades (en % de migrantes de la comunidad)

Intensidad migratoria*	Comunidad	San Juan (n = 40)**	Chilalo (n = 31)	Otuyo (n = 25)	Candelaria (n = 25)	Palaya (n = 18)	Todas las comunidades
1		15	26	32	8	33	22
2		20	29	24	24	22	24
3		28	13	20	24	11	20
4		17	10	8	12	6	11
5		15	13	16	16	0	13
6 a 10		5	9	0	16	28	10

* Número de eventos migratorios del individuo a lo largo de su ciclo de vida

** Número de individuos migrantes en la comunidad

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

La experiencia de la migración es generalmente larga (un promedio de 3 eventos migratorios de 6 años cada uno) y precoz.

La distribución de la intensidad migratoria varía mucho según las comunidades (Tab. 7). La proporción de tiempo pasado en migración en el ciclo de vida es en promedio de 39%, lo que significa, en todos los casos, largas experiencias migratorias.

La intensidad y la temporalidad de la movilidad residencial difieren significativamente entre las comunidades y en función de su localización en la zona de estudio. En la comunidad que se encuentra más al sur, San Juan, la tendencia va por una primera migración tardía que luego da lugar a una alta frecuencia migratoria, pero para tiempos de permanencia relativamente cortos. Una menor intensidad de eventos migratorios, pero una larga duración de las estancias; en cambio, caracterizan las comunidades de la zona *Intersalar* situadas más al norte, las de Chilalo, Otuyo y, en menor medida, Palaya. En la comunidad situada más al este (Candelaria), cerca de las vías y el eje ferrocarrilero Uyuni-Oruro, se migra más joven, de forma más intensamente y por períodos relativamente cortos. Esta comunidad rural, más conectada con el espacio regional, es pues aquella donde la “turbulencia” de la movilidad residencial es más marcada. Esta diferenciación es importante en la medida en que las comunidades no se inscriben de la misma manera en la dinámica del auge de la quinua.

Al considerar los diferentes grupos de edad, una diferenciación se produce en el caso de las generaciones más jóvenes, que parten más precozmente que sus mayores y por períodos más cortos.

La diferenciación de las prácticas migratorias por sexo pone de relieve la importancia de la migración femenina, a diferencia del modelo relativamente clásico en los campos al Sur.

Los destinos

Áreas y niveles de la movilidad residencial

El espacio migratorio se fue reconfigurando a lo largo de la historia regional y nacional, pues el número de destinos, tanto urbanos como rurales, fue aumentando hasta 1980, antes de disminuir significativamente en los años 2000 (Anexo 4). La cartografía del espacio migratorio entre 1934 y 2008 permite apreciar cómo las lógicas de proximidad y la relación con la distancia-tiempo determinan la polarización de las movilidades (fig. 27). La mayoría de los destinos son regionales, mientras que el nivel nacional e internacional representa menos de la cuarta parte de los destinos. A nivel regional, los destinos corresponden a los departamentos de Oruro y Potosí y son sobre todo urbanos: Uyuni, Oruro, Potosí y Challapata, así como el centro minero de Atocha. Llica es el único destino rural relativamente frecuentado. A nivel nacional predominan tres destinos urbanos: La Paz y su ciudad

satélite El Alto, Cochabamba y Santa Cruz. Los destinos rurales sólo conciernen a algunas pocas personas.

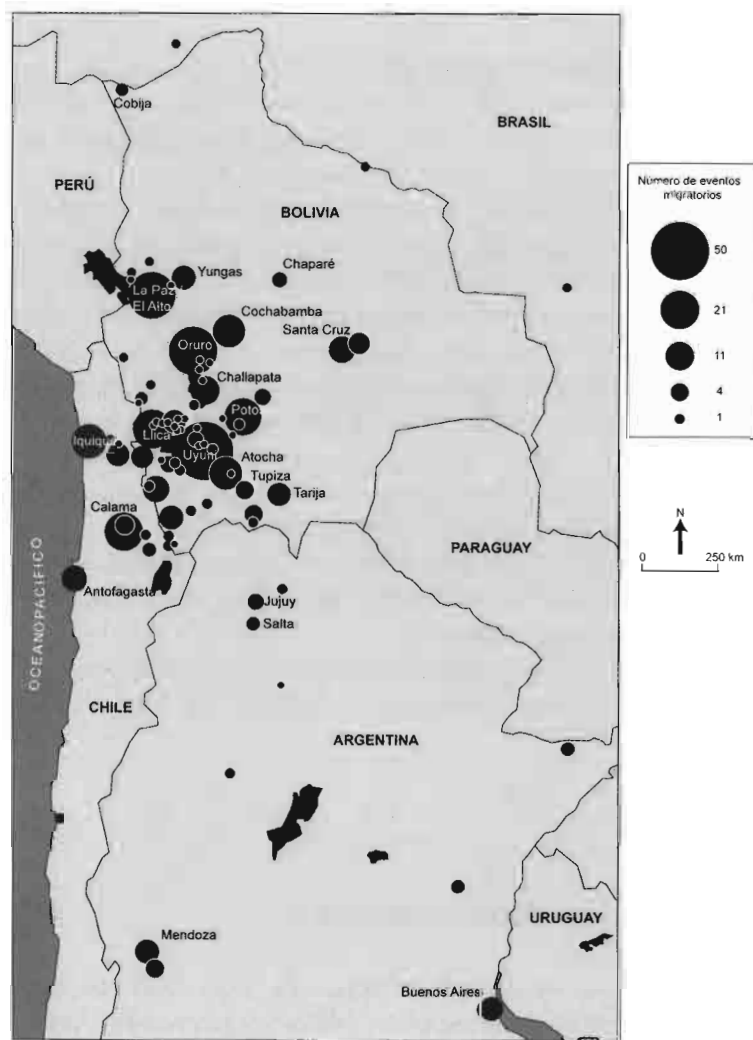


Figura 27

Área e importancia de los destinos migratorios de 139 personas entrevistadas en cinco comunidades del Altiplano Sur (según número de citas del lugar entre 1934 y el 2008).

Fuente: encuestas por entrevistas 2007-2008. Elaboración propia en colaboración con S. Coursière.

A nivel internacional, únicamente Chile y Argentina están representados de manera significativa. El crecimiento económico de Chile explica la predominancia y la aceleración de las salidas a partir de los años 1990 (Hernández González, 1997; Gavilán Vega y Tapia Landino, 2006). La migración de los bolivianos a la

Argentina es a la vez importante y antigua. Durante la fase de fuerte crecimiento económico a partir de los años 1950, y debido al desarrollo de la agricultura intensiva en las regiones del noroeste argentino, la mano de obra boliviana, barata, se reclutaba para los trabajos agrícolas en las explotaciones de caña de azúcar, frutas y tabaco (Fourcher, 1977; Reboratti, 1988; Celton, 1995; Llanque, 1999; Hinojosa Gordonava *et al.*, 2000). Con la intensificación y la capitalización de los sistemas agrícolas argentinos a partir de los años 1970, sólo una minoría de la población del Altiplano Sur continuaría saliendo a trabajar en la construcción, las fábricas de ropa o las explotaciones hortícolas en Buenos Aires.

Desde la crisis económica de 2001, la Argentina ya no es un buen destino de migración para el pueblo de la región del Salar de Uyuni.

La geografía migratoria difiere, sin embargo, para las cinco comunidades estudiadas en función de su localización (Anexo 5). El número total de destinos citados por comunidad, refleja el grado de dispersión de los migrantes, que es muy variable, entre 17 en Otuyo y 43 en Candelaria.

Por último, algunos lugares como Uyuni, Oruro y La Paz/El Alto son comunes en el espacio de migración regional y nacional de las cinco comunidades estudiadas. La configuración espacial de la zona de destinos obedece a efectos de ubicación, proximidad y accesibilidad de los lugares que se inscriben, en algunos casos, en una fuerte tradición histórica, por ejemplo hacia Chile. Estas especializaciones o vías migratorias a escala local también están determinadas por las formas de inserción laboral de los inmigrantes en sus sitios de destino.

Un cruce de nuestros datos con los de J. Parnaudeau (2006) para los municipios de Llica, Tahua y Salinas y con los del INE (censo del 2001), ofrece una visión más amplia y completa de las polarizaciones migratorias por grandes zonas del conjunto del Altiplano Sur. En una configuración general en estrella, las áreas de migración de cada gran zona del Altiplano Sur tienen cada una su eje de polarización preferido. Esquemáticamente, el norte y el este del salar se orientan a las ciudades del interior de Bolivia, mientras que la franja fronteriza occidental y meridional se orienta a Chile (desde los 2000 para el sur y más antiguamente para el salar occidental).

El creciente atractivo de la ciudad

Se dio una tendencia global hacia la urbanización en los destinos de migración. Mientras que los destinos rurales constituían casi la mitad de los eventos migratorios registrados entre 1934 y 1970, ya no pasan del 20% en el período 2000-2008. Algunos destinos migratorios desaparecieron durante diez años, especialmente las localidades mineras en Bolivia y Chile. A nivel regional (departamentos de Oruro y Potosí), la proporción de migración a los centros urbanos aumentó sobre todo a partir de 1970. Fuera de esos departamentos, los destinos emergentes en Bolivia

en el mismo período tocan las capitales departamentales (La Paz, Cochabamba, Santa Cruz). En cambio, los destinos rurales fuera de la región, como los Yungas o el Chapare, ya no son polos migratorios, especialmente desde los años 2000. A escala internacional, las ciudades chilenas se convierten en polos migratorios especialmente desde la década de 1990, mientras que la migración a la Argentina tendió a disminuir desde los años 2000.

La atracción cada vez más marcada por la ciudad se debe a varios factores. En primer lugar, la urbanización en Bolivia, Chile o Argentina significó la apertura de nuevas fuentes de empleo. En segundo lugar, la ciudad atrae a la gente del campo por el modo de vida y posibilidades de consumo que ofrece. Este fenómeno está generalizado en todos los países del sur y hoy alcanza hasta las zonas rurales periféricas de Bolivia, incluidos los espacios marcados por las culturas indígenas aymara y quechua.

Por último, cuando un sector geográfico se convierte en destino migratorio, es frecuente que la migración se difunda rápidamente dentro de la comunidad, gracias a las redes sociales de parentesco, de compadrazgo o de vecindad. Efectivamente, la elección del lugar de migración no se guía simplemente por la oportunidad de un empleo sino también por la activación de las redes sociales.

En Bolivia, el giro se da en los años 1950, pero el fenómeno se extiende a partir de los años 1970. Hoy en día los jóvenes prefieren trasladarse a la ciudad: “Una manera de entender estos fenómenos [las migraciones de los jóvenes a la ciudad] es tomar en cuenta el cambio en la concepción del nivel de vida familiar, producido a partir del surgimiento del Estado nacional del 52. Desde entonces se concibe como óptimo el nivel urbano, entendido como aquel en el que la familia dispone de ciertas comodidades tecnológicas y tiene acceso a la educación, posibilidad de ahorro y acumulación, etc. Este cambio, operado en la concepción sobre el nivel de vida, ha provocado una estimación de insuficiencia de la producción agrícola para alcanzar este nivel de vida planteado como modelo” (Madrid Lara, 1998: 94). De hecho, el modo de vida y el estatus social de la población urbana se valoran más que los de la población rural⁶⁰. Además la ciudad, al ofrecer una mayor independencia individual puede representar una escapatoria a las “presiones” de la vida comunitaria en el área rural, donde el control social es fuerte.

En cuanto a las prácticas individuales, el 12% de los migrantes tienen una experiencia exclusivamente rural y el 46% una experiencia exclusivamente urbana. Los otros (42%) combinaron, en el curso de sus trayectorias, destinos rurales y urbanos. Una gran mayoría de ellos tiene pues experiencia migratoria en inicios urbanos.

60 En este sentido, M. Bey (1997: 389) indica para el Perú que “el saber relacionado con el control de la agricultura, que fundaba el poder de los antiguos, es destronado por conocimientos libresco y universales, que ponen a la ciudad en el centro del poder. La comunidad está ahora en problemas para retener a su juventud, no teniendo que ofrecerle más una educación de segunda clase y, más tarde, actividades campesinas, objeto de desprecio de la escuela primaria”.

Las trayectorias de residencia

Los cambios de residencia sucesivos se combinan en trayectorias individuales de residencia, en las que la comunidad de origen representa el punto de referencia.

Tipología

Se identificaron cuatro tipos de trayectorias residenciales para las 170 personas encuestadas.

Tipo 1: Permanencia residencial

Personas que nunca (hasta la fecha de la encuesta) dejaron su casa en la comunidad, desde su primera instalación, ya sea que hubieran nacido en la comunidad y nunca hayan dejado su residencia en ella, incluyendo doble residencia⁶¹ – subtipo a. – o que, nacidos fuera de la comunidad, hayan venido a instalarse después, para nunca dejarla después – subtipo b. Todas estas personas se dedican al cultivo de la quinua.

Tipo 2: Migración permanente

Migrantes que no volvieron a residir en la comunidad desde su partida. En su gran mayoría, no cultivan quinua en su comunidad de origen.

Tipo 3: Retorno residencial único

Después de uno o más eventos migratorios, están quienes volvieron a residir en su comunidad y no volvieron a salir. El retorno pudo tener lugar tras después de una ausencia corta de 6 meses a 3 años – subtipo a. – o una ausencia media de 4 a 9 años – subtipo b. – o aún después de una larga ausencia más de 10 años – subtipo c.

Tipo 4: Alternancia residencial

Personas que han alternado fases residenciales en su comunidad de origen y varias experiencias migratorias, desde los 18 años. Estos individuos no residían necesariamente en la comunidad en el 2008 (20 sobre 38 migrantes).

La Tabla 8 muestra la distribución de los individuos por el tipo de trayectoria residencial.

61 Si la práctica de la doble residencia supone una movilidad residencial, consideramos que no se trata de un cambio de residencia, pero una expansión del espacio residencial, que no implica la salida de la comunidad.

Tabla 8
Repartición de los 170 individuos de la muestra par tipo de trayectoria residencial

Tipo	Tipo 1 Permanencia residencial en la comunidad			Tipo 2 Migración permanente	Tipo 3 Retorno residencial único				Tipo 4 Alternancia residencial
	a. Nacido en la comunidad	b. Nacido fuera de la comunidad	Total	Total	a. Ausencia 6 meses a 3 años	b. Ausencia 4 a 9 años	c. Ausencia + 10 años	Total	Total
Número de individuos	21	17	38	22	11	26	35	72	38

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Significado de los retornos residenciales

Las trayectorias de alternancias o retorno único a la comunidad implican la reinstalación en el lugar de origen. A menudo son las dificultades económicas y familiares las que guían estas trayectorias y raramente son elecciones voluntarias. Área de refugio, la comunidad ofrece la posibilidad de trayectorias flexibles hechas de etapas residenciales transitorias con, si es necesario, retornos muy cortos.

La lógica de los retornos únicos no sólo es la de un regreso para fundar su hogar o la de un retorno a la edad de jubilación. Los retornos se dan en todas las edades de vida y después de tiempos, a veces muy largos, pasados en migración. Corresponden a bifurcaciones en las trayectorias de vida (Chaxel, 2007). Hace algunos años, algunos individuos de ese tipo habrían sido clasificados en el tipo “migración permanente”. Esos retornos muestran claramente la naturaleza potencialmente reversible de cualquier fenómeno migratorio. Además, no se descarta que algunas personas clasificadas en el tipo “retorno residencial único” puedan pertenecer, en el futuro, al tipo “alternancia residencial”.

El retorno a la residencia en la comunidad supone tener perspectivas de ingresos suficientes y una red social activa que apoye la reinserción y permita el acceso a los recursos locales⁶². En este caso, la tierra como herramienta de trabajo generalmente ya está en posesión de la persona a través de la herencia. La posibilidad de obtener ingresos a través del cultivo de la quinua constituye entonces una oportunidad salvadora. Este fenómeno es una de las consecuencias más notables del auge de la quinua.

62 Salvo en los casos de retorno por obligación familiar que implica que el migrante viva con el apoyo económico de los padres a los que vino a ayudar.

La doble residencia

Aunque las situaciones de mono-residencia representan la mayoría en las comunidades, muchas personas tuvieron, o tienen, varias residencias entre las que circulan a lo largo del año⁶³. Los casos de doble residencia se dan en todos los tipos mencionados de trayectorias residenciales.

La mayoría de las dobles residencias se practican a escala de hiper-proximidad y en la región, lo que responde a las limitaciones prácticas evidentes de una circulación repetitiva. Sin embargo, llama la atención la relativa importancia de las dobles residencias a escala nacional e internacional: la distancia no es necesariamente un obstáculo a la circulación. Otro hecho importante: en muchos casos, las instalaciones en doble residencia producen al fin de una trayectoria, es decir en un período reciente. El auge de la quinua se ha traducido en dos casos distintos de ampliación del espacio de residencia. El primero se refiere a los retornos a la comunidad, práctica que se puede calificar de “semi-retorno”. El segundo caso es el de las personas instaladas en la comunidad que amplían su espacio de residencia hacia otro lugar.

Las situaciones de doble residencia no tienen la misma intensidad o los mismos patrones espaciales en las cinco comunidades. La proporción de individuos que practicaban doble residencia es por lo general entre 20 y 30%, excepto Palaya donde es 62%. La singularidad de esta comunidad se explica por su cercanía al pueblo de Llica, y la alta tasa de maestros que trabajan en la zona y practican la doble residencia.

La doble residencia de hiper-proximidad domina en San Juan y Palaya: se dobla la residencia en las localidades rurales cercanas o en los centros mineros. En Otuyo y Chilalo, la doble residencia integraba antes las zonas mineras cercanas, mientras que ahora se asocia más bien con capitales departamentales, a veces distantes (Oruro, La Paz). En Candelaria, más cerca de las carreteras principales, las configuraciones espaciales de doble residencia, en cambio, son mucho más diversificadas (Uyuni, Challapata, Potosí, Cochabamba, Oruro).

En conclusión, parece que no hay modelo (u orden) en la sucesión de los lugares residenciales o el curso de las trayectorias. Por otra parte, el fenómeno de retorno residencial a las comunidades después de largas migraciones, que habrían podido considerarse definitivas, es característico de esas trayectorias en bucle. Esos sistemas residenciales, donde el vínculo con la comunidad juega un papel importante, pero según diversas modalidades de circulación, de combinación y de retornos residenciales, se articulan bien a la dinámica de la quinua, territorialmente arraigada en el espacio comunitario, pero sin exigir la presencia continua de los productores.

63 Aquí sólo se consideran los casos de doble residencia, incluyendo la comunidad.

Movilidad laboral y auge de la quinua

La movilidad de las poblaciones del Altiplano Sur está ligada sobre todo a la búsqueda de trabajo y de ingresos. De tal forma, las trayectorias residenciales y las trayectorias laborales son estrechamente interdependientes. Las actividades laborales ejercidas en los lugares de migración (que hay que distinguir de las actividades estacionales que no implican un cambio de residencia) están diversificadas: la agricultura y la mina para el sector primario; la construcción, el artesanado y la producción textil para el sector secundario. El sector terciario incluye el comercio, la gastronomía, el trabajo doméstico, el transporte, la administración, la salud, a los cuales podríamos añadir la escolarización, los estudios y el servicio militar. El estatus profesional también es variable: salariado informal sin contrato y no declarado, jornalero, semanal, mensual o anual; funcionario y afines quienes son asalariados con contrato y empleo estables y, finalmente, el trabajador independiente, que agrupa a los individuos que trabajan por su cuenta⁶⁴.

Una gran diversidad de actividades

La Tabla 9 reproduce las actividades profesionales u otras (escolarización o estudios, servicio militar) citadas por los migrantes sobre su lugar de migración, así como el porcentaje de hombres y mujeres que las practicaron. Las actividades mencionadas corresponden a eventos migratorios entre 1939 y 2008.

Tabla 9
Actividades profesionales ejercidas a lo largo de la trayectoria migratoria (por sexo, en % del número total de migrantes)

Sectores	Ramas	Actividades	% de hombres que mencionaron la actividad	% de mujeres que mencionaron la actividad
Sector I	Agricultura	Asalariado informal (obrero agrícola, leñador)	31	5,8
		Independiente (agricultor, tractorista)	10,3	13,5
	Mina	Asalariado informal (minero)	43,7	0
Sector II	Construcción	Asalariado informal (albañil, carpintero, electricista)	28,7	0
		Independiente (capataz, carpintero)	5,7	0
	Textil e artesanía	Asalariado informal (empleado sastrero, empleado fábrica de muebles, fábrica de ladrillos, fábrica de transformación de quinua)	14,9	11,5
		Independiente (sastrero, fábrica de pasteles, músico)	2,3	1,9

64 La trayectoria de movilidad laboral considera los cambios de sector de actividad y el estatus, pero no así los cambios de empleadores.

Sectores	Ramas	Actividades	% de hombres que mencionaron la actividad	% de mujeres que mencionaron la actividad
Sector III	Comercio y restauración	Asalariado informal (empleado abarrotería, ferretería, vigilante de empresa, empleado de restaurante)	13,7	9,6
		Independiente (comercio alimenticio en la calle, comercio de vestidos, restaurante)	13,8	36,5
	Servicio automóvil y transporte	Asalariado informal (mecánico, soldador, chófer de minibus, chófer de camiones para las minas, empleado ferrocarril)	10,1	0
		Independiente (garaje mecánico general, taller de carrocería, taller de soldadura, propietario y chófer de minibus o bus)	3,6	0
	Servicio doméstico	Asalariado informal (empleada domestica de día, empleada domestica de día y noche)	0	50
	Administración	Funcionario y afines (enfermero, profesor rural, profesor de instituto, policía, empleado administrativo)	16	0
	Escolarización o estudios	Escolarización (escuela primaria, colegio, instituto)	26,4	21,2
		Estudios superiores (post-bachillerato o bachillerato técnico en un instituto para adultos)	17,2	7,7
Ejército	Servicio militar	39,1	0	

Fuente elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Los hombres declaran haber trabajado principalmente como asalariados informales en los centros mineros, la agricultura y la construcción. En cuanto a las mujeres, que participan desde los años 1970 en la obtención de ingresos para los hogares, la mitad fueron empleadas domésticas⁶⁵ y un tercio tuvo un comercio o un restaurante a cuenta propia. Según su comunidad de origen, los migrantes muestran una predilección por ciertas actividades⁶⁶: profesorado rural para los hombres de Palaya, comercio y restauración para las mujeres; mineros, trabajadores agrícolas y albañiles en Candelaria, albañiles y comerciantes en Chilalo, transporte y comerciantes para los hombres de Otuyo y comerciante para su mujer; mineros y empleadas domésticas en San Juan. Es probable que la existencia de redes intracomunitarias, familiares y de parentesco extendido, así como el mimetismo, expliquen esas especializaciones.

En los últimos cincuenta años, los lugares de migración y los modos de inserción en el mercado laboral han variado sustancialmente. Mientras que las migraciones con fin escolar fueron estables y corresponden a entre el 10 y el 25% de las personas, las actividades se han reorientado del sector primario al sector terciario, que se ha vuelto predominante a partir de los años

65 Empleada de día (*cama afuera*) o viviendo en la casa del empleador (*cama adentro*).

66 Véase el Anexo 7 el detalle de las actividades por comunidad y por género.

1970⁶⁷. El sector secundario, que alcanzó su nivel más bajo en los años 1970, ha adquirido una creciente importancia, representando en los años 2000 más del 20% de la población. Los migrantes subrayan que la dureza del trabajo en los lugares de destino disminuye con la tendencia a la tercerización de las actividades. El asalariado informal, indicio de una fuerte precariedad, representa siempre la mayor parte de los empleos, mientras que la proporción de funcionarios y afines se mantiene por debajo del 10%. En cambio, en los años 2000 los independientes alcanzaron el 40%. Aunque es de verificar, el aumento del número de trabajadores independientes puede significar una mejora de las condiciones de trabajo, cierta ascensión social y probablemente mejores ingresos. En resumen, durante este periodo, las actividades practicadas en el tiempo de la migración se diversifican sin que ninguna desaparezca.

Para las nuevas generaciones de migrantes, las condiciones de empleo a menudo son muy precarias y las remuneraciones bajas. En el nivel más bajo están los empleos de los jóvenes, quienes en su primera experiencia de migración a menudo se trasladan a la casa de un pariente. Lo que señala T. Locoh (1991: 283) para el África también vale para Bolivia: «muy a menudo el migrante, si es joven y poco formado, se convertirá en ayuda de familia o el aprendiz de quien lo hospeda, estatuto precario donde, por el precio del alojamiento, es explotable a voluntad. Las muchachas están particularmente destinadas a ese estatuto». Las muchachas de las comunidades del Altiplano Sur, que parten como empleadas domésticas a la casa de una tía o una madrina, se ven precisamente en esa situación, así como los muchachos que trabajan como ayudantes de albañil, estando donde un tío o un primo. Su salario es simbólico, lo que a veces se compensa con la posibilidad de estudiar o de formarse en un oficio.

En Bolivia, el 2007 el salario mínimo era alrededor de 70 US dólares (USD) por mes de trabajo no calificado y declarado, si se parte de condiciones y un tiempo de trabajo reglamentarios. Pero la mayoría de las actividades realizadas en los lugares de destino no se declaran, y si los migrantes se consideran a menudo como trabajadores jornaleros, aceptando de esta manera condiciones precarias y duras, es porque los beneficios del trabajo no declarado a menudo son más altos. Para los adultos, el salario de un albañil o de cualquier otro trabajador no calificado es de 3 a 7 USD/día (es decir entre 70 y 170 USD/mes). Las condiciones de trabajo son variables, algunas incluyen el alojamiento y la comida. En cambio, las personas contratadas en grandes empresas (generalmente extranjeras) reciben un salario más alto. A menudo, montar su propia pequeña empresa en el comercio, la

67 Si la minería fue preponderante entre 1930 y 70, se hizo muy secundaria a partir de 1985, cuando la privatización de muchas minas del país. El empleo agrícola también fue importante hasta la década de 1970, mientras que hoy ya no es muy significativo. Hay pocos agricultores independientes en los lugares de migración, lo que significa que la gente del Altiplano Sur ya no está comprometida en la colonización agrícola de las tierras bajas del país.

mecánica o la construcción, sigue siendo la actividad mejor remunerada aunque no siempre es regular. Finalmente, el salario de un profesor rural se sitúa alrededor de 270-340 USD/mes y es superior al de un obrero, pero inferior al sueldo de un contratista. Los profesores, quienes se benefician sin embargo de una jubilación y ciertos bonos, la mayor parte del tiempo tienen otra actividad fuera de la educación.

Los mismos trabajos se pagan mucho mejor en el extranjero: una empleada doméstica en La Paz gana 62 USD/mes contra 150/165 USD en Chile; un contratista en la construcción puede ganar entre 900 y 1100 USD/mes en Bolivia, contra 1650 a 2750 USD en Argentina o Chile. Esta diferencia atractiva en los salarios está acompañada no obstante de dificultades de otra índole. Efectivamente, la mayoría de los bolivianos en Chile migran con visas de turista válidas por tres meses y que no dan el derecho a ejercer una actividad, y su migración a menudo se prolonga después de la expiración de la visa. Como no tienen un estatus legal, trabajan “al negro” y a menudo son objeto de sobreexplotación.

Trayectorias marcadas por la poli-actividad

Los migrantes del Altiplano Sur practican ampliamente la poli-actividad, definida como la sucesión de diferentes actividades laborales en el transcurso de la vida (Tab. 10). Los hombres ejercen una mayor variedad de oficios, más a menudo como trabajadores manuales: mineros, albañiles, peones, asalariados en pequeñas fábricas y talleres artesanos. En cambio, las mujeres se ocupan del trabajo en la casa, al mismo tiempo que pueden ser empleadas domésticas o comerciantes.

Tabla 10
Número de actividades ejercidas en los lugares de migración
(en %, por sexo, sobre un total de 139 individuos)

Número de actividades ejercidas a lo largo de la trayectoria migratoria	Hombres	Mujeres	Total
0	3,4	15,4	7,9
1	18,4	44,2	28,1
2	24,1	28,8	25,9
3	33,3	9,6	24,5
4	13,8	1,9	9,4
5 a 8	6,9	0	4,3

NB: los migrantes que no declaran actividad son las mujeres ama de casa, jubilados o niños escolarizados en el lugar de migración

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

La diferenciación por género está particularmente marcada, pues sólo el 40% de las mujeres tuvieron varios oficios en el lugar de migración contra el 80% de los hombres. Por el contrario, ninguna diferenciación parece estar claramente ligada

a la edad. Tampoco existe una lógica biográfica de actividades, aunque se encuentran más trabajadores independientes al final del ciclo de vida que al principio.

La poli-actividad de los migrantes, norma en esta región de Bolivia, refleja una gran capacidad de adaptación a las condiciones y oportunidades de migración. Esta dimensión es resultado de una fuerte inestabilidad y precariedad de los migrantes en su búsqueda de alternativas económicas.

Los nuevos rostros de la pluri-actividad

Se dice de una persona que es pluri-activa cuando combina varias actividades y fuentes de ingreso en el transcurso del año sin que ello implique necesariamente un cambio de residencia. La pluri-actividad puede desarrollarse al interior de las comunidades rurales mismas, o bien al exterior, en cuyo caso conlleva circulaciones frecuentes y repetitivas por periodos de ausencia relativamente cortos (desde algunos días hasta varios meses).

Hasta los años 1980, la agricultura proporcionaba muy pocos excedentes y la comercialización de los productos agrícolas era marginal en esta región. En ese contexto, como en la mayor parte de los campos en el Sur, la pluri-actividad es una práctica antigua, anclada en la vida común de las familias. Era usual por entonces que el hombre saliera cada año a trabajar temporalmente en las minas o en alguno de los oasis agrícolas de Chile, sobre todo durante los años de mala cosecha.

Desde el auge de la quinua, la pluri-actividad se mantuvo en los campos del Altiplano Sur. Según una encuesta del 2006 en 12 comunidades de la zona *Intersalar*, (Parnaudeau, 2006; Robin, 2006), la gran mayoría de las familias que practican la actividad agrícola combinan muchas actividades a diferentes escalas. Nuestras entrevistas confirman esta tendencia: la pluri-actividad de los asentados permanentes subsiste, pero adquiere un nuevo rostro. Globalmente, la venta de quinua es muy lucrativa y las superficies cultivadas son mayores. No obstante, las condiciones climáticas hacen que los rendimientos siempre sean aleatorios y, debido a los accesos desiguales a la tierra dentro de las comunidades, algunas familias han aumentado muy poco sus superficies cultivadas.

La pluri-actividad corresponde sobre todo a los hombres⁶⁸: albañil, tractorista o atención a turistas dentro de la comunidad, albañil o trabajador agrícola estacional fuera de la región. Cuando se realiza en un radio más amplio, supone una circulación estacional de trabajo. Esta circulación se entiende como una movilidad más o menos regular que tiene lugar en los mismos periodos

68 Las mujeres tienen mucho trabajo en la explotación agrícola, especialmente con la cría de los animales, y por lo demás son las guardianas del lugar en ausencia de los demás miembros del hogar.

del año, con una duración de ausencia que varía entre tres días y seis meses al año. Cada comunidad tiene sus lugares predilectos que no necesariamente coinciden con los de la movilidad residencial. Así, los habitantes de las comunidades fronterizas (Palaya y San Juan) salen a trabajar a Chile, en tanto que los que miran más hacia Bolivia (Chilalo, Otuyo y Candelaria) se dirigen a las ciudades del interior, a pesar de que Chile es atractivo como destino para los jóvenes de toda la región.

En algunos casos, la circularidad se establece y es recurrente, es decir que las personas ejercen todos los años, según el mismo calendario, diversos empleos en diversos lugares, pero las circulaciones estacionales de trabajo generalmente son coyunturales, pues las poblaciones “salen a trabajar” por una temporada, según las necesidades.

Los ritmos de circulación dependen esencialmente de la actividad agrícola desarrollada en la comunidad y sobre todo de las necesidades del cultivo de la quinua, aunque otros factores también pueden ser determinantes. Por ejemplo, la migración estacional a Chile generalmente es trimestral y está vinculada a la vigencia de la visa de turista, a la que recurre la gran mayoría de los migrantes.

Dos ejemplos de circularidad son bastante representativos de toda la zona. La primera circularidad es permanente y la segunda coyuntural.

Filemón es un ejemplo de la primera. Después de pasar gran parte de su vida en Argentina, Filemón se estableció en 2003 como agricultor de San Juan a la edad de 32 años. Paralelamente, es maestro de construcción en Uyuni y Calama (Chile), donde va con regularidad. Con el dinero ganado en Chile, compró un tractor y hace de tractorista en las cercanías de San Juan. Combina finalmente tres actividades durante el año que sigue al calendario que se muestra en la figura 28.

Mes	E	F	M	A	M	J	J	A	S	O	N	D
Actividades en la comunidad (quinua)	Cuidado de parcelas y control de plagas			Cosecha y post-cosecha					Siembra			Cuidado de parcelas y control de plagas
Actividades afuera de la comunidad	Maestro albañil (Uyuni)							Maestro albañil (Calama)				Tractorista de la zona (siembra)

Figura 28

Calendario anual de actividades en 2008 de Filemón, residente en San Juan

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2008

El segundo ejemplo es el de Nicanor, residente en Candelaria de Viluyo el 2008. El 2003 se instaló en la comunidad con su familia después de 14 años de

migraciones alternadas (Potosí, Villazón, Poopó, Porco⁶⁹). Los años de malas cosechas de quinua, como el 2007, Nicanor partió con toda su familia durante las vacaciones escolares en Potosí (diciembre/enero) (fig. 29). Allá trabajó como obrero en la mina, mientras su esposa se dedicó a la venta ambulante. Esta actividad en Potosí no es regular, la familia sólo va los años en que la cosecha de la quinua no proporciona suficientes ingresos. Sabiendo que los meses de diciembre y enero corresponden con un alto en el calendario agrícola de la quinua, puede confiar su rebaño a su cuñado, y este también monitorea sus parcelas. A diferencia del caso anterior, que reflejaba una estrategia elegida de acumulación de beneficios y una capitalización permitida por el nuevo contexto de la quinua, la lógica de pluri-actividad de Nicanor corresponde a una necesidad. Es claramente una respuesta a las contingencias climáticas y económicas, según el modelo tradicional que impulsa estas regiones desde hace muchas décadas.

Mes	E	F	M	A	M	J	J	A	S	O	N	D
Actividades en la comunidad (quinua)		Control de plagas		Cosecha y post-cosecha					Siembra			
Actividades afuera de la comunidad	Jornalero en la mina (Potosí)										Jornalero en la mina (Potosí)	

Figura 29

Calendario anual de actividades en 2008 de Nicanor, residente en Candelaria

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2008

La pluri-actividad concierne además a los originarios de la comunidad que residen en el exterior. El auge de la quinua ha provocado un nuevo interés por la comunidad entre muchos migrantes, quienes retoman la actividad agrícola y, al mismo tiempo, van y vienen entre su lugar de residencia en la ciudad y su lugar de origen en el campo.

Así, la pluri-actividad agrupa las actividades en migración, las actividades de la comunidad y las actividades estacionales. En las estrategias individuales, la pluri-actividad puede ser coyuntural o estructural, pero las configuraciones de la residencia y de circulación se basan en lógicas de complementariedad a nivel de la familia nuclear. Este fenómeno se encuentra generalizado. Las familias del Altiplano Sur cuentan por tanto con múltiples espacios de vida: son multi-localizadas y tienen una gran capacidad de combinar las actividades en el tiempo y el espacio.

69 Villazón es una ciudad en la frontera con Argentina, Poopó es una mina ubicada entre Oruro y Challapata y Porco es una mina cerca de Potosí.

¿Qué modelo migratorio?

La diversidad de los sistemas de migración y su evolución, como se evidencia en las cinco comunidades rurales, parece frustrar cualquier intento de generalización. Sin embargo, el análisis de las características de movilidad residencial y ocupacional de las personas debe entenderse en términos más generales, para identificar características comunes o similitudes en las formas y maneras de migrar. ¿Existen principios comunes de movilidad residencial y ocupacional que constituirían un modelo migratorio regional?

Poca especialización en destinos y sectores laborales

Algunas actividades de los migrantes están relacionadas con el crecimiento urbano (construcción, comercio) o la subida del nivel de vida (empleadas domésticas⁷⁰). Asimismo, el trabajo en las minas está determinado por la ubicación del recurso y su valorización en el mercado de materias primas. Pero los nichos de trabajo siguen siendo cambiantes y los individuos se desplazan en función de las oportunidades, en el área rural (mina, agricultura) o urbana (fábrica, taller, comercio, gastronomía, empleo doméstico).

Los sistemas de movilidad de las poblaciones de la región están, por lo tanto, muy alejados de otras regiones de Bolivia en las que se observa cierta especialización, tanto en los destinos como en los sectores de inserción laboral. R. Benencia (2006), por ejemplo, indica que las poblaciones rurales originarias de Potosí trabajan preferentemente en agricultura como obreros, aparceros o incluso jefes de explotación en el cinturón hortelano de Buenos Aires u otras ciudades argentinas. A. Hinojosa Gordonava *et al.* (2000) muestran que las poblaciones originarias del área rural de Tarija trabajan en agricultura en la zona rural al otro lado de la frontera, en el noroeste argentino. G. Cortes (2004), que también se refiere a las migraciones hacia la Argentina, pone en evidencia efectos de pareja de lugares y de micro-redes (por comunidades rurales), tanto en la región de Cochabamba como en la de Tupiza.

En el Altiplano Sur, la especialización geográfica de la migración está muy poco marcada y es difícil desarrollar un modelo de migración según este criterio. Es probable que en esta región, sometida más que otras a difíciles condiciones de subsistencia, las poblaciones hayan diversificado al máximo la pluri-actividad y la polivalencia, de manera que sus lógicas espaciales de migración no se limitan sencillamente a las redes colectivas. La acumulación de experiencias individuales

70 La actividad de empleada doméstica puede practicarse en todas las ciudades de Bolivia, pero el trabajo está mejor pagado en el extranjero. Es también una actividad que se ha intensificado con el desarrollo económico de los países vecinos.

y familiares obedece a trayectorias en parte aleatorias, donde cada cual multiplica sus estrategias socio espaciales de inmovilidad, apoyándose al mismo tiempo en las redes comunitarias.

Migraciones y ciclo de vida

Hasta los 12 ó 13 años de edad, la movilidad es pasiva: los niños siguen a sus padres. Antes de los años 1960, la educación no era una prioridad y los hombres jóvenes salían muy temprano a trabajar en las minas. Hoy en día, todos los niños concurren a la escuela, lo que retrasa el momento de la primera salida de migración económica, pero no impide el trabajo estacional durante las vacaciones escolares, generalmente junto a un pariente. En cambio, las mujeres, menos escolarizadas, en su mayoría migran hacia los 15 años.

Después de la escuela, los niños o jóvenes adultos se convierten en migrantes más autónomos. El periodo de celibato a menudo es una etapa de iniciación crucial en el proceso de aprendizaje de la migración. En un estudio en profundidad sobre las poblaciones originarias del altiplano y de los valles que residen en Santa Cruz, S. Blanchard (2007) se interesó en los recorridos y las experiencias de los jóvenes migrantes. Sobre el periodo del celibato en la juventud, escribe: “El trabajo doméstico [es] una etapa en las trayectorias de migración. En un primer análisis aparece como una forma clásica de iniciación de las jóvenes campesinas que se trasladan a la ciudad lejos de su familia. [...] Se trata de una actividad ejercida principalmente por mujeres jóvenes (incluso muy jóvenes), que abandonan el hogar familiar ya sea para trabajar con parientes o para adquirir independencia frente a su familia. [...] En Bolivia, el paralelo masculino de esta forma de educación es el servicio militar” (*op.cit.*, 2007: 270). En el Altiplano Sur, la primera migración de los hombres se realiza generalmente después del servicio militar, y después de la escuela en el caso de las mujeres. Esta primera migración tiene un fin económico (migración laboral) o de formación (migración por estudios) y obedece a una trayectoria compleja con varios destinos sucesivos. Generalmente los jóvenes solteros no tienen una residencia fija. Migran a diferentes lugares, según las oportunidades, los éxitos y los fracasos sucesivos y sólo vuelven a la comunidad esporádicamente, por lo general por motivo de alguna fiesta. Es lo que se puede llamar “inestabilidad residencial”.

Antes de los años 1960, las mujeres eran exclusivamente migrantes pasivas: seguían a sus maridos a su comunidad, donde fundaban su hogar, o a su lugar de migración. Hoy en día, la migración autónoma de las mujeres tiende a desarrollarse: migran a menudo antes de formar su propio hogar.

Estas migraciones “de iniciación” generalmente son decisivas para la continuación de la trayectoria de vida de la persona: ya sea para consolidar una “base territorial rural” (Blanchard, 2007), o instalarse por un tiempo prolongado fuera de la comunidad.

La formación del hogar o “la instalación” (Cortes, 2004a) representa un giro importante en la trayectoria de las personas. Tradicionalmente el matrimonio –o el concubinato– significa la salida de la mujer de su comunidad y la instalación del nuevo hogar en la del marido. Los matrimonios de antaño se contraían frecuentemente entre personas del mismo *ayllu*⁷¹, aunque actualmente se observa una extensión del espacio de nupcialidad. Cuando se da gracias a un encuentro en el lugar de migración, esta extensión significa frecuentemente la instalación del hogar en el lugar mismo.

Un criterio fundamental para decidir formar un hogar en la comunidad es el de tener acceso a los recursos locales –y especialmente a la tierra–, y de poder sacar de ellos un ingreso que asegure la autonomía de la pareja. Las reglas tradicionales de la transmisión de tierras hacen que el hombre pueda pretender terrenos en su comunidad de origen, y por lo tanto puede considerar formar su hogar allí. En cambio, impedida de acceder a la tierra, la mujer deberá dejar su comunidad de origen si es diferente a la del marido.

La extensión del cultivo de quinua modifica la situación, pues las comunidades tienden a convertirse en un espacio de instalación de residencia desde la formación del hogar, lo que se había vuelto algo muy raro (menos en San Juan). La tendencia, entonces, es el rejuvenecimiento de la población de estas áreas rurales.

Sin embargo, la formación del hogar no está acompañada de un cese de las migraciones y de una estabilización de la residencia, ni para la pareja ni para los hijos que la seguirán. La ampliación de la familia con el nacimiento de los hijos más bien conlleva una intensificación de la circulación laboral, de manera que suben los ingresos. La fase de consolidación del hogar no siempre corresponde con la cohabitación permanente de la pareja, pues éste es el periodo en el que surgen hogares bipolares (el marido y la mujer residen en dos lugares diferentes) o dobles residencias. Además, las migraciones ligadas a la educación de los hijos adquieren una nueva importancia. Como en todas partes de Bolivia, en un periodo reciente existe una fuerte relación entre la estrategia de migración y la educación, tanto del primer como del segundo nivel. La región no se queda al margen del incremento del nivel de educación a escala nacional.

Finalmente, cuando las personas ya no tienen hijos a su cargo y han terminado su vida activa, el retorno a la comunidad no es de ninguna manera sistemático. Las migraciones de retorno relacionadas con la jubilación no son un fenómeno que se note en la región.

Un modelo regional de movilidad

Con relación a las dinámicas de migración en Bolivia, el modelo de movilidad espacial de las poblaciones del Altiplano Sur se distingue por un territorio y formas singulares.

71 El *ayllu* es una unidad territorial tradicional que reúne a varias comunidades.

En primer lugar, son lógicas de proximidad a escala regional o transfronteriza, al margen de la mundialización de las migraciones internacionales y de destinos lejanos como Brasil, Estados Unidos, Europa (España, Italia), Israel o Japón que experimentan otras regiones de Bolivia, como La Paz, Cochabamba o Santa Cruz (Cortes, 2002, 2004; Blanchard, 2005, 2006; De La Torre Avila, 2006; Souchaud y Beaninger, 2009; Marzadro, 2010). Estas lógicas de proximidad se encuentran, en cambio, en otras zonas rurales de Bolivia, como en Tarija, frontera con Argentina (D'Andréa, 2004; Domenach *et al.*, 2007). Así, para el Altiplano Sur, la ciudad más cercana, Uyuni, las capitales departamentales del altiplano (Oruro, La Paz, Potosí) y los lugares transfronterizos rurales y urbanos en Chile (especialmente Iquique) son los polos de migración más importantes. Con el auge de la quinua se observa una reducción global del espacio de migración y una redistribución de los destinos (fig. 30).

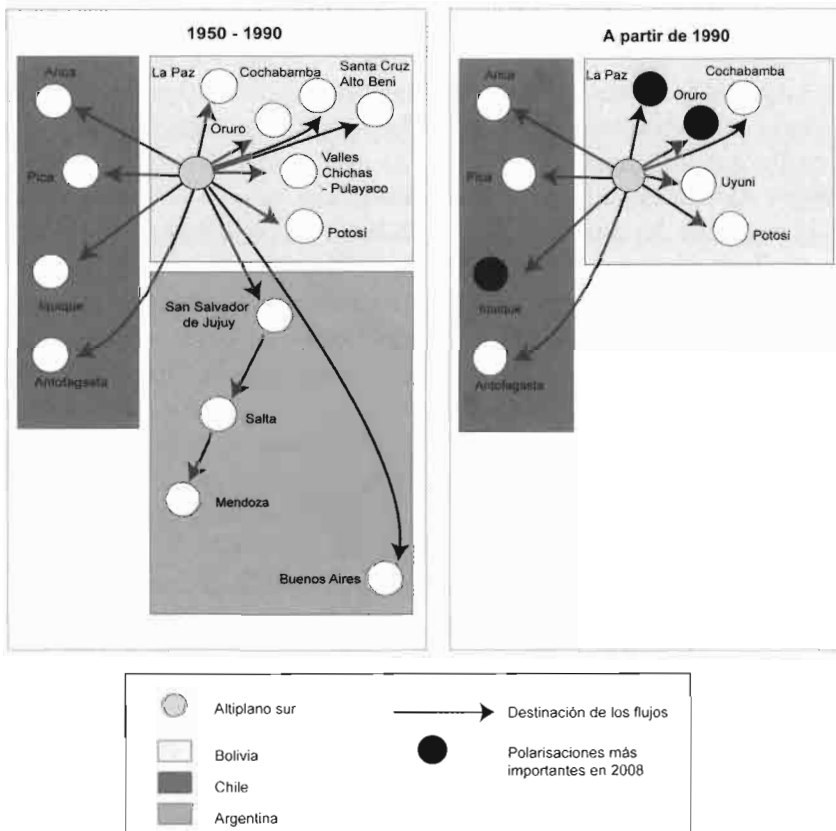


Figura 30

Espacio migratorio de la región del salar de Uyuni (1950-2008)

Fuente: elaboración propia, encuestas de campo en colaboración con G. Cortes, según S. Coursière, 2008.

La segunda característica, efecto de la anterior, se refiere a lo que se puede llamar la polivalencia socio-espacial de las personas. Polivalencia de los lugares ante todo: aunque los migrantes de cada comunidad privilegian determinados destinos, no hay verdaderos sectores colectivos de migración al interior de las comunidades rurales. Dicho de otra forma, el itinerario de migración se construye siguiéndolo. No hay una lógica colectiva de los destinos: no hay una sucesión de destinos para todos los individuos (ni siquiera para una mayoría) que corresponda a etapas de migración claramente determinadas a lo largo del ciclo de vida. El modelo no es el del aprendizaje en un lugar de destino, luego de consolidación en otro. Es lo contrario de lo que observa M. Vargas (1998) con respecto a migrantes que empiezan por la agroindustria en el área rural antes de desplazarse a la ciudad, o de lo que describe G. Cortes (2002) en sus trabajos sobre las migraciones rurales de cochabambinos que se van primero a la Argentina o a ciudades bolivianas, antes de emprender una migración más lejana a los Estados Unidos o Europa. En segundo lugar, la polivalencia de las actividades: aunque se detectan algunos nichos laborales, como la agricultura o el trabajo doméstico en Chile, las actividades practicadas paralelamente a la agricultura en la comunidad están notablemente diversificadas y la correspondencia entre lógica de lugares y lógica del trabajo está muy poco marcada. No hay, pues, una lógica comunitaria con una red propia, con sus recorridos geográficos, con transmisión generacional de lugares y actividades.

Este fenómeno es, *a priori*, bastante paradójico. Se podría suponer que sociedades “tradicionales” como las poblaciones rurales aymaras o quechuas del altiplano mantendrían fuertes lazos con determinados lugares exclusivos. Eso es, en efecto, lo que organizaba el modelo del trueque antes cuando, apostando a las complementariedades de recursos ofrecidos por el “archipiélago vertical”, cada comunidad mantenía un lazo privilegiado con una o varias otras comunidades. La polivalencia socio-espacial de los individuos, continuamente activada según las oportunidades económicas, muestra que hoy en día es la capacidad de adaptación de las lógicas y de las redes sociales la que guía las trayectorias de movilidad.

Finalmente, esta doble lógica de proximidad y de polivalencia socio-espacial está acompañada de una fuerte complementariedad entre ciudad y campo, que se manifiesta en los efectos de alternancia de la residencia o de la doble residencia, pero también en la importancia de las combinaciones de actividades: poli y pluri-actividad.

CAPÍTULO 8

Las trayectorias de movilidad bajo el prisma del anclaje⁷²

Las nociones de espacio de vida y espacio vivido, pero también de territorialidad, destacados por la geografía social, ayudan a aprehender los hechos migratorios y la posición del lugar de origen en los sistemas de movilidad. Si el espacio de vida (Courgeau, 1975) se entiende como el conjunto de lugares frecuentados diariamente o más episódicamente para todas las actividades de la persona, el espacio vivido (Frémont, 1976) se refiere, a su vez, a lo imaginario, a la representación que se hacen los individuos de un espacio, a la forma en que se lo apropian y en la que invierten en él no sólo materialmente, sino mentalmente. Se trata del espacio de la territorialización y la identificación.

Las nociones de residencia y de pertenencia no son equivalentes. El hecho de no residir en un lugar no necesariamente pone en duda la pertenencia a éste lugar y, además, no basta con residir en un lugar para sentirse parte del lugar. Con el fin de captar las dinámicas de los territorios rurales de origen y las transformaciones en curso, conviene tener en cuenta a las poblaciones que actúan en el territorio local, cualquiera que sea su lugar de residencia.

La noción de anclaje remite al lugar que “hace recurso territorial” para el individuo, el que polariza sus estrategias y su proyecto de vida, donde invierte y se compromete, donde desarrolla sus actividades, sus relaciones cotidianas. Interpretar las trayectorias de movilidad a través del discurso del migrante permite caracterizar su anclaje a largo plazo, es decir sus lógicas socio-espaciales de decisión, su identificación y su proyección en el espacio. El individuo anclado en un lugar puede, sin embargo, partir del mismo por un tiempo más o menos largo. Asimismo, se admite la posibilidad de anclajes múltiples, es decir la existencia de personas que se sienten de varios lugares y que construyen su territorialidad a

72 Este capítulo retoma ampliamente elementos publicados en el libro “Racionalidades campesinas en los Andes del Sur. Reflexiones en torno al cultivo de la quinua y otros vegetales andinos”. P. Cruz, R. Joffre, T. Winkel (eds.), 2015. San Salvador de Jujuy: Editorial de la Universidad de Jujuy EDIUNJU.

partir de diversos lugares de actividad y residencia, de varios lugares-recursos. El anclaje no es entonces ni sinónimo de fijación ni de sedentarismo, ni tampoco es incompatible con la experiencia de migración y las prácticas de circulación. Por ello es independiente de las formas de movilidad (intensidad, destino, temporalidad, ritmo), aunque se puede reflejar en ellas.

El análisis se sitúa en el punto de vista del espacio rural del Altiplano Sur y a partir del que se despliegan las dinámicas de movilidad en las que se juega el devenir de las agriculturas familiares. Las formas de anclaje, que se definen a partir de la edad adulta, son por tanto identificadas con respecto a la comunidad de origen⁷³. Se habla de anclaje (o de re-anclaje) cuando la comunidad es el lugar de identificación y de territorialización del individuo, y de “desanclaje” cuando la territorialización del individuo ya no está polarizada por la comunidad sino por uno o varios otros lugares. El anclaje múltiple se refiere a una territorialización que integra varios espacios a la vez: la comunidad (invariablemente) y otro lugar (que puede variar a lo largo de la trayectoria).

La lectura de las trayectorias de movilidad bajo el prisma del anclaje se hace aquí desde el punto de vista de las transformaciones agrícolas ligadas al cultivo de la quinoa. La caracterización del anclaje depende del grado de compromiso de los individuos con la actividad agrícola, así como con la vida social de la comunidad. Una persona que se limita a cultivar sus tierras (o las hace cultivar) sin que la comunidad sea para ella un lugar de compromiso social y de proyección identitaria, o el lugar de referencia de un proyecto de vida, no es considerada como anclada en la comunidad.

Anclajes permanentes y re-anclajes

Diversidad de las formas del anclaje permanente

Las trayectorias que traducen un anclaje permanente conciernen a aquellos que nunca partieron en el sentido en que nunca *dejaron* su comunidad. El anclaje permanente se refiere a personas originarias de la comunidad para las que ésta ha sido la única referencia de su territorialización. Entre ellos, un primer grupo se distingue por tener una única residencia a lo largo de su trayectoria y practicar la agricultura en su comunidad. No obstante, se observan a menudo interrupciones

73 Se habla de anclaje tardío para las personas que no son originarias de la comunidad o para aquellas que son originarias, pero que no nacieron en ella. No originarios/as pueden ser mujeres casadas con un hombre originario, o viceversa. Los/as originarios/as pueden ser personas que no han nacido en su comunidad, sino en el lugar de migración de sus padres. El anclaje tardío se refiere entonces a una persona que está anclada en la comunidad de origen desde su matrimonio o en la edad adulta.

para realizar trabajos fuera de la comunidad, especialmente en los malos años agrícolas. Es el caso de los “ancianos”, pero también de los hogares más jóvenes que se han instalado en la comunidad desde el principio de su vida adulta para dedicarse a la actividad agrícola. Conciérne a jefes de explotación masculinos o a esposas de esos jefes de explotación, en la medida que son los hombres que tienen acceso a la tierra.

Para la generación de más edad, estas trayectorias se pueden explicar por el hecho de que las oportunidades de empleo externas no estaban tan desarrolladas como en la actualidad. Al encontrar su pareja en la comunidad o en las cercanías, siempre han vivido de la agricultura y algunos trabajos fuera. La movilidad de la mano de obra, según un esquema clásico, tuvo pues su papel como complemento en los ingresos y como respuesta a las contingencias climáticas.

“Antes no había mucho trabajo, siempre hemos vivido aquí de la agricultura. Sólo salimos dos años a la mina con mi mujer, recién casados, cuando aquí fue la sequía. Cuando llovió de nuevo regresamos, y desde este tiempo nos quedamos aquí. Nuestros hijos se criaron aquí, pero se fueron jóvenes. Hoy en día, dos están en Salinas y dos en Oruro. Regresan para el cultivo de la quinua y nosotros los visitamos allá” (Patricio, Chilalo, 78 años).

Para otros, más jóvenes, la fijeza, a veces forzada, fue sinónimo de éxito.

“Nací en Palaya. Siempre he vivido aquí, excepto tal vez dos años en que fui al colegio en Llica [a 15 km]. Soy agricultor desde los 15 años. Al principio, ayudaba a mis padres a cultivar sus parcelas. También cultivaba otras que pertenecían a otros miembros de la comunidad y cada año desmontaba nuevas para mí. Con el dinero de la quinua más un crédito, me compré un tractor en 1995 y desde entonces soy tractorista y tengo varias parcelas. Vivo en Palaya con mi mujer y mis hijos menores, mientras los mayores están en Llica, en la Normal, donde estudian para ser maestros. (Alejandro, Palaya, 43 años).

Alejandro es el único de su familia que no hizo estudios, hoy sigue en la comunidad y se ocupa de sus padres. Con el tiempo, pudo capitalizarse, invertir en la actividad agrícola y también diversificar sus fuentes de ingreso siendo tractorista.

Algunas trayectorias, más complejas, reflejan un sistema de actividad y de residencia pluri-localizada que implica una recurrente práctica de movilidad. Las trayectorias de hombres y mujeres no tienen, sin embargo, la misma lógica.

Los hombres se dedican a la agricultura en su comunidad, a la vez que tuvieron o siguen teniendo actualmente otras actividades y fuentes de ingresos en el exterior. Se trata por tanto de individuos pluri-activos y móviles. La esposa y los hijos, en cambio, generalmente son poco móviles. Este grupo corresponde a agricultores que también tienen un trabajo calificado (profesores, enfermeros) o que trabajan en las minas cercanas.

Cristóbal (fig. 31)⁷⁴ ha vivido siempre en doble residencia de cercanía. Nació en 1957 en San Juan, donde pasó su infancia, entre la escuela y la ayuda en los trabajos agrícolas en la explotación familiar (cultivos y ganado). Hizo su primera salida a los 12 años, a la cercana mina de cal de Río Grande. Trabajó como obrero en la mina durante cinco años consecutivos: trabajo mal pagado a un niño, su lugar de anclaje sigue siendo la comunidad. Esta fase es interrumpida por el año de servicio militar, cuando tenía 17 años, en Uyuni. Después vuelve a Río Grande, a la mina, por dos años consecutivos durante los cuales también comenzó su propia actividad agrícola en San Juan, en la tierra que heredó: se instaló entonces en doble residencia sin dejar de estar anclado en su comunidad.

A los 20 años (1977), Cristóbal decidió ampliar su campo de actividades y, por tanto, su espacio migratorio. Partió a trabajar a la azufrera de Horsu al extremo sur de Bolivia, cerca de la frontera argentino-chilena en medio del desierto. Ejerció como chofer y volvió en todos sus descansos a San Juan. Vive pues en doble residencia durante 5 años. Luego, en 1982, pasó todo un año en San Juan: es el año de su matrimonio. Volvió a partir el próximo año a la mina Amincha que acababa de abrir, mientras su esposa se queda en San Juan. Trabaja en Amincha como chofer de camiones llevando los minerales hasta el puerto chileno de Antofagasta durante diez años, de 1983 a 1993, volviendo a San Juan sus días de descanso (45 días consecutivos de trabajo y 10 días descanso). Cristóbal mantiene así un sistema de doble residencia y pluri-actividad, mientras que amplió su patrimonio de tierras apropiándose de nuevas tierras en San Juan. En este dispositivo, su mujer desempeña un papel fundamental, ya que está a cargo de la explotación agrícola y el cultivo de quinua. La fase de reunificación familiar se produce en 1994, cuando se instaló “definitivamente” en San Juan, donde su familia siempre se quedó. Desde entonces, ya no partió ni siquiera temporalmente. Esta estabilización en realidad corresponde a una fase de diversificación de actividades y de inversión en la comunidad, ya que construyó un alojamiento turístico en 1994. Y en 2006, compró un tractor.

74 En algunas de estas trayectorias se insertan las columnas “eventos familiares significativos para el individuo” y “actividades fuera del lugar de residencia” y cuando son informadas.

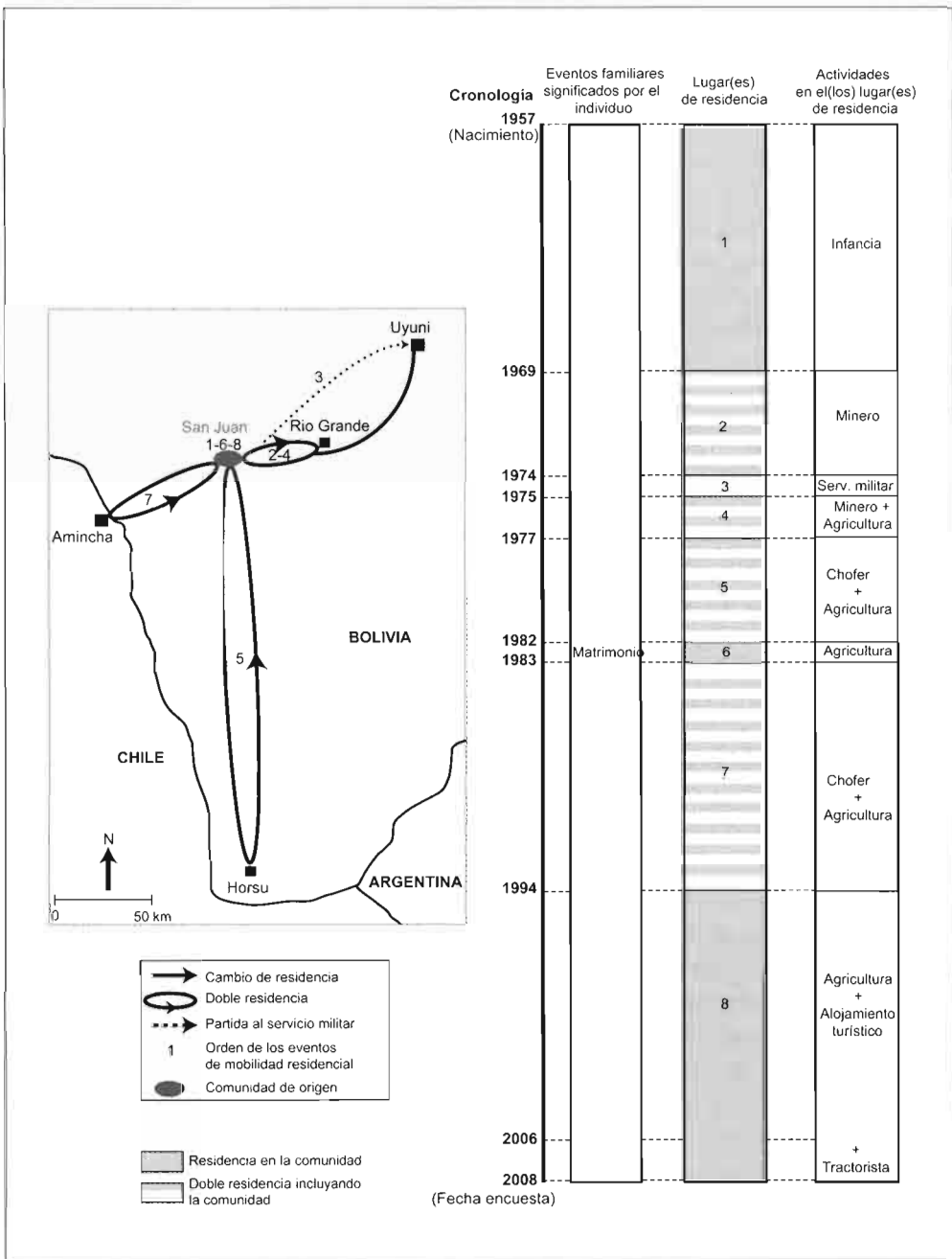


Figura 31
 Trayectoria residencial y profesional de Cristóbal, 50 años, miembro de la comunidad de San Juan, residente en 2008 en San Juan.
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007.

Finalmente Cristóbal, como muchos de su generación, salió muy joven. La educación en esa época se limitaba a la escuela primaria. Acumulando varias experiencias de migración en las inmediaciones, de hecho nunca “partió” realmente. Compaginó, durante 24 años, una actividad agrícola en la comunidad y una actividad minera en el exterior.

Clemente nació en 1975 en un caserío de la comunidad de San Juan. A los 6 años ingresa a la escuela en San Juan y a los 14 años deja la escuela y ayuda a su padre en la explotación agrícola. A los 18 años hace su servicio militar en Uyuni, y un año más tarde migra a Calama, Chile, a la casa de una tía. Allí se queda durante un año a trabajar como albañil, luego se va a San Pedro de Atacama, porque no le agrada Calama, una ciudad demasiado grande para su gusto: “En San Juan son campesinos como nosotros, nos invitamos”. Clemente se aloja en casa de otra tía. Durante cuatro años alterna su vida entre San Pedro de Atacama y San Juan. En Chile trabaja primero en la agricultura, luego en la construcción, mientras que en San Juan cultiva las tierras que ha heredado. En el 2001 y 2002 debe asumir cargos en la comunidad⁷⁵, por tanto se queda allí permanentemente. Entre el 2003 y el 2005 sale de nuevo temporalmente (3 meses/año) a San Pedro, donde trabaja como albañil. Desde el 2006 ya no sale, pero lo tiene previsto. Quiere ahorrar para terminar de construir su casa en San Juan.

Clemente aún es soltero, pero desde siempre hace planes e invierte en San Juan. Su anclaje está en su comunidad de origen. De ello testimonia el destino del dinero ganado en el exterior: su salario de albañil le sirve para construir su propia casa en San Juan y para preparar sus tierras para cultivar quinua. En detrimento de su movilidad y de sus ingresos obtenidos fuera de la comunidad, también se ha involucrado en la vida local, asumiendo cargos en la comunidad. A pesar del tiempo que pasó al otro lado de la frontera, Clemente nunca planificó una vida en Chile. Así, nunca ha regularizado su situación, lo que le obliga a residir ilegalmente en el país vecino.

Contrariamente a los hombres, las mujeres se encuentran enfrentadas a una dificultad mayor, pues no pueden cultivar en su comunidad de origen al no tener acceso directo a la tierra. Por tanto salen generalmente a fundar su hogar en otro lugar, siguiendo a su marido. No obstante, algunas mujeres, sobre todo las madres solteras, quedan ancladas en su comunidad, sin practicar una actividad agrícola independiente. Residen en ella ya sea de manera totalmente sedentaria o practicando circulaciones de trabajo en otros lugares. La comunidad sigue siendo el lugar de referencia de su territorialización y a menudo se ocupan de sus padres, que viven en la comunidad.

“Quedé embarazada a los 16 años. Vivía con mis padres y me quedé allí. Para mantener a mi familia, tuve que ir algunas veces a Iquique, dejaba mi hijo a mis

75 Los “cargos rotativos” son servicios a la comunidad que todo derechohabiente debe cumplir por turno.

padres y me iba tres meses, fuera de época de cultivo. Mi vida está aquí, donde crío mi hijo. Ayudo a mis padres en los trabajos agrícolas, incluso si no tengo tierras mías.” (Yolanda, San Juan, 30 años)

“Somos cinco hermanas y todas nos fuimos a Santa Cruz para trabajar. Yo me quedé tres años de empleada. Regresé a mi comunidad cuando tenía 18 años para cuidar a mis papás, regresé embarazada. Me quedé aquí hasta que mi hijo tuviera 5 años y de nuevo me fui a Santa Cruz a trabajar de empleada durante dos años. Tuve que regresar para cuidar a mis papás, que ya eran viejitos. Como somos puras mujeres, es mi hermana quien heredó una parte de las tierras, pero como nunca viene a la comunidad, me las dio. Cultivamos todo junto con mis papás. Mis hijos van al colegio en Salinas y nos turnamos con mi mamá para atenderlos.” (Patricia, Otuyo, 45 años)

El anclaje permanente se da en todas las generaciones. Pone de manifiesto una identificación y un fuerte apego al lugar de origen. Esas personas ancladas son de alguna manera los “guardianes” de la comunidad frente al exterior (territorialmente hablando), del funcionamiento de la instancia comunitaria y de cierto dinamismo demográfico local. A este respecto, las estrategias masculinas de doble residencia, con la familia nuclear anclada en la comunidad, tienen como consecuencia cierta feminización de las comunidades.

Algunas formas de anclaje, fijas, muestran que, incluso si no se recurre a la movilidad y a actividades pluri-localizadas, la quinua puede permitir un éxito social. Pero también son numerosos los que desde hace poco tienen una segunda residencia en la ciudad, primero por la educación de los hijos y luego por la diversificación de actividades. Poco a poco se anclan también en este nuevo espacio, alternando entre los dos lugares de residencia y practicando la actividad agrícola en su comunidad y otra actividad en la ciudad (el comercio, por ejemplo).

¿El día de mañana, gracias a la oportunidad económica ofrecida por la quinua, los “anclados permanentes” serán más numerosos? La consolidación de las condiciones de producción y de comercialización de la quinua (precio de venta, sobre todo) podrían tener una influencia mayor en las trayectorias de vida de las poblaciones originarias de la región.

Re-anclajes y retornos a las comunidades

El re-anclaje se traduce generalmente en un retorno a la residencia en la comunidad de origen, después de un periodo de migración que creó cierta ruptura con ella. En un momento dado, las personas realmente abandonaron su comunidad: no tenían intención de volver y no necesariamente habían desarrollado estrategias para mantener un pie en ella. Su re-anclaje significa siempre cambios mayores en la organización de su vida. Para la mayoría de ellos, el retorno a la comunidad

es sobre todo un retorno a la tierra. Se pueden suponer diferentes motivaciones: recuperar sus parcelas para no perder el derecho de uso de la tierra, arreglar conflictos en la propiedad familiar o aprovechar la oportunidad económica que representa la quinua.

Raúl, 48 años (fig. 32), nació en un caserío de la comunidad de Candelaria. Fue a la escuela en el centro de la comunidad (10 km a pie). Luego, para ir al colegio, partió a Potosí. Obtuvo su bachillerato en 1979 y salió a trabajar como minero en la mina de Totoral. Es reclutado para el servicio militar en 1981 en Potosí. Después, hizo estudios superiores en la Escuela Politécnica de Potosí. Sin terminar la carrera, partió a la mina de plata de Tipuani, donde trabajó durante tres años y luego se dedicó al comercio en Coroico, durante otro año. En 1990, su padre le informó sobre conflictos de tierra con sus vecinos. Raúl volvió entonces a Candelaria, como también lo hicieron sus dos hermanos. Se quedó hasta 1994, a tiempo completo para ayudar a su padre y a sus tíos en el cultivo de la quinua. Desde 1995 alterna entre Candelaria y Challapata, donde sus hijos atienden la escuela. En 1998 funda una empresa familiar con sus hermanos y su padre: compran un tractor y un camión para transportar quinua. Desde entonces es al mismo tiempo productor, tractorista y comerciante de quinua.

Raúl vivió en varios lugares, encadenando una tras otra las migraciones de juventud. Como no tenía realmente un sitio de anclaje, volvió a la comunidad a raíz de un problema en las tierras familiares. Se insertó para dedicarse a la quinua y fundó su hogar. Pero la educación de sus hijos implica el mantenimiento de una pluri-residencia, con varios lugares de territorialización y anclaje.

La trayectoria de Juan es un caso interesante, ya que se trata de un re-anclaje que viene al final de su vida, vinculado a la oportunidad de la quinua.

Juan se convirtió en un miembro de la comunidad de Otuyo en 2002. Nació en San Pablo de Napa (azufrera de la frontera con Chile) y a los 3 años, se trasladó con su madre a Ancoyo (cerca de Salinas) comunidad de origen de su padre, que no lo reconoció. Creció, educado por padres adoptivos, hasta los años de colegio. A los 17 años, se mudó a Salinas para aprender el oficio de sastre en el colegio técnico CETHA. Justo después de su graduación en 1991, hizo su servicio militar en Challapata donde luego se quedó cuatro años como comerciante. Con su esposa, se embarca en su primera migración a Argentina: primero a Mendoza, donde tuvieron familia y luego a Buenos Aires, donde trabaja siempre en la costura. Su estancia tendrá una duración de cinco años en la Argentina. A su regreso a Bolivia, se instalaron en Challapata para comerciar con vegetales y productos cárnicos producidos en Salinas, pero la competencia es fuerte y el comercio difícil. En 2002, una tía le propuso recuperar las tierras que tenía en Otuyo, ya que es su único heredero potencial. Él aceptó y desde entonces Juan y su esposa viven de la quinua, junto a sus actividades comerciales en Challapata.

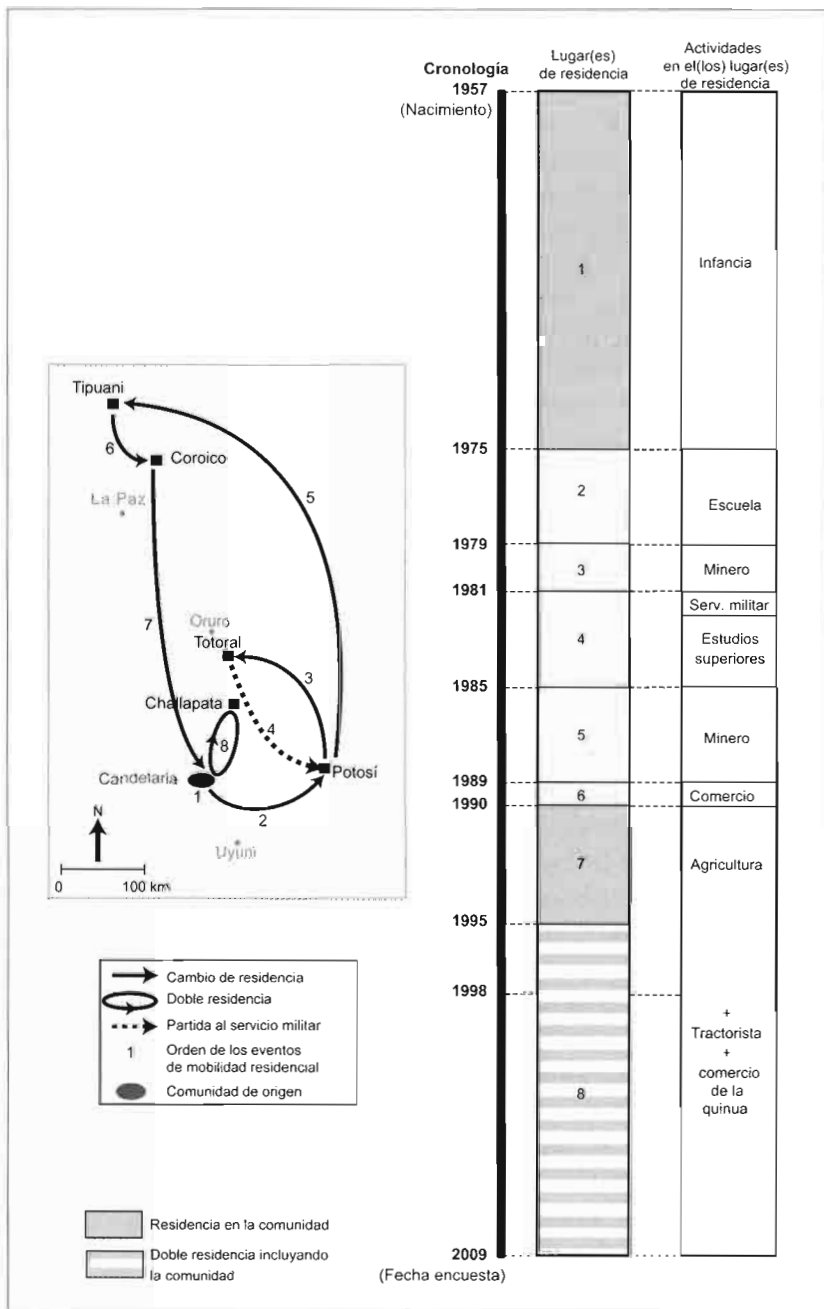


Figura 32
 Trayectoria residencial y profesional de Raúl, 48 años, miembro de la comunidad de Candelaria, residente en 2008 en Candelaria y Challapata.
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2008.

El retorno a la agricultura no siempre es el único motivo para los re-anclajes. Algunas trayectorias están relacionadas con fracasos o dificultades en la migración.

Juana nació en San Juan, se fue a la edad de 13 años a trabajar en Antofagasta como empleada doméstica con la hija de su vecina. Después de cinco años de servicio, y después de un incidente con sus empleadores, partió a Calama para el mismo tipo de trabajo, después de un breve regreso a su comunidad. Entonces, comenzó a vivir con un chileno y tuvo tres hijas. En total se quedará veinte años en Calama. Siempre vivió en Chile irregularmente ya que no tenía papeles; y sus dos hijas menores no tienen certificado de nacimiento. Su situación de ilegal acabó con su expulsión del territorio chileno el 2006. Entonces dejó Chile definitivamente y regresó a Bolivia, a San Juan, después de 25 años de continua experiencia migratoria. Desde entonces, fue acogida y mantenida por su madre en San Juan, a cambio de su participación en los trabajos agrícolas (quinua y ganadería).

Finalmente, el análisis de las lógicas sociales del retorno y el re-anclaje en las comunidades rurales de la región pone de manifiesto un proceso de “re-territorialización” y de reanudación de los lazos con la tierra. Éste es un efecto mayor del auge de la quinua. Para algunas familias, el auge significó un fuerte incentivo para reconfigurar su sistema de actividades, a veces con el desarrollo de pluri-actividades y una verdadera lógica empresarial en torno al cultivo de la quinua.

La voluntad de retorno a la agricultura aparece como un motivo frecuente en los discursos de las poblaciones locales, pero el re-anclaje coincide siempre con otras motivaciones de orden familiar y personal, incluidos los factores coyunturales externos. Después de un fracaso en la migración, el retorno no es la única opción, ya que después de la crisis argentina, por ejemplo, muchos no volvieron y continuaron su trayectoria de migración. La situación boliviana en 1985, con el cierre de las minas estatales, mostró procesos similares. Algunos continuaron su trayectoria, mientras que otros se replegaron a su comunidad, que así sigue siendo un espacio de refugio en caso de fracaso de la migración. Pero el auge de la quinua hizo que muchos migrantes que retornaron por razones coyunturales terminaran por quedarse. Los re-anclajes resultan también de oportunidades ligadas con las formas de organización colectiva de las comunidades mismas. Efectivamente, los retornos se inscriben en un sistema de disposiciones de las comunidades que, en un nuevo contexto en el que la tierra es valiosa y objeto de disputa, “llaman al orden” a los que tienen derechos de uso de los recursos locales.

El re-anclaje parece abrir perspectivas de resurgimiento demográfico en el territorio del Altiplano Sur. Así, la oportunidad económica que representa hoy el cultivo de la quinua y las perspectivas de ingreso que promete, ejercen una nueva atracción, susceptible –¿por lo menos por un tiempo?– de “fijar” a la población en esta zona, primera región exportadora de quinua en el mundo.

Desanclajes pero sin pérdida de vínculos

El desanclaje corresponde al hecho de salir de la comunidad, de partir sin que al momento de la salida se formule necesariamente el carácter “definitivo” de la migración. Algunos hombres se fueron para una primera experiencia de migración y finalmente decidieron instalarse en otro lugar. Otros se fueron a las minas, luego se instalaron en el medio urbano en el momento de la relocalización (1986). A este grupo también pertenecen todas las mujeres que se instalaron en otro lugar después de su matrimonio.

El desanclaje no significa necesariamente una ruptura completa con la comunidad; se pueden mantener lazos en el plano identitario y afectivo que se traducen en retornos puntuales, para las fiestas por ejemplo, o en el plano productivo, cuando el migrante está implicado desde lejos en la actividad agrícola y el cultivo de la quinua. Contrariamente a los que se reanclan, estos migrantes no se comprometen realmente con la comunidad.

“Nos fuimos de la comunidad porque no había suficiente producción, la quinua no valía nada, no había futuro. Con mi mujer nos fuimos a la mina, como otras familias de Otuyo. Las condiciones eran buenas: los niños iban a la escuela y yo tenía buen saldo. Cuando cerró la mina [1985] nos fuimos a Oruro y con la prima de relocalización compramos una tiendita. Siempre teníamos noticias de los de la comunidad y a veces íbamos a las fiestas. Ahora la situación es mejor, con el buen precio de la quinua. ¿Cultivar? No, ya somos viejitos, pero nuestros hijos sí.” (Manuel, Otuyo, 50 años)

“En Chilalo, cuando se es de familia numerosa, queda poca tierra para cultivar. Yo me fui de Chilalo fui a los 15 años, fui un poco por todas partes en Bolivia para buscar una vida mejor. Trabajé de todo y luego me casé con una mujer de La Paz. Fuimos a la Argentina, donde uno de sus hermanos. Allá tenemos un gran comercio. Después de veinte años sin haber vuelto, vengo este año a la fiesta de Salinas, pero no tengo la intención de cultivar, es demasiado lejos”. (Claudio, Chilalo, 55 años)

Alfonso es originario de San Juan, tiene 38 años (fig. 33). Dejó a su comunidad hace varios años, pero en 2006 decidió acercarse a ella. Después de una infancia pasada en San Juan, su comunidad de origen y nacimiento, Alfonso partió a Uyuni para el colegio, por 6 años. Hizo su servicio militar en 1991 y luego emigró a Argentina. Tiene 21 años. Hace una trayectoria migratoria clásica en este país, ya que conecta tres destinos, pasando primero por las zonas agrícolas del noroeste (Salta y Mendoza) y luego la capital argentina, Buenos Aires. Las actividades profesionales se encadenan: primero la agricultura, que en Salta trabaja como obrero agrícola en una granja de cítricos y luego en Mendoza en huertos, mientras que en Buenos Aires, se emplea en un taller de costura. Después de tres años de migración, encuentra la discriminación demasiado fuerte, las condiciones de

vida son mediocres: “Tuve hambre”. Es joven y quiere formarse, regresó a La Paz, donde estudió contabilidad, mientras trabajaba en un restaurante, durante cuatro años. Al conseguir un primer trabajo de contador, Alfonso se trasladó a Cochabamba por dos años, luego de regreso a La Paz por cinco años. Fue luego por un año a Potosí, siempre como contador. Por último, desde 2006, reside en Uyuni, donde todavía ejerce el mismo oficio.

Alfonso vivió sucesivamente en nueve lugares diferentes, sin retorno al lugar de origen, pero el último destino muestra una voluntad de acercamiento geográfico a su comunidad de origen. De hecho, es el único hijo entre sus hermanos y siente el deber acercarse más a su madre viuda. Va cada vez más a San Juan, incluso si no cultiva la tierra. Pero, hijo único, todas las parcelas que actualmente cultiva su madre le tocarán a su muerte.

Muchos son los que partieron dejando sus tierras sin cultivar o habiéndolas “confiado” –es decir prestado– a un pariente que se quedó; algunos reanudaron recientemente la agricultura, manteniendo al mismo tiempo un fuerte arraigo en su lugar de migración. Esos retornos a la actividad agrícola, que se realizan sin una reinstalación, sin una proyección de vida, sin compromiso con la comunidad, ni en términos sociales ni en términos materiales y financieros, no se consideran como un reanclaje. Se trata de un cambio hoy más sintomático en el campo del Altiplano Sur. De hecho, demuestra que a pesar de sus años de ausencia, esos migrantes se mantuvieron atentos a lo que pasó en su comunidad. El retomar la actividad agrícola corresponde ya sea a un cambio en su vida (por ejemplo el paso a la jubilación, que significa más tiempo disponible) o a una advertencia de la comunidad para no perder sus derechos a la tierra o, igual que antes y sobre todo, a la atracción económica ejercida por el auge de la quinua.

“Me fui de la comunidad cuando tenía 15 años. Éramos seis hermanos y hermanas y no había plata en casa. Me fui a buscarme la vida. Primero me fui a Villazón en la frontera argentina, después fui a Potosí. Allí encontré a mi mujer, que es potosina, nos quedamos allá. Yo trabajé en la construcción –hoy tengo mi empresa– y ella se encargaba de los niños y tenía su pequeño comercio, vendía en la calle. Potosí está muy bien porque hay de todo. No regresé a mi comunidad durante 15 años, ya que no tenía más familiares allá. Pero cuando escuché que muchos migrantes regresaban a cultivar, me animé a retornar, primero a la fiesta, y desde hace dos años cultivo la chacra que heredé. No tengo mucho tiempo, es mi mujer la que va, pero como no conoce nada del cultivo de quinua, lo encargamos a un vecino” (Esperidión, Candelaria de Viluyo, 50 años).

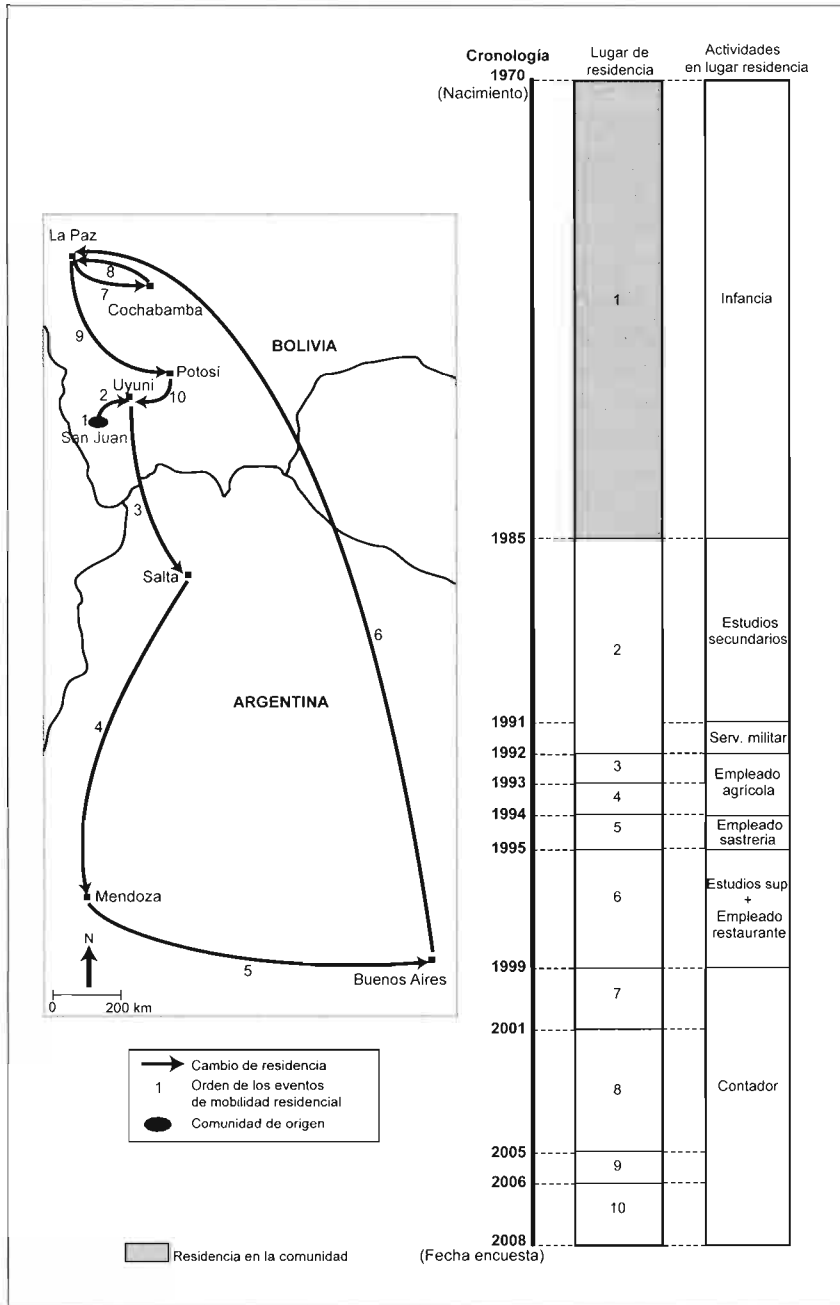


Figura 33
 Trayectoria residencial y profesional de Alfonso, 38 años, miembro de la comunidad de San Juan, residente en 2008 en Uyuni.
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007.

Alberto nació en Salinas, se quedó hasta sus 18 años, luego se fue al servicio militar en Villazón (frontera con Argentina). Después trabajó en la mina de Atocha-Telamayú, pero en el exterior de la mina: es un electricista. Se quedará allí 12 años antes de unirse a sus hermanos en Santa Cruz. Allí hace de trabajador agrícola en las plantaciones de algodón durante ocho años. Pero acabará volviendo al altiplano, el clima de las tierras bajas no le conviene. Se trasladó a Oruro, donde fundará su hogar y se quedará hasta hoy. En Oruro, siempre trabajó en el comercio, dedicado con su esposa a comerciar con Brasil. Traía grandes cantidades y vendía al por mayor, su esposa proveía a todo el mercado de comercio de Oruro. Paralelamente, también trabajaba como electricista. A la muerte de su esposa en 1998, dejó la venta al por mayor y abrió una pequeña tienda en su casa, donde vende productos de consumo. Sus hijos lo ayudan. Nunca practicó la agricultura siendo joven, y sin embargo, se lanzó a la producción de quinua a partir de 2003 “para no perder la tierra heredada y para que mis hijos tengan acceso a nuevas tierras”. Confía la mayoría de las labores agrícolas a alguien de la comunidad, sin nunca participar él mismo en cualquier tarea agrícola. Visita dos veces al año Otuyo, cuando hay que proteger los cultivos contra las plagas y en el momento de la cosecha, pero nunca asiste a las fiestas de la comunidad.

Los migrantes que pasaron por un proceso de desanclaje, reivindican su pertenencia a la comunidad y, desde el punto de vista de las normas que rigen la vida colectiva local, esa reivindicación es legítima. Sin embargo, su retorno a la actividad agrícola, y a veces a la comunidad, después de muchos años de ausencia, plantea muchas preguntas, sobre todo cuando ese retorno no es sinónimo de reanclaje.

¿Es esta situación transitoria o duradera? ¿Se dedicarán esas personas a su actividad agrícola de modo muy temporal, persiguiendo al mismo tiempo un proyecto de vida urbano? ¿Cuál es su lugar dentro de la comunidad? ¿Se les considera como integradas? ¿La comunidad no les impondrá su reanclaje?

La cuestión se plantea aún más en el caso de los hijos de migrantes salidos a la ciudad. Éstos son verdaderos ciudadanos y sólo consideran la agricultura como una actividad más entre varias oportunidades.

Anclajes inciertos y trayectorias complejas

Los esquemas sencillos de anclaje y desanclaje no corresponden a todas las trayectorias individuales. Algunas están hechas de alternancias entre las dos lógicas, a veces con formas complejas de anclaje múltiple. Esas trayectorias conciernen ya sea a individuos que aún no definieron su lugar de territorialización con un proyecto de vida claramente enunciado, o a otros cuyo modo de vida se basa en la alternancia entre diferentes lugares de anclaje. Los motivos para retornar son los mismos que en los casos anteriores (actividad agrícola, razones familiares, fracaso

de la migración), pero la sucesión de periodos de anclaje y de desanclaje generalmente es sinónimo de fracaso de la instalación en la comunidad. Las alternancias significan a menudo búsquedas continuas de alternativas y de oportunidades, o también cambios de rumbo en caso de fracaso.

Numerosos son los jóvenes que pasan por diferentes lugares de migración y que alternan entre diferentes actividades. Como aún no eligieron realmente su lugar de vida, mantienen una relación constante con la residencia de sus padres, que a menudo sigue siendo su espacio de referencia, el lugar al que siempre vuelven. Los muchachos, como las chicas, siguen esta trayectoria, sabiendo que los hombres tienen la ventaja potencial de poder “fijarse” en su comunidad, al tener acceso a la tierra. Gracias a estas primeras etapas de movilidad, los jóvenes adquieren una especie de “capital de lugares” que podrán movilizar luego. Pero también y sobre todo, es un periodo en el que las generaciones jóvenes buscan su rumbo.

La trayectoria de Carolina (fig. 34), cuya territorialización aún no está definida, es típica. Nacida en Atocha (mina de Siete Suyos) en 1983, vuelve con sus padres a Chilalo durante la privatización de las minas estatales en 1985-86. Atiende la escuela primaria y se queda en Chilalo hasta sus diez años. Después parte a Salinas por un año escolar, donde se aloja en casa de su abuela. Interrumpe la escuela y retorna por tres años a Chilalo trabajando como pastora para la familia. A los 14 años sale a trabajar donde un padrino en La Paz como empleada doméstica, donde recibe un salario irrisorio. Después de un año vuelve por dos meses a Chilalo, luego se va a Cochabamba para reunirse con sus hermanas, quienes trabajan en una fábrica de ladrillos. Se queda tres años en Cochabamba y sólo regresa una vez a Chilalo. Entonces decide formarse durante tres años en el centro CETHA, en Salinas, donde pasará su bachillerato y obtendrá un diploma de tejeduría. El trabajo los fines de semana como jornalera agrícola paga sus estudios. Luego vuelve por un año a Chilalo para ayudar a su madre en la explotación agrícola. En el 2006 prepara desde Chilalo el concurso para entrar en la Escuela Normal de Llica. Como no aprueba el concurso, sale a La Paz a la casa de su padrino, quien la contrata como empleada doméstica. En el 2007 se prepara nuevamente para el concurso para entrar en la Escuela Normal de Caracoya, esta vez desde Oruro, concurso que nuevamente no aprueba. Opta por retornar nuevamente a Chilalo, donde su padre le presta un pedazo de tierra y donde también será contratada como jornalera agrícola por otras familias. Finalmente, a mediados del 2008 se va a Iquique, donde trabaja nuevamente como empleada doméstica.

Carolina tiene la típica trayectoria de una soltera que “busca” su vida a raíz de las dificultades en formarse y encontrar un medio estable de subsistencia.

Respecto a los que alternan entre lugares sucesivos de trabajo y residencia, sus lógicas de territorialización son difíciles de concretar.

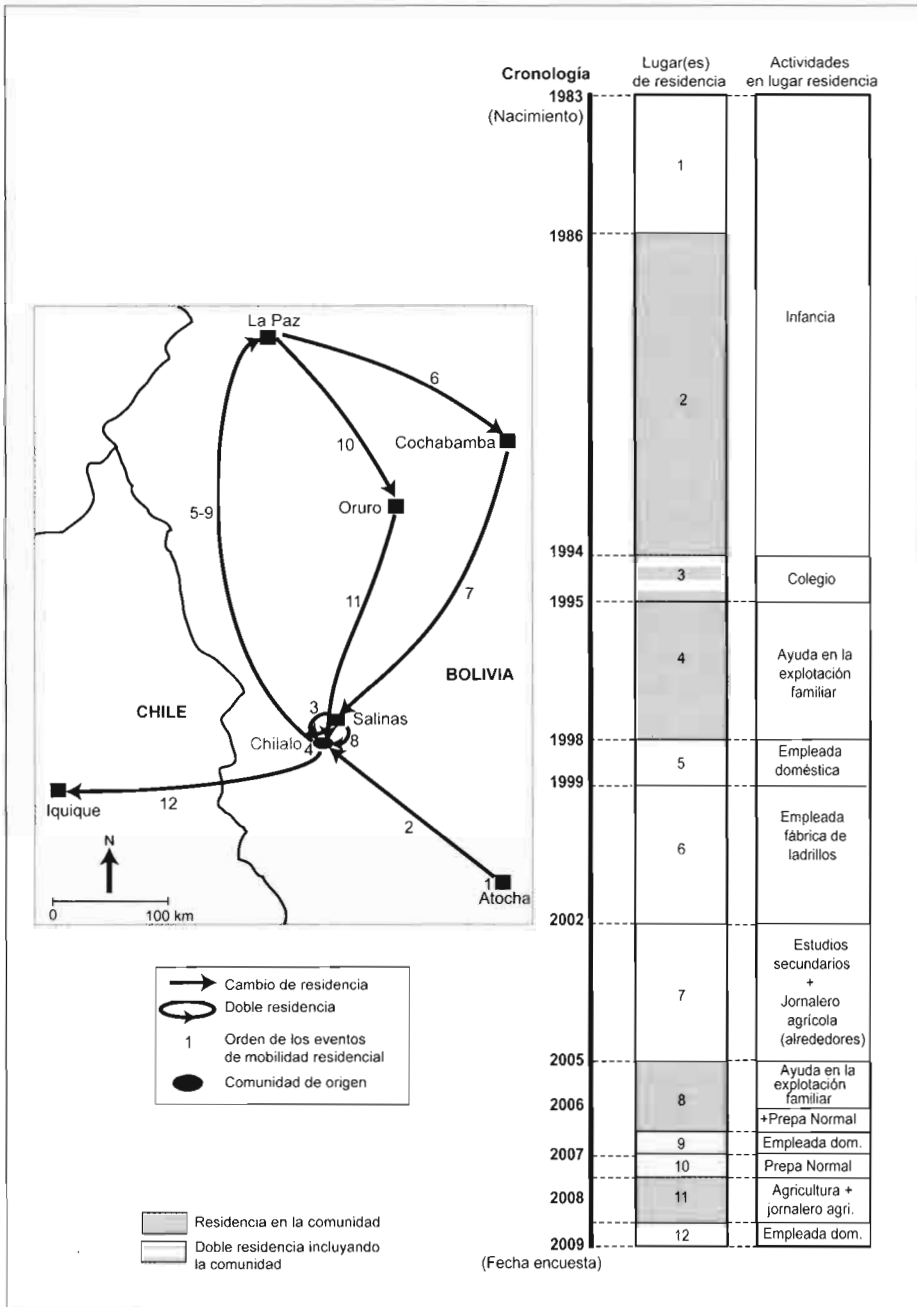


Figura 34
 Trayectoria residencial y profesional de Carolina, 25 años, miembro de la comunidad de Chilalo, sin residencia fija en 2008.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2008.

El ejemplo de Benedicto (fig. 35), de 64 años, nacido en Palaya, es sintomático de una trayectoria compleja de tipo circular. Su madre fallece cuando él sólo tiene doce años. Un tío lo lleva a Pica, Chile, donde es “contratado” como ayuda de una familia italiana. Durante cuatro años trabaja para asegurar su subsistencia atendiendo al mismo tiempo la escuela. Luego, gracias a un amigo, entra a la salitrera de Pozo Al Monte, para trabajar como obrero en la elaboración de sulfato de sodio. Durante dos años recibe un buen sueldo y es apreciado por sus patrones. A los 17 años vuelve a Bolivia para hacer su servicio militar. Retorna luego a la salitrera, pero no lo quieren recibir: los patrones han cambiado. Benedicto vuelve a Palaya, forma su hogar y se vuelve agricultor. Ocho años después se separa de su mujer y se va de nuevo. Trabaja primero en la frontera de Villazón, donde lleva las mercancías de un lado al otro. Quiere ir a Buenos Aires, pero le proponen ser profesor en San Pablo de López, lo que será durante tres años. Luego se forma en la Escuela Normal de Sucre durante tres años para ser profesor diplomado. Allí encuentra a su esposa actual. Lo mandan a Tupiza, al campo, donde la pareja residirá por 27 años, hasta el año 2002, momento de la jubilación. Entonces emprenden su primera migración a Chile, donde van a la casa de su hija en Iquique durante seis meses, luego a Alto Hospicio (trabajan con una sobrina que tiene una fábrica de pasteles), luego a Pica, donde son contratados en la cosecha de frutas. En el 2004 se instalan por dos años en Tarija para ayudar a sus hijos, que son comerciantes. Finalmente, en 2005 retornan a Tupiza y recuperan las tierras de Benedicto en Palaya para producir quinua, en tierras que otros derechohabientes habían cultivado sin su autorización. El 2008, Benedicto debe asumir un cargo en la comunidad y se instala entonces en doble residencia entre Palaya y Tupiza.

La segunda trayectoria es de Felipe, de 44 años, quien nació y se crió en la mina Siete Suyos, donde su padre trabajaba. En el momento de su retiro, su padre lo lleva de nuevo a Otuyo, su comunidad de origen. Felipe tiene entonces 13 años. Hijo menor, su padre le enseñó mecánica. Él va al colegio en Uyuni y obtiene su bachillerato en 1984. Después del servicio militar en Uyuni, vuelve a Otuyo y se empareja. Un primer hijo nace en 1985. Dejando a su familia en Otuyo, va a trabajar a Santa Cruz, en un taller de soldadura. Allí permaneció de 1986 a 1991. Sin embargo, su segundo hijo cayó enfermo en 1993, y él decide irse con su familia de Otuyo a Uyuni para acceder a servicios de salud. La condición del niño empeora, la familia se traslada, después de dos años, a Cochabamba. Se quedará allí hasta 2007. Felipe trabajó durante todos esos años como un mecánico-constructor para grandes empresas. Con el trabajo demasiado peligroso, decidió iniciar su propio taller de soldadura en casa. Pero el 2008 se produce un nuevo cambio: parte de la familia va a instalarse a Otuyo. El hijo mayor de 22 años vive sólo en Cochabamba, mientras que su hija de 13 años, vive con su madrina también en Cochabamba y sigue su escolarización en colegio. Este cambio residencial tiene tres causas. En primer lugar, un relativo fracaso económico en la microempresa.

Por otra parte, su suegra, residente de Otuyo es muy vieja y enferma. Por último, sugiere que la comunidad los obligó a ir a Otuyo poner a un niño en la escuela al menos por un año: condición para que puedan seguir cultivando. Este regreso de 2008 es visto como un fracaso. Lejos de sentirse estabilizado, Felipe está dividido entre Cochabamba y la comunidad. Es incluso una figura del anclaje múltiple y es alguien que sin duda seguirá su trayectoria en búsqueda de mejores alternativas.

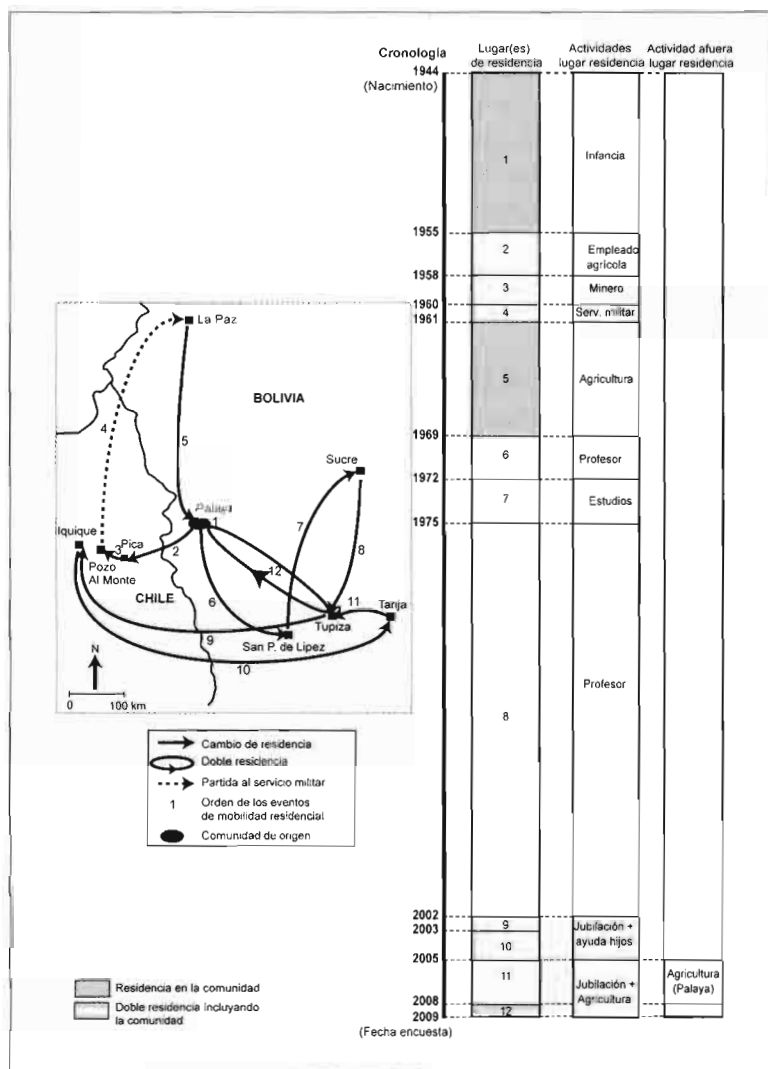


Figura 35
 Trayectoria residencial y profesional de Benedicto, 64 años, miembro de la comunidad de Palaya, residente en 2008 en Palaya y Tupiza.
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2008.

La inestabilidad económica y de residencia, así como una fuerte movilidad, caracterizan estas trayectorias, que muestran que las formas de anclaje también son reversibles, a veces de manera incierta.

La complejidad de esas trayectorias se traduce por un desorden espacial. No es fácil identificar, y menos aún predecir, el futuro lugar de anclaje. Las reversibilidades de la residencia son a menudo el reflejo de una inestabilidad, incluso de una precariedad laboral o familiar, o también traducen la imposibilidad de acceder a la tierra o no tener un acceso seguro. La alternancia de lugares y de actividades muestra en qué medida la comunidad de origen puede ser a la vez un espacio-referencia al que se desea retornar, un espacio-refugio donde uno está protegido y, en la mayoría de los casos, un lugar-trampolín hacia otros destinos.

Importancia relativa de las diferentes trayectorias⁷⁶

Las lógicas del anclaje permanente o del reanclaje son las más frecuentes. Efectivamente, el grupo de los anclados permanentes representa un tercio de la muestra de 170 individuos. Esos residentes estables son considerados o se consideran a sí mismos como los guardianes de la comunidad. Tienen la particularidad de desarrollar, en muchos casos, un sistema de actividad pluri-localizada. Apuestan en varios lugares-recursos, al tiempo que se comprometen con uno solo.

La mayor proporción de trayectorias de reanclaje (40%) traduce la importancia de las migraciones y de los proyectos de vida que se conciben fuera de las comunidades, sin intención inicial de volver a ella. Refleja también la importancia actual de los cambios de trayectoria ligados a la expansión de la quinua. El retorno, ya sea sin capital o que interrumpe una vida laboral próspera, pone de manifiesto el gran cambio surgido en las áreas rurales del Altiplano Sur en el transcurso de la última década.

Las trayectorias complejas sólo corresponden a algunas personas. Las autoridades locales de las comunidades dan una estimación del bajo porcentaje de gente en ruptura con su lugar de origen a partir del relato de la historia de la comunidad. Hablan de los que “se han perdido”. En San Juan y Chilalo serían entre el 5 y el 10% de la población originaria, en Otuyo aproximadamente el 20%, y el 10% aproximadamente en Candelaria y en Palaya.

La distribución de los grupos según la edad indica pocos efectos de diferenciación. La clase de los jóvenes (19 a 30 años) se desmarca sin embargo por una

76 Nuestra muestra no es estadísticamente representativa de todos los individuos de cada comunidad. La alta movilidad de la población y la dificultad para coger a los residentes de las comunidades, por un lado, y la elección de una metodología basada en la reconstrucción detallada de trayectorias de vida de la familia, por otra, explican ese sesgo. Los datos en cifras han de considerarse aquí como órdenes de magnitud y el reflejo de las principales tendencias.

fuerte proporción de trayectorias complejas, lo que afirma la importancia del “tanteo” respecto a la residencia entre las generaciones jóvenes. Las lógicas de reanclaje existen ya para este grupo etario. Aproximadamente el 40% de las personas del grupo etario intermedio (30 a 55 años) tienen una trayectoria de reanclaje. Además, una mayoría de desanclados –partidos sin plan de retornar– son de esta generación. Por último, lógicamente los anclajes permanentes o reanclajes están más fuertemente representados entre las personas mayores de 55 años. De hecho, la población de los ancianos está dividida en dos: los que siempre se quedaron en su comunidad y los que se fueron para construir una vida en otro lado, pero que finalmente volvieron con el auge de la quinua.

La distribución de los grupos es globalmente la misma para hombres y mujeres. Por consiguiente, estas últimas conocen, tanto como los hombres, fases de “tanteo” de la residencia. Una notable diferencia, en cambio, se da en las trayectorias de desanclaje que corresponden proporcionalmente más a las mujeres que a los hombres. Es probable que esta diferencia esté relacionada con las condiciones de acceso a la tierra, desfavorables para las mujeres, y que constituyen un fuerte freno a una proyección y una instalación en la comunidad de origen.

La distribución espacial de las trayectorias por comunidad (Tab. 11) es el reflejo de dinámicas demográficas y económicas diferenciadas.

Tabla 11 Clasificación de las 170 trayectorias por comunidad

Grupo Comunidad	Anclaje permanente (I)		Reanclaje (II)		Desanclaje (III)		Trayectorias complejas (IV)		Total de las trayectorias	
	Individuos	%	Individuos	%	Individuos	%	Individuos	%	Individuos	%
San Juan	26	46	21	38	3	5	6	11	56	33
Chilalo	9	24	13	35	4	11	11	30	37	22
Otuyo	5	17	13	45	9	31	2	7	29	17
Candelaria	11	41	13	48	0	0	3	11	27	16
Palaya	7	33	11	52	3	14	0	0	21	12
Total	58	34	71	42	19	11	22	13	170	100

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

La comunidad de San Juan se distingue por ser la más poblada de las cinco estudiadas: reina cierto dinamismo demográfico y económico. Es en esta comunidad que las trayectorias de anclaje permanentes son las más numerosas. La fuerte tradición de diversificación de actividades, a nivel local o en las cercanías, es una de las razones de esta condición demográfica. En los hombres, la pluri-actividad localizada en varios lugares es especialmente notable, suponiendo intensas circulaciones por trabajos temporales. Esto explica que se vean muchas mujeres en las reuniones de la comunidad, ya que son menos móviles. Muchos son los originarios de San Juan que volvieron a sus comunidades en la década del 2000,

a raíz de la crisis argentina, junto con el buen cultivo potencial de la quinua en esta comunidad. Las dos lógicas –anclaje permanente y re-anclaje– juntan solas al 84% de las personas encuestadas en San Juan, proporción que confirma la vitalidad de la comunidad rural.

La distribución de las trayectorias en Chilalo no se encuentra en otras comunidades. De hecho, la proporción de trayectorias complejas es especialmente alta (30%). Se trata de personas que volvieron a su comunidad como adultos, pero que volvieron a migrar. Para algunos, estas re-migraciones se tradujeron en una nueva ruptura, mientras que para otros el espacio de su territorialización simplemente se amplió, suponiendo continuación de la actividad agrícola e inversión social en la comunidad. Para estas personas, sin embargo, los intentos de (re) instalación en la comunidad, manteniendo una residencia fija en ella, han fracasado. El anclaje en muchos lugares tiene por motivo, en efecto, la educación de los niños (la escuela de Chilalo termina en primaria) y sobre todo la falta de ingresos debido al pequeño tamaño de las superficies cultivables en el territorio comunitario (véase Figura 16 -bocetos de territorios comunitarios).

El elemento más característico de la comunidad de Otuyo es la alta proporción de des-anclaje (31%) manteniendo, sin embargo, una actividad agrícola en la comunidad, asumiendo de nuevo circulaciones de temporada. De hecho, esta comunidad se ha despoblado demasiado temprano en comparación con las otras, lo que también explica esta elevada proporción en comparación con otras comunidades. Sin embargo, hoy se cultivan casi todas las tierras aptas para el cultivo de quinua. Muchos miembros de la comunidad dejaron Otuyo hace mucho tiempo, sobre todo por la minería. El flujo de salidas no ha parado desde la gran sequía de 1942-1943. Los productores de hoy en día son, ya sean viejos que partieron en migración (su re-anclaje representa el 45% de las trayectorias) o jóvenes (sus hijos) que no nacieron o crecieron en la comunidad. No tuvieron, pues, experiencia del mundo rural y se instalaron poco en la comunidad. “Ciudadanos-agricultores”, cultivan a distancia.

En Candelaria, la mitad de la muestra se compone de individuos cuya trayectoria es la de una ruptura, luego un re-anclaje. Se trata, en su mayoría, de retornos recientes (de los 2000), es decir, de adultos que, después de un período de migración largo, se reasentaron en la comunidad. Esta tendencia tiene que ver con el auge de la quinua, que es más reciente en esta parte del Altiplano Sur. Por otra parte, no hay trayectorias de des-anclaje; no que no existan, sólo que no las hemos encontrado.

En Palaya, finalmente, los grupos más representados son los de anclaje permanente y re-anclaje, una situación comparable a la de San Juan. De hecho, en esta comunidad viven muchos profesores de escuela, que practican la pluri-actividad en varios lugares. Además, la alta proporción de inmigrantes que regresan se explica por el alto potencial agrícola de la comunidad en términos de superficies cultivables

y mecanizables, así como un microclima más favorable para la agricultura debido a la proximidad del salar (Palaya es la comunidad que produce la mayor parte de quinua en el municipio de Llica).

Los factores de diferenciación espacial de las lógicas de territorialización de las poblaciones son de diferente naturaleza. La historia local ayuda a comprender algunas tendencias, pero la dinámica de la quinua es, sin duda alguna, el principal factor de explicación. Efectivamente, la superficie de la planicie cultivable con quinua, así como la antigüedad del proceso de desarrollo del cultivo para la exportación, determinan fuertemente las rupturas o continuidades de las trayectorias.

Así, reflexionar en términos de anclaje territorial conduce a observar las formas de compromiso social y financiero en la comunidad, y especialmente en la actividad agrícola. Los que cultivan, aunque su lugar de territorialización esté en otro lugar, los “desanclados”, son agricultores de “paso”, poco comprometidos con la vida social y agrícola local. A nivel agrícola, en general no entran en el circuito de producción de agricultura orgánica y se inclinan poco, debido a la brevedad de sus estadías, a prácticas agrícolas que necesitan tiempo.

En términos de proyecto de vida, los retornos resultan más o menos forzados, a pesar de que el cultivo de quinua constituye una oportunidad que se trata de aprovechar. Mientras que el modelo “partir por partir”, es decir sin proyecto de instalación ni tampoco de retorno a la comunidad, caracterizaba a esta región periférica y desfavorecida de Bolivia, hoy en día ese modelo está cuestionado por el auge de la quinua. Aunque siempre ha habido retornos por razones familiares, raramente eran por presión, competencia o conflictos por la tierra. Por consiguiente, el auge de la quinua ha tenido dos repercusiones mayores. La primera es la posibilidad de quedarse en la comunidad, de encontrar en ella un refugio viable después de un retorno forzado por razones económicas, familiares o, en el caso de las estadías en el extranjero, de situaciones de ilegalidad. La segunda es poder contemplar la instalación en la comunidad, conservando al mismo tiempo una lógica de pluri-localización y de pluri-actividad sobre la base de lazos más estrechos entre la ciudad y el campo.

Conclusión Parte III

La historia del Altiplano Sur da cuenta de una sociedad con una fuerte tradición de movilidad espacial, ya que desde hace mucho tiempo la región estuvo estrechamente vinculada con otros espacios (Larson *et al.*, 1995). Así, conoce desde hace más de cincuenta años “pulsaciones migratorias” (Cortes, 2008) hechas de ciclos sucesivos de circulación, de idas y venidas, de dobles residencias y de reinstalaciones más duraderas. La región dependía, y sigue dependiendo, aunque de modo más marcado desde el siglo XX, de ciclos económicos externos (minas, agricultura, crecimiento urbano en Bolivia pero también en los países vecinos, y hoy en día exportación de quinua). Esta dependencia histórica tiene como consecuencia la costumbre de las poblaciones a adaptarse a la oferta, es decir a seguir las oportunidades sucesivas. Estos ciclos, a veces breves o interrumpidos bruscamente, exigen una capacidad de adaptación y una competencia de movilidad (Tarrius, 2000; Faret, 2003) que se traducen en cambios de destino, de actividad y de dispositivo residencial familiar.

El estudio de las trayectorias de vida pone en evidencia una intensa movilidad residencial hacia destinos sobre todo regionales, sin que por ello exista una “filiación” de los lugares, en función de los tipos de actividades. Por otra parte, no hay especialización profesional en los hombres, que son poli-activos no cualificados y que pueden cambiar frecuentemente de tipos de actividad. En cuanto a las mujeres, son agricultoras, empleadas domésticas y/o trabajan en el comercio. A la polivalencia tradicional de los lugares y de las actividades se fue añadiendo, en el transcurso del siglo XX, un fortalecimiento de la capacidad de reacción de las poblaciones a los riesgos económicos. Cada evento coyuntural (cierre de las minas en Bolivia, crisis en la Argentina, etc.) se traduce en las trayectorias, ya sea por un repliegue de la residencia a la comunidad, o bien por una reorientación hacia otros destinos y otras actividades. De modo más estructural en Bolivia, desde los años 1970, la urbanización, la mejora de las vías de comunicación, la democratización de la educación y la alfabetización en español son otros tantos factores que han contribuido a aumentar la capacidad de desplazamiento. El auge de la quinua de exportación no detuvo los fenómenos migratorios ni la pluri-actividad de los individuos. Las movilidades espaciales y la pluri-actividad conocen fuertes reconfiguraciones, sobre todo en las formas y los ritmos migratorios, que se complejizaron con el desarrollo de circulaciones y alternancias entre la comunidad y el exterior.

La lectura generacional de las trayectorias revela tres tiempos distintos. El primero, antes de los años 1970, se caracterizaba por migraciones temporales y circulares que correspondieron esencialmente a los hombres, mientras que las mujeres y los hijos se quedaban en las comunidades. Esta circulación laboral,

especialmente en los años de sequía, constituía para las familias una respuesta a los riesgos climáticos y un complemento a la actividad agrícola, entonces aún destinada básicamente al autoconsumo. El territorio de reproducción social de la familia se concebía exclusivamente en referencia a la comunidad, permitiendo la migración limitar el éxodo rural. Según el esquema descrito por G. Cortes (2000), la movilidad “era útil al territorio rural” y a la persistencia de una sociedad campesina gracias a actividades e ingresos externos. Paralelamente, las salidas definitivas mantenían un equilibrio recurso/población dentro de la comunidad. El segundo tiempo, desde los años 1970 hasta los años 1990, está marcado por la salida masiva de personas que fijaron los lugares de migración y formaron sus hogares fuera de la comunidad. Sus migraciones de juventud se transformaron en un cambio duradero de residencia, sin proyección de un retorno para instalarse en su comunidad. Estas personas no practicaban la agricultura y sólo tenían lazos con la comunidad para las fiestas, excepto en caso de ruptura completa, lo que sin embargo sucedía raras veces. Durante este periodo, algunas comunidades quedaban verdaderamente desiertas. La migración ya no servía a lo “local”, ya que las poblaciones no tenían ningún plan de volver, no se realizaba ninguna inversión y tampoco estaba prevista. Las configuraciones esta vez no eran las del “partir para quedarse” (Cortes, 2004a), ni siquiera “para volver” (Farrell *et al.*, 1988; Dupont y Lelièvre, 1993; Guétat-Bernard, 1998). Por último, el tercer tiempo se inicia en los años 1990 y se consolida a partir de los años 2000. Dos fenómenos lo caracterizan. El primero es que muchos hogares, a tiempo de tener su residencia fuera de la comunidad, practican el cultivo de quinua en ésta. Por una inversión de la situación, es la actividad agrícola la que se vuelve un complemento de la actividad practicada fuera de la comunidad. Paralelamente, se desarrolla otra situación: los que nunca abandonaron su comunidad, después de haber sido los primeros en capitalizar los beneficios del cultivo de la quinua, instalan una parte de su familia en la ciudad, siguiendo una lógica de ascenso social para los hijos. Si ellos mismos practican la doble residencia, uno se puede preguntar cuál es el referente territorial de sus hijos. Asimismo, las figuras de productores que residen parcialmente en el área urbana y de sus hijos con doble residencia, educados en la ciudad, ponen de relieve la emergencia de un modelo de “ciudadanos-agricultores” que tienen su espacio de reproducción social en la ciudad, que son ciudadanos en su comportamiento, su identidad, su sistema de referencias, pero que mantienen una presencia y una actividad en su comunidad rural de origen. Este es un fenómeno que se da en muchas partes del mundo y que acompaña la globalización (Goldsmith *et al.*, 2004; Dubé *et al.*, 2012).

La distinción de los cuatro tipos de trayectoria identificadas –anclaje permanente, reanclaje, desanclaje y trayectorias complejas–, basada en el criterio de la territorialización en las comunidades, es una lectura metodológica que no debe encerrarse en categorías. Pues la pertenencia a estos diferentes grupos es reversible, las lógicas de territorialización se desarrollan según los ciclos de vida. Pero la mirada sobre el anclaje en las comunidades permite comprender cómo los individuos ocupan los lugares, lo que les guía en su elección, la razón por la que eligen preservar recursos y tratar de acceder a la tierra más bien aquí y no en otro lado. Aunque las personas tienen cada una un determinado tipo de trayectoria, todas forman la comunidad y todas son actores del desarrollo local. Los grupos no están aislados los unos de los otros, por lo tanto el reto consiste en comprender los modos de interacción social para la gestión del territorio local. Se puede predecir que algunos grupos adquirirán importancia en los años venideros. Si el auge de la quinua se mantiene, los desanclajes sin actividad agrícola deberían volverse menos frecuentes en favor de un retorno a la agricultura, incluso sin reinstalación de la residencia como hoy en día ya lo demuestran los ciudadanos-agricultores. Pero no se puede afirmar con certeza el crecimiento de la proporción de esos ciudadanos-agricultores. Efectivamente, la institución comunitaria, en sus reorganizaciones actuales, no parece querer dejarles demasiado espacio, aún menos a los que vuelven para acaparar grandes superficies. ¿A no ser que se les obligue a volver? Además, dada la oportunidad que representa de ahora en adelante el cultivo de la quinua, las lógicas de anclaje permanente podrían también desarrollarse: las jóvenes generaciones tenderían a considerar su futuro en la comunidad, pero según el principio del multi-anclaje, de manera que puedan valerse de un territorio con recursos pluri-localizados entre ciudad y campo, entre aquí y allá.

PARTE IV
Del territorio multi-situado
al territorio local



Foto: Anaís Vassas Toral.

En San Juan la tienda "Voy y vuelvo" se ubica en la calle Internacional.

El análisis de trayectorias de movilidad y formas de “anclaje” de las personas plantea la cuestión del lazo con el lugar de origen, sobre todo en relación con la actividad agrícola como elemento fundamental de la dinámica territorial de la región del salar de Uyuni. Sin embargo, las estrategias individuales se inscriben en lógicas colectivas, que sobre todo comprometen las esferas familiares y comunitarias. Comprender las articulaciones entre movilidad, recursos, territorio y desarrollo, implica considerar al mismo tiempo, a escala familiar, los sistemas de actividad (pluri-actividad) y los sistemas de residencia (multi-localización) de la familia. La noción de territorio multisituado (Cortes y Pesche, 2013) ¿es una herramienta pertinente, que da cuenta de la organización de las familias de las comunidades en Altiplano del sur? En efecto, un “territorio multisituado” es una configuración específica de territorios funcionales y organizacionales. Desde la perspectiva de las prácticas socio-espaciales de las poblaciones, se organizan en torno a dispositivos con múlti-localización y enlaces que articulan los lugares movilizados por estas poblaciones. Se interrogan territorios familiares y comunitarios para abordar, más ampliamente, los modos de identificación con el espacio de origen de las personas en movimiento.

CAPÍTULO 9

Multipolaridades e interdependencias familiares

Las familias rurales del campo en el Altiplano Sur organizan desde hace mucho estrategias de subsistencia alrededor de la movilidad y la dispersión migratoria. Estos dispositivos, sin embargo, se transforman como resultado del auge de la quinua. Hoy en día, la dispersión de la familia nuclear o extendida, no concierne ya sólo a los hombres, pues también las mujeres están a la búsqueda de ingresos fuera de su comunidad. Las organizaciones familiares reticulares, que reflejan una economía familiar en archipiélago, son la norma (Lesourd 1997; Léonard *et al.*, 2004; Quesnel, 2004). Por otra parte, esta dispersión familiar implica la movilidad de todos los activos familiares, que se reorganizan alrededor de nuevas relaciones de interdependencia, solidaridad y ayuda mutua, estrechamente vinculadas con las condiciones del sistema productivo de la quinua. ¿Cuáles son las formas espaciales y organizacionales de esta dispersión familiar y las lógicas sociales, económicas –o identitarias– que las sustentan?

Arreglos familiares e interdependencias

Analizar la configuración de los territorios de la familia (Authier y Bidou, 2005; Bonvalet y Lelièvre, 2005; Cortes, 2011), así como las organizaciones familiares ligadas a las lógicas de movilidad y dispersión impone considerar los arreglos e interdependencias, no sólo dentro la familia nuclear (el hogar), sino también en el marco de la familia extendida y las relaciones de compadrazgo. La asistencia mutua en relación con la instalación en lugares de migración (acceso a la residencia, al trabajo, la educación) implica relaciones de parentesco más sueltas (los primos) y compadres, mientras que la ayuda mutua relacionada con prácticas agrícolas se asocia generalmente con parientes directos.

Las formas de dones y contra dones, que se encuentran en muchas relaciones sociales en las sociedades rurales, son fundamentales para comprender las formas

de disposición e interdependencia relacionadas con la movilidad. En el caso de las familias del Altiplano Sur, se expresan por la práctica de niños que se confían y los lazos de interdependencias que se crean. Este tipo de dones y contra dones se extienden a otros dominios. Por ejemplo, un padre que presta tierras a uno de sus hijos, espera que éste lo ayude a cultivar; un padre que envía a uno de sus hijos a estudiar a la casa de su padrino, cuidará en cambio las parcelas de aquel en la comunidad; o una mujer que cuida al niño de su hija en la comunidad espera que a su vez ella la ayude en la explotación, etc.

Además, conviene considerar los vínculos entre padres e hijos durante el ciclo de vida. Cualquiera que sea la edad de los hijos y su estado civil, los padres tienen el deber de ayudar a sus hijos, simplemente por la edad al principio (cuando no eran autónomos) o en caso de dificultades luego (separación, falta de tiempo o dinero...). Inversamente, los hijos tienen la obligación de ayudar a sus padres cuando se hacen mayores.

También son importantes los arreglos para evitar la migración. Un caso significativo está en el hecho de enviar a los niños en edad de entrar a la escuela o el colegio, a un pariente en la ciudad, evitando así el traslado de toda la familia. Por el contrario, los arreglos para permitir la migración temporal o la circulación son frecuentes. De hecho, tener hijos en edad escolar, o incluso menores, puede ser un obstáculo a la movilidad del trabajo. Las familias se organizan para establecer un sistema de “cuidado de niños” que permita a los padres partir a trabajar. Es el caso de muchas madres solteras en San Juan que dejan sus hijos a su madre, por el tiempo de una migración estacional de tres meses en Chile.

Como lo cuenta Marisol, miembro de la comunidad de San Juan, “Se puede trabajar con los niños a la espalda, pero después los patrones ya no están de acuerdo. Yo dejo a mi hija con mi madre en San Juan cuando vengo a trabajar a Calama. Salgo tres meses y enseguida vuelvo a casa”.

La atención a los padres cuando llegan a cierta edad, también es tema de acuerdos familiares. Se da prioridad a la permanencia de al menos un miembro de la familia cerca a los padres en edad avanzada y que viven en la comunidad. A menudo esta misión está a cargo de la hija menor, que aún no está casada y que, la mayoría de las veces, no se dedica a estudiar más o en otros casos a un niño, miembro de la familia extensa, que se queda uno o más años con la pareja de ancianos. Este niño entonces ayuda a los padres en la vida diaria, así como, en su caso, en actividades agrícolas.

Los “arreglos residenciales”, como los concibe F. Dureau (1999: 341), consisten en la cohabitación bajo un mismo techo de varias generaciones, situación a menudo temporal con vistas a la estabilización residencial independiente. Entre las familias del Altiplano Sur, se dan este tipo de arreglos, sobre todo cuando un joven, aunque ya haya establecido su propia unidad doméstica en otra parte, vuelve a la casa familiar por unos meses o incluso años, mientras atraviesa un período

de dificultades. Igualmente, no es raro que las abuelas se ocupen de sus nietos durante la semana, en ausencia de sus padres. Así, dependiendo de los períodos en el ciclo de vida, y las necesidades de movilidad de unos y otros, la morfología de los hogares conoce una gran variación y pluralidad de configuraciones. Estos arreglos toman formas tan particulares cuando obedecen a nuevas exigencias de los sistemas de producción agrícola.

Multipolaridad residencial familiar

Los dispositivos residenciales familiares presentan configuraciones muy variables, que van desde la mono-residencia permanente de todo el núcleo familiar a la dispersión de casi todos los miembros de la familia. Podemos distinguir las siguientes configuraciones:

- un espacio residencial familiar mono-localizado: todos los miembros de la familia nuclear residen en el mismo lugar (uno de sus miembros puede estar en migración circular). Eso no significa necesariamente una mono-actividad;
- una duplicación temporal del espacio residencial: toda la familia se mueve entre dos residencias, especialmente entre la comunidad, cuando el trabajo agrícola, y un lugar de residencia fuera el resto del año;
- una dispersión permanente del espacio residencial de la familia: las familias son bipolares o multipolares (dos o más áreas residenciales). La dispersión del espacio residencial caracteriza a muchas familias bipolares de San Juan, donde el hombre trabaja casi de forma permanente fuera de la comunidad, sobre todo en minas o en el extranjero. Es también el caso de los profesores de Palaya cuya esposa e hijos se quedaron viviendo en la comunidad. Para ambas comunidades, la presencia de una escuela y un colegio permite a la familia quedarse. En estas situaciones, la mujer –ya sea originaria de la comunidad o no– asume las cargas colectivas de la comunidad (reuniones, cuidado temporal...), aunque no se la considera sin embargo “jefe de familia” y encargada de las tomas de decisión a nivel de la explotación familiar. De todos modos, la bi o multi-polaridad está siempre ligada a la necesidad de pluri-actividad en los hogares, es decir, la movilización de recursos, tanto en el lugar de origen como en otros lugares fuera. Sin embargo, la escolarización de los niños es también un factor incitante de estos dispositivos de dispersión.

Los dispositivos residenciales y de circulación de las familias, que construyen territorios de vida basados en la relación mantenida entre varios lugares y una organización reticular, se adaptan permanentemente a las necesidades

familiares. En esos sistemas extremadamente moldeables, la dispersión familiar y la movilidad son vistas como un recurso socio-espacial que permite ajustar constantemente los sistemas de actividad familiar. Si la composición del hogar varía en función de los periodos del ciclo de vida de cada miembro de la familia, los padres deciden la ubicación residencial de sus hijos en base a objetivos específicos: se quedan en la comunidad para ayudar en trabajos agrícolas, vuelven a ella para ocuparse de una abuela muy vieja, van a la ciudad donde un familiar para estudiar, etc.

El auge de la quinua no implicó realmente el retorno de familias enteras a las comunidades. Generalmente, un miembro de la pareja (hombre o mujer), al no residir en la comunidad, hace idas y venidas, y su circulación es suficiente para reintegrar la familia en la comunidad. Por último, la característica general que se desprende del estudio de las trayectorias es la naturaleza sumamente flexible de los dispositivos residenciales y circulatorios en las familias. La reversibilidad de las prácticas residenciales está probada y la organización en red de las familias permite la adaptación a diferentes efectos de coyuntura. Por tanto, es difícil crear categorías por lugar de residencia, ya que un productor asentado permanente hoy puede ser un productor circulante mañana. A la inversa, un productor que circula hoy puede ser mañana un productor asentado permanente.

Un caso ejemplar de trayectoria familiar

La comprensión de los territorios multipolares familiares, como vemos, supone tomar en cuenta esas formas cambiantes en el tiempo largo de los ciclos de vida y, para todos los miembros de la familia, con el fin de comprender las lógicas de interdependencia y solidaridad intrafamiliar.

Una familia de la comunidad de Chilalo, al norte del Salar de Uyuni, está compuesta de ambos padres y ocho hijos. La figura 36 (cuaderno en color) yuxtapone cada una de las trayectorias de movilidad de diez individuos. Permite aprehender, en una visión diacrónica, la sucesión de lugares de residencia y actividad de cada miembro de la familia y así visualizar los efectos de “coincidencia” en el tiempo y el espacio de todas las trayectorias individuales. Esos efectos de coincidencia traducen las alternancias de dispersión y reagrupamiento familiar y la interdependencia de los individuos en relación con sus propias estrategias de reproducción social.

En primer lugar, la trayectoria de los padres, ambos nacidos en 1955, es típica de esta generación. Carlos parte a los 5 años a San Pablo de Napa, donde su padre va a trabajar a la mina. Desde los 16 años, él también trabaja como minero.

Después de su servicio militar, entra en una migración más autónoma, ya que parte a la mina Siete Suyos (Atocha). Su futura esposa, Gregoria, pasa parte de su infancia en la comunidad de Chilalo. Es la última de una familia de nueve hijos, y ayuda a sus padres en la explotación agrícola. Cuando se casan en 1978, ambos originarios de la comunidad, se van a vivir al centro minero de Siete Suyos. Los dos primeros años Gregoria no vuelve a Chilalo. Es a partir del tercer año que vuelve a cultivar, circulando entre los dos lugares. Después de un accidente, Carlos debe abandonar la minería, y comienza a trabajar como mecánico, un trabajo más ligero, todavía en el centro minero de Siete Suyos. En 1985, a raíz de la política nacional de privatización y de reubicación, la mina pública lo despide. La pareja tiene cuatro hijos y debe entonces salir, con una indemnización por despido. Ese mismo año, comienza a desarrollarse la quinua de exportación, lo que llevó a la familia a mudarse de nuevo a Chilalo, y cultivar las tierras que Carlos había heredado. Sin embargo, Carlos se instaló en doble residencia entre su comunidad y Salinas, en un principio, donde trabajó como albañil y luego en Oruro y La Rivera. Gregoria, por su parte, se mantiene permanentemente en la comunidad y se dedica a la agricultura. Pero la distancia redujo gradualmente la frecuencia de las vueltas de Carlos a Chilalo. Por ello sus hijas, cada una a su vez, tomarán el relevo en la explotación. En 2008, la pareja decidió encontrarse en Oruro, volviendo a Chilalo en los tiempos de trabajo agrícola, contratando a un pastor al año para el cuidado del rebaño. Ver en paralelo estas dos trayectorias muestra que Gregoria es la garante de la relación con la comunidad de origen, lugar de anclaje constante a lo largo de su vida, mientras el desanclaje de su marido se dio bastante temprano, manteniendo al mismo tiempo una circulación constante entre la comunidad y el trabajo fuera de la comunidad. Su trayectoria es muy representativa de lo que ampliamente ya hemos descrito, a saber, un productor de quinua que articula espacios urbanos y rurales mediante un sistema de doble residencia y pluri-actividad.

La trayectoria del hijo mayor también es interesante. A los 16 años, Wiliam empieza el proceso migratorio, ya que se va a trabajar a una ladrillera en Cochabamba. Desde su llegada, se aloja con una tía. Allí conoce a su futura esposa (originaria de Carangas, en el departamento de Oruro), que también llegó a Cochabamba para trabajar en la fábrica de ladrillos, con uno de sus hermanos. Después de casarse en 2000, permanecen en Cochabamba para trabajar allí durante dos años antes de trasladarse a Chilalo, donde Wiliam tiene la esperanza de lograr el examen de admisión para la Escuela Normal de Llica. Finalmente no lo aceptan, pero su esposa y él se quedan dos años en Chilalo, donde construyen una casa y cultivan las tierras que su padre les presta: 0,7 ha mecanizables y 0,3 ha de cultivo manual. Pero pronto parten a Oruro, ya que la quinua no basta para asegurarles la subsistencia. Aquí el factor determinante en el fracaso del retorno

y la re migración es el problema del acceso demasiado restringido a las tierras cultivables. En Oruro, Wiliam trabajó primero con su padre como albañil, luego montó su propia actividad. Su esposa hace de empleada doméstica dos días a la semana, además de algunos trabajos puntuales. Desde que dejaron Chilalo, es ella la que vuelve cada año para cultivar la tierra y ayudar a sus suegros en el momento de la cosecha. Sus hijos, que no están en la escuela, la acompañan a cada vuelta a la comunidad.

En cuanto a las hijas de Carlos y Gregoria, la primera, Ana, primero partió con su hermano a Cochabamba a trabajar en la ladrillera. Luego fue donde su prima en Iquique, donde trabajó como empleada doméstica durante un año. Quedó embarazada, se trasladó de nuevo a Chilalo donde vive con sus padres (en la casa de la familia), que le prestan algunas pequeñas parcelas. Mientras tanto, fue contratada como cuidadora de niños en la guardería de la comunidad. Finalmente en 2008, durante un cambio del sistema residencial familiar, también ella partió con su hijo a Oruro. Trabaja durante el día y estudia de noche para convertirse en maestra rural.

La trayectoria de Carolina, la segunda hija, típica de una errancia residencial, se presentó en la figura 34.

Demesia, la tercera hija, después de la escuela primaria, ayuda por un año a la familia en la explotación familiar y luego, a los catorce años, parte a Cochabamba a juntarse con sus hermanos. Será empleada doméstica por un año con familiares. Regresó brevemente a Chilalo antes de tener una experiencia en Iquique, donde su prima le encontró un trabajo en una huerta. Como no pudo acostumbrarse, regresó a los cuatro meses a Chilalo. En 2002, cuando tenía dieciséis años, comenzó su formación en el Instituto Técnico de Salinas, al igual que su hermana, y obtiene su bachillerato en 2005. Al año siguiente se fue a vivir con un originario de Pitca (comunidad cerca a Chilalo) que estudia en el departamento de Sucre. Entonces se ocupa de actividades agrícolas en ambas comunidades: Pitca, donde su marido heredó tierras, y Chilalo donde sus padres le prestan 0,7 ha. Paralelamente, su madre la emplea en trabajos agrícolas en Chilalo. En 2008, cuando el sistema residencial familiar evoluciona, se fue a Salinas a la casa familiar. Su marido trabaja temporalmente en la mina de Salinas, que abrió de nuevo con el aumento en cotizaciones de minerales.

La cuarta hija, Lourdes, no estudió. Después de la escuela primaria en Chilalo, se quedó un año para ayudar a su madre en la explotación. Luego constituyó su hogar a los 17 años. La pareja partió por un año a Buenos Aires, donde su marido trabaja en un taller de costura. Ambos volvieron, luego, a establecerse en Oruro, donde trabajó como albañil y ella vendiendo alimentos en la calle. Finalmente, su madre le propuso que la ayudara en los trabajos agrícolas y prestarle tierra. Fue así que Lourdes, en el momento de las entrevistas, alternaba su vida entre Oruro y Chilalo.

Por último, los tres niños más pequeños, después de una etapa escolar en la escuela primaria de Chilalo, partieron a Oruro. El hijo menor, a sus quince años, irá donde su hermano para seguir con el colegio. Sus dos hermanas menores, al modificarse el sistema residencial familiar en 2008, acompañarán a sus padres en Oruro.

El análisis cruzado de estas trayectorias individuales destaca, para la generación de los hijos, la alternancia entre períodos de residencia en la comunidad y migración a varios lugares sucesivos. La comunidad sigue siendo, sin embargo, el punto de referencia, el lugar de retorno. La transmisión generacional en el lugar de origen está garantizada.

Los espacios-recursos de esta familia son múltiples y se movilizan por turnos, gracias a relevos sucesivos de los miembros de la familia o parientes que permiten la acogida e inserción en los diferentes lugares de migración. Cochabamba fue el primer lugar-recurso de la familia, practicada por cuatro hijos recibidos por una tía. Oruro también es un lugar estructurante en la trayectoria familiar, ya que es ahí donde los padres alquilaron una casa en 2008. Finalmente Salinas, cerca de la comunidad, fue un lugar de relevo importante y en el que los padres tienen una casa. La Paz intervino más tarde y de manera más puntual, como espacio-recurso de la familia, especialmente para una de las chicas, que fue contratada en dos ocasiones como empleada doméstica por su padrino, que residía allí. Por último, el extranjero no llega a ser un espacio-recurso para esta familia, excepto por Iquique en Chile, donde las jóvenes se fueron a trabajar puntualmente, siendo alojadas a su llegada por una prima. El dispositivo familiar de residencia de la familia se despliega a partir de una serie de lugares-recursos donde se puede trabajar y vivir, mientras que la comunidad es, según los períodos del ciclo de vida, el lugar donde se quiere anclarse y estabilizarse, el lugar-refugio o el lugar trampolín antes de una nueva partida y, en todos los casos, el lugar de referencia de todos. El espacio de origen es por tanto el lugar de la centralidad funcional e identitaria de esta familia y alrededor del cual se organizan los espacios satélites en los que se desenvuelven.

Por último, la lectura generacional de la movilidad de trayectorias revela en esta familia –como en muchas otras– la importancia de las lógicas de articulación e interdependencia de los miembros dispersos en la formación de los territorios familiares multisituados. En este dispositivo, e independientemente de la trayectoria migratoria, ésta se articula sin cesar con el lugar de origen. Todos los hogares de esta familia son pluriactivos y todos participan en trabajos agrícolas en las tierras de sus padres, ya sea en la infancia o cuando forman un hogar independiente. Consideradas a través de la familia, y por medio de ajustes o arreglos permanentes entre sus miembros, las trayectorias de movilidad relativizan la categoría de anclaje / desanclaje definida a escala de los individuos.

Los ingresos de la quinua: usos y lugares de las inversiones

El destino de los ingresos de diversas actividades es un buen indicador del lugar de inversión para las familias, refleja su visión de futuro y, por lo mismo, su modo de territorialización. Es pues interesante saber por qué lugares optan las familias para invertir sus ahorros, cuando los hay, y en qué área. ¿Sirve el dinero de la quinua para consolidar el asidero rural, al permitir a las familias invertir en la comunidad o, por el contrario, ayuda a que proyecten su futuro en el exterior y así a fortalecer las multipolaridades? ¿Igualmente, los ingresos de la quinua, que permitieron a algunos derechohabientes reanclarse en sus comunidades de origen, se utilizan para invertir mejor en lo local o para multipolarizarse mejor?

Es muy difícil saber la cantidad exacta de ingresos de los hogares, tan difícil como es saber “para qué sirve el dinero”. A falta de datos cuantificados y precisos sobre este tema, las entrevistas con 149 productores permitieron identificar la recurrencia de las inversiones realizadas con los ingresos de la quinua y la ubicación y naturaleza de esas inversiones.

En primer lugar, un factor fundamental a tener en cuenta: el cultivo de la quinua es una actividad agrícola sujeta a las condiciones climáticas y ni la cosecha ni sus beneficios están garantizados cada año. En el caso de los hogares pluriactivos, el dinero de la quinua es un “plus” en el que los hogares no se basan para asegurar la subsistencia cotidiana de sus familias. Estos ingresos más bien son vistos como una fuente potencial de ahorro y se utilizan generalmente en inversiones, mientras que otras actividades llevadas a cabo fuera proporcionan los ingresos destinados a asegurar las necesidades cotidianas (comida, ropa, etc.).

Las inversiones en la comunidad, se refieren en general al desarrollo de pluri-actividades, sea directamente relacionadas con la quinua (compra de un tractor y/o un camión para el transporte) o en un otro sector diferente de la agricultura (construir un alojamiento turístico, poner una tienda). Fuera de la comunidad, las inversiones son más variadas y pueden implicar la compra o construcción de una casa, la educación de los hijos o, también, el desarrollo de una actividad en la ciudad (comercio, artesanías, etc.).

De los 149 agricultores encuestados, 86 han hecho una o más inversiones gracias a los ingresos de la quinua, una mitad de ellos en la comunidad y la otra mitad fuera de ella (fig. 37a). Restando los productores de San Juan que, en cierta forma modifican los resultados, ya que son numerosos los que invierten localmente en la actividad muy específica del turismo (alojamiento o comercio), las inversiones relacionadas con el desarrollo de pluri-actividades dentro de las comunidades atañe sólo al 25% de los productores. En contraste, el 41% invirtió en la compra o construcción de una casa y el 26% en la educación de sus hijos fuera de la comunidad (fig. 37b).



Foto 1
Temprano en la mañana, la plaza de Salinas de Garci Mendoza, sub prefectura convertida en capital de la quinua real. Un camión de transporte y un bus aguardan para partir a Oruro, un comerciante ambulante y más gente esperan...



Foto 2
Desde una montaña sobre Salinas de Garci Mendoza, flota la bandera boliviana...



Foto 3
Candelaria de Viluyo: en primer plano, un villorrio abandonado.
A los lejos dispersas casas nuevas con techos de calamina.



Foto 4
Campos de quinua labrados, avanzándose siempre sobre las tierras de pastoreo.



Foto 5
Cosecha de quinua. Sólo se arrancan las plantas más maduras y hay que volver a hacerlo varias veces, siguiendo el grado de madurez de los granos. Bajo el sol de plomo, están todas las generaciones en el campo.



Foto 6
Para trillar la quinua en esta parcela de montaña inaccesible a las máquinas, se apela a la ayuda familiar. Aquí participan tres generaciones de mujeres y los niños las ayudan como pueden.



Foto 7

La región del salar de Uyuni, por mucho tiempo dejada de lado, se dota ahora de nuevas redes eléctricas, telefónicas y camineras. Aquí el corredor bioceánico, pasa cerca de San Juan de Rosario y, yendo por Brasil, Bolivia, Chile, finalmente unirá el océano Pacífico con el Atlántico.



Foto 8

En abril 2008 el presidente Evo Morales estuvo en Llica, en la región de Palaya. El auge comercial de la quinua sacó a la luz esta región fronteriza que durante mucho estuvo al margen del país.



Foto 9
Gracias a los ingresos de la quinua, esta señora puso su tienda en San Juan, con destino a los turistas y los pobladores.

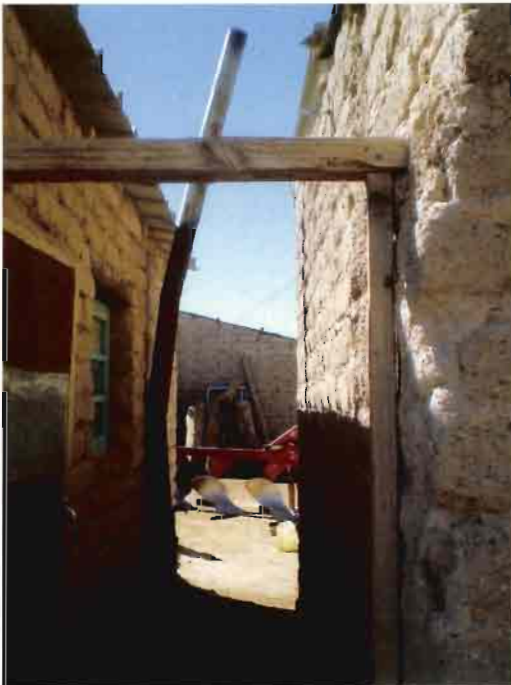


Foto 10
En el patio de estas casas de adobe, se ve un arado, propiedad de un tractorista.



Foto 11

El autobús es el medio de transporte privilegiado para unir las comunidades del altiplano boliviano con los centros urbanos.



Foto 12

Al pie del volcán Tunupa, campos de quinua listos para ser cosechados.



Foto 13
En la comunidad de Palaya, una de las mayores productoras de quinua, los cultivos antes limitados a las laderas, se avanzan progresivamente sobre los pastizales de la planicie hasta casi tocar el salar.



Foto 14
En la comunidad de Chilalo, que da al salar de Uyuni, el venteo, como todos los trabajos tras la cosecha, aún es hecho a mano.

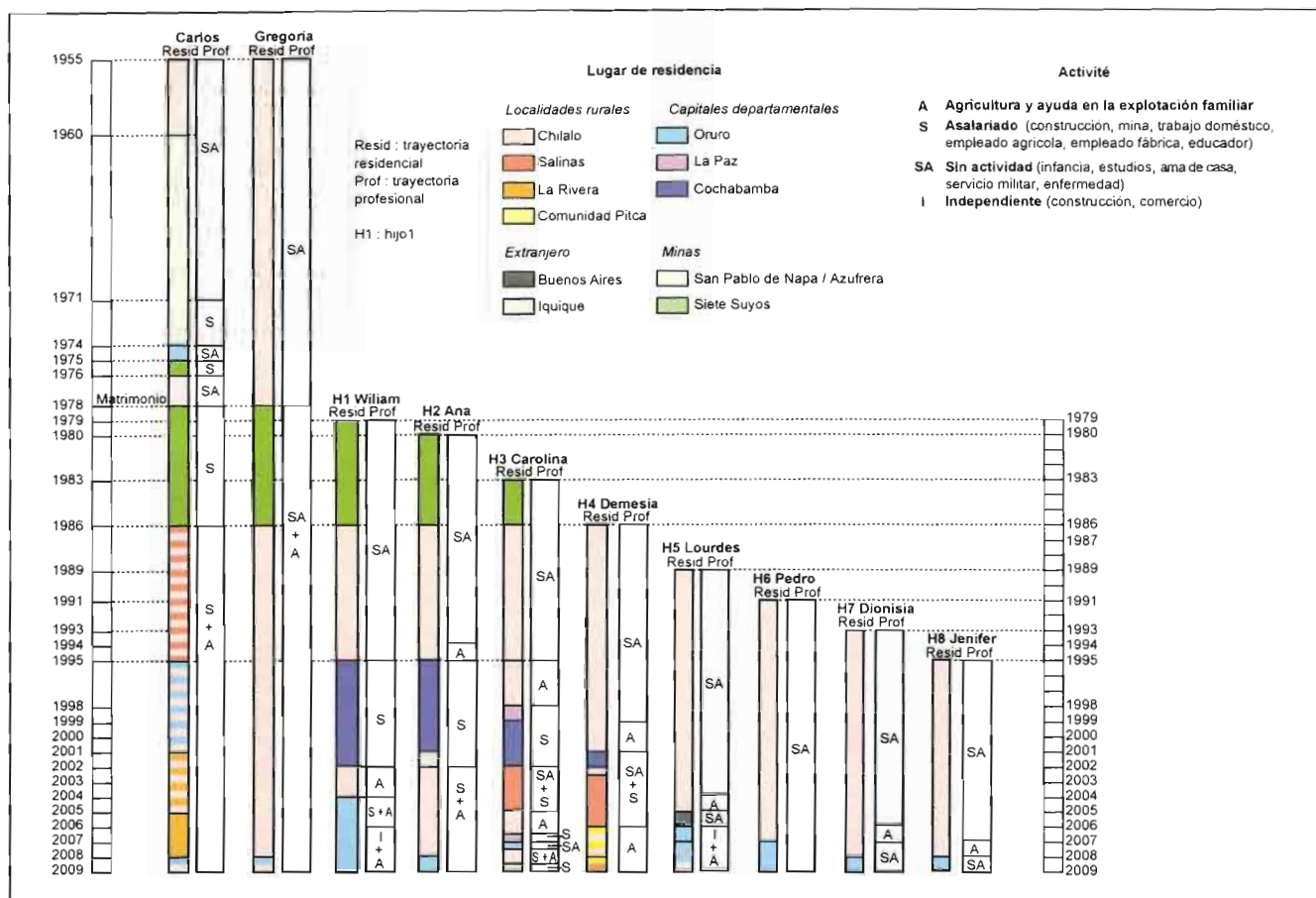


Figure 36

Trayectorias residencial y profesional de los miembros de la familia Ayma, comunidad de Chilalo.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

La distribución de los tipos de inversión realizadas gracias a los ingresos de la quinua según el criterio de residencia del productor en 2008 (fig. 38) muestra marcadas diferencias. Primera observación: son los productores migrantes los que invierten menos (Figura 38c.). El resultado es lógico, ya que son los que menos cultivan en términos de superficie y por tanto retiran menos ingresos por el cultivo de quinua. Los productores asentados permanentes se encuentran en una posición intermedia, invirtiendo en su comunidad pero también fuera, en la compra de una casa y/o la educación de sus hijos (fig. 38a). Esto significa, por una parte, que para quienes no invierten, la pluri-actividad se reduce y los ingresos por la quinua son su recurso principal para satisfacer las necesidades diarias y, por otra parte, que algunos productores se están convirtiendo rápidamente en dobles residentes. Los dobles residentes son finalmente los que invierten más de los ingresos de la quinua, especialmente en la compra de una casa fuera de la comunidad (fig. 38b). Por otra parte, el 66% de los productores asentados en su comunidad invirtieron en la creación de una actividad local frente a sólo el 13% de los productores de doble residencia. Los productores migrantes no mencionaron ninguna inversión en el ámbito local, resultado relativamente lógico, también, pero que confirma la idea de que la producción de quinua para estas familias migrantes es una forma de extracción y transferencia de recursos del campo a la ciudad.

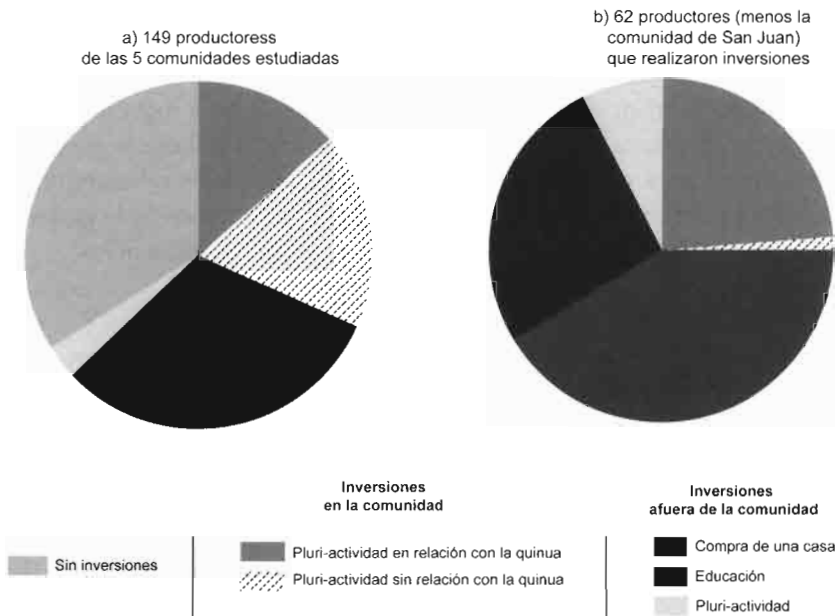


Figura 37
 Tipos de inversiones realizadas con las ganancias de la quinua (en %).
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

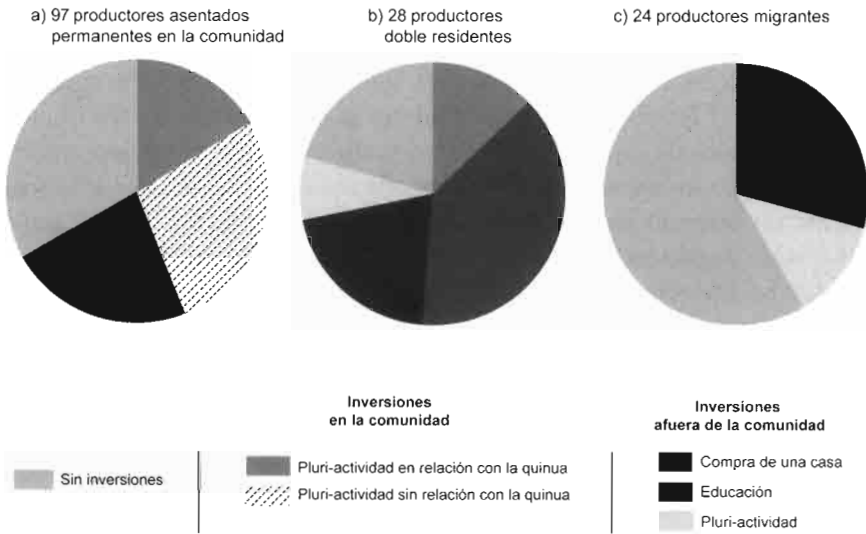


Figura 38
 Tipos de inversiones realizadas por los productores con las ganancias de la quinua según su residencia en 2008 (en %).
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

Las lógicas familiares de inversiones relacionadas con la producción de quinua afectan las dinámicas de desarrollo local que se juegan entre el espacio de origen y el exterior. Por último, el 60% de los productores tienen ingresos suficientes para una inversión exterior al simple desenvolvimiento del hogar (gastos diarios y autoconsumo de quinua). Pese a las perspectivas de ingresos relativamente altos que se pueden esperar, el auge de la quinua parece estar acompañado por una gran selectividad en términos de niveles de ingresos y ahorros potenciales.

CAPÍTULO 10

Movilidades, tenencia de la tierra y sistema de producción

El crecimiento del cultivo de exportación de quinua se tradujo en la región Salar de Uyuni por una carrera por la tierra. Ahora las comunidades rurales –o más bien sus tierra– son atractivas, ya que ofrecen perspectivas de ingresos sin precedentes. En estas nuevas condiciones, conservar sus derechos a la tierra o adquirir otras nuevas es crucial para cualquier persona que desee llevar a cabo el cultivo comercial de la quinua o al menos mantener su pertenencia a la comunidad. Y la regulación del acceso a la tierra aparece como un tema central en las comunidades donde el usufructo familiar de tierras colectivas sigue siendo la norma. La movilidad tradicional de las poblaciones locales debe ser revisada en este contexto. ¿Qué estrategias individuales y familiares adoptan productores de quinua en términos de organización espacial y social, para estar presentes y cultivar en ese momento clave en la historia agraria local? ¿Cómo responden las comunidades a este renovado interés en sus recursos locales?

Migración y recursos de la tierra

¿Es la presión sobre la tierra una razón para irse o, por el contrario, para volver a la comunidad? ¿Qué efectos tiene la migración en el acceso a la tierra? ¿Este derecho está condenado en nombre del principio según el cual los ausentes ya no tienen voz en la gestión territorial local? ¿O por el contrario, la reinversión local de recursos económicos adquiridos por la migración favorece el acceso a la tierra? ¿O simplemente los derechos de los migrantes se conservan y se mantienen idénticos a los de los otros miembros de la comunidad? ¿La movilidad de los productores es fuente de tensiones por la revalorización de la tierra?

El acceso a la tierra

Movilidad, tierra y familia

La migración en las zonas rurales a menudo se interpreta como una forma de aliviar la presión demográfica sobre la tierra, especialmente en zonas donde el acceso a este recurso está saturado (Domenach y Picouet, 2000, 2002): los que se van dejan terrenos disponibles que pueden ser cultivados por los que se quedan. Sin embargo, las situaciones locales presentan una gran complejidad, que depende de las normas de uso de la tierra propias de cada sociedad local. En la región del salar de Uyuni, los derechohabientes que parten, por una duración más o menos larga, ¿dejan sus tierras a los que se quedan? ¿Conservan el derecho de uso de sus tierras o éste está reservado, por principio, a quienes se quedan?

Instalarse prolongadamente fuera de la comunidad significaba, hasta hace poco tiempo, una reducción de la superficie cultivada o incluso una interrupción de la actividad agrícola, ya que la tierra no era necesariamente reclamada ni recuperada por otro miembro de la comunidad, debido a la baja presión demográfica y la falta de atractivo económico de la agricultura. La expansión del cultivo de la quinua, que ha generado competencia por las tierras, introdujo una situación sin precedente, en la que la tierra se ha vuelto objeto de acaparamiento individual. Acuerdos y arreglos mediante contrato, pero también disputas y conflictos, dominan la gestión de la tierra, especialmente entre los migrantes y los no migrantes.

Varias formas de arreglo inter-generacional son posibles en torno a la tierra. En la región de Veracruz, México, el padre da su patrimonio en tierras como garantía para obtener un préstamo para la partida de su hijo a los Estados Unidos o para la migración interna distante. A cambio, el hijo heredará sus tierras. Por lo tanto, el hijo organiza su regreso a la comunidad y envía dinero de la migración (Quesnel y Del Rey, 2005a). Estas formas de arreglo entre padre e hijo no existen en la región del salar de Uyuni, probablemente debido a la falta de migración distante, que tiene un alto costo y que requería esas garantías. Otro tipo de arreglo consistiría en dar la tierra como herencia al hijo que se queda en la comunidad, cerca de sus padres. Cuando el hijo ha constituido su unidad doméstica en la comunidad y los padres tienen su propio hogar, el hijo se hace cargo del cultivo de las tierras de sus padres, gestionando a la vez las suyas como una unidad distinta. En este caso, el hijo que eligió permanecer en la comunidad sin duda heredará más tierras que los que migraron, aunque no es una regla sistemática. De hecho, en el Altiplano Sur, la tierra no está reservada exclusivamente para el que se queda.

El contexto de fuerte movilidad del Altiplano Sur tiende a modificar algunas de las normas de acceso a la tierra. Así, cuando las tierras se prestan a un hijo de migrantes que se empareja, las normas son eludidas. Antes, cuando se convertía en derechohabiente, una pareja joven se instalaba en tierras heredadas y/o donadas

por la comunidad y entraba entonces dentro del sistema de derechos deberes respecto a la comunidad (sistema de cargos, contribuciones, trabajos colectivos). Hoy en día, una pareja de jóvenes que no es asentada permanentemente en la comunidad a menudo cultiva tierras prestadas y no tiene entonces obligaciones comunitarias. Esta práctica nace de un compromiso entre la necesidad de una creciente movilidad de los miembros de las comunidades y el deseo de mantener, incluso desarrollar las actividades agrícolas, pese a la distancia. De hecho, es más cómodo para un joven productor cultivar bajo el amparo de su padre y así eludir las obligaciones con la comunidad. Por otra parte, esta ventaja al padre que puede, bajo la cobertura de prestar tierras a sus hijos, apropiarse de grandes superficies.

Si bien el préstamo de tierras a hijos casados se ha vuelto frecuente, es difícil saber si las reglas de acceso al usufructo dentro de las familias realmente han cambiado, pues cultivar las planicies es una situación nueva. La diferencia fundamental es que antiguamente los individuos o las familias partían abandonando la actividad agrícola o confiando sus tierras a un familiar, mientras que ahora todos encuentran la posibilidad de conservar el acceso a sus tierras cultivándolas.

Movilidad, tierra y comunidad

Aunque la migración es una práctica antigua en las comunidades del Altiplano Sur, la cuestión del futuro del acceso a la tierra de los que están ausentes se plantea de una manera diferente ahora. ¿Cómo reacciona la comunidad, guardiana de las tierras y entidad social que rige los derechos de cultivar, ante la expansión de los cultivos de quinua y el aumento del valor de la tierra como resultado?

Tradicionalmente, la tierra de cultivo es un bien inalienable que permanece en la familia. En caso de que se dejara sin cultivar, debido a una migración más o menos larga, se respeta el derecho de usufructo de cada derechohabiente: la tierra no es redistribuida por la comunidad, ya que se reconoce que la migración puede ser reversible y que el patrimonio puede servir para la siguiente generación.

No obstante, la consolidación de la producción en planicie, el elevado precio de venta de la quinua y la extensión de los cultivos, han animado a los asentados permanentes de las comunidades a cultivar, a menudo sin autorización, las tierras de los ausentes. Al principio, la institución comunitaria se quedaba prácticamente callada ante este hecho. Pero a partir de los años 2000-2005, el surgimiento de conflictos entre familias de permanentes la obligó a reaccionar. Un “llamado a los migrantes” significaba que si querían conservar su patrimonio de tierras, tenían que regresar a cultivarlas y ponerse al día en sus obligaciones con la comunidad. En caso contrario, las tierras podrían ser redistribuidas a otros beneficiarios. Esta derogación de las normas tradicionales fue para muchos migrantes una alerta que los incitaba a revalorizar sus tierras.

Este es un acontecimiento notable que reactualiza el lema de la reforma agraria del año 1952: “la tierra es de quien la trabaja”. El pleno respeto de las tierras pertenecientes a los ausentes fue sustituido, por tanto, por la posibilidad de que otros las aprovechen (una posibilidad que, hasta donde sabemos, quedó en algo teórico). Para los que quieren conservar sus derechos de acceso a la tierra, el aprovechamiento de la misma se ha vuelto una obligación en la comunidad. Esto ha llevado a un aumento del número de productores, aparte de cualquier incentivo relacionado con el valor comercial de la quinua.

La migración y su relación con el acceso a la tierra

La falta de tierras

En la mayoría de las comunidades del Altiplano Sur, el cultivo de quinua es la única actividad local generadora de ingresos. Una persona que no tiene acceso a la tierra no tiene más remedio que irse.

La situación para las mujeres es sencilla: están obligadas a salir de su comunidad, ya que no tienen acceso a la tierra y no tendrán ninguna fuente de ingresos a nivel local. Además, según la costumbre, una mujer casada debe unirse a la comunidad de su marido, aunque mantenga fuertes lazos con su comunidad de origen.

El caso de los hombres es más complejo: la cuestión de la tierra no era el principal motivo de migración en el Altiplano Sur, región bastante menos marcada por el minifundio que otras en Bolivia y donde las reservas de tierras de pastoreo eran, hasta hace pocos años, suficientes para que cada uno disponga de ellas en abundancia. Pero las actividades agropecuarias, irregulares y sometidas a los riesgos climáticos, proporcionaban ganancias insuficientes en un mercado muy reducido. Por tanto la migración más o menos prolongada, a la ciudad o a un centro minero, era el único medio de obtener el complemento de ingreso indispensable para cubrir las necesidades de las familias.

El auge económico de la quinua y el aumento, gracias a la mecanización, de las superficies cultivadas en detrimento de las tierras pastoriles, han cambiado totalmente la relación entre migración y acceso a la tierra.

Dejando a un lado a los derechohabientes de Chilalo, que no pudieron aumentar sus superficies de cultivo debido a un espacio agrícola poco extensible, las familias se van no por la imposibilidad de vivir de la actividad agrícola, como lo hacían antes, ni por falta de tierras, como en otras regiones, sino porque quieren beneficiarse de las oportunidades y las comodidades urbanas. Los productores de quinua viven una nueva relación con la migración: practican “semi-partidas” bajo la forma de movilidades circulatorias, buscando conciliar las ventajas de la ciudad con los beneficios de la agricultura en su comunidad de origen. Antes la movilidad era obligada, ahora es una elección.

Migración y acceso desigual a la tierra

En el caso de México, Quesnel y Del Rey (2005b: 4) indican que “entre las familias de terratenientes que viven en las *colonias*, la migración internacional de los hombres más jóvenes se integra como un recurso que va a mejorar el patrimonio familiar”. G. Cortes (2002, 2004) señala el mismo fenómeno en el departamento de Cochabamba (Bolivia). En cambio, en la región del Altiplano Sur, la tierra no se vende y el aumento del capital en tierras sólo puede tener lugar por la ocupación de las que son comunitarias, y siempre que se tenga derecho. Un capital inicial puede permitir pagar los servicios de un tractorista para realizar la roturación y empezar a cultivar. Sin capital financiero, el productor puede recurrir a un contrato *al partir*⁷⁷ con un tractorista, generalmente por un periodo de tres años. Por lo tanto, migrar puede ser útil para el que quiere aumentar su capital, pero no es un requisito indispensable.

La migración internacional desde el Altiplano Sur, principalmente a Chile y Argentina, no requiere un capital inicial importante. El derecho a la tierra no se empeña, ni se transfiere para reembolsar un préstamo.

Hay pocas diferencias entre los productores asentados permanentes y los que tienen doble residencia respecto a la superficie en usufructo y cultivada (figuras 39 y 40)⁷⁸. Por otra parte, los migrantes tienen y cultivan claramente menos tierras que las otras dos categorías. Ello significa que los productores más comprometidos en la agricultura de la quinua residen de forma permanente o por lo menos intermitente en las comunidades productoras, algunos antiguos migrantes han podido invertir en la actividad agrícola y reclamar sus derechos a la tierra al establecer una doble residencia. Observamos de paso que, cualquiera sea la situación de residencia del productor, las superficies cultivadas representan en promedio un tercio de las tierras en usufructo.

77 Contrato de aparcería mediante el cual un tractorista, a cambio del trabajo de roturación y labranza de la tierra del productor obtiene el derecho de uso de una parte de esta tierra.

78 Las superficies declaradas son probablemente subestimadas por los productores encuestados. La situación de residencia se definió el año de la entrevista y puede corresponder a una configuración transitoria.

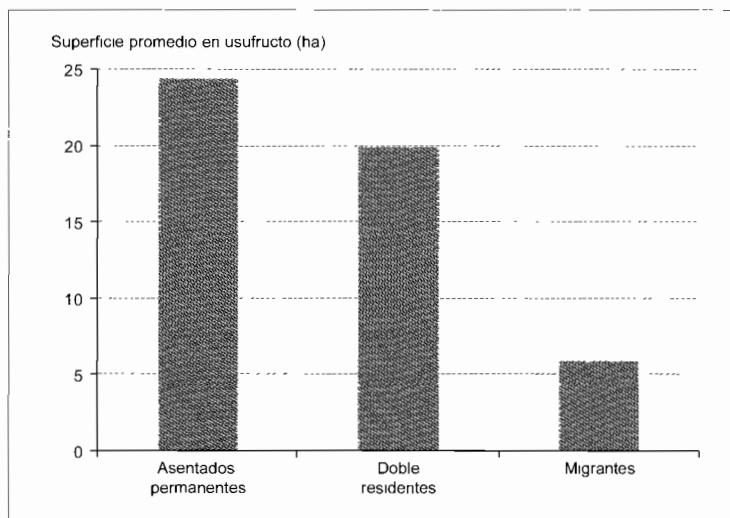


Figura 39
Superficie promedio en usufructo de los productores según su residencia en 2008
Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

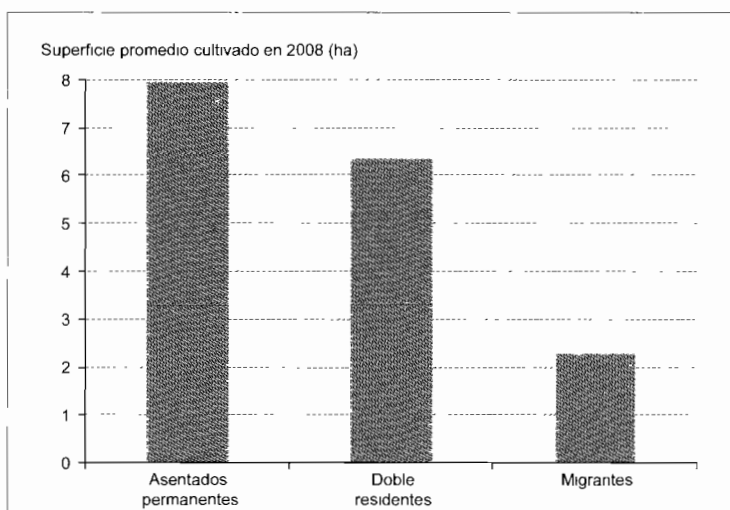


Figura 40
Superficie promedio cultivado por los productores en 2008 según su residencia.
Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

En el sistema de actividad de los migrantes actuales, el cultivo de la quinua a menudo es secundario. Sin embargo, la situación podría cambiar rápidamente y dar lugar al reclamo de derechos adicionales sobre la tierra.

Migración, extensión de las tierras cultivadas y tensiones sobre la tierra

¿De qué manera la migración ha jugado o sigue jugando un papel en la extensión de las tierras cultivadas? Las situaciones son diversas y complejas. En general, los asentados permanentes (los que practican circulaciones de trabajo, los que con anterioridad acumularon un capital durante largas migraciones, o que lo hicieron con la venta de sus rebaños) fueron los primeros en aprovechar la oportunidad que ofrece el mercado de la quinua y, por lo tanto, para provocar el cambio de uso de la tierra en favor del cultivo de quinua. Mediante el capital acumulado y la posibilidad de reinvertir, las experiencias migratorias previas (en Bolivia o en el extranjero) han jugado, en ciertos casos, un papel de “palanca” económica para financiar la roturación mecánica necesaria para la ampliación de las superficies cultivadas. En los años siguientes al inicio del proceso, la extensión de los cultivos dio como resultado que los productores lograran obtener buenos ingresos de la quinua y, por tanto, ahorrar suficientemente. A estos se agregaron los migrantes de retorno, solicitados por las instancias comunitarias y los migrantes que a través de diversas formas de aparcería lograron “cultivar a distancia”. De hecho, hoy en día la extensión de los cultivos ya no está sólo bajo control de los asentados permanentes: los migrantes intervienen también, lo cual generó ciertas tensiones en torno al acceso a los recursos.

Estas tensiones coincidieron con un cambio en la percepción del territorio comunitario. Al inicio del proceso de extensión de los cultivos, el espacio comunitario dedicado a la quinua era considerado como “infinito”. Al avanzar la extensión de los cultivos fue emergiendo progresivamente la percepción de “finitud del espacio”. Paralelamente, surgió la explotación de las tierras de los derechohabientes ausentes y, además, el regreso de algunos de ellos, lo que generó tensiones en torno a la tierra. Este cambio ha sido gradual y diferido en el tiempo según las comunidades y su potencial de extensión de las superficies cultivables. Actualmente esas tensiones se multiplicaron y oponen no sólo a los migrantes derechohabientes y los permanentes, sino también a las familias permanentes entre ellas.

Los migrantes que regresaron desde el año 2000, primero lo hicieron para reclamar su patrimonio de tierras familiares, es decir la tierra reconocida como perteneciente a su familia y que en muchos casos había sido cultivada por otros miembros de la comunidad. En un segundo tiempo, quisieron además ampliar su patrimonio, adquiriendo el usufructo de nuevas tierras en las planicies. Las tensiones iniciadas por la ocupación de las tierras por los asentados permanentes se agravaron por las reivindicaciones de los que nunca habían residido en las comunidades, ni cultivado sus tierras hasta entonces. Muchos de ellos incluso ignoraban la ubicación y la superficie de sus parcelas. Por lo tanto, tuvieron que convencer a uno de los ancianos de la comunidad para que les indicara la

ubicación y los límites de sus tierras. Luego tenían que recuperar sus tierras sin demasiados choques: ya sea que el que las cultivaba sin autorización aceptara devolver las parcelas o que el derechohabiente estaba obligado a negociar con aquél, ofreciendo una compensación económica, o en otras palabras “comprando” sus propios derechos de usufructo. Este proceso de recuperación de las tierras por los migrantes a veces fue largo.

El ejemplo de Máximo, miembro de la comunidad de Chilalo que había dejado la comunidad a los 10 años, es bastante indicativo de este proceso. Las tierras de su padre estuvieron primero a cargo de su hermana, luego de su madrina, hasta 1993. Ésta dejó de cultivar por haber recibido demasiadas críticas de parte de algunos miembros de la comunidad, que cuestionaban su legitimidad. Desde entonces, ningún familiar se hizo cargo de las tierras. Como derechohabiente, Máximo es el heredero legal del patrimonio familiar. Él regresó en 2005, después de 70 años de ausencia cuando recibió un mensaje indicándole que un miembro de la comunidad, asentado permanente, estaba cultivando sus tierras. Dos de sus parcelas (1 ha en total) estaban siendo sembradas y las otras dos (1 ha en total) estaban en curso de roturación. Al regresar recuperó las parcelas que ya estaban cultivadas sólo al siguiente año, al terminar la cosecha. En cambio, por las roturadas tuvo que pagar el precio de roturación a la persona que tenía planeado cultivarlas.

El acaparamiento para el cultivo de tierras comunitarias pastoriles, que no son parte del patrimonio familiar, se produjo en un contexto de saturación progresiva de las tierras agrícolas. A menudo, los migrantes que regresaron a partir de los años 2000 no encontraron tierras libres para roturar y se sintieron perjudicados. Algunos no dudaron en reclamar una redistribución general de lo que se acaparó en su ausencia, y esto generó conflictos con los productores asentados permanentes. Estos últimos sostenían que, contrariamente a los migrantes, no tenían trabajo en la ciudad y por tanto no tenían ingresos fijos afuera y, además, los migrantes se ausentaron durante años sin participar en la vida de la comunidad. No obstante, los asentados permanentes se vieron obligados a tener en cuenta los reclamos de los migrantes, porque son legítimos según las normas comunitarias. Por otra parte, se sintieron incómodos al enfrentar estas tensiones debido a que, a veces, monopolizaron muchas tierras sin pensar en los derechohabientes ausentes, haciéndolo sin pasar por una repartición concertada de los pastos colectivos. Después de una multiplicación de las tensiones y la demanda de los migrantes de redistribuir las tierras tomadas en su ausencia, existe hoy en día una toma de conciencia de los problemas de acceso a la tierra y muchas iniciativas de concertación surgieron para corregir los abusos eventuales y renovar la regulación comunitaria sobre el acceso a la tierra (AVSF, 2009).

Organización social de los sistemas de producción

Las formas de movilidad juegan un claro papel en la diversidad de las prácticas y los sistemas de producción agrícola: combinación de cultivo y ganadería, itinerarios técnicos, acceso a la tierra, movilización de la mano de obra y recursos financieros. La mecanización de la labranza, la siembra y una parte del tratamiento post-cosecha ha reducido la necesidad de mano de obra por hectárea, lo que permite a los productores⁷⁹ no permanecer en el lugar de producción. Se denominan “productores circulantes” a aquellos que no residen permanentemente en la comunidad (dobles residentes y migrantes) y los otros “productores permanentes”. Sin embargo, las actividades de crianza y algunas operaciones agrícolas exigen una presencia en el lugar. La ausencia diaria impone ajustes y relaciones para la ejecución de la actividad agrícola. Por tanto, se trata de identificar las limitaciones derivadas de la movilidad en el manejo de las prácticas agrícolas. ¿Se observa alguna diferencia en los sistemas de producción entre productores circulantes y asentados permanentes? ¿Cuáles son los arreglos familiares e inter-familiares que permiten una agricultura compatible con la movilidad espacial?

Área de dispersión de las residencias de los productores

Los vínculos espaciales entre las comunidades de origen y las residencias actuales de los productores que migraron dibujan estrellas con puntas más o menos extendidas (Figura 41). Curiosamente, los lugares de residencia relativamente cercanos (menos de 100 km) no son los más numerosos. Los migrantes que mantienen o que se dedican recientemente a la actividad agrícola residen sobre todo en las ciudades distantes, entre 200 y 500 km de su comunidad, lo que ya es notable. Por último, y de manera excepcional, algunos migrantes cuya residencia está a más de 1000 km de su comunidad, logran llevar a cabo una actividad agrícola en su lugar de origen.

79 En estos párrafos, se consideran todos los productores, cualquiera que sea el tipo de acceso que tengan a la tierra, directo o indirecto. Nos referimos aquí a los productores en tanto entidad gestora y no como derechohabientes.

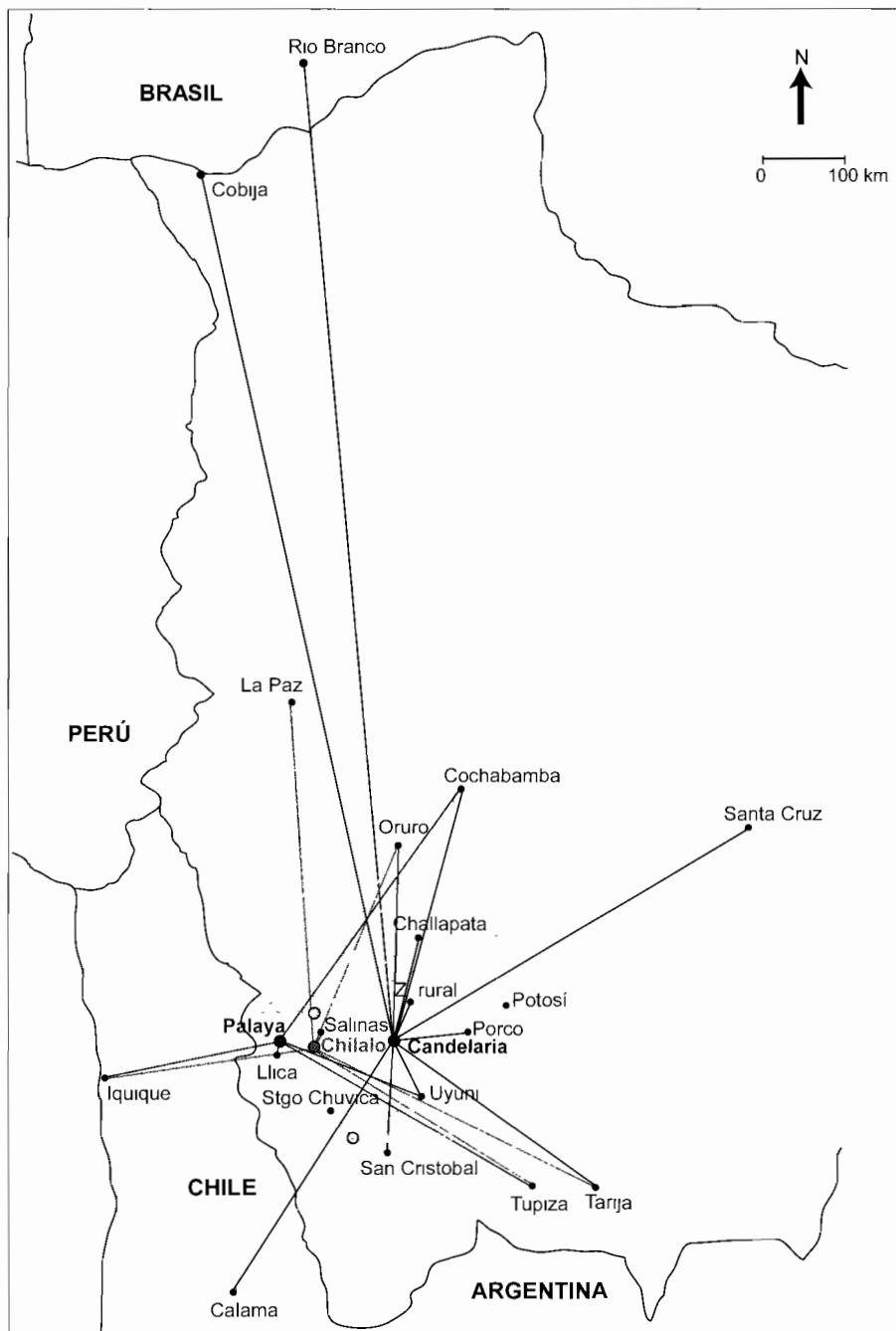


Figura 41

Área de extensión de la residencia de los productores de las cinco comunidades estudiadas
Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

Hace algunos años, el área residencial era mucho menos extendida y la proporción de productores residentes exclusivamente en la comunidad mucho más importante. Los nuevos productores, en efecto, por lo general viven una situación de doble residencia o residen exclusivamente fuera de la comunidad y, paralelamente, algunos productores asentados permanentes han ampliado su espacio de residencia y ahora practican la doble residencia.

En resumen, los sistemas de producción de la quinua en el Altiplano Sur, no han adoptado la estabilidad residencial y el anclaje territorial comúnmente asociados a la gestión de un terreno agrícola. Las tradiciones andinas de dispersión y movilidad siguen vigentes, aunque con modalidades inéditas en cuanto a la organización social de la actividad agrícola.

Organizarse para cultivar

La cuestión de la organización social de la producción, susceptible de responder las limitaciones de distancia y ausencia, se plantea particularmente para los productores presentes de forma discontinua en su comunidad. ¿Cómo se organizan esos productores circulantes para la valorización de sus tierras? ¿Cuáles son las formas de los arreglos, contratos y relaciones sociales que se desprenden?

Modos de explotación y relaciones sociales

El sistema de producción de la quinua no requiere un trabajo continuo durante todo el año. Estimamos que requiere de 27 a 40 hombres-día/ha, lo que permite al productor ausentarse por momentos del lugar de producción. Sin embargo, las operaciones de cultivo más importantes (labranza, siembra y cosecha) deben efectuarse en momentos muy específicos, y al mismo tiempo difíciles de programar al depender del clima.

Los modos de acceso a la tierra son diversos, sin ser excluyentes entre sí. Las parcelas cultivadas pueden ser de acceso directo, o bien prestadas o en aparcería (*al partir*).

Para el cultivo de tierras de acceso directo, el productor tiene tres opciones: explotarlas directamente sin arreglos, explotarlas directamente con arreglos o, finalmente, *al partir*. En cambio, para las tierras que se le prestan, el productor las cultiva directamente. Para cultivar las tierras confiadas *al partir*, se hace un contrato de un año y el aparcerero se hace cargo de todo el ciclo de producción. Luego comparte la cosecha con el propietario⁸⁰ al final del ciclo.

Así pues, hay un grado de participación del propietario en el cultivo de sus tierras, que va desde hacerse cargo enteramente de los trabajos hasta delegarlos completamente.

80 Para no recargar el texto, la palabra "propietario" se usa aquí en lugar de "usufructuario de la tierra".

Explotación directa de la tierra sin arreglos

Cuando el propietario y su familia se encargan de todos los trabajos se habla de explotación directa de la tierra sin arreglo. Para que el productor no permanente pueda hacerse cargo, tomando en cuenta sus idas y venidas frecuentes, necesita una relación y una comunicación constante con un familiar o una persona de la comunidad que le mantenga al tanto de los acontecimientos sobre sus parcelas (heladas, plagas, etc.).

Explotación directa de la tierra con arreglos

El propietario que decide hacer sólo una parte de los trabajos agrícolas se dedica a una explotación directa con arreglos. Hay que distinguir dos tipos de arreglos con la persona que se ocupa de la parcela, según el tipo de relaciones, reglamentadas o no. En el caso de relaciones no reglamentadas, las relaciones con un familiar asentado permanente, ya sea un familiar directo o un compadre, son esenciales. El vínculo de parentesco es exclusivo en este tipo de arreglo. Son posibles dos tipos:

- el familiar en el campo vigila la/las parcela/s (“cuida la chacra”) e informa al propietario en caso de presentarse un problema o cuando es necesario que se presente (por ejemplo en caso de una invasión de plagas, o cuando la parcela está lista para la cosecha);
- el familiar en el campo tiene un papel activo en los trabajos agrícolas. Por ejemplo, puede encargarse de la protección de las plantas contra las aves o las plagas, o de contratar al tractorista y a los trabajadores jornaleros.

En ambos casos, el propietario está presente en la cosecha y con frecuencia también para la siembra, la labranza y los tratamientos intermedios. La remuneración del trabajo asumido por el familiar en el campo es variable. En la medida que se refiere a relaciones familiares, a menudo toma la forma de “regalo de reconocimiento”: con motivo de su regreso, el propietario lleva a su familiar alimentos, a veces le recompensa con una suma simbólica, o le ofrece una pequeña parte de su cosecha de quinua. En este tipo de arreglo, las reglas de uso no son fijas ni normadas: se basan en el principio de reciprocidad, del don y contra-don, muy común en las sociedades campesinas andinas.

Otros tipos de arreglos implican, en cambio, relaciones normadas, donde hay un acuerdo entre el propietario y un familiar asentado permanente, o bien con un tractorista. En este caso se trata de un verdadero contrato en el cual la contribución y el papel de cada parte (propietario y trabajador) están

determinados previamente: aporte de mano de obra, material, aporte económico, etc. En este caso se observan distintos grados de participación del propietario, siendo el trabajador solamente responsable de la labranza, de la siembra, o de la cosecha.

Explotación indirecta de la tierra: aparcería

La explotación indirecta de la tierra corresponde al hecho de que el usufructuario confía las operaciones a una tercera persona: un aparcerero. En este caso, el usufructuario no está implicado en absoluto en la gestión de la parcela y no realiza ningún trabajo agrícola. El derechohabiente recupera el 25% de la cosecha al final de la campaña agrícola. Como lo afirma una pareja de tractoristas: “Los propietarios nos llevan los sacos para que pongamos la cosecha que les corresponden y se van”⁸¹.

En todos los casos, los productores circulantes dependen en gran medida de los productores permanentes. En este contexto, un propietario que no tiene familiares en el campo prefiere no cultivar o dejar el cultivo “a la de Dios”⁸² o, incluso, dar sus parcelas en aparcería. Sin embargo, según varios tractoristas, los productores circulantes dejan cada vez menos sus tierras en aparcería, debido a que el precio de venta de la quinua es muy alto y esto representa una pérdida demasiado grande para ellos.

De estos dispositivos surge una diferenciación en los modos de explotar las tierras cultivadas de acuerdo al criterio de la residencia (figura 42). Los productores asentados permanentes realizan personalmente los trabajos agrícolas con algunas excepciones (fig. 42a), los propietarios con doble residencia en gran medida también efectúan personalmente el conjunto de los trabajos agrícolas (fig. 42b), mientras que los migrantes cuentan principalmente con un familiar en el campo (fig. 42c).

81 Localmente, se habla de “propietarios” pero en realidad los derechohabientes son solamente usufructuarios.

82 “*A la de Dios*” significa “como Dios quiera” o “como Dios lo decida”, es decir sin ningún tratamiento intermedio en el cultivo. Se lleva a cabo solamente la labranza, la siembra y la cosecha.

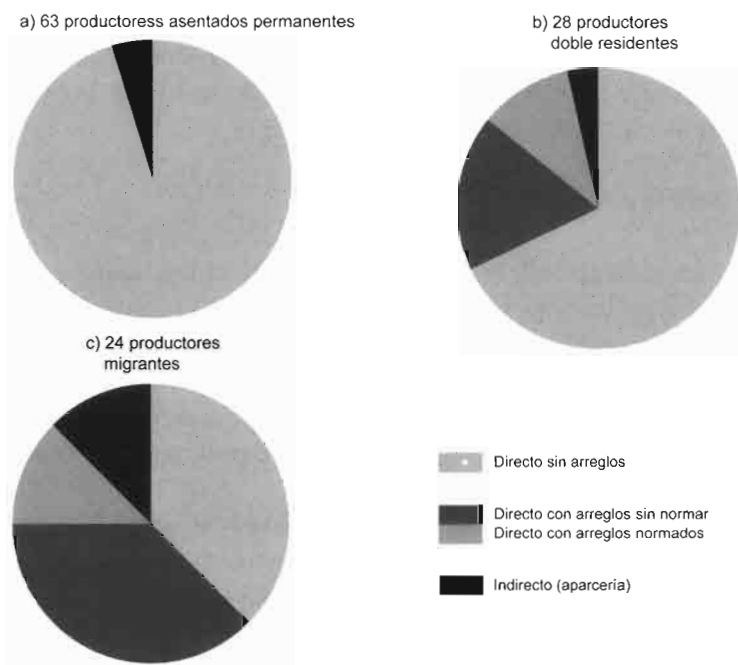


Figura 42

Modos de explotación de las tierras cultivadas según la residencia de los productores en 2008.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

Las opciones para la mano de obra agrícola

Los modos de explotación determinan en parte la necesidad de mano de obra en las parcelas. El productor tiene tres opciones no excluyentes: recurrir a la mano de obra familiar, practicar el *ayni*⁸³ con otras familias o contratar a jornaleros.

La mano de obra familiar potencial que puede movilizar un productor la conforma su familia nuclear y, en ocasiones, los miembros de la familia extensa. El apoyo en las labores agrícolas de los parientes puede ocurrir en la infancia o la adolescencia, o en la edad adulta, cuando el productor ha conformado su propia unidad doméstica.

Ya sea que habiten en la comunidad con sus padres, que estudien en otro lugar, o que residan en la ciudad con sus padres, los niños desde los cinco años y los adolescentes, siempre participan en los trabajos agrícolas en la explotación familiar, diariamente o durante las vacaciones escolares. Participan en los trabajos agrícolas (siembra, cosecha, etc.) y también en el pastoreo. En el caso de las familias que residen de forma permanente en la comunidad, los niños a veces interrumpen

83 Intercambio recíproco de jornadas de trabajo sin retribución económica.

sus estudios para dedicarse exclusivamente a la explotación familiar. El término que se emplea para esta suspensión es el de descanso⁸⁴. Los niños descansan de la escuela. Generalmente, la duración de la interrupción es de un año y puede ocurrir entre la escuela primaria y la secundaria, o bien después de la secundaria.

Hasta la década de 1970, la mayoría de los niños asistían a la escuela hasta los 10-12 años. Luego, algunos se quedaban en las explotaciones mientras que otros iban a trabajar temporalmente en las minas y regresaban durante los grandes trabajos agrícolas. Actualmente, los niños asisten a la escuela por más tiempo y salen a trabajar afuera de la comunidad durante las vacaciones escolares largas de diciembre-enero. Son movilizados como mano de obra agrícola sólo durante los fines de semana y las vacaciones escolares cortas.

En la edad adulta existen varios modos de colaboración. Cuando una persona no cultiva parcelas y vive afuera, regresa para ayudar a sus padres en el cultivo, momento importante para recuperar el vínculo con el lugar de origen. Cuando es un productor que no reside en la comunidad, éste practica el *ayni* con sus padres. Por último, el productor asentado permanente recurre a la ayuda familiar incluyendo el uso compartido total de las tierras y de los medios de producción entre padres e hijos. Además, algunas mujeres conviven un tiempo en la comunidad con sus padres y les ayudan a cambio de tierra en préstamo. Este es particularmente el caso de las madres solteras o mujeres separadas de su marido.

En el caso de la familia Ayma de Chilalo, presentado anteriormente, todos los hijos (a excepción de dos) estuvieron a disposición de la explotación durante uno o dos años, por lo que la madre casi siempre ha tenido ayuda en la parcela mientras que el padre estaba a menudo ausente. La figura 43 muestra la manera en que se organiza la familia hoy en día para los trabajos agrícolas. La familia nuclear consiste en una pareja con residencia bipolar (el marido reside en La Rivera y la mujer en Chilalo) con tres hijos a su cargo y cinco que han constituido su propia unidad doméstica. De los tres hijos a su cargo, una hija asiste a la escuela en Chilalo, otra está en descanso por un año (es pastora) y el tercer hijo está en la secundaria en Oruro, donde reside en casa de su hermano mayor, pero presta su ayuda durante todos los trabajos agrícolas. Además, la pareja tiene una hija casada que reside también en Oruro y que acude a ayudarles a cultivar sus parcelas y también las parcelas que ellos le prestan. El hijo mayor, establecido en Oruro, tiene parcelas en la comunidad y su mujer es la que se ocupa de ellas. Paralelamente, ella ayuda a sus suegros en el cultivo de sus parcelas a cambio de una remuneración. Las tres hijas más jóvenes, que no tienen un lugar de residencia estable, viven desde 2007 en Chilalo, donde sus padres les prestan tierras a cambio de su ayuda en los trabajos agrícolas.

84 Este mismo término *descanso* es el que se emplea para la tierra en barbecho: "la tierra descansa".

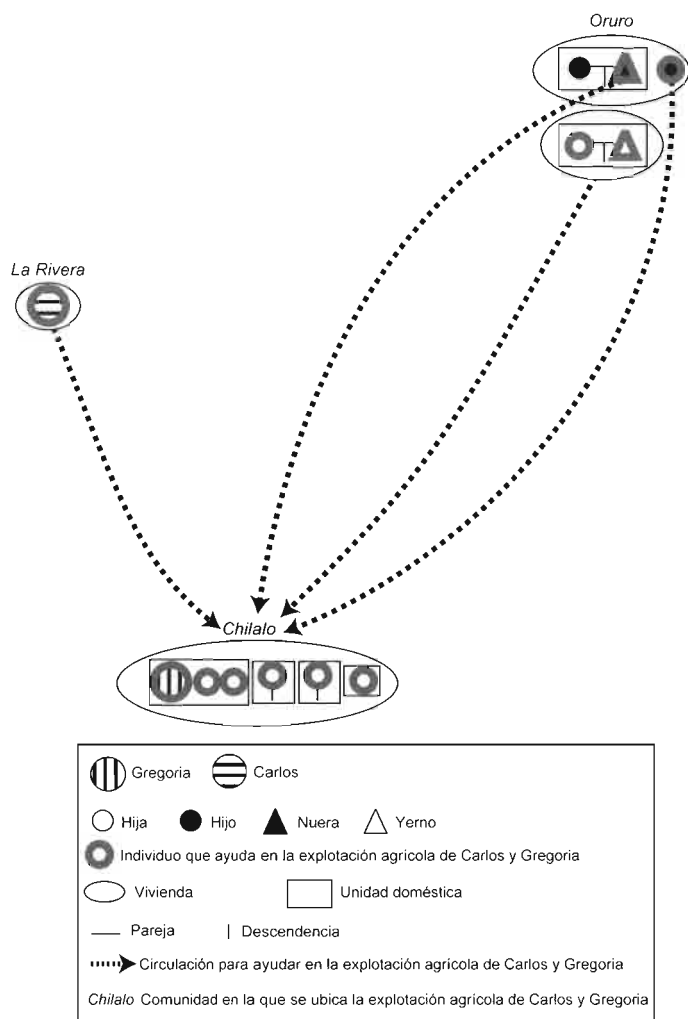


Figura 43

Mano de obra familiar, parcelas de Carlos y Gregoria Ayma, productores de Chilalo, 2007.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

Además de la movilización de mano de obra familiar, los productores recurren al *ayni* y así tienen acceso a una mano de obra de la comunidad, pero sin paga.

Los jornaleros son miembros de la comunidad que tienen pocas tierras, pero también personas de los alrededores (estudiantes, campesinos sin tierra, etc.) o de regiones más distantes, principalmente del este del departamento de Oruro. Se ponen a disposición en la feria de Challapata, que se ha convertido en el lugar de contratación de jornaleros. Puede suceder que los migrantes, contraten a sus jornaleros en la ciudad donde viven y los lleven a trabajar en sus parcelas.

El origen de la mano de obra empleada por los productores difiere mucho en función de su residencia (figura 44). Los productores asentados permanentes se distinguen por la alta proporción de mano de obra exclusivamente familiar, tendencia esperada en la medida en que toda la familia del lugar puede movilizarse en cualquier momento para los trabajos agrícolas (fig. 44a). Los productores con doble residencia, en cambio, contratan preferentemente a jornaleros (fig. 44b). En general sus familias no residen en la comunidad, por lo tanto un miembro de la pareja se hace cargo del cultivo y se ve obligado a recurrir a mano de obra asalariada. Por último, los productores migrantes utilizan más mano de obra familiar (fig. 44c). Cultivan pequeñas superficies y lo hacen sobre todo para mantener el vínculo con la comunidad y así preservar sus derechos sobre la tierra. No tienen una lógica “productivista”. En este sentido, una mujer de Villa Alota, entrevistada en San Pedro de Atacama (Chile), decía: “Tengo sólo unas pequeñas parcelas, así es más rápido. No quiero pagar mano de obra y tampoco puedo hacer *ayni*, no tengo tiempo”.

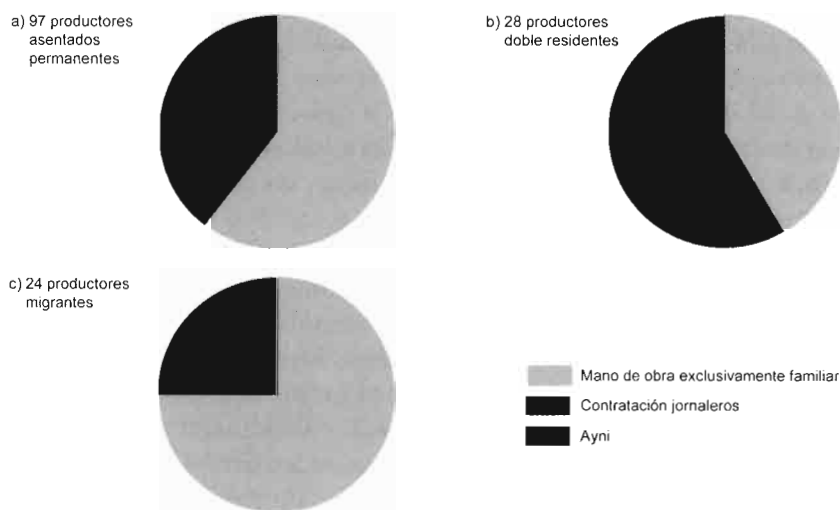


Figura 44

Mano de obra empleada por los productores de quinua en el 2008 en función de su residencia.

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

Las mujeres ocupan un lugar especial en el mecanismo de producción de quinua. En el caso de las parejas que residen en dos lugares, casi siempre es la mujer la que se queda en la comunidad y el hombre reside en otro lugar. Tal es el caso de los hombres en San Juan que trabajan en las minas y de los de Palaya que son profesores de escuela. Por lo tanto, la mujer se encarga habitualmente de los trabajos agrícolas y representa a la familia en los asuntos sociales. En el

caso de los productores migrantes, generalmente también es la mujer quien se libera de sus actividades en la ciudad y regresa a la comunidad para encargarse de los trabajos agrícolas, mientras que el hombre continúa su actividad en su lugar de residencia. La mujer asegura así una continuidad en el ciclo productivo de su comunidad de adopción (la comunidad de su marido).

En fin, aunque las mujeres estén excluidas de los derechos de acceso a la tierra en su comunidad de origen, son ellas las que asumen una presencia, a veces muy inquisitiva, antes sus padres mayores y que aún se ocupan de la explotación familiar en sus comunidades.

Organizarse para la crianza de los animales

Generalmente, cada niño hereda personalmente un pequeño rebaño de ovejas y/o de llamas. Cuando la migración de los jóvenes conduce a un cambio de residencia, el ganado se mantiene en el rebaño familiar si es que subsiste. Si no es el caso, el joven debe separarse de él. A diferencia de los cultivos, la crianza requiere una actividad diaria y, por lo tanto, una presencia continua. No es posible llevarla a cabo sin residir en la comunidad. En todo caso, los rebaños de migrantes se dejan al cuidado de otra persona y el propietario no invierte ninguna mano de obra en esta actividad. Pero pocos son los que se separan por completo de su rebaño cuando se van siendo adultos: o bien lo reducen a unas diez cabezas y lo dejan al cuidado de un familiar, un compadre, o *al partir*⁸⁵, o lo conservan empleando a un pastor.

En caso de dar el ganado al cuidado de un pariente, la crianza no es realmente considerada como una actividad económica, sino más bien como un medio para mantener un vínculo con la comunidad. Este vínculo se expresa en el momento de los retornos, especialmente durante la cereinonia anual del “floreo del rebaño”⁸⁶. En estas ocasiones, los propietarios ofrecen alimentos a la persona que se hizo cargo de sus animales. Cuando se trata de algunas cabezas dejadas al cuidado de un pariente no se hacen arreglos. Los servicios se dan en ambos sentidos. En general, se mata un animal cuando el propietario está presente y la carne se reparte entre todos. Los ingresos por la venta de los animales a menudo se utilizan para comprar alimentos (azúcar, fideos, etc.) para el que está a cargo del rebaño.

Aquellos que planean salir de la comunidad por un periodo relativamente corto no se separan de su rebaño y lo dan generalmente *al partir*. Muchas personas afirman que confiar su rebaño *al partir* no es muy ventajoso. De hecho, quien está

85 Hay que señalar que el rebaño puede estar en la comunidad del hombre o de la mujer.

86 El *floreo* es una fiesta ritual que se lleva a cabo en febrero para las llamas y en junio para las ovejas.

a cargo del rebaño es el único que interviene en la crianza y tiene todo el control. Por ejemplo, cuando los depredadores matan a los recién nacidos, el aparcerero puede atribuir la pérdida al propietario. Del mismo modo, puede esconder algunos nacimientos que el propietario no está en condiciones de verificar. A pesar de estas desventajas, reales o exageradas, esta práctica es común.

Tercer modo de organización: la contratación de un pastor. Se escucha en todas las comunidades del *Intersalar*⁸⁷ la historia de pastores que llegaron de otras comunidades para ser contratados y finalmente se quedaron. En la actualidad, los productores asentados permanentes son los que contratan a un pastor, ya sea a tiempo completo durante un año, o sólo durante el periodo del trabajo agrícola pesado. Los productores que no residen de forma permanente en la comunidad rara vez contratan durante el año y es probable que esta práctica tienda a disminuir debido a que es causa de conflictos. De hecho, dado a que el espacio de pastoreo se reduce, los asentados permanentes no quieren que sea utilizado por criadores que se ausentan.

Obviamente, la movilidad de los miembros de las comunidades es un freno para la crianza y, al mismo tiempo, para la complementariedad entre cultivo y crianza, sin embargo considerada como un elemento clave de la viabilidad socioeconómica de las familias.

¿De las prácticas agrícolas específicas a los productores móviles?

Para poder diferenciar entre las prácticas agrícolas de los productores permanentes y circulantes, en primer lugar es necesario saber quién toma las decisiones de la explotación de las tierras. En el caso de las tierras prestadas o confiadas *al partir*, es la persona que cultiva –por lo general un asentado permanente– quien toma las decisiones y no el usufructuario. En el caso de las tierras de cultivo que requieren arreglos para su cuidado, la labranza u otro trabajo agrícola, las decisiones son compartidas entre permanentes y circulantes. Esto significa que los permanentes actúan más allá de la gestión de sus propias parcelas. Pero el principal actor, situado en el centro de los sistemas de decisión relacionados con el cultivo de la quinua, es el tractorista. Él actúa en nombre de decenas, de productores en la zona, en el momento de la labranza y la siembra.

Respecto a los itinerarios técnicos, las encuestas realizadas por R. Joffre y R. Tapia (comunicación personal, 2008) no revelaron diferencias en las prácticas entre los productores permanentes y circulantes en cuanto a tiempos de barbecho, variedades cultivadas, uso de fertilizantes, técnica de siembra o conservación de cercos vivos. En cambio, hay que destacar varios elementos relativos a la certificación

87 Es decir: en las comunidades localizadas entre el salar de Uyuni y el salar de Coipasa, pero no en las del sur y el este del salar de Uyuni, que son comunidades tradicionalmente pastoriles.

orgánica. En primer lugar, debemos recordar que dentro de las comunidades existen productores de quinua “orgánica certificada” (que deben cumplir con el pliego de la agricultura orgánica) y productores de quinua “convencional” (que no tienen ninguna restricción en el modo de producción). En este último grupo hay una mayoría de productores circulantes, pero también muchos asentados permanentes. En el 2007 y el 2008 era difícil para un productor no asentado de forma permanente participar en la producción de quinua orgánica certificada dado que las certificadoras prohibían su afiliación. Pero en 2010, M. Vieira Pak (2012) indica que las certificadoras empiezan a considerar los productores migrantes. Este tema de la certificación puede tener repercusiones importantes en la organización social y la gestión del territorio comunitario. De hecho, la aplicación efectiva de las normas impuestas en el pliego de la producción orgánica implica una aprobación colectiva, sobre todo en la lucha biológica contra las plagas o la plantación de cercos vivos entre las parcelas. Por lo tanto, la diferenciación de los sistemas de producción tendría a obstaculizar el establecimiento de normas colectivas de gestión territorial.

En cuanto a la mano de obra, se practica el asalariado, tanto entre circulantes como permanentes. Más allá de la residencia, es también el tamaño de la explotación el que determina el recurso a mano de obra asalariada. Es muy raro que quienes circulan tengan rebaños, por razones de disponibilidad de tiempo. Pero se encuentra a cada vez a más permanentes que tampoco practican la ganadería. Anteriormente, la agricultura y la ganadería se consideraban complementarias. Esto implicaba un uso complementario del espacio y algunas reglas específicas para los cultivos, como fechas fijadas de antemano para la siembra y la cosecha, con el fin de permitir pastar a los animales y protección de parcelas para evitar que accedan a ellas en épocas de cultivo. El descenso de la producción ganadera en los espacios marginales, ahora hace difícil respetar las normas colectivas. También significa cada vez más tensiones entre pastores y agricultores, con los primeros que se quejan por la falta de espacio disponible para el pastoreo y los segundos por los daños que causan los animales en sus cultivos.

Así, a pesar de que el criterio de la residencia de los productores tenga un impacto directo en la certificación y la comercialización de la quinua, como en la gestión de los rebaños, éste no es realmente determinante para diferenciar los itinerarios técnicos del cultivo de la quinua.

Por último, al permitir una presencia discontinua en la explotación, la mecanización introdujo una nueva relación con el territorio y la agricultura. Las nuevas maneras de producir facilitan el recurrir a la movilidad, tanto para los que residen en la comunidad como para los que no residen y quieren cultivar a distancia. Por otra parte, el sistema de producción de la quinua está integrado en un sistema de actividades basado en el principio de dispersión de los riesgos y de circulación de los productores y sus familias. Es por tanto un esquema

invertido en comparación con el esquema rural convencional: no es la migración la que modifica los sistemas productivos sino más bien la transformación de los sistemas de producción agrícola la que, bajo el efecto de lanzamiento al mercado internacional, genera un reajuste de las movilidades espaciales y los sistemas de residencia de las poblaciones locales.

Prácticas circulatorias estratégicas

La consideración de las trayectorias en a lo largo de los ciclos de vida mostró la importancia de la reversibilidad migratoria y de las movilidades residenciales circulares. Las prácticas circulatorias van mucho más allá de las estrictas prácticas residenciales, ya que pueden tomar una intensidad y a veces ritmos muy sostenidos relacionados con los retornos por tiempos cortos en las comunidades de origen. Estas movilidades de retorno son llamadas “intersticiales”, en la medida en que operan “en los intersticios” de las etapas de la movilidad residencial. Se identificaron tres motivos principales de retorno periódico a la comunidad: participación en las fiestas, visita a la familia (circulación socio-identitaria) y práctica de una actividad agrícola (circulación productiva). Estas prácticas circulatorias tienen un carácter estratégico desde el punto de vista de la relación con la tierra, de los modos de gestión de los recursos locales y de las prácticas agrícolas.

El intenso ir y venir para lograr mantener la agricultura

El ritmo sostenido de viajes de ida y vuelta puede estar relacionado con la preservación de una actividad agrícola constante en la comunidad de origen a lo largo del ciclo de vida, independientemente de la trayectoria de residencia. Esta forma circulatoria corresponde con mayor frecuencia a aquellos que tienen la posibilidad de acceder directamente a la tierra. Estas situaciones pueden concernir a personas con anclaje permanente pero que han experimentado una fuerte movilidad de residencia (como es el caso de Víctor y Luisa, a continuación y en la fig. 45), o a personas que migraron por un periodo relativamente largo en el curso de su vida, sin interrumpir los vínculos con la actividad agrícola.

Víctor y Luisa, residentes de Llica y productores de quinua en Palaya en el 2008, no han dejado de circular desde que se casaron en 1973. A partir de 1977, cuando recibieron una herencia que les abrió la posibilidad de acceso directo a la tierra en su comunidad de origen, la frecuencia de sus retornos a Palaya se aceleró. Víctor es profesor en la región y su mujer es la que lleva la mayor parte de la actividad agrícola y, por tanto, circula con mayor frecuencia.

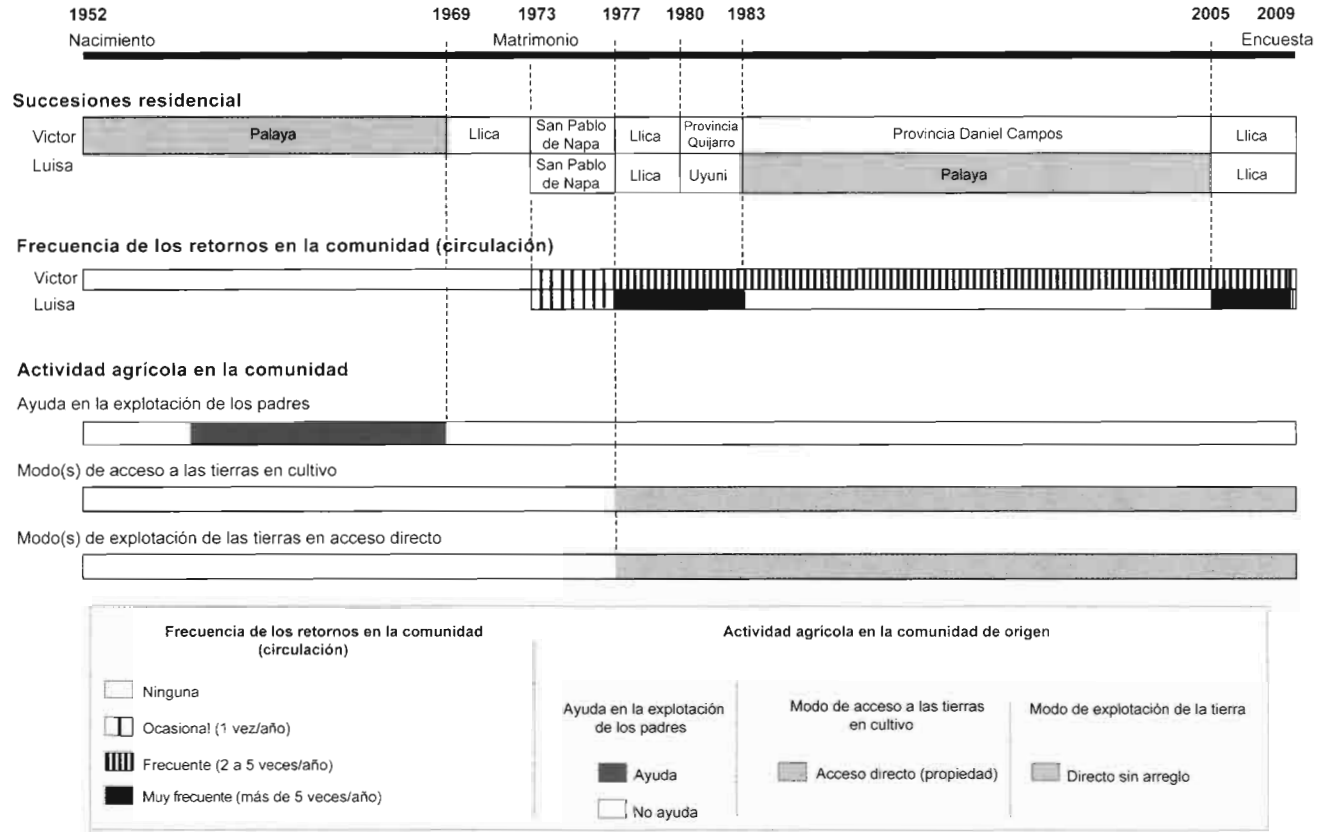


Figura 45
 Trayectoria de las circulaciones y la actividad agrícola de Víctor y Luisa, 57 años, miembros de la comunidad de Palaya.
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2008.

Las circulaciones y presencias alternadas en la comunidad han permitido a esta pareja movilizar varios espacios-recursos. Esta situación corresponde a la de una familia arraigada en la comunidad de origen, pluri-activa, que mantiene a distancia la actividad agrícola durante su recorrido residencial, así como una fuerte complementariedad de la pareja, en la que la mujer se encarga desde siempre del manejo de la explotación agrícola. La elección constante de cultivar las tierras sin arreglo refleja la voluntad de control y aprovechamiento de su patrimonio de tierras y una inversión social permanente en la comunidad.

Los continuos viajes de ida y vuelta garantizan el retorno a la agricultura

Los retornos a la comunidad pueden marcar el ciclo de vida de los individuos, independientemente de una trayectoria residencial compleja y a veces con destinos distantes. Las circulaciones continuas permiten mantener un vínculo permanente con la comunidad, mantenerse al corriente de los cambios y también estar al día con las obligaciones de interés común, de manera que los derechos a la tierra se preserven y que, en el futuro, los jóvenes que todavía no tienen un patrimonio tengan acceso a la tierra sin obstáculos. Algunos mantienen el vínculo durante toda su vida y así pueden regresar a cultivar sus tierras sin ser molestados por la comunidad. Otros, mediante este vínculo pueden hacer valer su pertenencia de pleno derecho a la comunidad y adquirir el usufructo de tierras colectivas, estando seguros de su legitimidad local (caso de Félix, a continuación y fig. 46).

Las trayectorias de Teodoro y Graciela, residentes desde el 2008 en La Paz y productores de quinua en Otuyo, indican continuas idas y venidas anuales de Teodoro y una intensificación de los viajes por parte de la pareja a partir de la reanudación de la actividad agrícola en 1999. En efecto, después de una primera tentativa de instalación como agricultores en la comunidad cuando se casaron, la pareja se instaló en La Paz durante treinta años. Los retornos anuales de Teodoro a la comunidad están dirigidos a “estar al día con la comunidad”, según sus declaraciones, y conservar sus derechos de acceso a los recursos territoriales. De hecho, estas idas y venidas facilitaron su retorno a la agricultura en 1999. Desde esa fecha, Teodoro y Graciela van y vienen de manera intensa entre su comunidad y La Paz; ellos mismos asumen todo el trabajo agrícola de sus parcelas.

Félix, en 2008 reside en San Juan, su comunidad de origen. Regresa a su comunidad y a la agricultura después de una migración de más de ocho años a Chile. Félix no dejó de circular durante todo el tiempo que migró, con retornos regulares a la comunidad. Sin embargo, interrumpió completamente el trabajo de la tierra durante 10 años. Su regreso en 2006 está claramente relacionado a la voluntad de constituir un capital en tierras, dada la oportunidad económica que

representa la quinua. Félix retoma la agricultura sembrando primero “al partir” para otros agricultores ya que no es dueño de tierras y su padre aún está activo. En el 2007 rotura tierras colectivas y así cultiva las suyas propias.

Esta última trayectoria es representativa de la evolución del modo de acceso a las tierras que tienen los jóvenes desde el auge de la quinua: comienzan por cultivar la tierra de otros, luego constituyen gradualmente su patrimonio de tierras mediante la roturación de tierras colectivas, sin tener que esperar a heredar el usufructo de tierras familiares. Las circulaciones continuas, aunque no sean anuales, facilitan su regreso a la actividad agrícola.

De la ausencia prolongada a las idas y vueltas forzadas

La ausencia por un periodo largo, a veces señal de una ruptura con la comunidad, es siempre sinónimo de interrupción de la explotación agrícola directa. Durante este periodo, la tierra es abandonada o se confía a un familiar. Cuando la comunidad o la familia llaman a los derechohabientes migrantes para no perder sus derechos sobre la tierra, el migrante empieza a retornar regularmente, lo que le permite recomenzar a cultivar y también cumplir con sus obligaciones de interés colectivo. Esas idas y venidas son entonces la contraparte de un retorno autorizado a la tierra. Esta situación afecta por lo general a personas que nunca habían practicado una actividad agrícola independiente, o a individuos con trayectorias complejas que, en un momento de su vida, probaron la actividad agrícola pero finalmente la abandonaron. Es el caso de Benedicto y Lutgarda (a continuación y en la fig. 47).

Las trayectorias de Benedicto y Lutgarda, miembros de la comunidad de Palaya y que alternativamente residen en Tupiza y Palaya en 2008, indican una reanudación de circulaciones entre su lugar de residencia y la comunidad, después de una pausa de más de 35 años. Luego de sucesivas migraciones en su juventud, Teodoro regresa a Palaya para formar su hogar y se queda a cultivar durante 8 años. Pero cuando reinicia la migración a Sucre y luego a Tupiza, rompe sus vínculos con la comunidad y abandona la actividad agrícola. En el 2004, una prima le informa que algunos miembros de la comunidad cultivan sus tierras. En el 2005, después de haber recuperado una parte de sus tierras, comienza a cultivar una pequeña superficie manteniendo su residencia en Tupiza. Asume la totalidad del trabajo agrícola con ayuda de su esposa. Lentamente recupera sus tierras y cada año cultiva una superficie más grande. Este retorno a la actividad agrícola termina en el 2008 con un dispositivo de doble residencia y de idas y vueltas intensas durante todo el año.

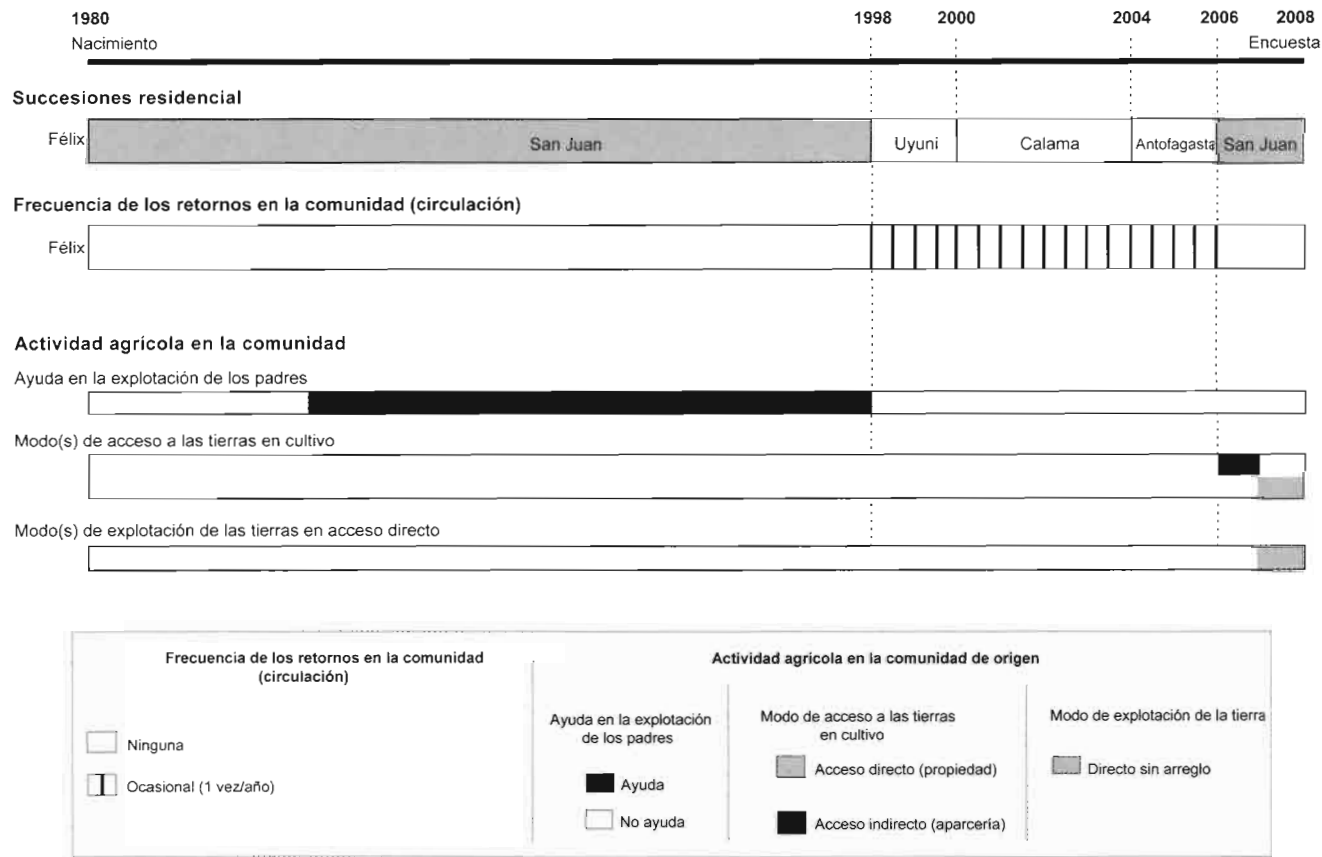


Figura 46
 Trayectoria de las circulaciones y la actividad agrícola de Félix, 28 años, miembro de la comunidad de San Juan de Rosario.
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2008.

Las trayectorias en las que el regreso está motivado por la preservación del usufructo de la tierra, muestran que una ausencia incluso prolongada no es necesariamente sinónimo de ruptura definitiva con la comunidad de origen. En efecto, actualmente, romper con la comunidad es correr el riesgo de una suspensión del derecho de acceso a los recursos y de una dificultad a reactivar la actividad agrícola. Por lo tanto, la relación con la tierra –relación a la vez productiva, patrimonial y socio-identitaria– sustenta las lógicas de circulación y la preservación del vínculo con la comunidad. La relación con la tierra y las actividades agrícolas guían fuertemente las trayectorias de movilidad y las prácticas de retorno a la comunidad. Para varias familias, el desafío está en su competencia en dominar y organizar su movilidad circulatoria así como las formas de arregles intra e inter familiares que permiten poner tierras en cultivo. Es esta competencia circulatoria la que, en cierta forma, hizo posible el auge de la quinua.

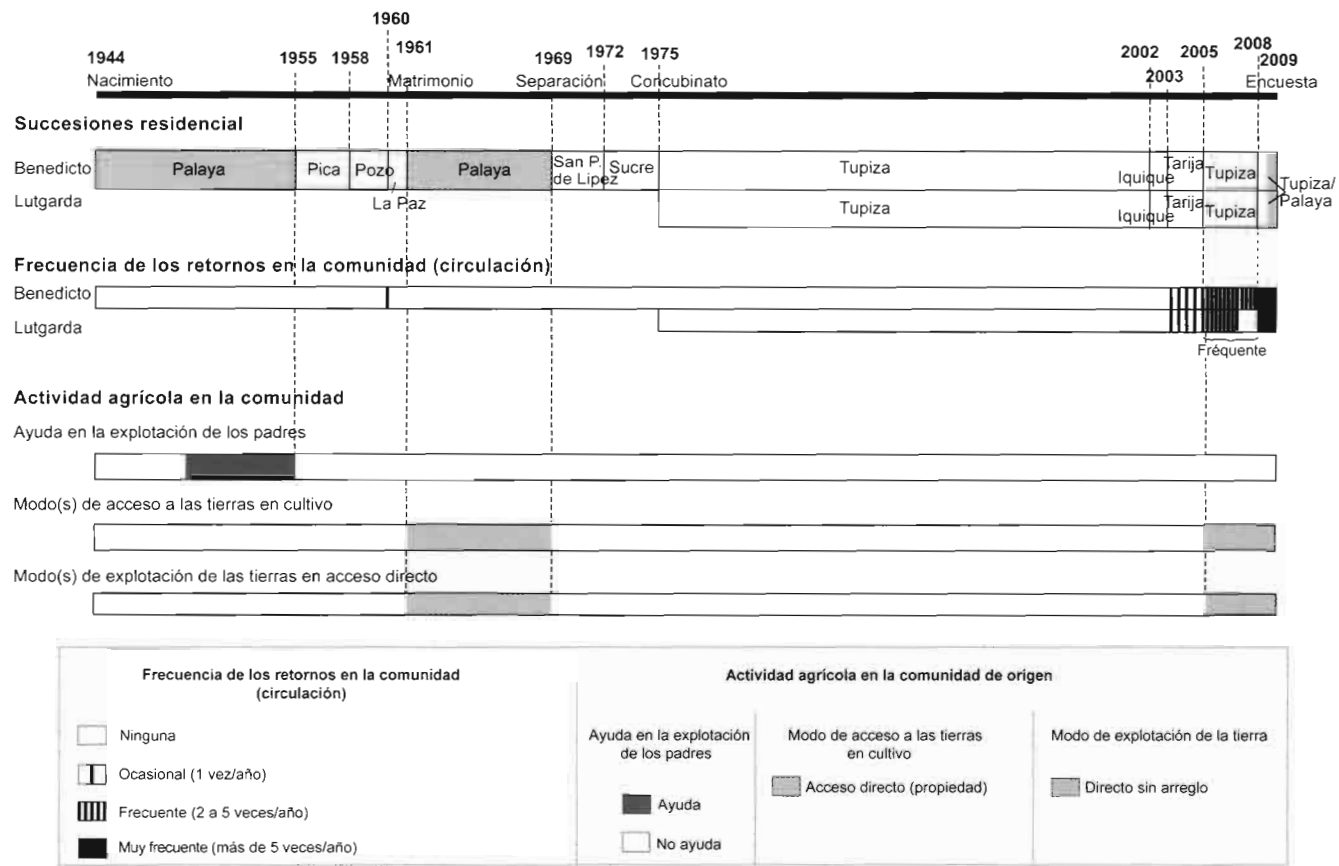


Figura 47
 Trayectoria de las circulaciones y la actividad agrícola de Benedicto y Lutgarda, 64 años, miembros de la comunidad de Palaya.
 Fuente: elaboración propia, entrevistas 2008.

CAPÍTULO 11

Pertenencia, lazos y “derecho” al territorio comunitario

Todos los individuos originarios de una comunidad son miembros de pleno derecho de la misma. Esta pertenencia se hereda al nacer. Sin embargo la pertenencia a la identidad territorial es algo adquirido, que no deja de construirse de forma permanente mediante actos, representaciones y proyecciones. La relación con el espacio original se expresa por una variedad de enlaces, de naturaleza física, material y/o ideal. Pero también es parte de una relación con la comunidad que es a la vez la institución reguladora de la gestión y la identidad de referencia como un grupo social cuyos miembros están vinculados por una misma pertenencia.

¿Está el auge de la quinua acompañado por nuevas relaciones sociales dentro de la comunidad, por nuevas complementariedades? ¿Cómo evolucionan las normas colectivas que rigen los derechos y obligaciones de unos y otros en este contexto de alta movilidad?

Conciliar migración y obligaciones comunitarias

Ser derechohabiente de una comunidad no sólo significa tener el derecho a cultivar, usar las tierras de pastoreo o aún tener acceso a las tierras comunitarias. Esto también implica deberes y obligaciones para con la comunidad, independientemente de la situación de residencia de la persona. Como lo recuerda E. Madrid Lara (1998: 99), “el residente [migrante] debe prestar servicio a la comunidad, no sólo como una obligación para conservar sus tierras, sino como corresponde a todo componente de la comunidad. Estos mecanismos de servicio, a la vez ratifican los derechos del residente [migrante] sobre la tierra y su pertenencia como miembro de la comunidad”. Y, si el productor migrante olvidara sus obligaciones, la comunidad se los recordará con gran rapidez.

La comunidad, como institución, no impone la residencia estable para sus derechohabientes, pero todos están sujetos al mismo sistema de obligaciones.

Las normas internas de cada comunidad, muy variables, fijan estas obligaciones. A menudo varían en función del tamaño de la comunidad: cuantas más personas, menos rígidas son las obligaciones de los derechohabientes, tanto para los asentados permanentes como los migrantes.

La comunidad de Chilalo, por ejemplo, que sólo tiene ocho derechohabientes que son asentados permanentes, es obligatoria la presencia de todos en los trabajos colectivos y reuniones. Además, todos los derechohabientes migrantes, independientemente de su edad, están llamados a asumir los cargos, lo que permite así alguna renovación. En 2007, el corregidor auxiliar (autoridad de la comunidad) era una persona de 79 años, con problemas de salud y doble residente entre Chilalo y Tupiza. En cambio en San Juan, que cuenta con 135 derechohabientes, la asistencia de todos a las reuniones es menos obligada. Del mismo modo, para los trabajos colectivos, la ausencia de algunos se hace relativamente “invisible”, dado el gran número de participantes.

Las normas comunitarias que establecen las obligaciones de interés colectivo de los derechohabientes de derechos son relativamente numerosas, ya que se refieren a los turnos de los cargos rotativos, participación en las reuniones, trabajos colectivos y fiestas, así como la contribución financiera para actividades comunitarias. Estos dos últimos puntos, que no son específicos de los beneficiarios, los trataremos más adelante.

El cumplimiento de los cargos rotativos

El término de *cargo* se ha convertido en un nombre genérico para designar cualquier servicio prestado a la comunidad. La definición de cargos rotativos fue detallada en la primera parte. Incluyen los cargos de decisiones y representación, y los cargos funcionales (que no existen en todas las comunidades). Los segundos son asumidos por los permanentes, mientras que los cargos relativos a decisiones y representación deberán estar asegurados por todos los derechohabientes. Es muy difícil para un derechohabiente negarse a cumplir un cargo, excepto en casos de fuerza mayor. En todo caso, quien sea designado debe asumir su cargo aunque se tolera que tenga un suplente que se ocupe de los asuntos cuando está ausente, siempre que la comunidad haya dado su aprobación. El cumplimiento de un cargo requiere que el migrante se organice para estar lo más presente posible en la comunidad durante su servicio (1-3 años). Esto puede llevarlo a reorganizar su sistema residencial y su ritmo de circulación. Puede optar sobre todo por estar afincarse en la comunidad sin residir sin embargo plenamente. En San Juan, por ejemplo, los migrantes se cuidan de ahorrar el dinero suficiente para poder permanecer en la comunidad el tiempo de su cargo, ya que la obligación a residir que supone pasar un cargo puede significar una suspensión de sus actividades y fuentes de ingresos. Lo que es más, el cumplimiento de un cargo significa cierto

costo financiero, ya que la persona debe desplazarse y recibir personas. Cuando vuelven a cultivar, pocos migrantes escapan a este mandato comunitario. Son rápidamente designados para asumir un cargo en los años siguientes a su regreso. Es una manera de hacerles “ponerse al día en el tiempo que no sirvieron a la comunidad.”

En concreto, todos los migrantes que asumían un cargo en el momento de nuestras investigaciones ponían mucha buena voluntad en el cumplimiento de sus tareas. Sin embargo, las limitaciones del incesante ir y venir, y el hecho de no estar constantemente al tanto de asuntos de la comunidad, a menudo les impiden realizar sus tareas correctamente. Además de la aplicación necesaria para poder seguir y ajustar los diferentes temas administrativos (electrificación, solicitud de financiación para un proyecto, etc.), quien asume la responsabilidad colectiva supuestamente debe estar al tanto de las novedades y acontecimientos en la comunidad para poder gestionar adecuadamente los conflictos eventuales.

En cuanto a toma de decisiones y gastos de representación (caso corregidor auxiliar y OTB), a veces algunas comunidades cuestionan la idoneidad y eficacia de un cargo asumido por un migrante. Se lo juzga poco en relación a la vida local cotidiana; a veces resulta incompetente en el funcionamiento administrativo, o cuando coloca en la agenda temas que los asentados permanentes no quieren ver tratados. En este contexto, no es imposible que las normas comunitarias evolucionen y vayan hacia una exclusión de los derechohabientes migrantes del tema de los cargos colectivos. El número futuro de los derechohabientes migrantes, sin duda tendrá un peso importante en esta evolución, aunque los migrantes pueden aportar nuevas competencias.

Participación en las reuniones y trabajos para la comunidad

Las reuniones regulares son para asuntos triviales, que a menudo no interesan a los inmigrantes: la escuela, daños en un rebaño, etc. En cualquier caso, no estando ahí todos los días, les es difícil participar, especialmente si no se han programado en una fecha fija. La comunidad a su vez, sin embargo, no los obliga. No obstante, si los presente en estas reuniones sienten la necesidad de contar con la opinión de los migrantes o su apoyo, la decisión puede postergarse. Para las reuniones generales (una a dos al año), en cambio, se supone que estén presentes todos los derechohabientes. En esta ocasión, se discuten los problemas generales de la comunidad, los cargos futuros, disputas por la tierra, la organización de la fiesta patronal...

Los trabajos de interés comunitario (*faenas*) implican la participación de todos los derechohabientes, cuando se refieren al conjunto de la comunidad (limpieza de carreteras, construcción de aulas, construcción de un centro comunitario, limpieza de los tanques agua para que abreen los rebaños...), o sólo

de algunos, cuando el interés no es compartido por todos (limpieza de canales de riego, por ejemplo).

En esos trabajos, la regla es la misma para todos: la participación de un miembro por familia de derechohabientes. Los migrantes están en la lista, pero en realidad no siempre participan en el trabajo. También puede ser el caso, por otra parte, de los asentados permanentes según el grado de tolerancia de las autoridades comunitarias, y siempre que las ausencias no se repitan demasiado. Una forma de compensar la ausencia es pagar a un reemplazo o bien pagar a la comunidad el equivalente a un salario diario. Esta obligación es sin embargo ambigua, ya que muchos migrantes –incluso los que hacen frecuentes idas y vueltas– no están al tanto de las fechas de los trabajos comunitarios. La obligación de participar en los trabajos no está estrictamente regulada. En realidad, la regla será especialmente recordada en momentos de diferendos o conflictos, cuando una ausencia excesiva será un argumento en desventaja del derechohabiente.

Por último, las obligaciones comunitarias de los derechohabientes se basan en el principio de igualdad para todos, en derechos y en deberes, tanto para los derechohabientes asentados permanentes en la comunidad como para los migrantes. En la práctica, sin embargo, a excepción del sistema de cargos, la obligación de estar presente es más flexible para los migrantes. Su condición específica, de hecho, es ampliamente aceptada y se reconoce que prestan otros servicios a la comunidad (la transferencia de competencias, postas para acoger a futuros migrantes, etc.).

Hasta la fecha, las normas comunitarias no se han escrito (excepto en las comunidades en las que interviene la ONG AVSF) (Félix y Villca, 2009) y son, por definición, evolutivas. Se trata de normas sociales establecidas por el colectivo, constantemente debatidas y negociadas. Establecen las obligaciones de cada individuo y la comunidad interviene en los casos donde no se respetan las normas. Si el derechohabiente no cumple con sus obligaciones, la norma específica que como último recurso la comunidad puede prohibirle cultivar al individuo e incluso puede llegar a confiscar sus tierras. En la práctica, sin embargo, no hemos encontrado este tipo de situaciones. A menudo hay una brecha entre las normas como tales y su aplicación o su elusión.

Relaciones de los migrantes con sus comunidades de origen

Para los migrantes, el vínculo con la comunidad de origen pasa por la presencia física puntual (visitas, presencia en las fiestas) y también por otras formas, cuando los retornos son imposibles. Estos vínculos con la comunidad de origen sin circulación física, ya sean materiales o ideales, pueden mantenerse de forma individual u organizada.

Migración y participación en fiestas

Las fiestas son un momento vital de la comunidad, en el que se reactiva el vínculo social e identitario, cuando se “re-ratifica” la pertenencia a la comunidad. Con un gran valor simbólico, son momentos fuertes que ritman la vida social de los individuos y la comunidad. La participación en las fiestas comunitarias es pues una razón importante para el retorno de los migrantes, fenómeno común en el medio rural, especialmente en los Andes. Es raro que un migrante descuida ese momento, tanto más cuanto las fiestas son la oportunidad para visitar a los más cercanos y afirmar la pertenencia a la comunidad.

La fiesta: una participación casi obligatoria

La participación en las fiestas no es obligatoria, pero está fuertemente recomendada a todos los miembros de la comunidad. Por otra parte, asumir el cargo de pasante, es decir, asumir la carga (financiera y organizacional) de la fiesta patronal según el sistema rotatorio, es una obligación para los derechohabientes que cultivan, independientemente de donde vivan: es el precio a pagar para preservar su derecho de uso de los recursos locales.

Para las fiestas del *ayllu*, que son mucho más pesadas en organización y gastos, el pasante (o alferéz) es generalmente una persona que se propone a sí misma para asumir esta carga. Pero es la comunidad en su conjunto la que está representada, y así todos sus miembros contribuyen con tiempo, dinero y materiales. Estas fiestas son fuente de prestigio, oportunidades para que toda la comunidad muestre su fuerza al juntarse, con todos los participantes reunidos bajo la bandera de la fiesta como una manifestación de su vitalidad. La participación de los migrantes es pues casi obligada, sobre todo cuando representan apoyos financieros significativos así como una eficiente mano de obra para la organización antes y durante la fiesta.

Hoy en día, muchos miembros de la comunidad residen fuera, sobre todo los de Chilalo, Otuyo, Candelaria y Palaya. Los momentos festivos, ya sean fiestas patronales o del *ayllu*, generan consecuentemente una notable afluencia de la población.

La fiesta: escenificación de pertenencias

La fiesta es un gran momento de demostración, una “puesta en escena de pertenencias”. Todo tiene que ser lo más perfecto y grandioso posible, en la medida de los medios disponibles. El honor brillará duraderamente en los organizadores, ya sean la única pareja de *pasantes* en el caso de la fiesta patronal o la pareja de pasantes y todos los miembros de la comunidad, en las fiestas del *ayllu*.

Participamos en la organización y realización de la fiesta de Salinas el 29 de junio del 2007, cuando la comunidad de Chilalo representaba al *ayllu* Huatari. Para la preparación de la fiesta, la gente se reúne tanto por sus comunidades de origen como por sus lugares de residencia y forman grupos de danza. Así, todos los que se reconocían de Chilalo prepararon la fiesta por su lado y se encontraron el Día D en Salinas. En la primera parte de la fiesta, los bailarines hacen una manifestación en el sitio. El grupo de asentados permanentes de Chilalo entra primero, a continuación siguen los migrantes originarios de Chilalo y venidos de Oruro, Iquique, Cochabamba y después La Paz. La fiesta es entonces a la vez un lugar de expresión de la identidad, en referencia con la comunidad de origen y el lugar de una distinción según los destinos migratorios.

La fiesta, momento de tensiones

Si la fiesta es un momento de alegría, placer y encuentros para la comunidad, también incluye tensiones, “ajustes de cuentas” o se exponen algunos malentendidos y viejas historias.

Dos días antes de la fiesta de Salinas en 2007, estalló un conflicto: los que residen en Chilalo no querían bailar en el mismo grupo que sus conciudadanos que residen en Salinas, pero que sin embargo se consideran asentados permanentes⁸⁸. La cuestión de la pertenencia está aquí, en el corazón de las tensiones: los que viven en doble residencia, incluso cerca, ¿son asentados permanentes o migrantes? En el momento de esta fiesta, se cristalizaron pues las tensiones identitarias en torno al derecho a pertenencia que, a menudo, se mezcla con tensiones intrafamiliares, ya que los principales actores del conflicto eran dos hogares directamente vinculados por un parentesco directo.

Sin embargo, nuestra presencia fue aceptada en este mencionado grupo de Chilalo junto a la de otros seis jóvenes: dos muchachas asentadas permanentes en Chilalo, otras tres originarias pero sin residencia estable, otra invitada originaria de otra comunidad. El significado dado al término “originario” y el de “asentado permanente” –un criterio *a priori* del derecho a participar– es pues, en todo momento, negociable.

Los migrantes, ¿el alma de la fiesta?

Para la organización de fiestas, los *pasantes* son alternativamente migrantes o asentados permanentes. Esta función es pues compartida, a diferencia de otras regiones donde sólo los migrantes, que tienen más medios, asumen las cargas financieras y

88 El pretexto de esta “división” es bastante “indirecta”, ya que los de Chilalo presumen que los trajes alquilados por los de Salinas no son suficientemente nuevos o bastante caros.

de organización de la fiesta. Es lo que muestra, por ejemplo, E. Madrid Lara en el caso del Altiplano central (1998) y G. Cortes en los valles de Cochabamba (1998). En la región del Salar de Uyuni, la contribución financiera de los migrantes es por supuesto importante, pero al mismo título que la de los asentados permanentes. No son pues los migrantes los que deciden el curso de la fiesta, incluso si, en la fiesta de Salinas en 2007, todos los grupos bailaron la *morenada*⁸⁹ y no las danzas tradicionales locales. Por último, los migrantes son particularmente honrados en una celebración especial: en Llica, la fiesta anual tradicional del 15 de agosto toma, cada tres años, la forma de una celebración especial para ellos.

Participación financiera

Se espera que todos los derechohabientes de la comunidad, incluidos los migrantes, contribuyan financieramente a las necesidades diarias de la misma, ya sea para comprar materiales para el local de la comunidad, para asegurar el mantenimiento de una obra o para la fiesta de la escuela.

Además de estas contribuciones financieras relacionadas con el funcionamiento de la comunidad, a todos los miembros migrantes (y no sólo a los derechohabientes) se les demanda con regularidad contribuciones financieras más "excepcionales": compra de uniformes para los jóvenes del club de fútbol, mantas, salarios de los albañiles para la construcción del local social, etc. Para cualquier caso, hoy en día, es común escuchar en las reuniones "se puede recurrir a los migrantes".

De hecho, la costumbre de apelar a los migrantes para acciones a favor de la comunidad es tan arraigada (esta idea antes era necesaria, ya que los migrantes tenían más medios que los permanentes) que la ayuda es ahora demandada por "principio", a veces sin relación con las necesidades reales de la comunidad. Es también una manera de forzar a los migrantes a seguir implicados en la vida de sus comunidades.

Servicios prestados fuera de la comunidad

A la participación de los migrantes en la comunidad se suma su contribución por servicios prestados a la misma en su lugar de migración. Los migrantes pueden llegar a ser, en efecto, personas-recursos según las necesidades de la comunidad. La organización de estos servicios se hace poco a poco, de forma individual o colectiva. Los migrantes residentes en la ciudad, debido a su proximidad a los centros de decisiones (prefectura, fundaciones...) pueden ser actores clave para el avance de una carpeta o para asistir a reuniones que involucran la vida de la comunidad. Su facilidad de acceso a los servicios de la ciudad también los hace movilizables

89 Danza de carnaval que representa más la identidad nacional y urbana que indígena y rural.

en el caso de ciertas compras para la comunidad. Igualmente, y esto es bastante nuevo, la comunidad puede contar hoy con personas diplomadas (jóvenes de la comunidad que estudiaron) para asesoramiento o asuntos administrativos.

Además, para hacer frente a la organización de las grandes fiestas, la comunidad designa a las comisiones en la ciudad. La organización de las fiestas locales es reveladora de la relación funcional y constante que se juega entre la ciudad y el campo, entre migrantes y no migrantes.

Así, la organización de la fiesta de la comunidad de Chilalo en Salinas en 2007 se preparó entre el aquí (Chilalo) y el allá (Oruro, La Paz, Cochabamba, Iquique). Participan en el comité organizador tanto un miembro residente en Chilalo como otro residente fuera. Sin que se entienda bien cómo, la comunicación pasa y es pasada, y se trata de encontrar la banda, la cocinera, el local para músicos... En cualquier caso, el día de la fiesta, todo está listo.

Por último, los migrantes se implican a diario en un sistema de reciprocidad, inter familiar ya que el que vive en la ciudad es con frecuencia el contacto inevitable en un primer momento de la migración. Alberga a los jóvenes migrantes, sobre todo a los que vienen a estudiar y los inserta en una red profesional. También recibe a miembros de la comunidad durante una breve estancia en la ciudad. No es raro que dos familias estén vinculadas por un acuerdo mutuo: una cuida las tierras en la comunidad y la otra proporciona una base permanente para los miembros migrantes o circulantes.

De tal forma, los servicios prestados por los migrantes, que operan a nivel de la instancia comunitaria o a nivel inter-familiar, muestran un permanente juego de reciprocidad, y al mismo tiempo lógicas de complementariedad e interdependencias socio-espaciales que enlazan ciudades y campos.

Lazos simbólicos o ideales

Los enlaces que se mantienen con la comunidad de origen toman formas específicas en los mismos lugares de migración. El restablecimiento de los vínculos comunitarios es un proceso bien conocido en el análisis de los fenómenos migratorios, en los que se establece una proximidad “natural” entre individuos de una misma comunidad de origen, incluso un mismo municipio. Este juego de la identidad se ve sobre todo en el extranjero o en los pueblos del interior de Bolivia. Los miembros de una comunidad de hecho tienden a agruparse en un mismo barrio de residencia. Recrear la comunidad, cuando ya no se reside allí y donde se va raramente, implica modos de organización más o menos formalizados. Esto puede tomar la forma de una fuerte proximidad social o simples “momentos compartidos” que marcan la vida cotidiana. Las actividades deportivas llevadas a cabo los fines de semana son momentos privilegiados de encuentro e intercambio sobre la comunidad. Veladas y fiestas patrias, generalmente organizadas por los centros

para inmigrantes (*Centro de residentes*), también son momentos importantes para mantener el vínculo.

Relaciones y tensiones sociales

Las múltiples formas de movilidad espacial que animan el territorio del Altiplano Sur, especialmente la migración de retorno o aún las prácticas circulatorias de los nuevos productores de quinua, que buscan gestionar mejor su ausencia física, manteniendo al mismo tiempo el acceso a los recursos, implican una renovación de las relaciones sociales en el seno de las comunidades. El enfrentamiento entre productores asentados permanentes, migrantes que retornan y productores que circulan tiene un fuerte impacto social en las comunidades, ya que tiende a cuestionar su cohesión, introducir una nueva jerarquía social y hace emerger algunas tensiones, cuando no conflictos.

Ciertamente, los vínculos entre los migrantes y sus comunidades de origen son diversos, y a menudo intensos. Sin duda que el auge de la quinua reactivó esos enlaces y alentó a los migrantes a reconectar con su espacio de origen, especialmente durante los días de fiesta, en los que se experimentan una renovación de los vínculos. Los originarios, que no reivindican ningún derecho a la tierra y que, por otra parte, aportan su contribución al funcionamiento de la comunidad, son siempre los bienvenidos y no son fuente de conflicto en la vida social. En cambio el retorno de los derechohabientes, que con razón reclaman sus derechos, es problemático. Este retorno a la agricultura, que a menudo se acompaña de un re-anclaje en la comunidad, es a veces mal visto por los que nunca la han “dejado”. Sin embargo, aceptar el retorno de un derechohabiente es una obligación de la comunidad. Entre los asentados permanentes, la situación a veces se experimenta como una intrusión en la vida comunitaria. Si son capaces de esquivar o rechazar a personas realmente exteriores (por ejemplo miembros de ONG), están obligados a respetar el derecho de pertenencia de los originarios de la comunidad. Se trata entonces de encontrar un equilibrio entre la tentación del rechazo y la obligación de aceptación.

Entre tensiones y búsqueda de equilibrio

El regreso de viejos migrantes para cultivar quinua a veces es difícilmente aceptado. Ya que –y esto lo dicen muchos con anclaje permanente– si la comunidad sigue existiendo como territorio vivo y como institución, es porque ellos mismos siempre han ayudado a mantenerla, hacerla vivir, defenderla, hacerla reconocer como OTB, lo que les permitió captar un presupuesto para dotarse de infraestructuras que funcionan. Encuentran entonces un poco “fácil” que quienes no participaron en

nada en la vida de la comunidad y su desarrollo, vuelvan reclamando sus derechos sin compensación.

Paralelamente, los permanentes deben recordar constantemente a los migrantes que ser miembro productor de la comunidad, no sólo es cultivar, especialmente si sólo se llega para algunos trabajos agrícolas, para partir inmediatamente después. La tensión viene a menudo de una posición contradictoria de parte de los permanentes: les gustaría que los migrantes participen más en la vida de la comunidad, pero al mismo tiempo, que no se metan demasiado en los asuntos locales.

En las comunidades, se escuchan a diario comentarios negativos sobre los productores migrantes. La de un miembro permanente de Chilalo resume el estado de ánimo general: “La gente de la comunidad se sacrificaron, los demás [los migrantes] aprovechan y se van”⁹⁰. El término de sacrificio vuelve con regularidad. La comunidad sin comodidades, el trabajo agrícola difícil y constante, los años sin cosechas... los que viven en la comunidad encuentran su vida difícil, incluso si la situación cambia. Hoy en día, el trabajo en el campo es más fácil con la llegada de los tractores; la electricidad y las carreteras han mejorado la calidad de vida. Por el contrario, muchos creen que las condiciones de vida en la ciudad son difíciles.

Un migrante que asume cargos, en especial el de corregidor auxiliar, es a menudo blanco de reproches: no convoca a suficientes reuniones, no está suficientemente presente, no supo manejar un conflicto, etc. Esta prueba se expresa también en las reuniones de la comunidad. Más allá de la presencia exigida a los miembros de la comunidad, la toma de la palabra de cada quien es un criterio importante de la “buena” participación. Las reuniones comunitarias son asambleas democráticas donde todo el mundo puede, e incluso debe, participar y expresarse. De hecho, la historia de cada individuo tiene su peso en la escucha que se le otorga. Los que crecieron en la comunidad, y que pasaron en ella la mayor parte de su vida, se benefician de mayor atención que los que nacieron allí, pero crecieron en otro lugar, o también los que nunca vivieron en la comunidad. Con esta jerarquía social implícita, la comunidad manifiesta que si el lugar de origen y pertenencia es para todos (“mi comunidad”), es sobre todo el lugar de una experiencia de la que dependen el grado de integración y legitimidad con que se es oído allí.

La alta dependencia de los productores circulantes de los productores permanentes que los ayudan (a cambio de remuneración) cuando vuelven –para el alojamiento y la comida, para el trabajo en los campos– establece cierto equilibrio en los lazos sociales, aunque confirmando esas relaciones jerárquicas.

Así, el Altiplano Sur no responde a un esquema clásico descrito en muchas otras situaciones rurales en el mundo, según el cual la migración crea una diferenciación social a favor de los migrantes que se posicionan de manera privilegiada

90 “La gente de la comunidad se sacrificaron, los demás aprovechan y se van” (Esperidion, asentado permanente en Chilalo, 06/2007).

en relación con los no migrantes, en términos de ingresos económicos, prestigio y reconocimiento social, acceso a redes. El migrante del Altiplano Sur no está necesariamente en una situación privilegiada por varias razones:

- si algunos migrantes regresan enriquecidos y lo muestran, la mayor parte no tienen más recursos que los permanentes. Ya que incluso si el fenómeno es reciente y no generalizable, el Altiplano Sur de hoy puede generar altos ingresos gracias al cultivo de quinua en comparación con las actividades que se practican en la ciudad,
- todos los permanente conocen la vida en las áreas de migración, y saben que a menudo es difícil en términos de las condiciones de trabajo y vivienda. Los migrantes no pueden, por tanto, basar su prestigio en la imagen positiva y el privilegio de la migración, como puede ser el caso, por ejemplo, en destinos lejanos.

Las tensiones entre migrantes y no migrantes son diarias. Se traducen más en palabras que en hechos, incluso si se dan algunas formas de mala intención (cuando no se muestran las parcelas, no se escucha a la persona). Pero la aceptación es la norma comunitaria y, al final, los retornos puntuales pero frecuentes de los migrantes también son un momento esperado por los asentados permanentes, en la medida en que ayudan a repoblar y renovar la vida comunitaria en determinados momentos del año.

Control y gestión territorial

La jerarquía social entre derechohabientes asentados permanentes y residentes no permanentes se expresa también en las formas de control y gestión territorial, es decir, en la toma de decisiones y las relaciones de poder dentro de la comunidad.

Son los asentados permanentes y, en algunos casos, algunos miembros dobles residentes, los que toman decisiones sobre la gestión de la comunidad. Los derechohabientes deben respetar las decisiones tomadas, bajo pena de tensiones o conflictos (recordemos que la agricultura es practicada por todos en tierras colectivas). Así, aunque no hay un control restrictivo sobre el acceso a nuevas tierras, los productores permanentes ejercen presión social sobre el derechohabiente que pretende apropiarse de demasiadas superficies grandes. Son, además, los actores de la interfaz con el exterior: con las comunidades vecinas, con funcionarios del Estado, o incluso ONGs. Son los que toman decisiones en eventuales negociaciones o acuerdos contractuales, especialmente cuando está en juego la financiación de proyectos.

Las relaciones entre productores derechohabientes, asentados permanentes y no permanentes, están siempre sujetas a un fuerte control social, que queda en manos

de quienes, por su estabilidad residencial en la comunidad, son los más legítimos para detentar del poder de decisión. En otros términos, la comunidad trans-local (es decir situada en varios lugares por la dispersión de sus miembros) no está lista para evolucionar en la comunidad extra-local (gestionada desde el exterior).

Más allá de la dicotomía asentados permanentes/migrantes

Las dificultades en las relaciones entre no migrantes y migrantes surgen a menudo, pero las tensiones sociales, ¿se refieren sólo a la oposición entre productores según el criterio de su residencia?

Mientras que la ONG AVSF (2009) estima que hay una fuerte dualidad entre, por una parte, los productores migrantes que serían los “malos alumnos del desarrollo sostenible” y fuentes de conflicto y, por otra, los productores asentados permanentes, que tendrían prácticas sostenibles, una “buena” gestión territorial que perpetúa las prácticas ancestrales. Pero conviene relativizar este punto de vista, ya que ni los productores migrantes ni los productores asentados permanentes forman una sola categoría. La dicotomía asentados permanentes/migrantes, es recurrente tanto en los discursos cotidianos de los miembros de las comunidades como en el de la ONG AVSF, y merece ser interpretada de forma matizada, tan complejas son las configuraciones y ajustes sociales. Parece que las dualidades no juegan tanto entre esas dos categorías como entre individuos y familias, que tienen estatus y legitimidades diferenciadas dentro de las comunidades a partir de sus recorridos de vida, por un lado, y entre generaciones, por otro.

Las situaciones de conflicto ponen cara a cara tanto a permanentes entre ellos (animales pisoteando o pastando tierras cultivadas, problemas de límites de parcelas) como a permanentes con migrantes. De tal forma, los conflictos por tierras, que hoy de hecho están en una fase de exacerbación, en parte por la nueva presión sobre los recursos, en parte por el regreso de los derechohabientes migrantes, no son los únicos objetos de tensión. Y, por último, los derechohabientes asentados permanentes reconocen que ellos mismos pasaron por sobre las leyes comunitarias en la medida en que debían distribuir tierras para su uso agrícola a todos los derechohabientes, comprendidos los migrantes. No habiéndolo hecho, ahora es el momento de la negociación. La carrera por la tierra, en un contexto de saturación de las tierras comunitarias y altos precios de venta de la quinua, hoy es un asunto de todos, migrantes y no migrantes.

Del mismo modo, el ejercicio de cargos rotativos tiende a sancionar moralmente a los no permanentes por su manera de asumir su función. También conviene relativizar esta dualidad, en la medida en que algunos miembros asentados permanentes también pueden faltar a su deber. Para las fiestas, por último, los migrantes a cargo de la organización son a veces señalados por su ausencia, su ignorancia de rituales o el desarrollo de la fiesta, aunque siempre haya alguien

mayor para mostrar el camino a seguir. En realidad, las dualidades son más visibles entre las diferentes generaciones. Los jóvenes, cada vez más atrapados por los deseos de consumo y confort, son reacios a aprender los rituales asociados con las festividades⁹¹ y, de hecho, las generaciones mayores se preguntan sobre las perspectivas de transmisión de las prácticas tradicionales.

El sentido de los retornos a las comunidades

Las trayectorias de circulación y el lazo con la actividad agrícola, más allá de su particularidad, cuestionan el sentido que hay que darle a los retornos de migrantes a su comunidad. Los últimos años, el regreso de los derechohabientes que vuelven a conectar con la actividad agrícola, aunque no hubieran cultivado muchos años, ni siquiera confiado sus tierra para cultivar, es un fenómeno que ha crecido en todas las comunidades. ¿Por qué vuelven?

El regreso de los migrantes, a veces después de largos años de ausencia, está obviamente relacionado con la atracción de las perspectivas de beneficios económicos que representa ahora la quinua. Pero las dimensiones identitarias, sociales y patrimoniales, inscritas en las relaciones con el pasado y el futuro, también están en el corazón de esa movilidad de retorno.

Preservar un futuro patrimonial

En primer lugar, los migrantes vuelven cuando no se respetan sus derechos a la tierra. De hecho, hasta hace poco, el derechohabiente que no cultivaba su tierra mantenía el acceso exclusivo y nadie podía cultivarla sin su consentimiento. La excepción a esta regla, constatada en muchos lugares, amenaza la naturaleza patrimonial del usufructo de la tierra que, en principio, está garantizado para todo derechohabiente de la comunidad, presente o ausente.

Luego, con la desaparición de las "zonas de producción" (Mayer, 1992), donde cada espacio se regía por normas específicas de uso⁹², otro derecho es "vulnerado": la comunidad ya no reparte tierras a todos los derechohabientes. Esta repartición, o esta regulación activa de los problemas de la tierra en la comunidad, permitía un acceso a la tierra relativamente equitativo entre todos. Al haberse abandonado esta práctica comunitaria, los ausentes no pudieron beneficiarse con nuevas tierras durante la expansión de la quinua.

Estas nuevas prácticas introducen incertidumbre en cuanto a la capacidad de las familias para construir y anticipar, a largo plazo, su patrimonio en tierras:

91 Sobre todo las ofrendas a la *Pachamama* (madre tierra) que, después de un ritual bien establecido, tienen lugar en el territorio de la comunidad según un calendario preciso que varía con la naturaleza de la fiesta.

92 Cf. p. 76 definición de las zonas de producción.

a la pérdida potencial, por la obligación de la presencia, se suma la exclusión de ciertos miembros del proceso de desarrollo de nuevas tierras, ya que el avance del frente de los cultivos no se hace por repartición comunitaria, sino por acaparamiento individual.

El primer punto tiene implicaciones que van mucho más allá del simple hecho de la pérdida de un bien material. La pertenencia y el estatuto de derechohabiente de una comunidad se definen primero por su derecho de acceso a la tierra. Sin tierra, pierde su legitimidad y su lugar dentro la comunidad; él y todos sus descendientes. El segundo punto no es menos crucial. Estar ausente en ese momento clave de la historia agraria de la región, cuando finalmente se decide el futuro de la repartición de tierras entre familias, también significa la pérdida de un potencial para la descendencia. Así, para no perder sus derechos, hay que “ocupar el terreno”, es decir, estar presente en la comunidad tanto para cultivar como para cumplir sus obligaciones. En este sentido, el retorno para cultivar es un marcaje del territorio. Porque la tierra representa una seguridad absoluta, definitiva e inalienable. Y las familias saben que ellas, o sus hijos, siempre podrán replegarse a desarrollar sus tierras en caso de necesidad.

Los costos económicos y sociales del retorno

Emprender con el cultivo de la quinua supone costos financieros inherentes al sistema de cultivo: sobre todo la contratación de servicios del tractorista y los jornaleros. Estos costos deben asumirse sin garantía de rentabilidad, ya que la sequía y/o las heladas pueden dañar toda o parte de la cosecha. Para los productores pluriactivos, la actividad no agrícola se utiliza para financiar los costes de producción, a menos que ahorren los beneficios de la quinua para re inyectarlos en el cultivo del próximo año. A esos costos de producción, se añaden los de la participación en la vida comunitaria (contribuciones, fiestas), sin contar con el dinero necesario para el reasentamiento en la comunidad, lo que significa la renovación o la construcción de una casa. Los miembros que salieron de la comunidad hace mucho tiempo, de hecho, a menudo ni siquiera tuvieron su propia casa. Cuando pueden, llegan primero a vivir con familiares, luego se construyen una casa nueva con materiales modernos.

Pasar tiempo en la comunidad significa una planificación espacial residencial familiar y la reorganización de su tiempo. Cuando la familia no viene sino para visitas, esto no significa necesariamente que tiene una vivienda allí, y en todo caso, hay que hacerse de tiempo y enfrentar los gastos de viaje. Las trayectorias de circulación, en paralelo con las de recorridos residenciales y profesionales, muestran diferentes etapas en el proceso de retorno, incluso si no son realizadas por todos y según la misma temporalidad. Primero está la reanudación de los contactos a través de visitas puntuales, para ver la familia y las tierras, eventualmente

participar en las fiestas, etc. La segunda etapa consiste en ir a cultivar, lo que implica estadías prolongadas en la comunidad durante el tiempo de los trabajos agrícolas. La tercera etapa, en fin, es el momento de la integración local, que necesita permanecer más tiempo, llevar a los niños allí durante las vacaciones, en otras palabras, invertir la escena. Si algunos no prevén este último paso, será casi obligatorio el momento de asumir un cargo que requiere una presencia sostenida, aunque no continua, en la comunidad.

Al final, el acto de retorno reviste tres dimensiones temporales en las que el migrante se proyecta: el pasado (“vuelvo, porque soy de aquí”), el presente (“vengo a hacer plata para vivir mejor”) y el futuro (“vengo a constituir un capital de tierra para mis hijos, acaso⁹³”). En un movimiento de pura racionalidad económica, se podría pensar que el derechohabiente de la comunidad calcula su costo de oportunidad para pensar en su retorno (costo, beneficio, riesgo). Una primera objeción está en el hecho de que para los aymara, el factor tiempo no es considerado como un costo. Héctor González indica que en el caso de Chile (Com. pers. 2008), “Los aymaras pueden soportar un equilibrio económico más bajo que otros [chilenos]. Es decir que pueden enfrentar gastos elevados para pequeños ingresos, ya que no tienen en cuenta muchas variables como la mano de obra, la tierra... Aunque para algunos ese comportamiento no es económicamente racional, para ellos lo es. Aplican la teoría económica de minimización de riesgos e inversión a mínima”. Entonces, como hemos visto, más allá de los factores económicos, los factores sociales y el potencial que representan las tierras comunitarias influyen mucho en la decisión de regresar. Es pues mucho más allá de la dimensión económica que conviene considerar ese “retorno” de los migrantes a la agricultura.

93 “Yo soy de acá”, “hacer plata para vivir mejor”, “acaso para los hijos”.

Conclusión Parte IV

El análisis de las interacciones entre movilidad espacial, y gestión de recursos locales relacionados con la dinámica del auge de la quinua, pone en evidencia un complejo sistema de interferencias. El estudio de los lazos que articulan sistema de movilidad y sistema productivo ha mostrado, por otra parte, la originalidad de una organización socio-espacial y una relación con el territorio fundada en lógicas plurales de interdependencia y complementariedad entre migrantes y no migrantes, entre la ciudad y el campo, entre un aquí y un allá. De hecho, las familias originarias de las comunidades del Altiplano Sur, perpetúan una larga tradición de complementariedad de espacios, cultivan la pluralidad. Pluralidad de lugares, pluralidad de actividades. “Juegan” en varios lugares, pero también sobre varias referencias identitarias (Charbit, 1997; Tarrus, 2004). Lo vivido por estos campesinos de la región del salar de Uyuni muestra que no buscan elegir entre dos culturas (por un lado, la “ciudad globalizada” y por otro “el campo tradicional”), pero que viven y se identifican con ambas. Están, por así decirlo, a la vez “mundializados” y atados a la *Pachamama*. El genio de esta sociedad rural se expresa en los procedimientos que emplea para combinar lugares, actividades e identidades. Los arreglos dentro de las familias buscan varios objetivos: organizar la producción, mantener el vínculo con el lugar de origen, cumplir con las obligaciones comunitarias, combinar el conjunto de las necesidades diarias. Así, la configuración de territorios multisituados a escala familiar se combina con una plasticidad de configuraciones residenciales y circulatorias. La movilidad de las personas en muchos casos “sirve” al proyecto familiar y cada cual, de alguna manera, es “movilizable” en función de las necesidades en el espacio de origen. Esto es lo que permite a las familias, en última instancia, desarrollar una actividad agrícola a nivel local. Para las que habían dejado de cultivar y retomaron la agricultura, esto corresponde a la reactivación de un espacio-recurso y un nuevo despliegue del dispositivo familiar. Al final, las familias del altiplano son multipolares, su territorialidad es multisituada y su organización es plástica.

El fuerte lazo entre movilidad y recursos en tierras ha aparecido en todas las trayectorias migratorias. La cuestión del acceso a la tierra es un factor determinante de las formas adoptadas por las trayectorias: se emigra al no tener acceso a la tierra; se vuelve para preservar su patrimonio en tierra; se circula para cultivar, etc. El auge de la quinua implicó para las familias una adaptación de sus sistemas de actividad, de su dispositivo de dispersión residencial y sus prácticas de circulación. Las trayectorias individuales de movilidad (migración y circulación) deben ser leídas a la luz de las esferas comunitaria y familiar. Cada individuo no es totalmente “libre” de elegir sus lazos con la comunidad, sus modos de

comunidad, sus modos de circulación. La comunidad y la familia establecen las normas de acceso a los recursos a los que los individuos deben conformarse. Entre tanto, los padres son capaces de imponer a sus hijos una parte de su trayectoria residencial y de circulación.

Con todo, puede plantearse la cuestión de los impactos locales y a escala colectiva de tales arreglos y multipolaridades familiares: ¿no se encuentran obstáculos, o al menos límites? Así, la inversión de ingresos debidos al cultivo de la quinua fuera de la comunidad significa un déficit a nivel local; poner sus hijos en la escuela de la ciudad significa muy pocos niños como para mantener abierta la escuela de la comunidad y constituye por tanto un freno al dinamismo local a largo plazo; un sistema que se basa en gran parte en la entre ayuda familiar significa que los que están aislados de él quedan excluidos; los derechos de uso de los recursos, que se prestan sin obligación de presencia, avalan el riesgo de declive demográfico y de una menor participación de la población en temas de desarrollo local.

Las comunidades, conscientes del recurso que representa la dispersión de sus miembros, no están menos preocupadas por su futuro y su dinamismo propios. Si el funcionamiento y la sostenibilidad de la comunidad se basan en las relaciones de complementariedad e interdependencia entre migrantes y no migrantes, es el momento para la adaptación y reorganización de las obligaciones sociales.

Por último, el estudio de las prácticas de movilidad, con sus relaciones con el devenir del territorio de origen, revela un sistema complejo cuya comprensión requiere no sólo tomar en cuenta la interdependencia de sus diferentes unidades sociales (individuo, pareja, familia, comunidad), sino también las del ciclo anual del sistema de producción y los ciclos de vida.

Conclusión general

El incierto devenir de un territorio

Una región en profunda mutación

La globalización es un vector de cambios profundos en la mayor parte de las regiones del mundo. El Altiplano Sur de Bolivia, región que hasta ahora se mantuvo al margen de los ejes estratégicos de desarrollo en el país, hoy ve su agricultura comprometida en un proceso de integración en el mercado mundial y se convierte, al mismo tiempo, en un espacio-clave en las estrategias de desarrollo territorial, tanto a nivel regional como nacional. Más allá de esos desafíos políticos, el auge de la quinua produce impactos locales, especialmente cambios territoriales y transformaciones rurales en relación con los sistemas de actividades y las prácticas de movilidad de la población. El auge de la quinua para exportación, que empezó hace más de veinte años, cuestiona de hecho muchas dimensiones del cambio social y espacial. El Altiplano Sur se encuentra hoy en una encrucijada de su “trayectoria territorial”, término que se refiere a mutaciones multidimensionales resituadas en una dinámica socio-espacial de largo plazo. Es que, si el auge de la quinua cuestiona, en primer lugar, la rápida transición de una agricultura familiar de subsistencia en una agricultura familiar de exportación, y por ello cuestiona también los modelos de desarrollo agrícola en el Sur, dicho auge es fuente de mutaciones aún mayores, también más complejas, que afectan por igual a dimensiones ambientales, económicas, sociales e incluso de identidad. En definitiva, hablar de trayectoria territorial plantea preguntas sobre la transformación del auge de la quinua en un proceso de desarrollo más sostenible. Esto implica entonces replantearlo a la luz de los acontecimientos, inflexiones, rupturas de diversos tipos y que, acumulados con el paso del tiempo, participan en la metamorfosis de esos territorios rurales. Una cronología con múltiples entradas (fig. 48) pone en paralelo a los cambios en los diferentes niveles: contexto nacional, la migración, los cambios llegados a diferentes niveles: contexto nacional, migraciones, actores, comercialización de la producción agrícola, cría de animales, técnicas y prácticas agrícolas, uso y manejo del territorio, impactos sociales y ambientales.

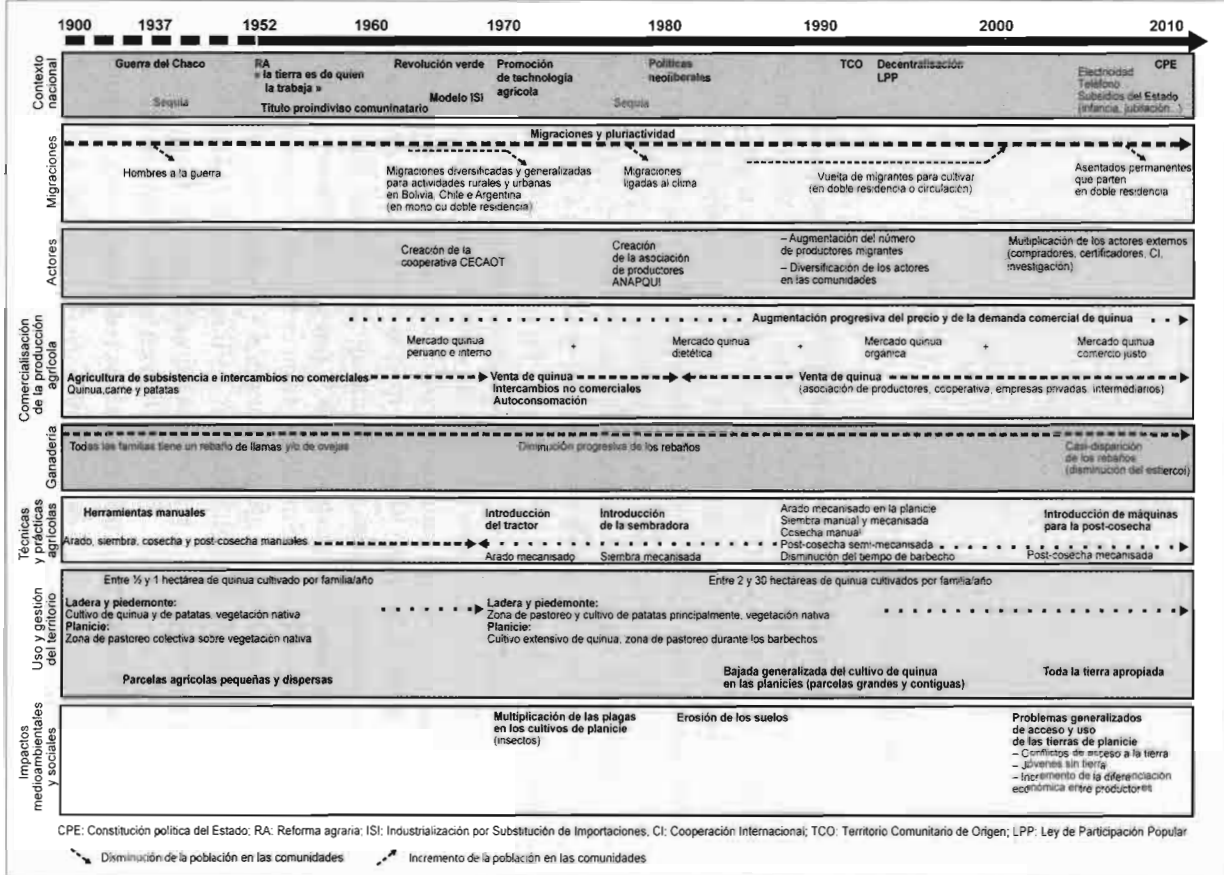


Figura 48
 Cronología de los cambios alrededor de la producción de quinua en el Altiplano Sur boliviano.
 Fuente: Vassas y Vieira Pak, 2010: 8, modificado por A. Vassas Toral.

Una reorganización de los sistemas de actividades y movilidad

El auge de la quinua engendró un profundo cambio territorial que se juega a largo plazo, afectando a la vez a la función económica y productiva de estos espacios, a las organizaciones sociales inter e intra-familiares, a las relaciones de pertenencia e identificación de las poblaciones en el territorio local, hasta los sistemas de actividades y movilidad.

Como en la mayor parte de los campos andinos, las familias del Altiplano Sur recurren, desde hace mucho, a una estrategia de dispersión de riesgos (agroclimáticos, económicos) a través de la práctica combinada de varias actividades. Si, previamente, agricultura y crianza fueron dos actividades dominantes y complementarias, esta última se ha ido abandonando en favor del cultivo de la quinua, pero también de otras actividades desarrolladas fuera de las comunidades rurales. La pluri-actividad multi-localizada es hoy, más que nunca, la base de las economías familiares rurales y su relación con el espacio.

La pluri-actividad garantiza cierta seguridad de ingresos y significa, por tanto, menos expectativas depositadas en cada actividad. Sin embargo, esta seguridad puede disminuir pronto cuando nuevos factores de riesgo concurren, como en el caso de la producción de quinua en tierras sujetas a fuertes presiones ambientales. La pluri-actividad permite, por otra parte, transferencias monetarias en el sistema de actividad. De esta forma, los ingresos de la migración financiaron, en determinados casos y momentos, los gastos o inversiones relacionadas con la producción de quinua. Inversamente, los ingresos agrícolas son transferidos hoy a otros sectores (turismo, comercio...).

La reorganización de los sistemas de actividades es inseparable de la tocante a las prácticas de movilidad. Hasta la década de 1970, la producción de quinua estaba destinada al auto consumo y al trueque. Los agricultores estaban forzados a buscar en otra parte las fuentes de ingresos y suplementos para su suministro alimentario. La movilidad estaba, entonces, en el centro de las estrategias de reproducción económica y social de las familias. Era temporal o estacional, a veces circular (doble residencia) en el caso del trabajo en las minas o empleos agrícolas en Chile. Parte de esos movimientos se convirtieron luego en migraciones “definitivas” en el caso de viajes a las ciudades del país.

El auge de la quinua de exportación hoy implica un cambio real en las trayectorias migratorias de la región. En primer lugar, induce a un movimiento de contra-migración, con el regreso a la agricultura de antiguos migrantes, aquellos que partieron a La Paz, Oruro, Cochabamba, Santa Cruz, o incluso el Alto Beni, los que fueron relocalizados de las minas en la década de 1980, o incluso aquellos que probaron su suerte en Chile o Argentina. Los nuevos modos de producción, y especialmente la mecanización, en segundo lugar, engendraron formas más complejas de migración y prácticas de movilidad. De hecho, estos movimientos

de retorno a la agricultura no significaron instalaciones residenciales sistemáticas en las comunidades rurales. Más bien se acompañaron de una intensificación de la movilidad de la población, sobre todo a escala regional, que se tradujo en el despliegue de lógicas de doble residencia, circulación y movimientos de idas y venidas.

Los sistemas de movilidad de los agricultores y sus familias con residencia permanente en la comunidad indican, sin embargo, tendencias muy contradictorias. Los ingresos de la quinua y la pluri-actividad asociada permitieron, por un lado, la reducción de circulaciones ligadas al trabajo temporal o estacional fuera de las comunidades. Y en algunos casos, la quinua permitió a los jóvenes construir su futuro en la comunidad. Pero, por otra parte, las aspiraciones para la educación y formación de los niños reactivaron las estrategias de movilidad hacia la ciudad. Elevar el nivel de vida, gracias a los ingresos de quinua, llevó a muchas familias a preferir la escolarización de sus hijos en la ciudad y desplegar estrategias residenciales urbanas que se tradujeron, de nuevo, en el desarrollo de la multi-residencia. Por tanto, las motivaciones que guían la movilidad cambiaron desde que ella no está a la búsqueda de ingresos sino tras la ascensión y movilidad social para sus hijos. Dicho esto, con la escolarización y la educación superior más costosos, las familias, además del cultivo de la quinua, recurren a otras actividades en la ciudad (comercio, en particular).

Territorialidades cada vez más complejas

El auge de la quinua modificó e hizo más complejas las territorialidades individuales y familiares. Si los retornos se tradujeron en re-anclajes en las comunidades de origen, se trata principalmente de lógicas de multi-anclajes, que se hacen más comunes. La dispersión de los miembros de la familia que mantienen lazos de solidaridad y complementariedad, y la movilización de una red de lugares que se teje en un espacio agrandado, fundan la organización social, tanto intrafamiliar como interfamiliar. Esos dispositivos socio-espaciales también permiten, en un contexto en el que los sistemas de producción agrícola no implican una actividad a tiempo completo, desarrollar estrategias de cultivo “a distancia” de la quinua.

La plasticidad de las formas de territorialización de las poblaciones del Altiplano Sur tiene que ver entonces con su inscripción en espacios de vida múltiples. Las trayectorias de vida de individuos y familias, en las que los eventos de movilidad dan más cuenta de desplazamientos que de migraciones en el sentido clásico del término, mostraron la capacidad de las personas para ampliar o reducir constantemente su espacio residencial, integrando a su espacio vital lugares nuevos o ya familiares (Domenach y Picouet 1987; Courgeau, 1988; Sassonne, 2008). En estos dispositivos, las funciones de los espacios cambian, las lógicas de inversión

material o inmaterial van de un lugar a otro, la organización de los viajes diarios, así como los tiempos de presencia en los lugares, son constantemente reajustados. La organización poli céntrica de muchas familias, que despliegan sus estrategias cotidianas en el seno de un territorio multisituado, rompe así con la concepción de un mundo rural “uni-centrado”, es decir, fundado en un anclaje y un referente únicos. Estas formas de multi-localización, que no fragmentan los múltiples lugares del espacio de vida, resultan ser un recurso espacial en el sentido en que lo entiende E. Ma Mung (1999), aun si la dispersión familiar también incluye costes y riesgos sociales: inestabilidad, separación y dispersión de las familias. Ellas “juegan” así con varias actividades y varios espacios, manejan más asideros territoriales, navegando entre ciudad y campo. Debido a que es más circulación que migración, esta forma de movilidad es, finalmente, una alternativa tanto al retorno residencial estable a la comunidad y como al éxodo definitivo en la ciudad.

Por tanto, las prácticas de movilidad, estrechamente vinculadas a los sistemas de actividades familiares, se adaptaron a los efectos de circunstancias y oportunidades que revelan fuertes capacidades de respuesta y adaptación al nuevo contexto de la quinua globalizada. Por la plasticidad de su organización social y su inscripción espacial, las poblaciones del Altiplano Sur tienen una gran capacidad de respuesta al campo de posibles. Pueden y saben cómo aprovechar las oportunidades de trabajo y actividad, en constante adaptación de sus prácticas cotidianas, su forma de vivir y su manera de habitar.

La multipolarización territorial de las poblaciones, si no es nueva en sí misma, y más aún en el contexto de las sociedades andinas, se ha fortalecido. Recordemos por último, que estos territorios multisituados se fabrican en temporalidades largas, a todo lo largo del ciclo de vida. De hecho, la multi-polarización territorial sólo se hace posible por la permanencia de los lazos que mantienen los migrantes con sus comunidades de origen, a través de su recorrido migratorio. Esta continuidad de los lazos comunitarios, condición misma de la pertenencia y la preservación del acceso a los recursos locales, permitió a muchos regresar a cultivar, o poder constituir un patrimonio en tierras.

Reformulación de un continuo ciudad-campo

Para las poblaciones del Altiplano Sur, ciudad y campo no son mundos inconexos. La economía de la quinua reposa, de hecho, en una organización territorial, en la que la dispersión residencial de agricultores da lugar a comunidades rurales “translocales” (Gundermann Kröll y González Cortez, 2008). Las redes sociales estructuran en ella las circulaciones y tejen un continuo entre los mundos urbano y rural que están completamente entrelazados y son complementarios, vinculados entre ellos por una “interdependencia reticular” (Antheaume *et al.*, 1987). Todos

los individuos de las comunidades de la región del Salar de Uyuni, en efecto, tienen una experiencia de la ciudad, ya sea por trabajo o por otras actividades (comercio, educación, etc.). Por otra parte, toda la organización social del trabajo agrícola de la granja y la movilización de la mano de obra familiar se basa en la interdependencia ciudad-campo y, más precisamente el recurso a los migrantes. En otras palabras, la campaña extrae sus recursos de la ciudad pero, a la inversa también, ya que los ciudadanos-agricultores encuentran una nueva fuente de ingresos en sus comunidades de origen.

El éxito de la quinua le debe mucho, en última instancia, a ese capital extra comunitario (Gajardo Arriaza, 2007) que representan los miembros de comunidades que viven en el exterior, pero que se identifican con su espacio de origen, cultivan, participan en la vida local, en los trabajos colectivos, las fiestas... El capital extra comunitario aparece como un recurso y una fuerza movilizable. Pero también puede ser fuente de profunda transformación y debilitamiento de las formas colectivas de gestión del territorio local. El proceso podría ser el de una extra-territorialización, es decir la transición de una comunidad translocal a una comunidad extra-local, lo que se traduce en el cambio del centro de decisión hacia el exterior, con el riesgo de una toma de poder y control de los recursos locales por los migrantes⁹⁴. Parece sin embargo que estamos lejos de un proceso de ese tipo, aunque surgen algunos signos en algunas comunidades.

Los asentados permanentes, circulantes o no, los dobles residentes, así como la instancia comunitaria que permite la apropiación de tierras hasta cierto límite, intentan mantener un derecho de control sobre los modos de uso de los recursos locales. Las tensiones o conflictos por la tierra son reveladores de ello. También es cierto que la dispersión de los lugares de migración, a nivel nacional e internacional, puede frenar una posible organización de los migrantes para una acción extra-local concertada.

Otro factor importante y que se ha afirmado en los últimos años, tiene que ver con la acumulación monetaria permitida por el cultivo de quinua. Además del aumento del nivel de vida de la población, estos ahorros, cuando se reinvierten localmente, permiten fortalecer la pluri-actividad, por ejemplo mediante la compra de un tractor o la construcción de infraestructura turística. Así, la diferenciación social a nivel de ingresos, que en otro momento favorecía a los migrantes que habían podido formarse e insertarse en la ciudad, toma nuevas formas. Ahora, los productores asentados permanentes pueden estar mejor dotados que los que viven fuera. Desde el auge de la quinua, es posible ganar más dinero en la agricultura que en una actividad de la ciudad. Quien ha reinvertido parte de las ganancias

94 Este proceso se observa a menudo en el caso de las migraciones internacionales en que las comunidades de migrantes al extranjero adquieren prestigio social en sus comunidades de origen y un poder de control de los recursos locales, debido a su nivel de ingresos y su capacidad de ahorro.

de la quinua en la compra de un tractor es más rico que el albañil en Oruro. Esta revalorización de la agricultura es una importante inversión de las ruralidades de esas regiones andinas.

El modelo centro-periferia, que opone clásicamente ciudad y campo, aquí llega a invertirse. Las lógicas de transferencia de dinero expresan esta inversión, ya que si dichas transferencias se realizaban antes desde el exterior hacia las comunidades (que a veces también se invirtieron en el cultivo de quinua...), hoy son los productores de quinua los que invierten en la ciudad, en vivienda, un negocio, o la educación de sus hijos o incluso enviando dinero a los migrantes. En comparación, las inversiones en proyectos productivos en las comunidades siguen siendo relativamente limitadas, tanto para los productores circulantes como para los permanentes que, todos ellos, dan la impresión de preparar su “salida” de las comunidades. En otras palabras, los beneficios económicos a nivel local son mínimos en relación con los beneficios relacionados con la producción de quinua, cuyo valor añadido es, en su mayor parte, transferida a la ciudad.

¿Otra relación con el espacio rural de origen?

El análisis de las formas de anclaje, a través de las trayectorias de movilidad y las relaciones con el lugar de origen, mostró que los productores de quinua atribuyen funciones al espacio rural que pueden ser muy diferentes. En efecto, la comunidad de origen puede ser la base de la reproducción económica, social y cultural. Pero también puede que no provea más que una renta complementaria, ya que la agricultura está esencialmente destinada al consumo propio y a que el dinero se lo consigue fuera. En otros casos, especialmente para los ciudadanos-agricultores, la comunidad de origen puede reducirse sólo a su función productiva. Entonces prevalece una relación pecuniaria con el espacio y una lógica “extractivista”, sin una fuerte identificación con el lugar de origen. Inversamente, la comunidad puede ser el lugar de una estrategia patrimonial e identitaria. Es el caso de muchos migrantes-circulantes o residentes temporales que encuentran una manera de mantenerse derechohabientes, a pesar de sus ausencias. Al confiar sus parcelas y su ganado, sin tratar de retirar los consecuentes beneficios económicos, conservan sus derechos de acceso a los recursos locales, mantienen su pertenencia a la comunidad y anticipan un eventual retorno.

Esta pluralidad de relaciones con el espacio de origen debe compararse con la complejidad del tablero social local. Efectivamente, el auge de la quinua se acompaña con una multiplicación y diversificación de los actores locales. En primer lugar, los perfiles de los productores son más diversos que antes debido a la multiplicidad de sus trayectorias de vida y sus aspiraciones. Luego, los intermediarios comerciales (ya sean independientes, de empresas privadas o cooperativas), aun cuando

vienen desde lejos para comprar quinua, se han convertido en actores de primera importancia a través de las normas de producción que imponen (Carimentrand y Ballet, 2008). Por último, el auge de la quinua se presenta en un momento en que ocurren grandes cambios políticos a nivel nacional, con un creciente papel de proyectos y programas de desarrollo en torno a la producción de la quinua. Esta proliferación de actores participa allí de una profunda mutación en el tejido social de las zonas rurales del altiplano, donde el campesino-criador aymara o quechua ya no es la única figura de esas tierras altas.

Vuelven... ¿pero se quedarán?

Hoy en día, las comunidades del Altiplano Sur viven pulsaciones demográficas durante el año, dependientes de los ciclos de producción de la quinua, pero también de la vida festiva y colectiva local. La movilidad circular de los productores se traduce en una alternancia de llenos y vacíos demográficos. El auge de la quinua ha permitido en ese sentido una repoblación, por lo menos estacional, de las comunidades rurales. Una renovación demográfica más permanente, más estable, parece difícil de concebir, ya que no se cumplen las condiciones económicas, sociales y ecológicas para la sostenibilidad agrícola.

En menos de quince años, la flexibilidad territorial de estas poblaciones ha permitido a las familias del Altiplano Sur aprovechar la oportunidad que hoy representa la quinua. La larga tradición de movilidad espacial y pluri-actividad es indudablemente un factor de adaptabilidad a los cambios externos. Pero esta capacidad de adaptación también puede traducirse en lógicas “oportunistas”, que van a contracorriente de lo que es una organización colectiva. Por ejemplo, los productores de quinua venden al mejor postor en detrimento, a veces, de la creación o existencia de organizaciones colectivas de productores que pueden representar una fuerza frente al mercado. Por otra parte, esta misma flexibilidad sugiere que cuando el auge de la quinua haya terminado, la gente se replegará hacia otras oportunidades. Resulta para ellas inútil, en ese caso, invertir localmente, proyectarse en una instalación permanente en la comunidad. En ese sentido, las personas no expresan una visión muy clara sobre las condiciones necesarias para dicha sostenibilidad, sobre todo las condiciones económicas, sociales y ecológicas de una agricultura sostenible y, en el nuevo contexto de una economía globalizada, en ruptura con las prácticas anteriores.

Las actividades agrícolas de las poblaciones del Altiplano Sur siempre han sido concebidas para tener en cuenta los riesgos climáticos. Esta gestión de riesgos llevó a establecer un calendario agrícola y prácticas específicas de la región. Además, estas actividades agrícolas con mucha frecuencia se han incorporado a una serie de actividades mucho más amplias. El desarrollo extraordinario del cultivo

de quinua en las últimas décadas no ha cambiado fundamentalmente este punto de vista. Obviamente, no más hoy que ayer, el cultivo de la quinua, a un tiempo aleatorio e incierto, no es considerado, por los habitantes de estas zonas, como la única fuente regular de ingresos para las familias. Demasiado aleatorio debido a los accidentes climáticos (sequía, granizo, heladas), la cosecha de quinua no está garantizada cada año, y su futuro resulta demasiado incierto, por la evolución del clima (Pouteau, 2008), la volatilidad del mercado y la aparición de la competencia comercial de los países vecinos (Ecuador, Perú, Chile, Argentina) o lejanos (Estados Unidos y Canadá están empezando a producir quinua significativamente, y nacen proyectos en Marruecos, India, Vietnam y otros países).

Por otra parte, las potencialidades de aumento de la producción agrícola ya no son tan grandes como al comienzo del período de expansión de la quinua. De hecho, hasta ahora, el aumento de la producción se basó principalmente en el aumento de las superficies cultivadas, y no en la mejora de rendimientos por hectárea. Pero la extensión de las tierras agrícolas va alcanzando sus límites, sobre todo en las zonas más antiguas de esta expansión, por lo que la continuación del proceso pasará por una fase de intensificación del sistema de producción (prácticas de cultivo más cuidadosas, fertilización del suelo, lucha contra las plagas). Las prácticas agrícolas actuales ya tienen un fuerte impacto en el frágil medio ambiente del Altiplano Sur: erosión eólica, baja renovación de la fertilidad del suelo, proliferación de plagas, etc. Por tanto, una verdadera reflexión sobre el desarrollo de la agricultura en el Altiplano Sur deberá integrar esos elementos, tanto para la actividad agrícola como para la cría, ya que la recuperación de la cobertura vegetal necesaria para la conversión de los cultivos en pastizales exigirá muchos años (Joffre y Ochoa, 2008).

Mientras tanto, las nuevas diferenciaciones relacionadas con los modos de acceso a la tierra afectarán a las generaciones futuras. Si la constitución del capital de tierras se basaba anteriormente en la transmisión por herencia y la asignación de tierras comunitarias, actualmente, en gran parte, sigue al acaparamiento individual de tierras colectivas. Ya podemos prever el escenario de mañana: cuando se alcancen los límites al avance de cultivos, el conjunto de las tierras colectivas habrá sido “apropiado” y el patrimonio comunitario en tierras ya no podrá responder a una regulación de desigualdades en el acceso a la tierra. Por tanto, éstas serán ratificadas para la transferencia de tierras por herencia, ya que el fraccionamiento de la tenencia de tierra dejará poco para los hijos de las familias que no hayan podido acaparar grandes superficies (quizá, sin embargo, ya habrá derechos para las mujeres, un derecho adquirido si sus demandas tienen éxito).

En este contexto, el vínculo entre movilidad y desarrollo rural es complejo de entender. La relación da cuenta, en parte, de un círculo vicioso. Por un lado, las familias se ven obligadas a seguir diversificando sus actividades, ya que sólo la producción agrícola resulta demasiado incierta. Por otro, las posibilidades de diversificar la economía local son muy limitadas. La diversificación de las fuentes

de ingresos y la pluri-actividad, implican entonces el recurso a otros lugares y movilidad espacial. A su vez, la migración y la inestabilidad residencial de las familias, la dispersión de sus miembros y las prácticas de circulación, incluso si adquieren un carácter estratégico para el desarrollo de la actividad agrícola, frenan el impulso de un verdadero desarrollo local relacionado con la implantación de actividades no agrícolas, de comercio o servicios. Lo que es más, en ausencia de una red de pueblos –postas y pequeñas ciudades en esta región de Bolivia, las poblaciones del Altiplano Sur han desarrollado la costumbre de la movilidad diaria, tanto para la comercialización de sus productos como para su aprovisionamiento, la educación de sus hijos o el trabajo temporal. Si los pueblos de Salinas y Llica experimentan cierto crecimiento y dinamismo como consecuencia del auge de la quinua, su oferta de instalaciones y servicios sigue siendo muy limitada.

Tratar de anticipar el futuro de las zonas rurales en el Altiplano Sur lleva a preguntarse, por otra parte, sobre las expectativas y proyecciones de las generaciones más jóvenes. En ese sentido, un factor que limita una posible fijación de las poblaciones y un verdadero desarrollo local es lo que P. Hamelin (2004) llama el “deseo de urbanidad”. Más allá de las nuevas expectativas que ofrece el auge de la quinua, la gente no quiere perder su base urbana. Los perfiles de los agricultores se diversifican –asentados permanentes, dobles residentes, ciudadanos-agricultores– y hay jóvenes productores que no han vivido su infancia en su comunidad de origen, lo que los hace menos propensos a establecerse en su comunidad. Esto es particularmente cierto para los jóvenes que nacieron o se criaron en los centros mineros, es también el caso de los niños educados en la ciudad donde sus padres son dobles residentes. El tema del referente territorial de estos actuales o futuros productores y de su inversión social en el medio rural, está ampliamente planteado.

Mientras tanto, el “deseo de educación”, que debe conectarse a un aumento neto de la alfabetización y la mejora de las posibilidades y condiciones de acceso a escuelas en un medio rural, proyecta el futuro de los jóvenes hacia fuera de la comunidad. Los estudios de campo han demostrado que no se entrevé éxito social en la agricultura si no es en comercio o servicios en torno a la misma (por ejemplo como tractorista). Así, educarse no es quedarse, ya que incluso si los empleos urbanos a menudo se encuentran en el sector informal y están marcados por la precariedad, es poco probable que los jóvenes graduados regresen a vivir al campo, más aún si no pueden ejercer una actividad que corresponde a sus calificaciones.

Así, sin duda hay que renunciar a una concepción de la ruralidad basada en una vida sedentaria y la fijeza territorial como modelo del futuro desarrollo del Altiplano Sur. El entre-dos, entre ciudad y campo, es el estilo de vida que anima hoy esos campos, y probablemente los de muchas regiones del Sur.

Tensión en la instancia comunitaria

Las mutaciones que animan los espacios rurales andinos del Altiplano Sur se refieren a un cuestionamiento en torno al desarrollo territorial y los actores colectivos implicados en la regulación social y la gestión de recursos locales. La instancia comunitaria, tan importante en las formas de organización social, es el primer actor en cuestión.

A nivel local, la comunidad vive un período de tensión en términos de su papel, su funcionamiento y su posición venidera. Los juegos de múltiples pertenencias de las poblaciones, que la intensificación de la movilidad y los retornos tienden a complejizar, así como la carrera por la tierra y los conflictos resultantes, implican un reajuste de las normas de gestión de los recursos y el territorio. En este contexto, ¿qué espacio, físico y social, permanecerá bajo la autoridad de la instancia comunitaria? ¿Qué obligaciones es capaz de imponer en un contexto de creciente individualización en la toma de decisiones?

Las normas de regulación y gestión colectiva de los recursos no están escritas y sobre todo, son flexibles y evolutivas, fundadas en la permanente búsqueda de consenso. La comunidad —a imagen de las familias que la componen— se adapta a los cambios. Antes del auge de la quinua, manejaba un territorio marcado por una débil presión demográfica y alta disponibilidad de recursos. Podía entonces otorgar tierras a no originarios, o incluso integrarlos como miembros plenos de la comunidad. Además, la ausencia de los migrantes, que mantenían sin embargo sus derechos, es una realidad desde antiguo admitida en las comunidades. Y en este contexto, la tierra de los ausentes era siempre respetada y preservada de toda forma de apropiación. El auge de la quinua presenta ahora nuevas restricciones y una gran ruptura en relación con los recursos locales. La comunidad se enfrenta hoy a la necesidad de dar respuestas sociales a la presión sobre la tierra.

La comunidad es la entidad gestora de la tenencia de la tierra, la guardiana de tierras, y hasta ahora no autoriza la venta o renta de la tierra a miembros no originarios de la comunidad. Pero al mismo tiempo, acompañó la dinámica de cambio del uso de la tierra, e incluso si ella sigue siendo de carácter comunitario y usufructo familiar, el acaparamiento de su uso es una realidad aceptada. Concretamente, el cambio más importante está en el papel de las tierras cultivadas en territorio comunitario. Las tierras de usufructo familiar hoy están más extendidas que las de usufructo colectivo, tradicionalmente dedicadas al ganado. El uso familiar del espacio cultivado y la disminución del uso colectivo de las tierras plantean entonces, muy directamente, la cuestión sobre el futuro rol de la comunidad. ¿Puede ella subsistir, como instancia de regulación social sin un territorio que gestionar? ¿Cuáles serán sus prerrogativas en materia de derechos y obligaciones?

De hecho la comunidad, como institución, es cada vez más eludida, incluso contestada. Se la elude cuando los derechohabientes acaparan tierras colectivas sin

su aprobación; cuando los mismos prestan tierras a sus hijos para que no asuman cargos; y todavía se la pasa por alto cuando un derechohabiente confía su cargo a un pariente para evitar tener que volver a residir permanentemente en la comunidad. Por último, la pasan por alto los tractoristas que, al no poder acumular tierras en su propia comunidad, cultivan tierras mediante contrato en un amplio radio geográfico⁹⁵. La institución comunitaria comienza también a ser cuestionada cuando aplica el principio de igualdad de participación en los trabajos o contribuciones financieras para todos los derechohabientes, independientemente de sus bienes en usufructo.

Las poblaciones del Altiplano Sur viven una tensión paradójica. Porque si la comunidad puede ser vista como un obstáculo o restricción al desarrollo individual / familiar, estas mismas poblaciones son conscientes de que la comunidad es también el garante del derecho de uso de la tierra y cierta cohesión e identidad socio-identitaria. Si el estatuto colectivo de la tierra ahora impide que los miembros originarios no se hagan quitar su patrimonio por personas ajenas a la comunidad, ella no es una barrera contra la individualización de las prácticas agrícolas. De hecho, hoy son las organizaciones de productores y los organismos de certificación, a través de sus normas de producción, quienes asumen cada vez con más frecuencia la regulación de las prácticas individuales.

El componente cultural y las representaciones relacionadas con la cosmovisión andina, también intervienen en la tensión de la comunidad y la relación ambivalente que las personas llegan a entablar con su territorio. Si la continuidad de rituales en referencia a la Pachamama no deja ninguna duda, es la expresión acentuada de la relación entre los hombres y la tierra, las poblaciones expresan muy claramente el hecho de que sus acciones no están en concordancia con este pensamiento, que no es bueno no dejarles espacio a los animales, que no es bueno no dejar a la tierra descansar, etc.

En realidad, la cuestión del futuro de la comunidad rural en Bolivia desde hace tiempo es objeto de muchos debates. En este sentido X. Albó identificaba, en la década de 1990, de tres tipos de tensiones: "(a) la avalancha de estructuras organizativas más modernas, (b) la tensión entre propiedad comunal e individual de la tierra, (c) la creciente diferenciación socio-económica dentro de la comunidad" (Albó, 1994: 105). El auge de la quinua, en suma, exacerba esas tensiones. Si el futuro de la autoridad comunitaria dentro de estas sociedades rurales se refiere claramente a nuevas formas de diferenciación social, a relaciones complejas que ponen en tensión lógicas individuales y colectivas, también se inscribe en el contexto más amplio de transformaciones socio-políticas que se dan desde hace una decena de años en Bolivia: procesos de descentralización, reorganización de

95 Con los acuerdos contractuales *al partir* los tractoristas tienen acceso a muchas tierras, pero por un tiempo limitado. Algunas comunidades han decidido prohibir la presencia de tractoristas de otras comunidades para evitar que el dinero "escape".

la red territorial, fuerza tomada por las poblaciones indígenas con los riesgos que se conocen de fractura territorial entre tierras altas y tierras bajas.

En el contexto global de la mundialización del comercio, pero también de la multiplicación de las estructuras administrativas y los escalones del poder relacionados con el proceso de descentralización, los desafíos para la población local son muchos. Porque si sus características culturales son fuerzas heredadas de una tradición multicentenaria, también tienen que adaptarse a nuevas coyunturas. En ese sentido, estas poblaciones hiper-reactivas, cuyas formas de acuerdos sociales permiten una adaptación permanente, deben jugar y “*bricoler*-improvisar usando materiales existentes” con el espacio. Ahora tienen que hacer frente a múltiples estructuras organizacionales y territoriales que, sin duda, las llaman a una mayor participación en la vida política, pero, al mismo tiempo, les dejan menos creatividad y libertad en el manejo de su territorio local. Estas poblaciones y sus comunidades deben articularse con otros niveles del poder territorial que representan los municipios y departamentos, que por su parte, están a cargo de programas de desarrollo, planes de gestión e infraestructurales. Siendo así, las reformas emprendidas por el actual gobierno boliviano ponen en el corazón del desarrollo la cuestión fundamental de la autonomía territorial. La ley marco de autonomía y descentralización de 2010, a raíz de la nueva Constitución de 2009, define nuevamente los Territorios indígenas originarios campesinos (TIOC). Si se trata de un nuevo nivel de descentralización que no elimina los anteriores, esta ley sugiere una mayor autonomía en el ámbito local.

Desafíos de un desarrollo controlado y sostenible

Ciertamente, la población del Altiplano Sur siempre aprovechó las oportunidades económicas, poco a poco, readaptándose cuando esas oportunidades desaparecían. De este modo, siguieron los ciclos económicos de Bolivia o los países vecinos, el trabajo en las minas, el trabajo en las granjas del Oriente, Chile o Argentina. Pero la producción de quinua para la exportación es la primera oportunidad económica basada en el control de su propio recurso territorial. El dominio de la tierra, las plantas, saberes y el saber-hacer, de la mano de obra y el control del mercado tienen su parte. Los campesinos del Altiplano Sur tienen en sus manos este nuevo ciclo productivo y su base territorial les pertenece. Esta es una inversión de la historia de los que habían sido forzados, previamente, a trabajar para otros en condiciones miserables. Son dueños de los recursos, incluso si son dependientes del mercado, y si ese recurso es hoy muy codiciado.

El desafío por venir, del que son plenamente conscientes los productores, pero también el gobierno boliviano, es el de mantener el control de los recursos y la defensa de la especificidad en el mercado mundial. El paso de un sistema

agro-pastoral a un sistema agro-exportador especializado implica la integración de los agricultores en cadenas de producción y comercialización cada vez más organizadas, pero también con cada vez mayor dependencia de la demanda de los países importadores y las exigencias de los consumidores occidentales del todo invisibles para las comunidades rurales de las tierras altas. Para los productores del Altiplano Sur, esto implica elegir y tomar decisiones individuales pactadas en el exterior de la comunidad, y que ya no se negocian internamente. Se puede suponer entonces que sus márgenes de maniobra tenderán a reducirse. Un primer paso ya se ha dado con la mecanización: la experiencia de una práctica agrícola ancestral ya no guía el arado y la siembra. Si la cosecha se mecaniza mañana, será lo mismo para esta operación. De forma paralela, el mercado dicta las variedades a sembrarse y los productos certificados como “agricultura orgánica” deben seguir pliegos estrictos. La evolución hacia una red de producción más integrada deja presagiar la pérdida de autonomía de las decisiones agrícolas del agricultor, llegando incluso una verdadera dependencia total: imposición de tipos de semillas para comprar, de tratamientos que aplicar, tiempos de barbecho a respetar, volúmenes de producción que entregar. La perpetuación y la transmisión de saberes locales, así como el mantenimiento de la agrobiodiversidad, se verán entonces profundamente desafiados.

Con los ciclos de producción anteriores, las poblaciones del Altiplano Sur no se planteaban la cuestión de la sostenibilidad de su forma de organización social, de su manera de cultivar y producir, su forma de gestionar y habitar su territorio. Si esta preocupación anima los debates de expertos en desarrollo, ONGs, o incluso investigadores, ella toma formas tangibles y vividas todos los días por los propios productores. Este es un cambio crucial de la percepción desde debajo de las potencialidades del territorio y los futuros posibles.

Al final, el auge de la quinua está lejos de ser un mero paréntesis en la trayectoria territorial del Altiplano Sur. Por las profundas transformaciones que genera, por las contradicciones y las múltiples tensiones que crea, es para esta región una prueba real de lo que todos llaman hoy desarrollo sostenible. ¿Cómo en esta periferia de las “periferias del mundo”, para retomar las palabras de L. Arreghini (2011), puede la quinua ser la palanca de un desarrollo basado en una genuina sostenibilidad económica, social y ecológica?

Post-facio

Los datos de campo de este trabajo se recogieron en 2007 y 2008. Desde entonces, la situación de los productores bolivianos de quinua ha evolucionado, sobre todo con la emergencia de la competencia de otros países exportadores y, en particular, el vecino Perú. En 2015 Bolivia ya no tiene el casi monopolio en las exportaciones, como en 2008, y los precios al productor entraron en una zona de fuertes fluctuaciones.

El análisis de los sistemas de movilidad y pluri-actividad de los individuos y las familias, así como la organización y funcionamiento de las comunidades, no por ello dejan de tener actualidad. De hecho, los sistemas de organización familiar y comunitaria son la base de estas sociedades y su consideración es indispensable para cualquiera que desee entender las respuestas que ellas aportan a las incertidumbres de un mundo cambiante.

Bibliografía

- ACOSTA ALBA, Ivone
2007 *Durabilité des systèmes de production de l'Altiplano sud bolivien: quels équilibres entre élevage et agriculture*. Master Sciences et Technologies du vivant, AgroParisTech, 52 p.
- ALBER, Erdmute
2005 *¿Migración o movilidad en Huayopampa? Nuevos temas y tendencias en la discusión sobre la comunidad campesina en los Andes*. Lima: IEP. 231 p.
- ALBÓ, Xavier.
2004 “Retornando a la solidaridad y faccionalismo aymara”. *Violencias y estrategias colectivas en la región andina. Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela*. G. Sánchez, E. Lair (eds). Bogotá: NORMA. 443-514.
1994 “Instituciones y alternativas organizativas para la producción”. *Comunidades andinas desde dentro. Dinámicas organizativas y asistencia técnica*. Xavier Albó, Galo Ramón (eds). Quito: CECI/Abya-Yala. 91-135.
1990 “Identidad Aymara: del Pasado al Futuro”. *Desarrollo Andino y Cultura Aymara en el Norte de Chile*. Hector González Cortez, Bernardo Guerrero (eds). Iquique: TEA/CREAR. 97-118.
- ALBÓ, Xavier; GREAVES, Tomas; SANDOVAL Godofredo
1987 *Chukiyawu, la cara aymara de La Paz. Tomo IV “Nuevos lazos con el campo”*. La Paz: Cipca. 195 p.
1983 *Chukiyawu, la cara aymara de La Paz. Tom III “Cabalgando entre dos mundos”*. La Paz: Cipca. 196 p.
1982 *Chukiyawu, la cara aymara de La Paz. Tomo II “Una odisea: buscar pega”*. La Paz: Cipca. 203 p.
1981 *Chukiyawu, la cara aymara de La Paz. Tomo I “El paso a la ciudad”*. La Paz: Cipca. 150 p.
- ALBÓ Xavier *et al.*
1990 *Para comprender las culturas rurales en Bolivia*. La Paz: MEC/Cipca/Unicef. 298 p.

- ALTAMIRANO, Teófilo
1992 “Migración y estrategias de supervivencia de origen rural entre los campesinos de la ciudad”. *Ciudades de los Andes. Visión histórica y contemporánea*. Eduardo Kinginan Garcés (comp.). Quito: IFEA. 389-425.
- ALZÉRRECA, Humberto *et al.*
2002 *Estudio de la tola y su capacidad de soporte para ovinos y camélidos en el ambiente boliviano del sistema T.D.P.S.* Informe Final de Consultoría, Subcontrato La Paz, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (UNEP/GEF).
- AMILHAT SZARY, Anne-Laure
2006 “L'émergence d'un référent territorial : ethnie, frontière et projet de territoire dans les Andes”. In: *Premières Rencontres internationales du programme CORUS (Les recompositions territoriales et leurs référents), les territoires à l'épreuve: décentralisation et dévolution*, Marrakech, universidad Cadi Ayyad, 9 au 11 novembre, 15 p.
2004 Les nouvelles traversées andines : de la montagne-obstacle à la montagne-interface. *Cahiers de Géographie - Collection EDYTEM*, 2: 121-128.
- ANDERSON, Bryan
1981 *Importancia de la migración temporal desde áreas rurales a las ciudades argentinas: un estudio de caso sobre el Valle de Cochabamba, Bolivia y Buenos Aires*. La Paz: CEDES/CERES. 76 p.
- ANTEZANA URQUIETA, Fernando
2006 *La participation populaire. Exclusion sociale et affirmation identitaire dans les Andes de Bolivie*. Tesis de doctorado de estudios latino-americanos (mención sociología), universidad Toulouse Le Mirail, 291 p.
- ANTHEAUME, Benoît; DELAUNAY, Daniel; PORTAIS, Michel
1987 L'abeille et l'araignée : de l'autonomie territoriale à l'interdépendance réticulaire. *Bulletin de liaison n° 7, "Espace et territoire"*, Orstom: 3-6.
- ARONI, Juan Carlos *et al.*
2003 *Catálogo de quinua real*. La Paz: Fundación McKnight/Fundación PROINPA/MACIA-SINARGEAA. 51 p.
- ARREGHINI, Luis
2011 *Formes et acteurs du changement territorial dans les périphéries du monde : dynamiques urbaines et mutations rurales en Bolivie*. Tesis de doctorado de geografía, universidad de Avignon (Francia), 424 p.
- ARRIAZA GAJARDO, Patricio
2007 “Cambios en el patrón de residencia de la población indígena rural de Tarapacá. Los aymaras de origen altiplánico y bolivianos asentados en localidades de precordillera de la provincia de Iquique. El caso de la quebrada alta de Tarapacá y Camiña” *Sociedades de frontera, montaña y desierto*. Alejandro Corder Tapia (ed.). Iquique: INTE. 41-71.

- AUBRON, Claire
2005 Individus et collectifs dans l'appropriation des ressources : le cas d'une communauté andine péruvienne. *Autrepart*, 34: 65-84.
- AUTHIER, Jean-Yves; BIDOU, Catherine
2005 Éditorial. La famille dans tous ses espaces... ou presque ! *Espaces et Sociétés*, 120-121: 8-14.
- AVSF
2009 *Quinoa y territorio. Experiencias de acompañamiento a la gestión del territorio y a la autogestión comunal en la zona Intersalar del altiplano boliviano*. La Paz: Plural. 156 p.
- BABY, Virginie
1998 El Alto de La Paz, cité pauvre d'altitude au cœur de l'Amérique latine. *Espace Géographique*, 2: 155-168.
- BABY-COLLIN, Virginie; CORTES, Geneviève; FARET, Laurent; GUÉTAT-BERNARD, Hélène (dir.)
2009 *Migrants des Suds*. Marseille, Montpellier: IRD/PULM. 503 p.
- BANCO MUNDIAL
2011 <http://datos.bancomundial.org/pais/bolivia>
- BARBARY, Olivier; DUREAU, Françoise; HOFFMANN, Odile
2000 "Mobilité et systèmes de lieux". *Villes et sociétés en mutations. Lectures croisées sur la Colombie*. Françoise Dureau et al. (éds.). Paris: Anthropos/IRD. 69-122.
- BARFIELD, Lawrence
1961 Recent Discoveries in the Atacama Desert and the Bolivian Altiplano. *American Antiquity*, 27: 93-100.
- BAUDOIN-FARAH, Andrea
2009 *État des lieux et perspectives du marché des semences certifiées de quinoa dans les régions environnant le salar d'Uyuni, Altiplano sud de Bolivie*. Mémoire de stage 2^e année, AgroParisTech, département SIAFEE, Paris, 34 p.
- BECK, Stephan
1985 Flórula ecológica de Bolivia. Puna semiárida en el Altiplano boliviano. *Ecología en Bolivia*, 6: 1-41.
- BENENCIA, Roberto
2006 "Bolivianización de la horticultura en la Argentina. Procesos de migración transnacional y construcción de territorios productivos". *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Alejandro Grimson y Elizabeth Jelin (comp.). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- BERNABÉ UÑO, Adalid (coord.) et al.
2002 *Las ferias campesinas una estrategia socioeconómica. Estudio realizado en la Provincia Cercado y Saucarí en Oruro*. La Paz: PIEB, 21 p.

BEY, Marguerite

- 1997 “Que sont les communautés andines devenues ? Changements dans la société rurale péruvienne”. *La ruralité dans les pays du Sud à la fin du XX^e siècle*. Jean-Marc Gastellu, Jean-Yves Marchal (eds.). Paris: Orstom. 381-400.
- 1995 La continuité entre villes et campagnes au Pérou. Le rôle des associations urbaines. *Tiers-Monde*, 36 (141): 211-222.

BLANCHARD, Sophie

- 2007 “Les stratégies migratoires des domestiques andines boliviennes : des migrations de la campagne vers la ville aux circulations mondialisées”. *Les migrations internationales : enjeux contemporains et questions nouvelles*. Cédric Audebert, Emmanuel Ma Mung (eds.). Bilbao: Publications de l’université de Deusto. 269-282.
- 2006 “Les migrants andins dans les Basses Terres boliviennes : mondialisation des stratégies migratoires”. *La mondialisation côté Sud. Acteurs et territoires*. Jérôme Lombard, Evelyne Mesclier, Sébastien Velut (éds.). Paris: IRD/ENS. 163-179.
- 2005 *Être colla à Santa Cruz. Identités et territoires des migrants andins à Santa Cruz de la Sierra (Bolivie)*. Tesis de doctorado de geografía, université Paris I, 458 p.

BONVALET, Catherine; LELIÈVRE, Eva

- 2005 Les lieux de la famille. *Espaces et Sociétés*, 120-121: 99-122.

BOURLIAUD, Jean; DOBREMEZ, Jean-François; VIGNY, Françoise (eds.)

- 1990 *Sociétés rurales des Andes et de l’Himalaya. Actes du colloque “Méthodologie des recherches pluridisciplinaires sur les sociétés rurales de montagnes - Andes et Himalaya” (Grenoble, juin 1987)*. Grenoble: Versants. 254 p.

BOURLIAUD, Jean; CHEVARRIA LAZO, Marco

- 2011 “Gestión legal de los recursos genéticos de Quinoa en Bolivia”. In Winkel T. (coord.): *Para durar, cambiemos: paradojas y lecciones del éxito de la quinua. Informe científico final del proyecto EQUICO - ANR-06-PADD-011*. Montpellier: Cirad/CNRS/EHES/Inra/IRD (coord.)/UM3: 58-67.
Accesible en <http://www.ird.fr/equico/IMG/pdf/EQUICO-Informe-Cientifico-Final-pl-2.pdf>

BRUSLÉ, Tristan

- 2006 *Aller et venir pour survivre ou s’enrichir. Circulations de travail, logiques migratoires et construction du monde des Népalais en Inde*. Tesis de doctorado de geografía, université de Poitiers, 651 p.

CABOLQUI, Vice Ministerio de Ciencia y Tecnología

- 2009 *Dinámica actual del rubro quinuero en Bolivia*. 13 p.

- CAPRON, Guénola; CORTES, Geneviève; GUÉTAT-BERNARD, Hélène (eds.)
2005 *Liens et lieux de la mobilité. Ces autres territoires*. Paris: Belin. 345 p.
- CÁRDENAS, Jesús; Choque, Willy
2008 *Fertilidad, uso y manejo de suelos en la zona del Intersalar, departamentos de Oruro y Potosí*. La Paz: Fundación AUTAPO/Programa Quinoa Altiplano Sur. 105 p.
- CARIMENTRAND, Aurélie
2008 *Les enjeux de la certification biologique et équitable du quinoa (Chenopodium Quinoa Willd.) du consommateur au producteur*. Tesis de doctorado de ciencias económicas, université de Versailles, 466 p.
- CARIMENTRAND, Aurélic; BALLEST, Jérôme
2008 La responsabilité des firmes vis-à-vis du développement : le cas de la filière quinoa du commerce équitable en Bolivie. *Mondes en développement*, 144 (4): 13-26.
- CARTER, William; ALBÓ, Xavier
1988 "La comunidad aymara: un mini-estado en conflicto". *Raíces de América: el mundo aymara*. Xavier Albó (comp.). Madrid: Alianza América/Unesco. 451-494.
- CELTON, Dora
1995 Plus d'un siècle d'immigration internationale en Argentine. *Revue européenne des migrations internationales*, 11 (2): 145-165.
- CHALÉARD, Jean-Louis.
2007 "Agriculture et mondialisation dans les pays en développement". *La mondialisation. L'intégration des pays en développement*. P. Cadène (dir.). Paris: SEDES. 79-92.
- CHARBIT, Yves
1997 *Le va-et-vient identitaire : migrants portugais et villages d'origine*. Paris: PUF. 144 p.
- CHARVET, Jean Paul
2007 *L'agriculture mondialisée*. Paris: La Documentation Française. 64 p.
- CHAXEL, Sophie
2007 *Trajectoires de vie des familles de la zone Intersalar (Bolivie) et changements de pratiques agricoles*. Ingeniero Agrónomo y Agronomía Tropical, Supagro, IRC-Supagro Montpellier, 154 p.
- CODEPO
2004 *Estudio de la migración interna en Bolivia*. La Paz: CODEPO. 234 p.
- COLIN, Jean-Philippe et al.
1997 "Systèmes de production et migration dans un village mexicain". *La ruralité dans les pays du Sud à la fin du XX^e siècle*. Jean-Marc Gastellu, Jean-Yves Marchal (eds.). Paris: Orstom. 553-573.

CORTES, Geneviève

- 2011 La fabrique de la famille transnationale. Approche diachronique des espaces migratoires et de la dispersion des familles rurales boliviennes. *Autrepart*, 57/58: 95-110.
- 2008 *Migrations, espaces et développement. Une lecture des systèmes de mobilité et des constructions territoriales en Amérique latine*. HDR, université de Poitiers, vol. 3, 251 p.
- 2004a *Partir para quedarse: supervivencia y cambio en las sociedades campesinas andinas de Bolivia*. La Paz, Lima: IRD/IFEA/Plural. 474 p.
- 2004b “Una ruralidad de la ausencia. Dinámicas migratorias internacionales en los valles interandinos de Bolivia en un contexto de crisis”. *Migraciones transnacionales. Visiones del norte y Sudamérica*. Alfonso Hinojosa Gordonova (ed.). La Paz: CEPLAG-UMSS/université Toulouse/PIEB/Plural. 167-199.
- 2002 L'accès aux ressources foncières, enjeu de l'émigration rurale andine. Essai de lecture systémique à partir de l'exemple bolivien. *Revue européenne des migrations internationales*, 18 (2): 83-103.
- 2000 *Partir pour rester : survie et mutations de sociétés paysannes andines (Bolivie)*. Paris: IRD. 413 p.
- 1998 Migrations, systèmes de mobilité, espaces de vie : à la recherche de modèles. *L'Espace géographique*, 27 (3): 265-275.

CORTES, Geneviève; FARET, Laurent (dir.)

- 2009 *Les circulations transnationales. Lire les turbulences migratoires contemporaines*. Paris: Armand Collin. 244 p.

CORTES, Geneviève; PESCHE, Denis

- 2013 Territoire multisitué. *L'espace géographique*, 4: 289-292.

COURGEAU, Daniel

- 1988 *Méthodes de mesure de la mobilité spatiale. Migrations internes, mobilité temporaire, navettes*. Paris: INED, 301 p.
- 1975 “Le concept de migration”. In: *Migrations, état civil, recensements administratifs*, actes du IV colloque de démographie africaine, Ouagadougou, 20-24 janvier, Institut national de la statistique et de la démographie: 27-32.

CRUZ, Pablo

- 2009 Huacas olvidadas y cerros santos. Apuntes metodológicos en torno a la cartografía sagrada en los Andes del sur de Bolivia (Potosí, Chuquisaca). *Estudios Atacameños*, 38: 55-74.

CRUZ, Pablo *et al.*

- 2011 “La pacificación del mineral”. Cerro Lípez, un enclave minero en la contienda sobre el Nuevo Mundo. VIII Congreso de etnohistoria “La etnohistoria más allá de las etnias”. Sucre, 26 al 29 de junio.

- DANDLER, Jorge *et al.*
 1982 *Economía campesina en los valles y serranías de Cochabamba: procesos de diversificación y trabajo*. Cochabamba: CERES. 133 p.
- D'ANDRÉA, Nicolas
 2004 *Effets de frontière, migrations et redistribution du peuplement en Bolivie : les dynamiques territoriales dans le département de Tarija*. Tesis de doctorado de ordenación del espacio y urbanismo. Université d'Aix Marseille III, 294 p.
- DE LA TORRE AVILA, Leonardo
 2006 *No llores, prenda, pronto volveré. Migración, movilidad social, herida familiar y desarrollo*. La Paz: PIEB. 216 p.
- DE MORRÉE, Dicky
 1998 "Organización comunal y sistemas de producción: interrelación no percibida por instituciones de desarrollo". *Estrategias campesinas en el surandino de Bolivia. Intervenciones y desarrollo rural en el norte de Chuquisaca y Potosí*. Annelies Zoomers (comp.). La Paz: KIT/CEDLA/CID. 339-360.
- DEL CASTILLO, Carinen; MAHY, Grégory; WINKEL, Thierry
 2008 La quinoa en Bolivie : une culture ancestrale devenue culture de rente "bio-équitable". *Biotechnologie, Agronomie, Société et Environnement*, 12 (4): 421-435.
- DEL CASTILLO GUTIERREZ, Carmen
 2008 *Diversité génétique et réponse aux contraintes du climat : une étude de cas à partir de la biologie des populations de quinoa (Chenopodium quinoa Willd.) de Bolivie*. Tesis de doctorado de ciencias agronómicas e ingeniería biológica, faculté universitaire des sciences agronomiques de Gembloux (Belgique), 140 p.
- DI MÉO, Guy
 1998 *Géographie sociale et territoires*. Paris: Nathan. 317 p.
 1996 *Les territoires du quotidien*. Paris: L'Harmattan. 207 p.
- DOLLFUS, Olivier
 1982 Development of land-use patterns in the Central Andes. *Mountain Research and Development*, 2 (1): 39-48.
- DOMENACH, Hervé; PICOUET, Michel
 2002 "Environnement et pressions démographiques". *Le monde en développement*. Yves Charbit (éd.). Paris: La Documentation française. 117-138.
 2000 *Population et environnement*. Paris: PUF. 127 p.
 1995 *Les migrations*. Paris: PUF. 128 p.
 1987 Le caractère de réversibilité dans l'étude de la migration. *Population*, 3: 469-484.

- DOMENACH, Hervé; CELTON, Dora; ARZE, Hugo; HAMELIN, Philippe, CEYDRIC, Martin, *et al.*
 2007 *Movilidad y procesos migratorios en el espacio de frontera Argentina-Boliviana*. Córdoba: IRD/Editorial CEA/Universidad Nacional de Córdoba. 274 p.
- DREVON, Jean-Jacques; TRECHE, Serge
 1976 Développement du capitalisme agraire en Bolivie. *Tiers Monde*, 17 (67): 699-720.
- DUBÉ LAURETTE, PINGALI Prabhu, WEBB Patrick
 2012 Paths of convergence for agriculture, health, and wealth. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 109: 12294-1230
- DUPONT, Véronique; LELIÈVRE Éva
 1993 “La ville, antenne villageoise. Observations indiennes”. *Croissance démographique et urbanisation (Actes du colloque de Rabat, 1990)*. Paris: AIDELF: 117-130.
- DUPRAT, Jean-Rémi
 2008 *Stage au sein du programme Equeco sur l’expansion spatiale du domaine agricole de six communautés du Périsalar*. CD-Rom.
- DUREAU, Françoise
 1999 Les mobilités à géométrie variable des habitants de Bogota. *Espace populations sociétés*, 2: 329-344.
- DUREAU, Françoise; HILY, Marie-Antoinette (dir.)
 2009 *Les mondes de la mobilité*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes. 189 p.
- FAIRBAIRN, Jamie
 1999 *Estrategias de sobrevivencia de bogares: el altiplano Tarijeño y el valle del Río San Juan del Oro*. Tarija, 15 p.
- FAO
 2013 <http://faostat.fao.org/site/339/default.aspx>
- FARET, Laurent
 2003 *Les territoires de la mobilité. Migration et communautés transnationales entre le Mexique et les États-Unis*. Paris: CNRS. 347 p.
- FARRELL, Gilda; PACHANO, Simón; CARRASCO, Hernán
 1988 *Caminantes y retornos*. Quito: I.E.E. 167 p.
- FÉLIX, Dorian
 2008 *Culture durable du quinoa en Bolivie : pratiques individuelles et règles communautaires*. Lyon, Ruralter, 21 p.
- 2004 *Diagnostic agraire de la province Daniel Campos : le développement de la filière du quinoa et ses conséquences sur l’équilibre du système agraire aymara*. Ingénieur agronome, CNEARC, 113 p.

- FOUCHER, Michel
1977 Argentine : les migrations des travailleurs des pays limitrophes. *Tiers Monde*, 18 (69): 139-150.
- FRANQUEVILLE, André
2000 *La Bolivie d'un pillage à l'autre*. Toulouse: Presses du Mirail. 292 p.
- FRÉMONT, Armand
1976 *La région, espace vécu*. Paris: PUF. 233 p.
- FUNDACIÓN Autapo
2008 *Línea base 2008. Municipios productores de quinua real del Altiplano Sur de Bolivia*. Potosí: Fundación Autapo. 133 p.
- GASSELIN, Pierre
2009 "Flexibilidad de los sistemas de actividades familiares en contextos inciertos". In: *La calificación de las capacidades de adaptación de los sistemas en contextos adversos: flexibilidad y resiliencia*, Buenos Aires, 23 mars.
- GASTELLU, Jean-Marc
1997 "L'archipel écologique à la fin du XX^e siècle. Une expérience au Pérou". *Thème et variations : nouvelles recherches rurales au Sud*. Chantal Blanc-Pamard, Jean Boutrais (eds.). Paris: Orstom. 241-260.
- GASTELLU, Jean-Marc; MARCHAL, Jean-Yves (éds.)
1997 *La ruralité dans les pays du Sud à la fin du XX^e siècle*. Paris: Orstom. 530 p.
- GAVILÁN VEGA, Vivian, TAPIA LADINO, Marcela
2006 Diagnóstico de los procesos migratorios en el norte de Chile. *Revista Electrónica Parinas*, II (2), 26 p.
- GENIN, Didier; TICHIT, Muriel
2006 Mixed camelids-sheep herds, management practices and viability analysis: some considerations for a sustainability framework of Andean pastoral systems. *South American Camelids Research*, 1: 37-46.
- GIL MONTERO, Raquel; NIELSEN Axel
2010 The forasteros of Lipez: Ethnohistorical and Archeological perspectives on the peoples of Bolivia's Southern Altiplano (Thirteenth to Eighteenth Centuries). *Colonial Latin American Review*, 19 (3): 437-459.
- GOLDSMITH Peter D., GUNJAL kinsan, NDARISHIKANYE Barnabé
2004 Rural-urban migration and agricultural productivity: the case of Senegal. *Agricultural Economics* 31: 33-45.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio
2006 "Densidad, integración y conflicto en la triple frontera (Perú, Bolivia, Chile)". *La integración y el desarrollo social fronterizo*. Bogotá: Convenio Andrés Bello: 25-50.

- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio; ROUVIÈRE, Laetitia; OVANDO, Cristian
 2008 De “Aymaras en la frontera” a “Aymaras sin fronteras”. Los gobiernos locales de la triple-frontera andina (Perú, Bolivia y Chile) y la globalización. *Revista Diálogo Andino*, 31: 31-46.
- GUÉTAT-BERNARD, Hélène
 2006 “Temps et espaces de travail : des assignations et des bouscu- lements des places des hommes et des femmes, chez les Bamiléké du Cameroun”. *Empreintes et inventivités des femmes dans le développement rural*. Anne Marie Granié, Hélène Guétat-Bernard (coord.). Toulouse-Paris: PUM-IRD. 143-166.
- 1998 Nouvelles articulations villes-campagnes. Pluriappartenance et mobilité spatiale et professionnelle des ruraux du delta du Nil. *L'Espace géographique*, 3: 253-264.
- GUIBERT Martine; JEAN, Yves (dir.)
 2011 *Dynamiques des espaces ruraux dans le monde*. Paris: Armand Colin. 407 p.
- GUNDERMANN KRÖLL, Hans, GONZÁLEZ CORTÉZ, Hector
 2008 Pautas de integración regional, migración, movilidad y redes sociales en los pueblos Indígenas de Chile. *Revista Universum*, 23 (1): 82-115.
- HAMELIN, Pierre
 2004 “La transformation des espaces ruraux : de la production agricole au développement rural”. *Environnement et populations : la durabilité en question*. Hervé Domenach, Michel Picouet (eds.). Paris: LHarmattan. 77-100.
- 2002 Frontière, migration et environnement en Amazonie. *Revue européenne des migrations internationales*, 18 (2): 67-82.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Pedro
 1997 *Perfil de la migración limítrofe en Chile. Descripción y análisis de la inmigración peruana y boliviana*. Santiago de Chile: OIM-Chile. 258 p.
- HERVÉ, Dominique; GENIN, Didier; RIVIÈRE, Gilles (eds.)
 1994 *Dinámicas del descanso de la tierra en los Andes*. La Paz: IBTA/Orstom. 356 p.
- HINOJOSA GORDONAVA, Alfonso; PÉREZ CAUTIN, Liz; CORTEZ FRANCO, Guido
 2000 *Idas y venidas. Campesinos tarijeños en el norte Argentino*. La Paz: PIEB. 105 p.
- INE
 2013 Volumen de exportaciones boliviana por productos, en cantidades y valores. Datos disponibles en www.ine.gob.bo
- 2004a *Potosí, indicadores sociodemográficos por provincia y secciones de provincia*. La Paz: INE, 152 p.
- 2004b *Oruro, indicadores sociodemográficos por provincia y secciones de provincia*. La Paz: INE, 152 p.

- 2001a *Bolivia, mapa de pobreza 2001*. 15 p.
- 2001b *Indicadores de pobreza y desarrollo humano según municipio (1992 y 2001)*. Disponible en www.ine.gob.bo
- Censo general de la población 1950. INE - Censo general de la población 1976. Censo general de la población 1992. Datos en parte disponibles en www.ine.gob.bo
- Censo general de la población 2001. Datos disponibles en www.ine.gob.bo
- JOFFRE, Richard; ACHO, Julieta
2008 Quinoa, descanso y tholares en el sur del Altiplano Boliviano. *Hábitat*, 75: 38-41.
- KERVYN, Bruno
1992 "L'économie paysanne au Pérou : théories et politiques". *Comprendre l'agriculture paysanne dans les Andes Centrales*. Pierre Morlon (éd.). Paris: Inra. 436-470.
- LAGUNA, Pablo
2011 *Mallas y flujos. Acción colectiva, cambio social, quinua y desarrollo regional indígena en los Andes Bolivianos*. Tesis de doctorado de sociología, université de Wageningen (NL), 516 p.
- 2003 ¿Capital social o caja de Pandora? Contestación y deformación de la acción colectiva en comunidades y organizaciones económicas campesinas de cara a la mercantilización de la quinua. *Fondo Mink'a Chorlavi*, 45 p.
- 2002 Competitividad, externalidades e internacionalidades: un reto para las organizaciones económicas campesinas. *Debate Agrario*, 34: 95-169.
- LAGUNA, Pablo; CACERES, Zina; CARIMENTRAND, Aurélie
2006 Del Altiplano Sur boliviano hasta el mercado global: coordinación y estructuras de gobernanza en la cadena de valor de la quinua orgánica y del comercio justo. *Agroalimentaria*, 12 (22): 65-76.
- LAMARCHE, Hervé (coord.)
1994 *L'agriculture familiale. Tome 2. Du mythe à la réalité*. Paris: L'Harmattan. 304 p.
- LAVIGNE DELVILLE, Philippe
2002 Le foncier et la gestion des ressources naturelles. *Mémento de l'agronome*. Paris: Cirad/GRET/MAE. 201-221.
- LAVIGNE DELVILLE, Philippe *et al.*
2003 *L'accès à la terre par les procédures de délégation foncière (Afrique de l'Ouest rurale). Modalités, dynamiques et enjeux*. Paris: IIED/GRET/IRD. 207 p.
- LE ROY, Etienne
1995 "La sécurisation foncière dans un contexte africain de marchandisation imparfaite de la terre". *Terre, terroir, territoire. Les tensions foncières*. Chantal Blanc-Pamard, Louis Cambrézy (éds.). Paris: Orstom. 455-472.

- LECOQ, Patrice
1987 Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosí, en Bolivie. *Bulletin de l'IFEA*, 16 (3-4): 1-38.
- LÉONARD, Eric; QUESNEL, André, DEL REY, Alberto
2004 De la comunidad territorial al archipiélago familiar. Movilidad, contractualización de las relaciones intergeneracionales y desarrollo local en el estado de Veracruz. *Estudios Sociológicos*, 22 (3): 557-589.
- LESOURD, Michel
1997 "L'archipel rural africain en mouvement". *La ruralité dans les pays du Sud à la fin du XX^e siècle*. Jean-Marc Gastellu, Jean-Yves Marchal (eds.). Paris: Orstom. 363-378.
- LEVY, Jacques
2003 "Capital spatial". *Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés*. Jacques Levy, Michel Lussault (eds.). Paris: Belin. 124-126.
- LIBERMAN CRUZ, Maximo
1986 Impacto ambiental del uso actual de la tierra en el Altiplano Sur de Bolivia con énfasis en el cultivo de *Chenopodium quinoa* Willd. *Revista di Agricultura Subtropical e Tropical*, LXXX (4): 509-538.
- LITTLE, Michael A.
1981 Human Populations in the Andes: The Human Science Basis for Research Planning. *Mountain Research and Development*, 1 (2): 145-170.
- LLANQUE, Ricardo J.
1999 *Migración e identidad. Los bolivianos en el norte argentino (San Salvador de Jujuy)*. Oruro: CEPA. 55 p.
- LOCOH, Thérèse
1991 "Structures familiales d'accueil des migrants et développement des structures familiales multipolaires en Afrique". *Migration, changements sociaux et développement*. André Quesnel, Pierre Vimard (eds.). Paris: Orstom. 279-295.
- MA MUNG, Emmanuel
1999 La dispersion comme ressource. *Cultures & Conflicts*, 33-34: 89-103.
- MA MUNG, Einmanuel (dir.), DORAÍ, Mohamed K., HILY, Marie-Antoinette, LOYER, Frantz
1998 *Bilan des travaux sur la circulation migratoire*. Poitiers: ministère de la Solidarité et de l'Emploi/Migrinter. 105 p.
- MADRID LARA, Einilio
1998 La tierra es de quien pasa cargos. La relación de los "residentes" con su pueblo (Huayllanarca y Llanquera). *Eco Andino*, 3 (6): 83-120.
- MALASSIS, Louis
2006 *Ils vous nourriront tous, les paysans du monde, si...* Paris: Quae. 460 p.

- MARTÍNEZ, José-Luis
 2011 *Gente de la tierra de guerra. Los lipes en las tradiciones andinas y el imaginario colonial*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP. 420 p.
- 1992 “Acerca de las etnicidades en la Puna árida en el siglo XVI”. *Etnicidad, economía y simbolismo en los Andes*. Silvia Arze et al. (comps.). La Paz: Hisbol/IFEA/SBH-ASUR. 35-66.
- MARZADRO, Mirko
 2010 BÉrgamo, capital migratoria boliviana en Italia? Prácticas transnacionales y formación de territorio migratorio. *Decursos, Revista de Ciencias Sociales*, XII (21): 112-143.
- MAYER, Enrique
 2004 *Casa, chacra y dinero. Economías domésticas y ecología en los Andes*. Lima: IEP. 412 p.
- 1992 “Zones de production : autonomie individuelle et contrôle communal”. *Comprendre l'agriculture dans les Andes Centrales*. Pierre Morlon (ed.). Paris: Inra. 159-178.
- MAZUREK, Hubert
 2008 Tres preconceptos sobre migración interna en Bolivia. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 14 (1-2): 203-228.
- MINISTERIO DE DESARROLLO RURAL Y TIERRA
 2009 *Formulación y validación de la política nacional de la quinua*. La Paz: Ministerio de Desarrollo Rural y Tierra/Concejo Nacional de Comercializadores y Productores de Quinua. 39 p.
- MOLINA RIVERO, Ramiro
 1986 “Estrategias socio económicas y reproductivas en la comunidad de Pampa-Aullagas Oruro”. *Tiempo de vida y muerte. Estudio de caso en dos contextos andinos de Bolivia*. Javier Izko et al. (eds.). La Paz: CONAPO/CIID. 171-276.
- MONTES DE OCA, Ismael
 2005 *Enciclopedia geográfica de Bolivia*. La Paz: Atenea S.R.L. 871 p.
- MORLON, Pierre
 1992 *Comprendre l'agriculture paysanne dans les Andes centrales : Pérou, Bolivie*. Paris: Inra. 519 p.
- MUJICA, Angel; IZQUIERDO, Juan; MARATHÉE, Jean-Pierre
 2001 “Origen y descripción de la quinua”. *Quinua (Chenopodium quinoa Willd.). Ancestral cultivo andino, alimento del presente y futuro*. Angel Mujica et al. (eds.). Santiago de Chile: FAO/UNA/CIP. 9-29.
- MURRA, John V.
 1975 “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. John V. Murra (ed.). Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 59-115.

NIELSEN, Axel E.

- 2002 Asentamientos, conflicto y cambio social en el Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia). *Revista Española de Antropología Americana*, 32: 179-205.
- 2001 "Ethnoarchaeological perspectives on caravan trade in the South-Central Andes". *Ethnoarchaeology of Andean South America: Contributions to Archaeological Method and Theory*. Lawrence A. Kuznar (ed.). Ann Arbor: International Monographs in Prehistory. 163-201.
- 1998 "Tendencias de larga duración en la ocupación humana del Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia)". *Los Desarrollos Locales y Sus Territorios: Arqueología del NOA y Sur de Bolivia*. Beatriz Cremonte (comp.). San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy. 65-102.
- 1997 Tráfico de caravanas en el sur de Bolivia: observaciones etnográficas e implicancias arqueológicas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 22/23:139-178

NÚÑEZ, René

- 1998 *Intermediarios comerciantes y productores, la dinámica socioeconómica de la feria de Challapata*. Universidad Técnica de Oruro-UTO. 100 p.

NÚÑEZ, Lautaro, DILLEHAY, Tom

- 1995 *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e interacción económica. Ensayo*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte. 190 p.

PARNAUDEAU, Jérémie

- 2006 *Pluri-activité, logiques familiales et durabilité des systèmes de production agricole*. Master of Science CIHEAM/IAMM Montpellier, 194 p.

PAUL, Jean-Luc; BORY, Antoine; BELLANDE, Alex; GARGANTA, Eliane; FABRI, Antoine

- 1994 Quel système de référence pour la prise en compte de la rationalité de l'agriculteur : du système de production agricole au système d'activité. *Les Cahiers de la recherche-développement*, 39: 7-19.

PIEB

- 2010 *Producción de quinua. Oruro y Potosí*. La Paz: PIEB. 100 p.

Plan de Desarrollo Municipal de Llica 2007-2011. 195 p.

Plan de Desarrollo Municipal de Tahua 2007-2011. 194 p.

Plan de Desarrollo Municipal de Colcha "K" 2007-2011. 248 p.

Plan de Desarrollo Municipal de San Pedro de Quemes 2007-2011. 162 p.

Plan de Desarrollo Municipal de San Agustín 2007-2011. 160 p.

Plan de Desarrollo Municipal de Uyuni 2008-2012. 151 p.

Plan de Desarrollo Municipal de Salinas de Garci Mendoza 2005-2009. 150 p.

PLATA QUISPE, Wilfredo C. (coord.); COLQUE FERNÁNDEZ, Gonzalo; CALLE PAIRUMANI, Néstor

- 2002 *Visiones de desarrollo en comunidades aymaras. Un estudio en Jesús, San Andrés y Santiago de Machaca*. La Paz: PIEB. 21 p.

PNUD-Bolivia; INE

2005 *Bolivia. Atlas estadístico de Municipios*. La Paz: INE/PNUD. 697 p.

POUTEAU, Robin

2008 *Risques de gel et scénarios climatiques dans l'Altiplano sud de Bolivie : spatialisations de la vulnérabilité écologique des cultures de quinoa*. Master 2, université des sciences et techniques du Languedoc, 65 p.

POUTEAU, Robin *et al.*

2011 Downscaling ODIS-derived maps using GIS and boosted regression trees: the case of frost occurrence over the arid Andean highlands of Bolivia. *Remote Sensing of Environment*, 115: 117-129.

PRUDENCIO BÖHRT, Julio

2001 "Políticas específicas para la producción campesina en el contexto de la globalización". *Luchando con desventajas. Integración regional y agricultura de pequeños productores*. CIOEC-B. La Paz: CIOEC Bolivia. 67-78.

PUNCH, Samantha

1995 "Rural emigration as a livelihood strategy for young people in Southern Bolivia: escape or necessity?" Working Paper 95/02. In: *Farmers Strategies and Production Systems in Fragile environments in Mountainous Areas Latin America*, Université de Leeds, 36 p.

QUESNEL, André

2004 "Dynamiques de peuplement, appropriation de l'espace rural et environnement". *Environnement et populations : la durabilité en question*. Hervé Domenach, Michel Picouet (eds.). Paris: L'Harmattan. 53-75.

QUESNEL, André; DEL REY, Alberto

2005a La construcción de una economía familiar de archipiélago: movilidad y recomposición de las relaciones intergeneracionales en el medio rural mexicano. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 20 (2): 197-228.

2005b "Dynamiques intrafamiliales et inmigration internationale. Obligations et ancrages des migrants du Veracruz (Mexique)". *Circulations et territoires dans la migration internationale*, université de Toulouse le Mirail, 16-18 mars, 15 p.

QUESNEL, André; VIMARD, Patrice

1996 *Recompositions familiales et transformations agraires. Une lecture de cas africains et mexicains*. Paris: Orstom. 23 p.

REBORATTI, Carlos

1988 Migrations de travailleurs Andes-Piémont et articulation des types agraires dans le nord-ouest de l'Argentine. *Revue de géographie alpine*, 1: 75-81.

RIVIÈRE, Gilles

1994 "El sistema de aynüqa: memoria e historia de la comunidad (comunidades aymara del altiplano boliviano)". *Dinámicas del descanso de la*

- tierra en los Andes*. Dominique Hervé, Didier Genin, Gilles Rivière (eds.). La Paz: IBTA/Orstom. 89-105.
- ROBIN, Anne-Sophie
2006 *Analyse-diagnostic des systèmes d'activités des familles dans la zone Intersalar (Bolivie). Propositions de pistes pour l'action*. Diploma de agronomía profundizada, Agro M, 71 p. + anexos.
- ROUVIÈRE, Laetitia
2007 ¿Un territorio político transfronterizo? Formas de legitimación de acción política intermunicipal entre Bolivia, Chile y Perú (BCP): el caso de la Alianza Estratégica Aymaras Sin Fronteras. *Revista Electrónica Parinas, Instituto de Estudios Internacionales - INTE Universidad Arturo Prat, Chile*, III (1), 13 p.
- SASSONE, Susana M.
2008 "Espacios de vida y espacios vividos. El caso de los inmigrantes bolivianos en el área metropolitana de Buenos Aires". *The Andean Exodus. Transnational Migration from Bolivia, Ecuador and Peru*. Ton Salman, Annelies Zoomers (eds.). Amsterdam: CEDLA. 91-121.
- SEBILLOTTE, Michel
2006 "Préface. Penser et agir en agronome". *L'agronomie aujourd'hui*. Thierry Doré et al. (eds.). Versailles: Quae. 1-29.
- SOUCHAUD, Sylvain; BEANINGER, Rosana
2009 Étudier les liens entre les migrations intérieures et les migrations internationales en suivant les trajectoires migratoires des Boliviens au Brésil. *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 25 (1): 195-213.
- SPEDDING, Alison
2006 "Metodologías cualitativas: ingreso al trabajo de campo y recolección de datos". *Pautas metodológicas para investigaciones cualitativas y cuantitativas en ciencias sociales y humanas*. Mario Yapu (ed.). La Paz: PIEB. 117-197.
- SPEDDING, Alison; LLANOS, David
1999 *No hay ley para la cosecha. Un estudio comparativo del sistema productivo y las relaciones en Chari y Chulumani*. La Paz: PIEB/SINERGIA. 361 p.
- TARRIUS, Alain
2004 Être d'ici et de là-bas. *Sciences humaines*, 145, 7 p.
2000 *Les nouveaux cosmopolitismes. Mobilité, identité, territoires*. Paris: L'Aube. 266 p.
- TICHIT, Muriel
1998 *Cheptels multi-espèces et stratégies d'élevage en milieu aride : modélisation de la viabilité des systèmes pastoraux camélidés-ovins sur les hauts plateaux boliviens*. Tesis de doctorado, mención ciencias animales, Institut national agronomique Paris-Grignon, 165 p.

TROLL, Carl

1968 “The Cordilleras of the tropical Americas: aspects of climatic, phytogeographical and agrarian ecology”. Carl Troll (ed.): *Proceedings of the Unesco Mexico Symposium, August 1-3 1966. Colloquium Geographicum*, 9, Bonn, Ferd. Dümmlers Verlag: 15-56.

URIOSTE, Miguel

2002 *Desarrollo Rural con Participación Popular*. La Paz: Fundación Tierra. 300 p.

1992 *Fortalecer las comunidades, una utopía subversiva, democrática... y posible*. La Paz: Aipe/Procom/Cedela. 264 p.

VARGAS, Miriam

1998 “La migración temporal en la dinámica de la unidad doméstica”. *Intervención y desarrollo rural en el norte de Chuquisaca y Potosí. Intervenciones y desarrollo rural en el norte de Chuquisaca y Potosí*. Annelies Zoomers (comp.). La Paz: KIT/CEDLA/CID. 149-174.

VIEIRA PAK, Manuela

2012 *Le boom de la quinoa dans l'Altiplano sud de la Bolivie : transformations agraires, discours et conflits socio-environnementaux*. Tesis de doctorado, AgroParisTech, Paris, 419 p.

VASSAS TORAL, Anaïs

2015a Movilidades de los productores de quinua y dinámicas territoriales en el Altiplano Sur de Bolivia. *Racionalidades campesinas en los Andes del Sur. Reflexiones en torno al cultivo de la quinua y otros vegetales andinos*. P. Cruz, R. Joffre, T. Winkel (eds.). San Salvador de Jujuy: Editorial de la Universidad de Jujuy EDIUNJU. 231-280.

2015b Movilidades, recursos de tierra y sistema de producción agrícola en el Altiplano Sur de Bolivia. *Racionalidades campesinas en los Andes del Sur. Reflexiones en torno al cultivo de la quinua y otros vegetales andinos*. P. Cruz, R. Joffre, T. Winkel (eds.). San Salvador de Jujuy: Editorial de la Universidad de Jujuy EDIUNJU. 281-322.

2014 *Partir et cultiver. Essor de la quinoa, mobilités et recompositions rurales en Bolivie*. Marseille: IRD Editions. 306p.

2011 *Ruralité et agriculture au prisme des mobilités spatiales. L'Altiplano Sud de la Bolivie à l'heure du boom de la quinoa*. Tesis de doctorado de geografía, université Montpellier III, 345 p. + anexos. <https://hal.archives-ouvertes.fr/tel-00668162/>

VASSAS, Anaïs; VIEIRA PAK, Manuela

2010 “La production de quinoa dans l'Altiplano sud de la Bolivie : entre crises et innovations”. In: *Innovation and sustainable development in agriculture and food*, Montpellier, France, 28-30 juin, 10 p. <http://hal.archives-ouvertes.fr/hal-00521945/fr/>

- VASSAS, Anaïs; VIEIRA PAK, Manuela; DUPRAT, Jean-Rémi.
2008 El Auge de la quinua: cambios y perspectivas desde una visión social.
Hábitat, 75: 31-35.
- VUILLE, Mathias *et al.*
2008 Climate change and tropical Andean glaciers: past, present and future.
Earth-Science Reviews, 89 (3-4): 79-96.
- WINKEL, Thierry (éd.)
2013 *Quinoa et quinueros*. Marseille: IRD Éditions. 176 p.
- ZOOMERS, Annelies
2002 *Vinculando estrategias campesinas al desarrollo. Experiencias en los Andes bolivianos*. La Paz: DFID/Plural. 150 p.
- ZOOMERS, Annelies (comp.)
1998 *Estrategias campesinas en el surandino de Bolivia. Intervenciones y desarrollo rural en el norte de Cbuquisaca y Potosí*. La Paz: KIT/CEDLA/CID. 619 p.

Anexos

Anexo 1 Métodos de investigación

Selección de los municipios y comunidades rurales

La elección de la zona de estudio fue guiada, por una parte, por los datos sobre los volúmenes de producción de quinua a nivel de los municipios (fig. 1) y luego por la oportunidad de trabajar en un conjunto geográfico continuo. Se eligieron nueve municipios⁹⁶: Salinas de Garci Mendoza, Santuario de Quillacas y Pampa Aullagas en el departamento de Oruro y Uyuni, Colcha « K », Llica, Tahua, San Pedro de Quemes y San Agustín, en el de Potosí.

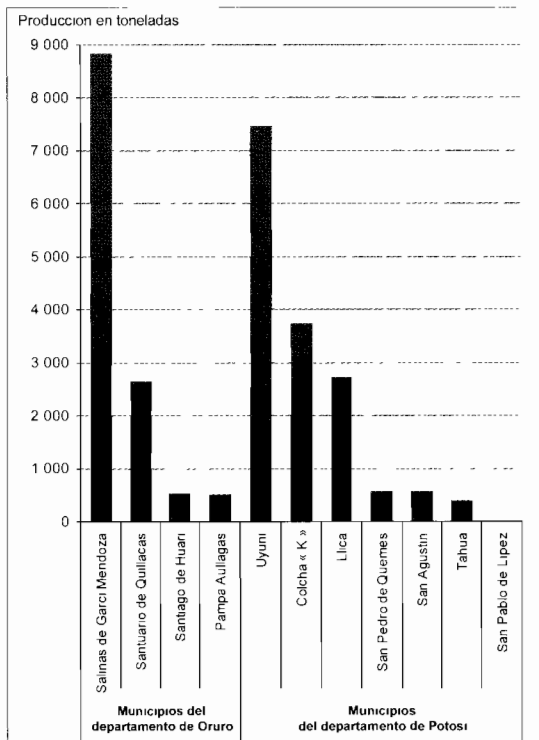


Figura 1
Producción total de quinua real por municipio del Altiplano Sur en 2008
Fuente: sobre la base de las estimaciones de la Fundación Autapo, 2008 19

96 Bolivia está dividida en 9 departamentos y 314 municipios que son las colectividades territoriales republicanas.

En cuanto a la elección más precisa de las comunidades, los criterios fueron los siguientes:

- los patrones migratorios de las poblaciones locales;
- su inscripción en microambientes naturales y pisos agroclimáticos diferenciados;
- su antigüedad y grado de inserción en las dinámicas productivas relacionadas con la producción de quinua.

El criterio de la “factibilidad” también fue primordial en la elección de las comunidades rurales, y en particular la oportunidad de ser introducida y aceptada después de hacer contactos y un tiempo previo de inmersión.

Heimos llevado a cabo en 2007 y 2008 las investigaciones en cinco comunidades rurales de la región del Salar de Uyuni.

La comunidad Chilalo es una comunidad de montaña. La migración está claramente vuelta hacia el interior del país, con un retorno de los migrantes a la actividad agrícola desde el 2005. Situada en la montaña, la superficie cultivable de quinua no puede extenderse, salvo en algunas franjas mecanizables. Un criterio de selección fue la posibilidad de participar en una gran fiesta organizada entre otros por esta comunidad para celebrar San Juan y San Pablo el 29 de junio 2007 en Salinas. Esta fiesta es una oportunidad de intercambio y múltiples encuentros, ya que muchos inmigrantes participan. Otro criterio de selección: la institución comunitaria fue descrita allí como “fuerte” por la ONG AVSF, una apreciación que nos pareció interesante particularmente para examinar la toma de decisiones sobre el acceso a los recursos.

La comunidad Otuyo, por su parte, es una comunidad mixta de montaña y planicie. Las migraciones allá están principalmente dirigidas hacia las principales ciudades del interior. Otuyo fue la primera comunidad en cultivar en planicie. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que los productores amplíen su superficie de cultivo de quinua. Otro criterio de selección fue que la institución comunitaria estaba calificada como “débil” por la ONG AVSF.

Estas dos comunidades están en el mismo municipio: Salinas de Garci Mendoza, el mayor productor de quinua para la exportación. El municipio tiene un pueblo central –del mismo nombre– donde se encuentran muchas personas de ambas comunidades, siendo este pueblo un centro administrativo y lugar de partida del transporte común. Desde la perspectiva de las migraciones, es interesante comparar estas dos comunidades geográficamente cercanas, pero que no tienen exactamente las mismas trayectorias de migración incluso si, en ambos casos, la mayoría se volvió hacia el interior. Esta “comparación” nos permite discernir factores explicativos de las formas migratorias encontradas.

En la parte occidental de la zona, en la frontera con Chile, las comunidades con alta densidad demográfica son raras. Palaya (municipio de Llica) cumple

con el criterio de tamaño y tiene una tierra dividida entre planicie y montaña. En esta zona, las relaciones históricas con el litoral pacífico –anexado por Chile tras la Guerra de 1879– persisten a través de las migraciones. Por otra parte, se encuentran muchos maestros rurales que practican la doble residencia. Palaya es la comunidad que más quinua produce en el municipio. Hemos completado el trabajo sobre Palaya con estancias en Llica, el pueblo central de este municipio.

El sur del salar (excepto por la pequeña zona que se llama “la isla”) entró recientemente en el cultivo de quinua a gran escala. De hecho, al sur del Salar de Uyuni, el clima es aún más árido que al norte. Son comunidades de pastores, muy extendidas, tradicionalmente poco inclinadas a la producción de vegetales. En este vasto Sur, muy lejos de las ciudades grandes bolivianas, las orientaciones migratorias son muy diferentes, ya que hoy están muy vueltas hacia Chile. Elegimos la comunidad de San Juan de Rosario (municipio de Colcha “K”), gran comunidad relativamente poblada que, por otra parte, es lugar de gran actividad turística. Hemos completado el trabajo realizado en San Juan con una estancia en Chile.

Por último, en cuanto a la zona este del salar, después de haberla recorrido sabíamos que las orientaciones migratorias eran distintas. En esta zona se observan, en efecto, partidas y dobles residencias con Potosí. Aunque vecina al municipio de Salinas, esta zona se introdujo recientemente en la dinámica de la quinua. Elegimos la comunidad de Candelaria de Viluyo (municipio de Uyuni) comunidad poblada y relativamente grande, muy representativa de estas características.

Caracterización de la muestra

Una vez seleccionadas las comunidades, el objetivo era la elección de las familias con las que llevamos a cabo una serie de entrevistas en profundidad y repetidas en los dos años en el terreno, con el objetivo, en particular, de reconstruir las trayectorias de movilidad residencial y profesional de los individuos, así como los sistemas productivos y los modos de gestión de los recursos locales (ver más abajo). Adoptamos la posición de no entrevistar sólo a los residentes permanentes, sino a toda la población originaria de las comunidades e involucrada, de una manera u otra, en la gestión de los recursos del territorio. En otras palabras, algunos hogares y personas encuestadas fueron objeto de entrevistas hechas a su regreso a las comunidades o en sus mismos lugares de residencia. Esto significa pues que hogares e individuos productores de quinua fueron los principales objetivos de nuestro estudio. Pero también están incluidos en nuestra muestra miembros originarios que no cultivan la tierra y mantienen otro tipo de vínculos con su comunidad de origen. Su testimonio ayudó a iluminar el tema de la identificación territorial, es

decir, los lazos profundos y complejos en el lugar origen que no necesariamente pasan por el trabajo de la tierra.

En total, la muestra se compone de 149 hogares del conjunto de comunidades, con 170 entrevistas individuales hechas durante la investigación. Cabe señalar que el muestreo no se basa en un método de representatividad estadística, operación imposible de lograr en cualquier caso, dada la falta de datos anteriores y fiables sobre las características de la población originaria de las comunidades, y especialmente por el pragmatismo con el que nos vimos forzadas a proceder. La muestra se constituyó pues de manera empírica y constructivista, es decir se fue haciendo en la medida de nuestros encuentros y la aceptación de las personas a participar en las encuestas, y sobre todo en entregar su experiencia de vida. Además, en cada una de las familias y en la medida de lo posible, hemos tratado de obtener entrevistas individualizadas con los dos miembros del hogar de productores (marido y mujer). Los casos de familias en que se encuestó a todos los miembros (padres e hijos o hermanos y hermanas) fueron en cambio mucho más raros, teniendo en cuenta lo pesado de tal metodología. Subrayemos también que nos hemos asegurado de que la muestra de personas encuestadas tenga una dispersión satisfactoria en términos de edad y sexo (Tab. 1), a fin de permitir una buena visión diacrónica y evitar el sesgo del perfil demográfico.

Por último, señalemos las diferencias entre las comunidades de acuerdo a su tamaño (Tab. 2). Para las comunidades pequeñas de Chilalo y Otuyo, pudimos investigar todos los residentes permanentes y gran parte de los productores circulantes, es decir, los que están presentes sólo durante los trabajos agrícolas. Para las comunidades más grandes, sin embargo, como las de Palaya, Candelaria y San Juan, no se trataba de llegar a todas las familias. Así que nos centramos en residentes de larga duración y de los hogares que retornaron más recientemente para cultivar.

Las características generales de nuestra muestra se presentan en los tres cuadros siguientes.

Tabla 1
Número de individuos entrevistados por comunidad y sexo

Comunidad	San Juan		Chilalo		Otuyo		Candelaria		Palaya		Total	
	H	M	H	M	H	M	H	M	H	M	H	M
Número de individuos entrevistados	26	30	18	19	15	14	26	1	14	7	99	71

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Tabla 2
Características generales de la muestra por comunidad

Comunidad	San Juan	Chilalo	Otuyo	Candelaria	Palaya	Total
Número de hogares entrevistados	48	28	26	26	19	147
Número de individuos entrevistados originarios de la comunidad por filiación directa*	51	32	25	27	19	154
Número de individuos entrevistados nacidos en la comunidad	48	22	21	25	19	135
Abanico de edad de los individuos entrevistados (años)	19 à 68	19 à 90	27 à 84	23 a 70	35 à 79	19 à 90
Número de individuos entrevistados con una experiencia migratoria a lo largo de su vida	40	31	25	25	18	139
Número de individuos entrevistados residentes en el 2008 en la comunidad	51	18	19	26	17	131

* Distinguimos aquí los miembros originarios por filiación directa (padres-hijos) de los por alianza (cónyuges)

Fuente elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Tabla 3
Estatus de los individuos entrevistados en la muestra total

Estatus	Hombre jefe de explotación	Esposa de jefe de explotación	Hijo de jefe de explotación	Mujer jefe de explotación	Mujer a quien se presta tierras
Número	95	29	20	13	13
% total muestra	56	17	12	8	7

Fuente elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Síntesis de la metodología de las “trayectorias cruzadas”

La primera parte de las entrevistas tomó la forma de historias de vida (biografías retrospectivas), para la reconstrucción de las trayectorias residenciales y profesionales de los individuos, así como formas de identificación, pertenencia e inversión social. Hemos reconstruido, en el tiempo de los ciclos de vida, las trayectorias individuales en función de la situación familiar, la sucesión de los lugares de residencia y de las actividades ocupacionales, los lazos y los tiempos de presencia en la comunidad de origen, la trayectoria de la actividad agrícola familiar y los servicios hechos a la comunidad, la constitución del patrimonio material, etc. Con las mismas personas, se realizó una segunda parte de entrevista centrada en las prácticas del pasado año (2007 o 2008), en el empleo del tiempo (circulaciones y presencias en la comunidad) y la organización de las actividades agrícolas. Aunque las entrevistas fueron individuales, esta parte se refiere a toda la familia nuclear, es decir, tomaba en cuenta las prácticas de todos los miembros del hogar, especialmente para todo lo concerniente a la actividad agrícola.

Nos comprometimos a que las entrevistas sean anónimas así que cambiamos en el texto el nombre de los encuestados (a excepción de los datos históricos).

Contexto del trabajo de campo

Nuestro trabajo de campo se llevó a cabo en un contexto de múltiples tensiones relacionadas con el trastorno que significa ahora el auge de la producción de quinua.

Este contexto no siempre ha facilitado el acceso a una información fiable y neutral. El aumento de las superficies cultivadas y de los precios de venta, que podrían triplicarse de una temporada a otra, fue un factor primordial de esas tensiones dentro de las comunidades. Nuestro periodo de encuestas coincidió, de hecho, con la vuelta de la experiencia de exportación orgánica certificada, que comenzó quince años antes. Preocupados por las eventuales consecuencias nefastas de la dinámica en curso, importadores e intermediarios de hecho piden a sus afiliados cuentas de la calidad y la “durabilidad” de la producción de quinua. Igualmente, con el aumento de la competencia internacional, los bolivianos se preocupan al ver disminuir el mercado que hasta ahora detentaban casi exclusivamente. También temen el robo de sus semillas y *know-how*. En dos años, la exacerbación de esta tensión fue flagrante, y en 2008, el auge de la quinua fue tomado muy en cuenta por las instituciones nacionales e internacionales, y reflejado en los medios locales y extranjeros. La quinua se incluye ahora en todas las agendas y los proyectos florecen. En ese contexto de fuerte presión, los productores, por su parte, desarrollaron un discurso muy bien construido en torno a la “producción ecológica y sostenible”, que repiten a todos sus contactos externos. Este ajuste del discurso a temas de sostenibilidad agrícola refleja cierta toma de conciencia entre los actores locales, pero no está claro si es efectiva y suficientemente compartida por todos.

En cuanto a la cuestión de las migraciones, la estigmatización casi sistemática de los productores no residentes en las comunidades, de parte de los residentes permanentes, es otro importante factor de tensión. Se les reprocha no participar en la vida de su comunidad y tener prácticas agrícolas poco sostenibles. Los discursos, que se cristalizaron en gran medida en estas situaciones, nos parecieron pretextos, ya que las discordias entre productores permanentes, también existentes, estaban ocultas.

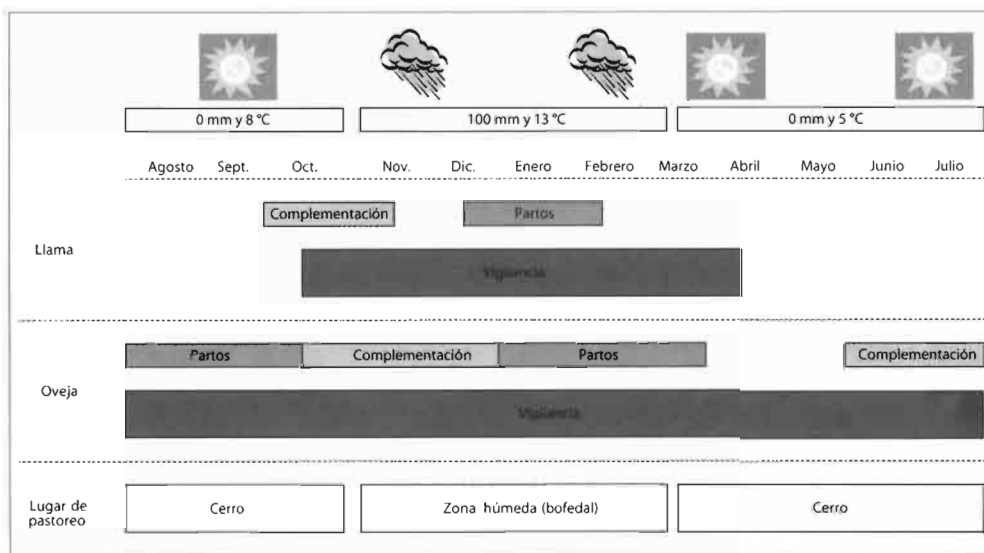
Los conflictos por el acceso a los recursos, y por tanto el tema de la equidad social, fueron probablemente los puntos más fuertes de tensión. El problema de la tierra es un tema tabú en particular, incluyendo en las familias con las que habíamos establecido muy buenas relaciones de confianza. Hablar de la tierra sigue siendo posible sólo con aquellos que están “en regla”, es decir, las familias que no han acaparado parcelas sin la aprobación de la comunidad. Pero lo cierto es que no eran muchas estas familias “en regla”. Así, tras dos años en el Altiplano Sur, algunos aspectos de la cuestión de la tenencia de la tierra siguen siendo un enigma para nosotros.

Anexo 2 Los diferentes escalones a los que pertenecen las comunidades estudiadas

Comunidad	Cantón	Distrito	Municipio	Mancomunidad
Otuyo	Salinas	1	Salinas de Garci Mendoza	Azanake
Chilalo	Salinas	1	Salinas de Garci Mendoza	Azanake
Palaya	Palaya	/	Llica	/
Candelaria de Viluyo	Coroma	Coroma	Uyuni	/
San Juan	San Juan	/	Colcha « K »	Gran Tierra de los Lipez

Comunidad	Provincia	Departamento	Ayllu	Marka
Otuyo	Ladislao Cabrera	Oruro	Huatari	Salinas
Chilalo	Ladislao Cabrera	Oruro	Huatari	Salinas
Palaya	Daniel Campos	Potosí	Grande	Palaya
Candelaria de Viluyo	Antonio Quijarro	Potosí	Rodeo-Pallpa	Coroma
San Juan	Nor Lipez	Potosí	San Juan	

Anexo 3 Calendario del sistema de crianza



Fuente: según Acosta Alba, 2007.

Anexo 4 Evolución de los destinos migratorios (rurales/urbanos)

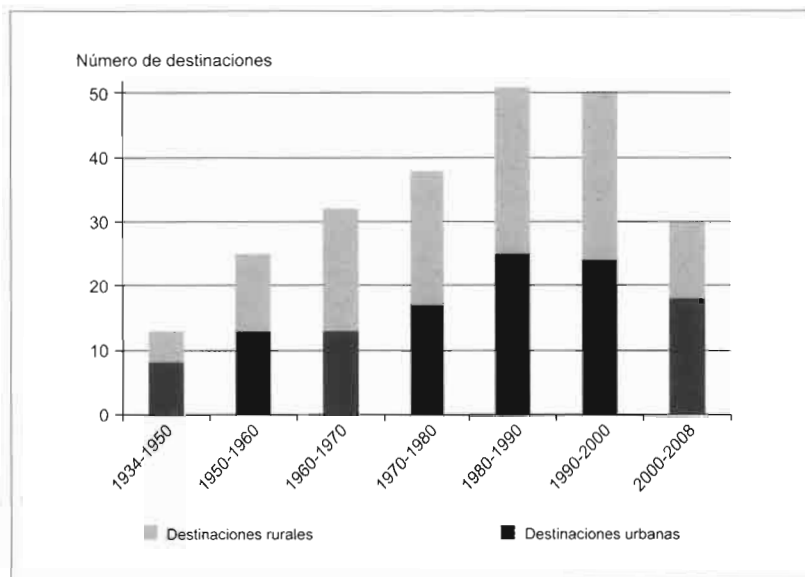


Figura 1
Evolución del número de destinos en función de su carácter urbano o rural por periodo (para el conjunto de la muestra, 139 individuos).
Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008.

Anexo 5 Destinos migratorios por comunidad

Los destinos se muestran en los siguientes mapas, según el criterio del número de eventos de movilidad para cada lugar.

La comunidad de San Juan se distingue por la importancia de los destinos internacionales, ya que un 77% de los individuos migraron al menos una vez al extranjero, contra 65% a destinos regionales y sólo el 22% a nivel nacional. Situada en la frontera sur, se orienta fuertemente hacia Chile (fig. 1). En términos de distancia-tiempo, la ciudad chilena de Calama es más accesible que los centros urbanos de Oruro y, *a fortiori*, de La Paz. Por otra parte, en esta región, las tradiciones de intercambios económicos, sociales y culturales con la costa chilena, que fue una provincia boliviana hasta fines del siglo XIX, son muy antiguos. Entre las cinco comunidades es también la que tiene mayor migración a Argentina (Buenos Aires y Mendoza), aunque desde la crisis económica que afectó ese país en 2001, los flujos migratorios se reorientaron hacia Chile o cercanas localidades bolivianas.

La zona de destinos de migración de Palaya (fig. 2), comunidad ubicada más al oeste en nuestra área de estudio, también en posición fronteriza con Chile, se divide en dos ejes. A nivel regional, sigue siendo la zona preferida de los flujos migratorios con el 83% de los migrantes (contra 28% fuera de la región y 39% al extranjero), la localidad muy cercana de Llica y los del departamento de Potosí (Uyuni, Tupiza), constituyen polos de migración privilegiados. Esta tendencia está relacionada con el hecho de que esta área en Bolivia se benefició muy pronto de una política de educación. Así, varios miembros de la comunidad de Palaya son maestros rurales que parten a residir en su lugar de trabajo, en el pueblo de Llica o en zonas rurales algo alejadas. Al igual que en San Juan, el segundo eje de polarización es Chile, donde la gente va desde hace mucho a trabajar en el sector agrícola en el oasis de Pica o en la ciudad de Iquique. Por último, en el extremo oeste del Altiplano Sur, Palaya es la única comunidad donde ningún migrante mencionó Argentina como destino.

Las comunidades de Chilalo y Otuyo (fig. 3 y 4) en la zona *Intersalar* tienen en común un área de destinos migratorios más pequeña, ya que la migración internacional está menos representada (29% y 12% migrantes respectivamente). Chilalo es la comunidad cuya extensión en zonas de migración en Bolivia es la más pequeña (84% de los migrantes emigraron a escala regional contra el 45% fuera de la región), y en particular en localidades relativamente cercanas a Uyuni, Atocha u Oruro. Como se muestra en la Figura 3, Chile se convierte en un destino atractivo en los últimos años desde que se abrieron nuevas oportunidades gracias a la instalación de un miembro de la comunidad en la ciudad de Iquique. El área de migraciones en Otuyo, por el contrario, tiene una extensión más amplia en Bolivia (56% de los migrantes han emigrado en la región y el 80% fuera), con flujos preferenciales a la ciudad de La Paz.

Candelaria es un caso muy diferente. La zona de los destinos migratorios (fig. 5) es muy dispersa, especialmente a nivel regional (85% contra 52% fuera de la región y el 40% al extranjero). Las poblaciones de Candelaria son de mineros desde hace mucho y, de hecho, sus trayectorias de movilidad residencial coinciden con los contornos de la geografía minera del país, sobre todo en los departamentos de Oruro y Potosí. La polarización en los centros urbanos de Cochabamba o las llanuras tropicales corresponde a la relocalización de los mineros que participaron en la colonización agrícola del Oriente en la década de 1960, un fenómeno que atrajo parte de la población boliviana a los llanos orientales de Alto Beni y Santa Cruz (CODEPO, 2004; Blanchard, 2005).

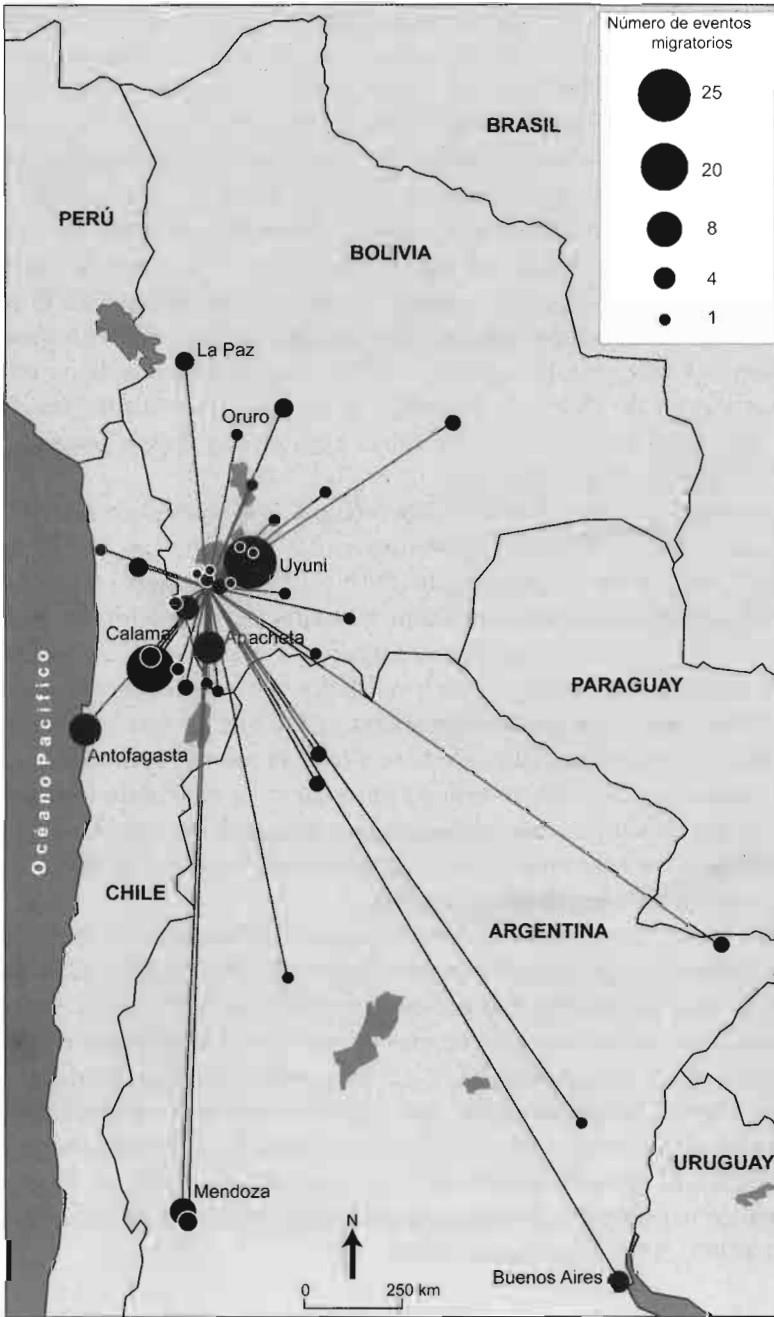


Figura 1
Destinaciones migratorias entre 1955 y 2008 de los migrantes de San Juan (40 individuos, con 131 eventos migratorios censados).
Fuente: elaboración propia en colaboración con S. Coursière, entrevistas 2007-2008.

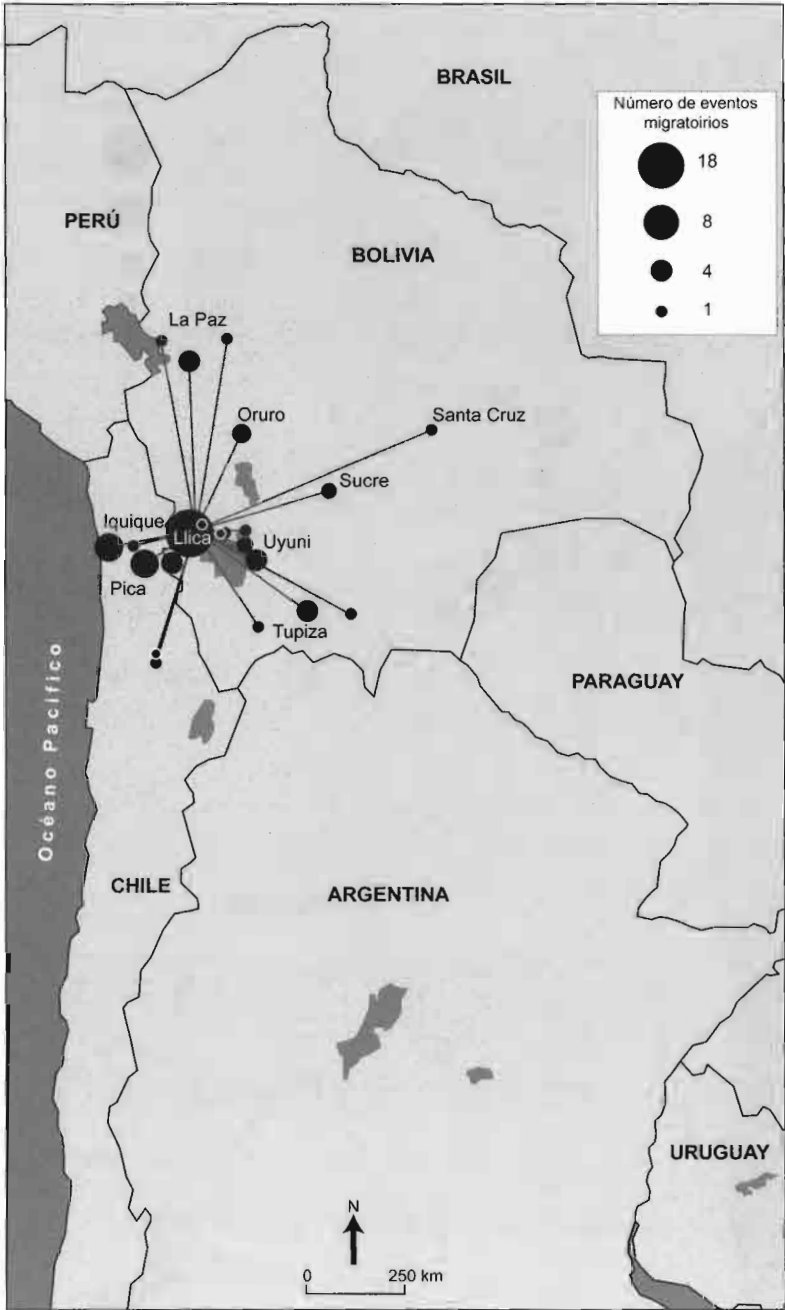


Figura 2
Destinaciones migratorias entre 1947 y 2008 de los migrantes de Palaya (18 individuos, con 59 eventos migratorios censados).
Fuente: elaboración propia en colaboración con S. Coursière, entrevistas 2007-2008.

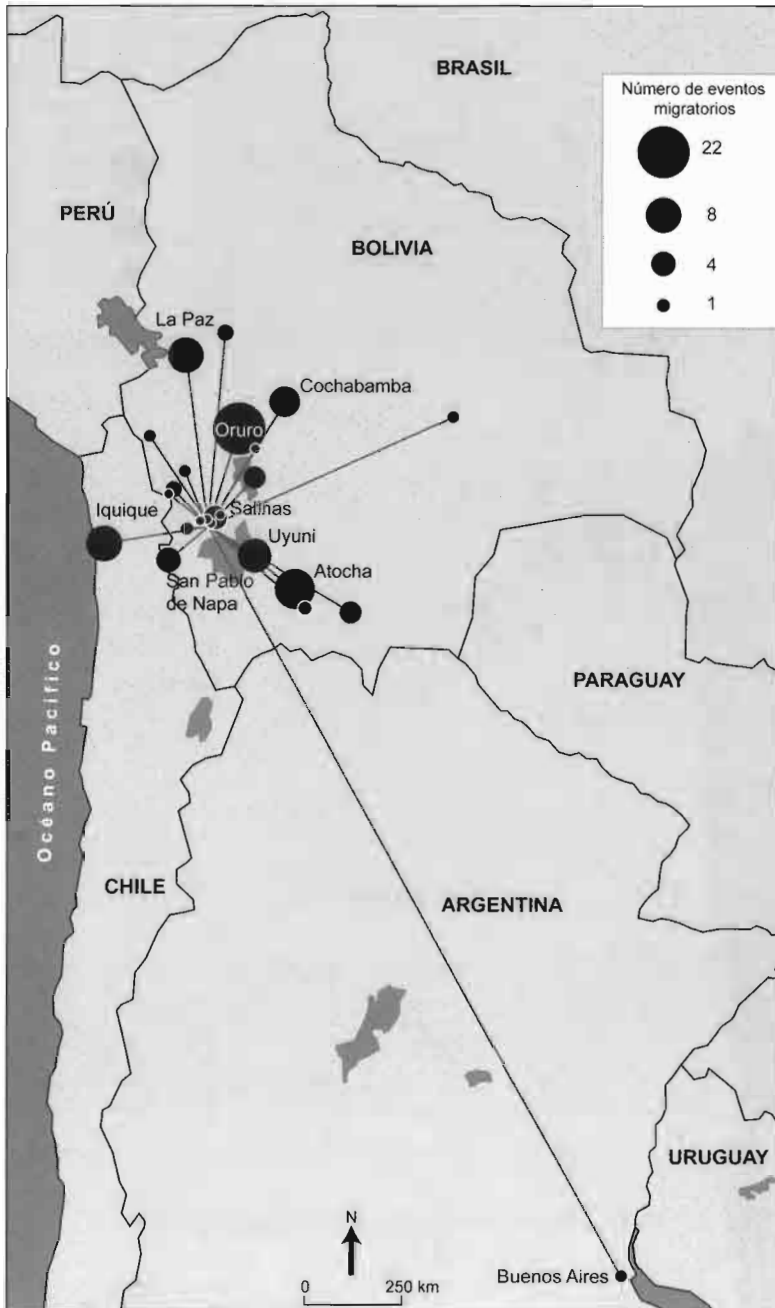


Figura 3
Destinaciones migratorias entre 1934 y 2008 de los migrantes de Chilalo (31 individuos, con 98 eventos migratorios censados).
Fuente: elaboración propia en colaboración con S. Coursière, entrevistas 2007-2008.

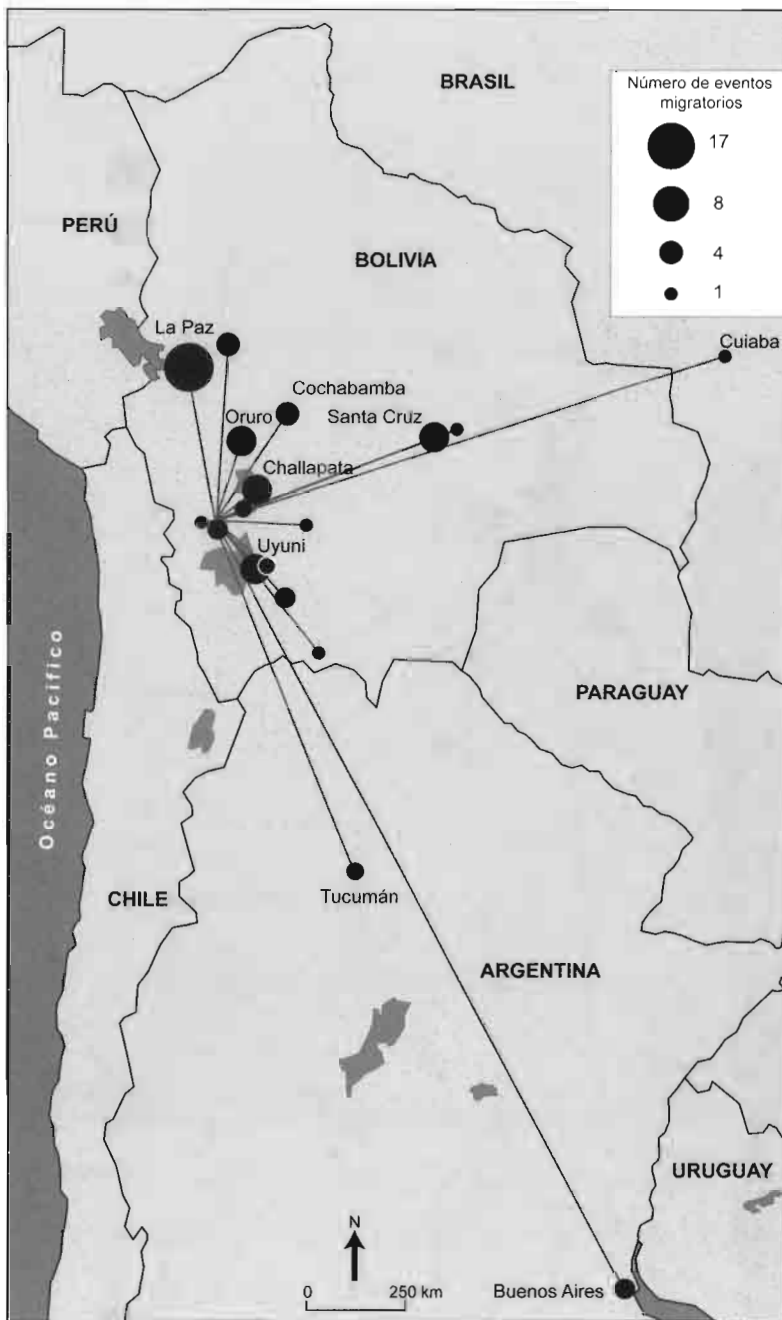


Figura 4
Destinaciones migratorias entre 1938 y 2008 de los migrantes de Otuyo (25 individuos, con 63 eventos migratorios censados).
Fuente: elaboración propia en colaboración con S. Coursière, entrevistas 2007-2008.

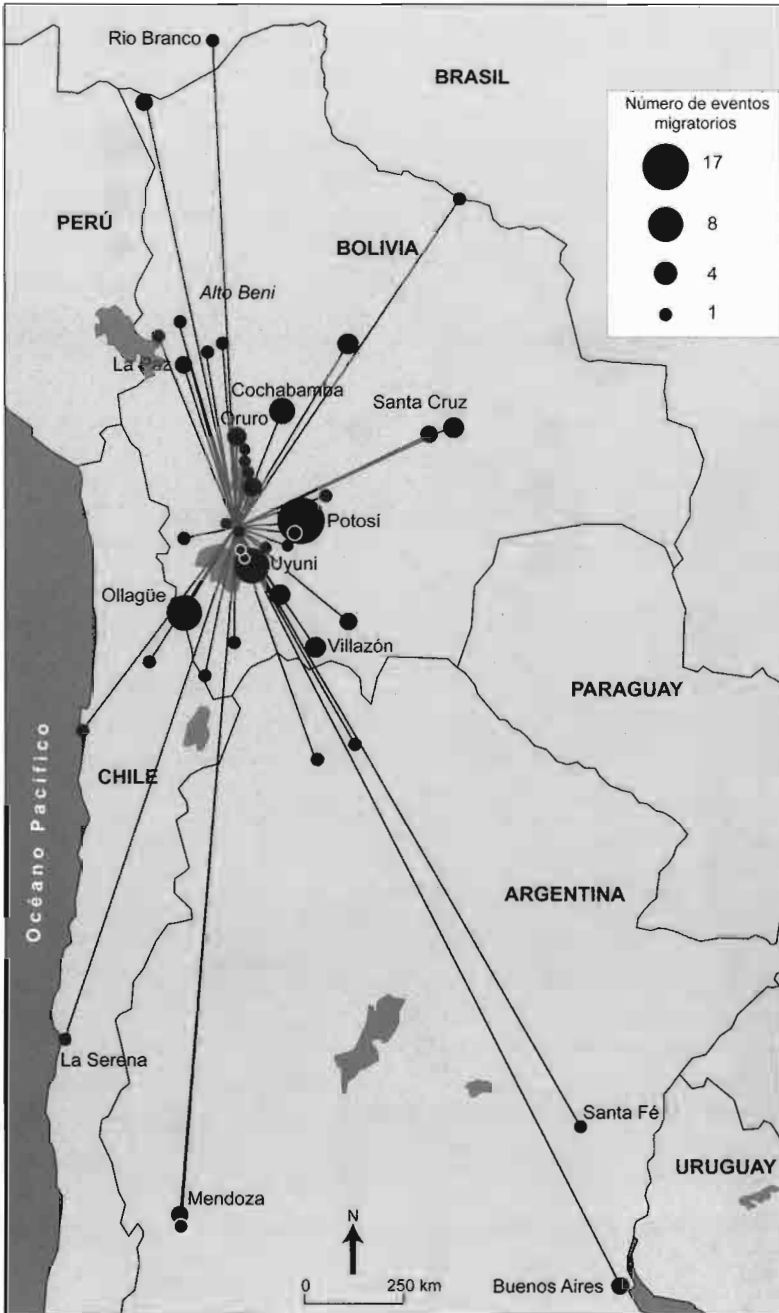


Figura 5
Destinaciones migratorias entre 1948 y 2008 de los migrantes de Candelaria (25 individuos, con 95 eventos migratorios censados).
Fuente: elaboración propia en colaboración con S. Coursière, entrevistas 2007-2008.

Anexo 6 Actividades profesionales en lugares de migración

Tabla 1
Actividades profesionales ejercidas por los hombres durante su trayectoria migratoria (en % del número de hombres migrantes por comunidad)

Actividad citada al menos una vez a lo largo de la trayectoria	San Juan	Chilalo	Otuyo	Candelaria	Palaya
Agricultura	36	13,3	50	45,8	72,7
Mina	48	46,7	16,7	62,5	18,2
Construcción	32	60	16,7	41,7	9,1
Textil e artesanía	22	20,1	25	4,2	18,2
Comercio y restauración	12	26,7	41,7	33,4	36,4
Servicio automóvil y transporte	28	13,3	66,6	4,2	9,1
Administración	8	13,3	8,3	16,7	45,5
Estudios superiores	20	6,7	0	20,8	36,4

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

Tabla 2
Actividades profesionales ejercidas por las mujeres durante su trayectoria migratoria (en % del número de mujeres migrantes por comunidad)

Actividad citada al menos una vez a lo largo de la trayectoria	San Juan	Chilalo	Otuyo	Palaya
Agricultura	13,3	25	7,7	42,9
Textil e artesanía	6,7	25	0	28,6
Comercio y restauración	20	50,1	53,9	85,7
Servicio doméstico	80	43,8	30,8	42,9
Estudios superiores	6,7	12,5	7,7	0

NB: en Candelaria, encontramos una sola mujer migrante, pero no tuvo actividad profesional

Fuente: elaboración propia, entrevistas 2007-2008

En cuanto a las actividades realizadas por los hombres en dos comunidades, San Juan y Candelaria, el trabajo en las minas es el más citado, seguido por la agricultura. En Chilalo, se da un predominio de la albañilería sobre la minería. En Palaya, por el contrario, el trabajo en agricultura ocupa el primer lugar, mientras que el sector minero es muy poco mencionado. Luego vienen los puestos en administración, servicios de comercio y restauración, con un lugar relativamente importante. El perfil de Otuyo es más específico, ya que el sector terciario es dominante, especialmente en el transporte, el comercio y la restauración.

Los sectores de inserción laboral de las mujeres en las áreas de migración son más pequeños, ya sólo cinco áreas de actividad están representadas, contra 8 de hombres. Esta cifra esconde disparidades, ya que en San Juan, el 80% de las mujeres han practicado el servicio doméstico, para sólo 5 áreas de actividades

identificadas. En Chilalo, cinco campos de actividad se citan con predominio del negocio independiente en una proporción casi igual al servicio doméstico. En Otuyo, entre los cuatro campos de actividades mencionadas, el comercio independiente es tan citado como el servicio doméstico, mientras que el sector secundario (textiles y artesanías) está ausente. Finalmente, en Palaya, 4 campos de actividad son citados por las mujeres migrantes, mayormente el comercio o la restauración. Es paradójico constatar que en esta comunidad, sin embargo, ninguna mujer declaró haber estudiado en el lugar de migración. Porque es precisamente en Palaya donde los hombres parten en su mayoría para estudiar.

Glosario

(términos en español, aymara o quechua)

Acalde de agua: derechohabiente de una comunidad encargado de administrar el agua de riego.

Al partir: modo de explotación equivalente a una aparcería.

Ayllu: división territorial tradicional, correspondiente a un grupo de comunidades.

Aymara: grupo étnico andino de lengua aymara; segunda comunidad lingüística en Bolivia por el número.

Ayni: intercambio recíproco de jornadas de trabajo sin retribución económica entre dos parientes, vecinos o compadres.

Bofedal: humedal en el Altiplano.

Cargo rotativo: cargo administrativo, religioso o festivo de utilidad colectiva. En los Andes, el sistema de cargos es rotativo, cada miembro de la comunidad asume sus cargos en turnos y por una duración determinada.

Centro de residentes: asociación de los miembros originarios de una comunidad rural en su zona o ciudad de emigración. Esta asociación tiene un papel como cemento social y de organización de eventos culturales o deportivos, como también un papel de apoyo a la comunidad de origen.

Charque: carne de llama salada y secada al sol para ser conservada.

Chuño: papa deshidrata mediante la alternancia entre la helada de la noche y la intensa radiación diurna, en condiciones muy secas de altura.

Club de madres: asociación de mujeres de las comunidades que organiza actividades artesanales.

Colonia: entidad jurídico-social de producción agrícola que combina la propiedad privada y la organización colectiva para la toma de decisión conjunta (México).

Corregidor auxiliar: primera autoridad de una comunidad. Carga ejercida en forma rotativa por todos los derechohabientes de la comunidad durante un año.

Derechobabiente: miembro de una comunidad con una serie de derechos y deberes que le permiten ser considerado como tal en una comunidad.

Descanso (tierra en): barbecho.

Estancia: aldea unida a una comunidad (sinónimo de *villorio*).

Estante: residente/asentado permanente de una comunidad (sinónimo de *permanente*, opuesto a *residente*).

Faena: trabajo comunitario.

Floreo: ceremonia anual durante la que se “florece” al rebaño, es decir, que se lo decora con pompones de lana. Ceremonia con rituales.

Hacienda: finca agrícola de gran tamaño, generalmente latifundista. Herencia de la colonización española.

Intersalar: zona entre el Salar de Uyuni y el Salar de Coipasa.

Jipi: residuos de la cosecha o venteo de la quinua, que se utilizan para alimentar el ganado o la preparación de *lejía*.

Lejía: pasta elaborada en base a alimentos (quinua, plátano, etc.) utilizada para el consumo tradicional de la hoja de coca.

Liukana: herramienta tradicional utilizada para la preparación y siembra del suelo.

Mancomunidad: asociación de municipios.

Manta o manto: grupo de parcelas sometido a rotación colectiva donde las familias tienen parcelas individuales. Actualmente, en el caso de las comunidades estudiadas, se trata de la división del territorio comunitario, un manto es cultivado con quinua cada año mientras los otros están en barbecho.

Marka: división territorial tradicional, que corresponde a una agrupación de ayllus.

Minifundio: estructura agraria caracterizada por explotaciones agrícolas de pequeño tamaño y una fragmentación parcelaria marcada.

Mitayos: durante el período colonial, sistema de trabajos forzados en las minas de plata.

Municipio: división administrativa, escalón más bajo en la descentralización promulgada en 1994.

Pelar: borde arcilloso de los salares.

Permanente: residente/asentado permanente de una comunidad (sinónimo de *estante*).

Puma: piso ecológico andino ubicado a más de 3000 metros sobre el nivel del mar; planicies áridas y frías.

Quechua: grupo étnico andino de lengua quechua; primera comunidad lingüística en Bolivia por el número.

Reducción: durante el período colonial, agrupación de la población indígena en aldeas.

Rescatista/Rescatiri: intermediario del comercio de quinua, puede intercambiar diferentes productos contra sacos de quinua.

Residente: originario de una comunidad que no reside permanentemente en ella (opuesto a *estante* o *permanente*).

Taquisa: herramienta tradicional utilizada para la preparación y siembra del suelo.

Tarea: unidad de medida de las superficies cultivadas. 1 *tarea* = 80 x 80 m, es decir 0,64 ha.

Tbola/Tholar: nombre genérico que designa las formaciones vegetales arbustiva características de las planicies andinas.

Turno: turno de riego redondo, o cargo colectivo.

Villorio: aldea unida a una comunidad (sinónimo *estancia*).

Yareta: planta del sur del Altiplano utilizado como combustible en las fundiciones de mineral (*Azorella yareta* Hauman).

Yatiri: curandero tradicional en las comunidades aymaras.

Glosario de términos científicos

Alternancia residencial: sucesión de etapas de residencia dentro y fuera de la comunidad.

Cambio de residencia: cambio de localidad de residencia por un período de al menos seis meses. Este incluye pues la instalación o reinstalación en la comunidad. La instalación en doble residencia está considerada como un cambio residencial con mantenimiento de la residencia anterior.

Ciclo migratorio: etapa de grandes flujos migratorios de una población dada a escala de la comunidad o región.

Destino migratorio: destino en el que tiene lugar un cambio de residencia fuera de la comunidad. El nuevo lugar, cuando hay instalación en doble residencia, también es considerado como un destino migratorio.

Doble residencia: tener simultáneamente dos lugares habituales de residencia, incluyendo uno en la comunidad.

Duración migratoria: duración de cada evento migratorio del individuo. Se expresa en años. En una situación de doble residencia, hemos considerado la duración migratoria equivalente al 50%.

Duración migratoria acumulada: duración acumulada de todos los eventos migratorios de un individuo durante su ciclo de vida, es decir, el tiempo total de residencia fuera de su comunidad. Se expresa en años o en un porcentaje del tiempo de vida del individuo.

Edad de la primera migración: edad a la que el individuo hizo su primera migración desde su comunidad de origen.

Etapas migratorias: serie de eventos migratorios en el ciclo de vida de un individuo caracterizados por una misma lógica espacio-temporal (destino residencial, ritmo de movilidad).

Evento migratorio: cambio de residencia que implica un lugar fuera de la comunidad. Para las personas nacidas fuera de la comunidad, se consideran los eventos migratorios a partir de su primera instalación en la comunidad.

Experiencia migratoria: hecho de haber vivido uno o más eventos migratorios durante el ciclo de vida desde la primera instalación en la comunidad.

Hogar: conjunto de personas que comparten la misma vivienda.

Intensidad migratoria: número de eventos migratorios del individuo durante su ciclo de vida.

Migración (o movilidad residencial): cambio de localidad de residencia por una duración de al menos seis meses fuera de la comunidad.

Migración pasiva: en oposición a la migración autónoma, la migración pasiva corresponde a las migraciones en la infancia, cuando un niño sigue a su/sus padres a su lugar de migración, o cuando un adulto sigue a su cónyuge.

Migrante: persona con una experiencia migratoria.

Mono-residencia: tener un único lugar de residencia.

Residencia: lugar donde se acostumbra a vivir.

Retorno residencial: cambio de residencia que implica un retorno a la comunidad.

Trayectoria de movilidad residencial: sucesión en el tiempo y el espacio, de los lugares de residencia durante el ciclo de vida del individuo (desde el nacimiento hasta la fecha de la entrevista). La escala del lugar considerado es la de la localidad.

Siglas

ANAPQUI	Asociación Nacional de Productores de Quinua.
AVSF	Agrónomos y Veterinarios sin Fronteras.
CECAOT	Central de Cooperativas Agropecuarias Operación Tierra. Cooperativa de productores de quinua.
CETHA	Centro de Educación Técnico Humanista y Agropecuario.
CODEPO	Consejo de Población para el Desarrollo Sostenible-Ministerio de Desarrollo Sostenible, Viceministerio de Planificación.
INE	Instituto Nacional de Estadística.
INRA	Instituto Nacional de Reforma Agraria
IRD	Instituto de Investigación para el Desarrollo (por sus siglas en francés)
LPP	Ley de Participación Popular.
MAS	Movimiento Al Socialismo.
NBI	Necesidades Básicas Insatisfechas. Se utiliza para calcular el índice de pobreza.
OTB	Organización Territorial de Base.
PDM	Plan de Desarrollo Municipal.
TCO	Territorio Comunitario de Origen.
TIOC	Territorio Indígena Originario Campesino.
USD	Dólar americano.

El auge del cultivo de la quinua en Bolivia se produjo en una sociedad aparentemente aislada y ancestral, arraigada en el sur del altiplano andino, aunque en realidad, móvil y abierta al mundo. Este libro explora las transformaciones sociales y territoriales provocadas por el paso de una agricultura de subsistencia, sobre todo local, a una producción comercial globalizada. Globalizada... pero todavía en manos de pequeños productores y sus organizaciones.

Es a través del prisma de la geografía social que se muestran las permanencias y evoluciones, apoyándose en un detallado conocimiento de las comunidades locales. Yendo más allá de las constataciones apresuradas y a veces alarmistas, este libro pone de relieve los recursos y la capacidad de adaptación de una sociedad rural en mutación. Nos sumerge en la intimidad de las trayectorias de vida de los productores de quinua, anclados en sus comunidades y, al mismo tiempo, móviles y globalizados. Se destaca el genio de esta sociedad rural que, a través de la migración, combina lugares, actividades e identidades, articula ciudades y campos, gestiona el aquí y el afuera. Cultivar yéndose e irse cultivando: tal es la hazaña llevada a cabo por los productores de quinua. La sostenibilidad agrícola, socioeconómica y ambiental de estos territorios está en el corazón de las intenciones: ¿no debe, de hecho, ser tomada en cuenta en el movimiento?

Anaïs Vassas Toral

tiene un doctorado en geografía, es graduada de la Universidad de Montpellier-3 (Francia) y asociada a la unidad de investigación ART-Dev. Participó en el programa ANR Equéco (2006-2011) "Emergencia de la quinua en el comercio internacional" coordinado por el IRD.

ISBN: 978-99954-1-711-6



9 789995 417116